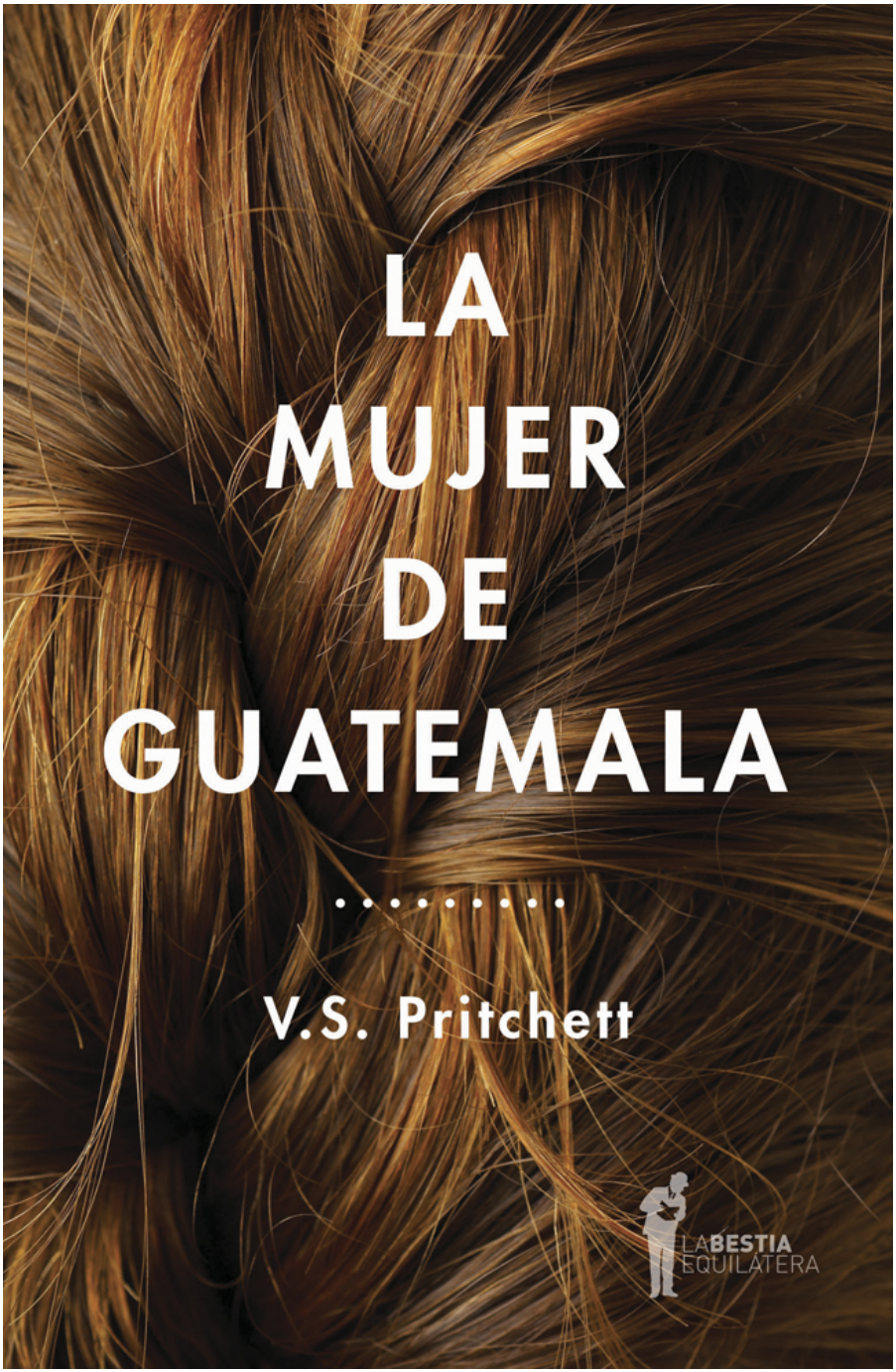

LA MUJER DE GUATEMALA
V.S. Pritchett
LA BESTIA EQUILÁTERA

LA**BESTIA** EQUILÁTERA

V.S. Pritchett

La mujer de Guatemala

Traducción de
Teresa Arijón

Índice

Cubierta
Sello
Portada
El buzo
Al borde del acantilado
La mujer de Guatemala
Una viuda descuidada
Un viaje a la costa marítima
La carretilla
Una chica maravillosa
La higuera
Cocky Olly
V.S. Pritchett
Copyright
Otros e-books de La Bestia Equilátera

El buzo

En una calle lateral de la margen derecha del Sena, donde el río se divide en la Île de la Cité, hay un edificio de ladrillos rojos y amarillos compartido por una empresa de comerciantes en cuero. Yo trabajé ahí cuando tenía veinte años. Las jornadas eran largas, el salario era bajo y el lugar olía a cigarrillos y borceguíes. Yo lo odiaba. Había ido a París para ser escritor pero se me había acabado el dinero y debía quedarme clavado en esa oficina. Cuántas veces no habré mirado hacia el río y envidiado la vida libre de los artistas y escritores en la otra orilla. Por ser inglés, yo era el hazmerreír de la oficina. La sola visión de mi cara rosada, regordeta e inocente y de mi cabello rubio hacía reír a todo el mundo; mi acento era malo porque no podía pronunciar la *o* como se debía; y para peor, como buen imbécil que era, no solo había admitido que no tenía una amante sino que me había jactado de eso. Esa era una novedad extravagante, toda una rareza para los muchachos de la oficina. Los hacía desternillar de risa. Una de sus bromas favoritas, incluso del viajante de comercio, un tipo llamado Claudel con quien yo tenía que trabajar, era hacerme salir a la puerta de calle a la hora del almuerzo y, cuando pasaba una chica o una mujer, darme un puñetazo en la boca del estómago y gritar:

—¿Cuánto pagarías por acostarte con esta? ¿Veinte? ¿Cuarenta? ¿Cien?

Yo intentaba sonreír pero, para ser franco, una hoja de vidrio gélido parecía interponerse entre mi persona y cualquier hembra que veía.

Solo había una mujer con la que los muchachos no jugaban este juego. Andaría entre los treinta y los cuarenta, supongo, madame Chamson, la costurera y lavandera de la otra cuadra. Su taconeo se oía desde lejos cuando venía, casi corriendo, a ver a Claudel con una pila de chaquetas y pantalones en el brazo. Había hecho un arreglo con ella para que le limpiara y remendara los trajes por muy poco dinero. A cambio… bueno, se decían muchas cosas. Ella tenía un cabello pecaminosamente teñido y voluminoso, duro como la laca, sobre unas

cejas arqueadas y en permanente exclamación, y cuando se acercaba a nuestra puerta siempre asomaba una mueca irónica en la comisura de sus labios. Irrumpía en la oficina con su ajustada pollera azul marino, llamaba a los muchachos y a Claudel, les estrechaba la mano a todos y cada uno, y les contaba alguna historia que siempre terminaba en un susurro, previa mirada obscena a su alrededor. Después daba un paso atrás y soltaba una carcajada estentórea. Yo nunca participaba en ese círculo secreto, y si por casualidad sonreía, ella me miraba con expresión entre severa y ofendida y se iba frunciendo el ceño. Un día, después de haber contado una de sus historias, gritó desde la puerta:

—Se pasa todo el día parado en esa galería con todas esas mujeres desnudas, vuelve a casa deshecho, acabado.

Los muchachos de la oficina se agarraban con fuerza unos a otros de puro placer. Ella estaba hablando de su esposo, que era auxiliar en el Louvre; un tipito de piel grasosa al que a veces veíamos con ella, al que le gustaba pescar y cuyo aliento olía a vino blanco. Debido a su arreglo con Claudel, y a las historias que contaba, madame Chamson era una mujer muy respetada.

A mí ella no me gustaba; me parecía un pájaro de presa; pero no podía dejar de mirar su escote turgente y su boca torcida. Tenía miedo de su lengua. Ella se dio cuenta en seguida de que yo era el hazmerreír de la oficina; pero cuando encima le contaron que quería ser escritor… Si sentía alguna curiosidad por mí, se esfumó en ese mismo instante. “Podría contarle una historia”, dijo. Para ella yo no existía. Ni siquiera se tomaba la molestia de estrecharme la mano.

Las calles y las avenidas de París tienen nombres de escritores; hay estatuas de poetas, novelistas y dramaturgos que hacen ademanes hacia los pájaros, las niñeras y los niños que pasean por los jardines. ¿Cómo se habían hecho famosos esos hombres? ¿Cómo habían comenzado? Para mí, comenzar era imposible. Andaba por ahí cargado de historias, pero cuando me sentaba en un café o en mi propio cuarto lapicera en mano y con una hoja en blanco delante, no podía tocarla. Sentía que se me hinchaba la cabeza, el pecho, las piernas y los brazos, como si quisiera arrojar un peso enorme sobre la página y no pudiera moverme. El instante portentoso aún no había llegado. Y además había otra razón. Cuanto más trabajaba en el comercio del cuero y cuanto más hablaba con los muchachos de la oficina, con los mecanógrafos y con Claudel, más se desdoblaba mi personalidad; cuando salía de la oficina y caminaba hacia el metro, practicaba francés para mis adentros. Las historias que yo tenía en mi interior brillaban en ese idioma extraño, y yo las actuaba y las contaba mientras caminaba, casi siempre en modo subjuntivo: pero cuando me sentaba frente a la hoja en blanco, el idioma inglés cerraba su boca taciturna.

¿Y de qué trataban esas historias? Imposible decirlo. Yo salía por la mañana y veía los edificios grises mal pintados de los barrios antiguos apoyados unos contra otros como personas, con las persianas levantadas y las ventanas como ojos negros y vacíos. Por las mañanas la gente desplegaba las frazadas y las colchas sobre los alféizares para que se airearan, y colgaban y se agitaban como lenguas comentando lo que ocurría por las noches entre los hombres y las mujeres. Las casas parecían encorvadas, exhaustas de tanto escuchar lo que decían; y coronando la ciudad estaba la iglesia de Sacré Cœur, muy blanca, erguida, me parecía, como un pájaro embalsamado bizantino de ojos vacuos y sin conciencia, presidiendo los hábitos de la carne y —a juzgar por lo que leía en los periódicos— también sus crímenes: sus asesinatos, sus violaciones, sus puñaladas por celos y por robo. A medida que mi francés mejoraba, los secretos de París empeoraban. Me asombraba que las multitudes que veía cada mañana en las calles hubieran sobrevivido a la noche anterior, y por cierto muchos de los transeúntes parecían tan insomnes y desvelados como los edificios.

Cuando hacía poco más de un año que estaba yo en París, catorce meses para ser exactos, estalló un drama que perturbó la monótona vida de nuestra oficina. Nos habían enviado en consignación un cargamento de pieles curtidas desde Rouen. Lo habían enviado por barcaza, método que no se empleaba usualmente en nuestra oficina. La barcaza, que era vieja, transportaba un cargamento variopinto; a pocos kilómetros de nuestro depósito, una mañana brumosa, un barco holandés que se confundió de canal chocó contra ella y la hizo naufragar. El gerente y la oficina entera —especialmente Claudel, que vio irse a pique su comisión— estaban indignados. Afortunadamente la barcaza se había hundido muy despacio y a poca distancia de la orilla, cerca de nosotros; el agua no era tan profunda en ese sector. Llevaron una grúa en otra barcaza hasta el borde del agua y, durante toda una semana apasionante, bajaron a un buzo para que salvara lo que pudiera de la mercadería. Claudel y yo teníamos que ir al muelle a vigilar las operaciones y, si aparecía algún fardo de nuestro cargamento, debíamos trasladarlo al depósito y verificar los daños.

Cualquier cosa con tal de salir de la oficina. El buzo era el héroe de la semana para mí. Se paraba con su escafandra redonda y su traje sobre una ancha plataforma de madera que colgaba de cuatro cadenas; luego el motor escupía, las cadenas chirriaban y el buzo se sumergía con gran dignidad. Mientras el buzo estaba bajo el agua Claudel volvía, por enésima vez, a evaluar su comisión: ¿habría que calcularla sobre el precio de venta o sobre lo que se salvara del naufragio?

—Hasta ahora van cinco fardos —murmuraba obsesionado—. Uno y medio por ciento.

Sus dientes y sus ojos vibraban con las cifras cambiantes. Mientras

tanto, en mi imaginación, yo avanzaba a tientas en la oscuridad del lecho del río con el héroe. Después nos acercábamos con curiosidad: el buzo estaba subiendo. Claudel me tomaba del brazo cuando el hombre emergía del agua con un montón de fardos empapados que chorreaban un líquido marrón y espeso. Él bajaba de la plataforma a la barcaza donde habían instalado la grúa; parecía una rana hinchada. Un operario le desatornillaba la escafandra, él mismo levantaba el visor y por fin podíamos ver la cara alegre y rozagante del joven buzo. El operario encendía un cigarrillo y se lo daba, y entonces una larga y sorprendente voluta de humo salía de la escafandra. Siempre se juntaba mucha gente a mirar en la pared del muelle, y cuando el buzo hacía eso, todos sonreían y muchos soltaban una carcajada.

—¿Ves eso? —decían—. Está dando una pitada. —Y el buzo sonreía y saludaba a la multitud.

Nuestra tarea era recuperar los fardos. Claudel controlaba primero los números en su lista. Luego nos ocupábamos de que los trasladaran a nuestro depósito, chorreando todo el camino, y una vez allí yo colgaba las pieles de unos palos para que se secaran. Era como colgar animales ahogados… incluso, pensaba yo, seres humanos.

El viernes de esa misma semana, a la tarde, cuando todos estaban cansados y hasta la multitud que miraba desde el muro se había reducido a cuatro gatos locos, Claudel y yo todavía seguíamos en el muelle esperando el último cargamento. El buzo ya había subido. Esa sería la última vez que lo veríamos antes del fin de semana. Yo esperaba ver lo que aún no había visto: cómo salía del traje. Me acerqué al borde del muelle para mirarlo más de cerca. Claudel me gritó que siguiera con lo mío y mientras él gritaba yo oí un ruido como un zumbido encima de mi cabeza y después sentí que un bulto grande y pesado me golpeaba los hombros. Me di vuelta y de repente me encontré volando por el aire, los brazos extendidos de asombro. París quedó patas arriba. Un segundo después, me estrellé contra la fría oscuridad; el agua subía por mis piernas y me tragaba. Había caído al agua.

La pared del muelle no era alta. Con un par de brazadas logré emerger escupiendo barro y me aferré a una anilla de hierro. Dos hombres tiraron de mis manos. Todos se rieron al verme salir.

Me quedé allí parado, empapado y embarrado; tenía paja en el cabello y bajo mis pies se había formado un charco, que se iba haciendo cada vez más grande.

—¿No me oíste gritar? —dijo Claudel.

Riendo y hablando, dos o tres hombres me llevaron hasta la pared; guarecido bajo su sombra me quité la camisa y el saco y empecé a escurrir el agua de mis pantalones. Hacía calor y me puse al sol. Vi que mis pantalones echaban vapor y oí el chapaleo de mis zapatos.

—Denle un ron caliente —dijo alguien.

Claudel se debatía entre vigilar los pocos fardos que habían quedado en el muelle o llevarme al bar de enfrente. Pero, evaluando los números y murmurando una que otra cantidad para sus adentros, decidió disfrutar del drama y acompañarme. Dijo que volveríamos enseguida.

Apenas entramos en el bar Claudel se aseguró de que mi llegada causara sensación. Yo siempre había sido objeto de escarnio en la oficina, pero ahora Claudel parecía estar orgulloso de mí.

—Se cayó al río. Casi se ahoga. Yo se lo advertí. Le grité. ¿No es cierto?

Los dos o tres parroquianos allí presentes admiraron mi proeza. El barman me sirvió un ron. Yo no podía meter la mano en el bolsillo porque todavía chorreaba.

—Mañana me lo pagas —dijo Claudel, y dejó una moneda sobre el mostrador.

—Bébelo de un trago —dijo el barman.

Yo ya había empezado a reír y a dar explicaciones.

—Estaba parado así nomás, en tierra firme, y de golpe salió volando por el aire y se hundió en el agua. Tres elementos —dijo Claudel.

—Solo falta el fuego —dijo el barman.

Se pusieron a discutir cuántos elementos había. Saltó toda una historia de hazañas de natación, leyendas de ahogados, cuerpos atados, asesinatos en el Sena. Alguien dijo que la morgue antes estaba llena de cadáveres. Y luego empezó un debate, como a veces ocurría en ese sector de París, acerca de la fecha exacta en que habían mudado la morgue de la isla. Yo intenté participar, pero me castañeteaban los dientes.

—Otro ron —dijo el barman.

Y entonces sentí que una mano tocaba mi chaqueta y mis pantalones. Era la mano de madame Chamson. Ella había bajado al muelle una o dos veces esa semana para hablar con Claudel. Había visto lo que había ocurrido.

—Él tendría que ir a su casa a ponerse ropa seca de inmediato —dijo con voz firme—. Tendrías que llevarlo a su casa —le dijo a Claudel.

—No puedo. Dejamos cinco fardos en el muelle —dijo Claudel.

—Este muchacho no puede volver al muelle —dijo madame Chamson—. Está tiritando.

Estornudé.

—Vas a pescarte una neumonía —dijo. Y le espetó a Claudel—: Tendrías que haberlo vigilado. Podría haberse ahogado.

Fue muy severa con él.

—¿Dónde vives? —me dijo.

Le dije dónde.

—Tardarás por lo menos una hora en llegar a tu casa —dijo.

Todos enmudecieron al oír la voz decidida de madame Chamson.

—Ven conmigo a la tienda —ordenó, tironeándome del brazo.

Me hizo salir del bar y, mientras caminábamos, mis botas crujían y chapaleaban. Dijo:

—En lo único que piensa ese hombre es en el dinero. ¿Quién iba a pagar tu funeral si te ahogas? ¡Él seguro que no!

Dos veces, pasando los negocios, mientras me tenía cautivo, les explicó sin detenerse a las personas en los umbrales de sus casas:

—Casi dejaron que se ahogara.

Tres chicas solían sentarse a coser y remendar en la ventana de su lavandería, y detrás de ellas casi siempre se veía a un hombre planchando ropa. Pero ya eran más de las seis y media y la lavandería estaba cerrada. Todos se habían ido. Me sentí aliviado. Ese lugar me perturbaba. Cuando empecé a trabajar en nuestra empresa, Claudel me dijo que podía engancharme con una de las costureras; si compartíamos la habitación reduciríamos nuestros gastos a la mitad, y ella cocinaría para los dos y se ocuparía de mi ropa. Así fue como comenzaron a burlarse de mí en la oficina porque no tenía una amante. Cuando llegamos a la tienda madame Chamson me condujo por un pasillo interno, que olía a humedad por culpa de las decenas de trajes y vestidos colgados allí, hasta una sala oscura. La sala daba a la pared gris, manchada, del patio.

—Quédate ahí —dijo madame Chamson. Y me hizo detener junto a un sofá—. No te sientes con esa ropa mojada. Quítatela.

Me saqué la chaqueta.

—No. No la escurras. Dámela. Voy a buscar una toalla.

Empecé a secarme el pelo.

—Toda la ropa —dijo ella.

Madame Chamson parecía más baja en su cuarto; su cabello se veía más tosco y sus cejas, menos expresivas. En realidad, yo nunca la había visto de cerca. Se había transformado en una mujer común y silvestre, doméstica. La boca se le había enderezado. Ya no daba muestras de humor o ironía. El busto se le había henchido de premura. El rumor de que era amante de Claudel evidentemente no era más que un chisme de la oficina.

—Veré qué puedo encontrar. No puedes volver a ponerte esa ropa mojada.

Esperé que saliera de la habitación. Me quité la camisa, me sequé el pecho y retiré los casi imperceptibles fragmentos de juncos del río que se me habían adherido a la piel. Ella volvió.

—Quítate esos pantalones, te he dicho. Dámelos. ¿Qué talle son?

Hundí la cabeza en la toalla. Fingí que no escuchaba. No soportaba la idea de desvestirme delante de madame Chamson. Pero mientras yo titubeaba ella se inclinó y sus uñas largas comenzaron a desabrocharme el cinturón.

—Yo lo hago —dije, nervioso.

Nuestras manos se tocaron y nuestros dedos se enredaron mientras yo me desabrochaba el cinturón. Con impaciencia empezó a desabotonarme la bragueta, pero yo la obligué a retirar las manos.

Retrocedió con mirada perentoria y rostro impávido. Fue la impavidez de su cara, su indiferencia hacia mí, su feminidad ordinaria, el tacto de sus dedos pragmáticos lo que me dejó indefenso. Ella no era la mujer procaz, coqueta y peligrosa que entraba en nuestra oficina balanceando las caderas, ni una de mis fantasías parisinas de sexo y peligro. Era simplemente una mujer. Y darme cuenta de eso fue desastroso. Un cambio increíble palpitó en mi cuerpo. Era incontrolable. Mis ojos furibundos, indefensos, le suplicaban que se fuera. Pero ella no se movió, implacable. Giré un poco el cuerpo y me incliné para ocultar mi enormidad al bajarme los pantalones, pero a medida que los iba bajando, centímetro por centímetro, aumentaba la manifestación palpitante. Logré sacar el pie de una pernera del pantalón, pero el zapato se me quedó trabado en la otra. Saltando sobre una de mis piernas, intenté liberar la otra. La toalla cayó al suelo y miré a madame Chamson con una súplica furiosa y el rostro rojo de vergüenza. Mi perturbación era demasiado clara. Estaba duro de terror. Casi al borde de las lágrimas.

El cambio en madame Chamson fue casi inmediato. Pasó de la indiferencia atareada al enojo.

—Jovencito —dijo—. Tápate. Cómo te atreves. Qué indecencia. ¡Cómo te atreves a insultarme!

—Lo siento. No pude evitarlo… —dije.

El pecho de madame Chamson se transformó en un fuelle que exhalaba indignación.

—Qué modales son estos —dijo—. Yo no soy una de esas putas. Soy una mujer respetable. Y esto es lo que gano ayudándote. ¿Qué dirían tus padres si te vieran? ¡Si mi esposo estuviera aquí!

Tenía mis pantalones en la mano. El zapato que me había traicionado cayó de la pernera del pantalón al suelo.

Ella se agachó tranquilamente y lo recogió.

—En cualquier caso —dijo, y por primera vez esa tarde vi asomar la sonrisa torcida en su boca, asintiendo hacia la toalla que nuevamente ocultaba mis vergüenzas— no tienes nada de qué jactarte.

Yo estaba mortalmente pálido ahora. A punto de desmayarme. Sentía esa curiosa y descerebrada estupidez que acompaña al estado en que me había puesto la naturaleza. Un milagro me salvó. Estornudé

y volví a estornudar; la segunda vez con fuerza.

—¿Qué te dije? —dijo madame Chamson, adoptando un aire entre satisfecho y colérico. Desapareció por el pasillo que llevaba a la tienda y regresó con un par de pantalones que me arrojó a las manos, con el rostro enrojecido, diciendo:

—Pruébate estos. Si no te van bien, paciencia, no tengo otros. Voy a buscar una camisa. —Y pasó a mi lado, rápida como una saeta, rumbo a la puerta de la habitación, pero antes dijo—: Da gracias al cielo que mi marido salió a pescar.

La escuché murmurar por lo bajo mientras abría y cerraba los cajones. No regresó. Imperaba el silencio.

En la pequeña habitación sin aire, mirando hacia afuera (como si se tratara de una celda donde estaba atrapado), el silencio se volvía más grande todavía sobre la pared manchada y gris del patio. Parecía que madame Chamson se había encerrado en su enojo y no quería saber nada más conmigo. Consideré la posibilidad de irme, pero ella se había llevado mi ropa mojada. Me puse el par de pantalones que había arrojado al suelo; eran demasiado largos pero podía arremangarlos. Parecería el mayor de los estúpidos si salía a la calle vestido así. ¿Qué diablos estaba haciendo madame Chamson? ¿Me estaba torturando? Afortunadamente, mi condición imprevista había pasado. Me paré a escuchar. Me puse a mirar lo que había encima de la repisa de la estufa a leña y vi lo que —supuse— sería una foto de madame Chamson cuando era niña, con su vestido de primera comunión. Y entonces la oí decir con aspereza:

—Jovencito, ¿acaso piensas que soy tu mucama? Ven a recoger tus cosas.

Impostando una mirada amable y arrepentida fui hacia la puerta interna que conducía a un pasillo corto, de casi un metro de largo. Pero ella no estaba en el pasillo.

—Aquí adentro —dijo su voz cortante.

Abrí la siguiente puerta. La habitación también estaba a oscuras y lo primero que vi fue la punta de una cama, y en un rincón una silla con una falda oscura apoyada encima y una media colgando del apoyabrazos, y en el suelo un par de zapatos, uno de ellos caído de costado. Después, de golpe, vi un par de pies descalzos en la punta de la cama. Miré los dedos de los pies. ¿Cómo habían llegado allí? Y entonces vi: sin rastro alguno de ropa, madame Chamson —¿pero acaso ese cuerpo desnudo podía ser ella?— estaba acostada en la cama, el mentón apoyado en la mano, los labios entreabiertos como siempre que llegaba a nuestra oficina al borde de la risa; pero ahora no salía ningún sonido de esos labios; sus ojos, por lo general muy abiertos, estaban entrecerrados y me miraban con la fijeza de un gato blanco y grande. Bajé la vista y entonces vi otros dos ojos, grandes y

marrones, que también me estaban mirando, y otras dos caras: sus pechos. Era la primera vez en mi vida que veía una mujer desnuda y me sorprendió la curva de las caderas, la línea del vientre y el vello negro como un bigote debajo. La cara de madame Chamson siempre estaba maquillada con una pátina de color casi naranja, y me asombró ver lo blanco que era su cuerpo del cuello para abajo, pero no era el blanco de las estatuas sino una mezcla de blanco y sombra, y en la cintura todavía tenía las marcas de la ropa demasiado ajustada que acababa de sacarse. Yo pensaba que era vieja, pero no; su cuerpo era joven y laxo.

La visión de ese cuerpo me atravesó. No me excitó. Sencillamente me quedé inmóvil, boquiabierto. Mi corazón parecía haber dejado de latir. Quería salir corriendo, pero no podía. Ella estaba demasiado cerca. Mi horror seguramente debía reflejarse en mi cara, pero ella no parecía notarlo: se limitaba a mirarme. Hizo un movimiento casi imperceptible con los labios y tuve miedo de que se echara a reír; pero no se rio; cerró muy despacio la boca y dijo entre dientes, con una voz grave y burlona:

—¿Es la primera vez que ves a una mujer?

Y, después de decir eso, una mirada triste ensombreció su cara.

Yo no pude responder.

Estaba acostada boca arriba y alzó la mano y sonrió una sonrisa ancha, plena.

—¿Y entonces? —dijo. Y empezó a mover las caderas.

—Yo… —balbuceé, pero no pude continuar. Todas las fantasías de mis caminatas por París mientras practicaba francés volvieron a mi memoria. Ese era el secreto de todas esas ventanas abiertas en París, el secreto de la cabeza de buitre del Sacré Cœur mirándolas desde lo alto. En una habitación como aquella, con un ropero en el rincón y ropas arrojadas sobre una silla, se representaba… ¿qué? Todo. Pero, en particular, para mi mente ahora presa del pánico, los crímenes que leía en los diarios. Me desesperé cuando ella extendió la mano.

—¿Nunca has visto antes a una mujer? —volvió a preguntar.

Me moví un poco, hasta quedar fuera del alcance de su mano, y dije con ferocidad:

—Sí que vi. —Mi respuesta me sorprendió.

—¡Ah! —dijo ella, y como yo no respondía se rio—: ¿Y dónde la viste? ¿Quién era?

Fue su risa, que yo tanto temía, la que liberó algo en mí.

Dije algo terrible. La charla que habíamos tenido sobre la morgue en el bar me vino a la cabeza.

—Estaba muerta —dije con frialdad—. En Londres.

—Ay, Dios mío —dijo madame Chamson sentándose y tirando del cubrecama, aunque estaba trabado a los pies de la cama y solo

alcanzaba para cubrirle los pies.

Había llegado su turno de sentir miedo. Los titulares de los diarios se amontonaban en mi cerebro.

—Fue asesinada —dije. Titubeé. Quería ganar tiempo. Entonces salió.

—Fue estrangulada.

—¡Oh, no! —dijo y tiró violentamente del cubrecama con las dos manos, hasta que logró taparse los pechos.

—Yo la vi —dije—. En su cama.

—¿Tú la viste? ¿Cómo que la viste? —dijo ella—. ¿Dónde ocurrió todo eso?

Súbitamente la historia salió de mí, se fue construyendo mientras hablaba.

—Fue en Londres —dije—. En nuestra calle. La mujer era vecina nuestra, la conocíamos bien. Pasaba todas las mañanas bajo nuestra ventana cuando iba al banco.

—¡La asaltaron! —dijo la señora Chamson. La boca le temblaba de horror.

Vi que la tenía en mis manos.

—Sí —dije—. Era la dueña de una tienda.

—Ay, Dios mío, Dios mío —se lamentaba madame Chamson mirando la puerta a mis espaldas y luego, ansiosamente, a su alrededor.

—Una tienda de dulces y confituras —dije—, donde también comprábamos el diario.

—La mataron en su propia tienda —gimió madame Chamson—. ¿Dónde estaba su marido?

—No —dije yo—, la mataron en su dormitorio, en el fondo. Su marido había ido a trabajar como todos los días y el asesino debe haber esperado que se fuera. Bueno, en realidad sabemos que esperó que el marido se fuera. El que la mató era el repartidor de la lavandería. Solía ir a su casa dos o tres veces por semana. Ella tenía un asunto con él. Quedó tirada en el suelo, con la cabeza hacia un costado y una bufanda enroscada en el cuello.

Madame Chamson dejó caer el cubrecama y enterró la cara en las manos; después las bajó y dijo con suspicacia:

—¿Pero cómo fue que la viste en esas condiciones?

—Bueno —dije—, fue así. Mi hermanita andaba lloriqueando durante el desayuno y no quería comer nada y entonces mamá dijo: “Esta chica me saca de quicio. Ve a lo de la señora Blake —así se llamaba la mujer— y cómprale una barra de chocolate, chocolate con leche, que no tenga nueces, porque las escupe”. Y agregó: “Podrías aprovechar para decirle que a partir del viernes no queremos recibir más el diario porque nos vamos a Brighton. Espera, aún no he

terminado… Toma este dinero y págale lo que le debemos. No te olvides, el año pasado te olvidaste y el porche se llenó de diarios. Debemos un mes".

Madame Chamson asintió ante el comentario. Había olvidado que estaba desnuda. Ahora era la dueña de la tienda y volvió a mirar la puerta como si quisiera escuchar los pasos de algún cliente.

—Fui a la tienda y no había nadie cuando entré…

—¡Una mujer sola! —dijo madame Chamson.

—Entonces la llamé: "Señora Blake". Pero no obtuve respuesta. Abrí una puerta interna y subí un corto tramo de escaleras. "Señora Blake"… Mamá me había insistido mucho, como le dije, para que pagara las cuentas. Así que subí.

—¿Subiste? —dijo madame Chamson, impactada.

—Yo ya había subido muchas veces con mamá, una vez que ella estuvo enferma. Conocíamos a la familia. Y bueno… allí estaba. Como dije, acostada en la cama, desnuda, estrangulada, muerta.

Madame Chamson me miró. Me observó lentamente de arriba abajo: primero el cabello, después estudió mi cara, y después bajó por el torso hasta los pies. Yo estaba descalzo. Y entonces miró mis brazos desnudos, hasta que llegó a las manos. Las contempló como si nunca en su vida hubiera visto un par de manos. Yo las restregué en mis pantalones, ella me confundía.

—¿Es cierto eso? —me acusó.

—Sí —dije—. Abrí la puerta y allí estaba…

—¿Cuántos años tenías?

No había tenido en cuenta ese detalle, pero decidí rápido.

—Doce —dije.

Madame Chamson exhaló un hondo suspiro. Estaba sentada muy rígida, conteniendo la respiración. Pude detectar un leve matiz de desilusión en aquel suspiro. Sentía que mi historia había perdido su encanto.

—Volví corriendo a mi casa —proseguí rápidamente— y le dije a mi mamá: "Mataron a la señora Blake". No me creyó. No podía aceptarlo. Tuve que repetírselo varias veces. "Ve a verla con tus propios ojos", le dije.

—Naturalmente —dijo madame Chamson—. Eras un niño.

—Llamamos a la policía —dije.

La palabra "policía" la hizo gemir con una rara satisfacción.

—En la lavandería hay una mujer —dijo ella— que estuvo en el hospital con ocho puntos en la cabeza. Le pegaron con una plancha. Pero fue el marido el que le pegó. La policía no hizo nada. Pero ¿y mi marido entonces…? ¿Qué hace mi marido? Se pasa todo el día en el Louvre. Después sale a pescar, como hoy. Cualquiera —dijo con vehemencia— podría meterse aquí.

Estaba viéndome como el protagonista de una escena imaginaria y tardó mucho en salir de esa fantasía. Entonces vio su propio hombro desnudo y, haciendo un mohín, dijo muy despacito:

—¿Es verdad que solo tenías doce años?

—Sí.

Me estudió largo rato.

—Pobre chico —dijo—. Y pobre tu madre…

Apoyó una mano en mi brazo y la dejó deslizarse plácidamente hasta la muñeca; luego apoyó la otra mano en mi otro brazo y apretó con fuerza; el cubrecama se deslizó un poco más abajo. Madame Chamson miró mis manos y bajó la cabeza. Después me miró a los ojos, artera.

—No fuiste tú, ¿no? —dijo.

—No —respondí, indignado. Intenté retirar mis manos, pero ella las retuvo. La historia se me fue de la cabeza.

—Es un mal recuerdo —dijo. Volvió a mirarme, una vez más, como me había mirado cuando entré por primera vez en su tienda, empapado de la cabeza a los pies y chorreando agua: como una mujer suave, común, decente. Empezó a palpitarme la sangre.

—Tienes que olvidarte de eso —dijo.

Y entonces, después de una larga pausa, me atrajo hacia sí.

Estaba perdido, en la cama.

—Ah —se rio ella, tirando de mis pantalones—. El buzo volvió a subir. Olvídate de eso. Olvídate de eso.

Y después ya no hubo más risas. En el pico de la pasión pude ver sus ojos: las pupilas habían desaparecido y solo quedaba ese blanco ciego.

—¡Mátame, mátame! —gritaba, torciendo la boca.

Después nos quedamos acostados, charlando. Me preguntó si era cierto que iba a ser escritor y cuando dije que sí me dijo:

—Hay que tener talento para eso. Mejor quédate donde estás. Es una buena empresa. Claudel ya lleva doce años ahí. Y ahora tienes que irte. Mi maridito está por volver.

Se levantó de la cama. En un abrir y cerrar de ojos me dio un traje que pertenecía a uno de sus clientes, un traje gris; el saco me quedaba bastante apretado.

—Te queda bien —dijo ella—. La próxima vez consíguete uno gris.

Yo me estaba mirando al espejo cuando llegó el marido con su caña de pescar y su canasta. No pareció sorprenderse. Ella recogió mi ropa mojada y la blandió con furia ante los ojos de su esposo:

—Mira esto. Ese idiota de Claudel dejó que este pobre muchacho cayera al río. Después lo trajo aquí.

El marido se me quedó mirando.

—¿Y tú dónde estabas? Siempre me dejas sola —insistió madame Chamson—. Podría entrar cualquiera. Este chico vio una mujer estrangulada en su propia cama en Londres. Tenía una tienda. ¿No es así? Un hombre entró y la asesinó. ¿Qué me cuentas?

El marido dio un paso atrás y me miró con interés.

—¿Pescaste algo? —dijo ella, todavía acusadora.

—No —dijo el marido.

—Bueno, yo sí —dijo burlándose—. Pesqué este pescadito.

—¿Quieres beber algo…? —me preguntó el marido.

—No, no quiere —dijo madame Chamson—. Será mejor que se vaya a su casa y se meta en la cama.

Nos estrechamos la mano. Monsieur Chamson me acompañó hasta la puerta de la tienda y madame Chamson me gritó desde el pasillo:

—Necesito ese traje de vuelta mañana mismo. Es de un cliente.

Todo cambió para mí después de aquello. Mis compañeros de trabajo me consideraban un héroe.

—¿Es verdad que viste un asesinato? —preguntaban los muchachos.

Y cuando madame Chamson vino a la oficina y yo le devolví el traje, dijo:

—Ah, aquí está… mi pescadito.

Y luego, temeraria:

—¿Cuándo vendrás a recoger tus cosas?

Y después fue a comentarle algo a Claudel y salió disparando.

—¿Sabes lo que acaba de decirme esta mujer? —me dijo Claudel, haciéndose el vivo—. Me dijo: “Ese inglesito me da miedo. ¿Le viste las manos?”.

Al borde del acantilado

La bruma empezó a disiparse hacia el mediodía. Se había estado expandiendo durante dos días, delgada y liviana, desdibujando las copas de los árboles del barranco donde se erguía la casa. "Como el aliento frío de los hombres viejos", escribió Rowena en un intento de poema, pero tuvo la amabilidad de cambiar el verso por "la respiración de los fantasmas" porque Harry podía tomarlo como una afrenta personal. La verdad era que su aliento no era para nada brumoso; más bien olía a las docenas de cigarrillos que fumaba todo el día. Caminaba de un lado a otro, dando pasos cortos con la mano extendida, haciendo caer la ceniza con golpecitos mientras hablaba. Esa actitud le otorgaba una elegancia abstraída y minuciosa que su expresión severa y sus frases demasiado largas necesitaban imperiosamente. Envuelta en su salto de cama, Rowena fue a la habitación de Harry. Él se había sacado los anteojos y estaba recién afeitado; giró hacia ella su rostro arrasado por el paso de los años hasta el extremo de la santidad; no obstante, el labio inferior excesivamente grueso le daba un aspecto brutal, sin remedio. Ella se rio al ver que tenía jabón en las orejas.

—Los fantasmas se han marchado —dijo en vena poética—. ¡Podemos ir a Withy Hole! Pasaremos por el camino a Guilleth, ahí hay una feria. Te leen la suerte.

—Es un lugar aburrido —dijo él—. Solía estar lleno de brujas en el siglo dieciséis.

—Yo soy bruja —dijo ella—. Y quiero ir a la feria. Vi el anuncio. Empieza hoy.

—Vamos a ir —dijo él, cediendo a pesar de las sospechas.

Tenía más de setenta años y, cuando se está con una joven de veinticinco, lo menos que uno debía hacer era mostrarse suspicaz. Existen reglas para los viejos que se enamoran de jovencitas, reglas que son doblemente estrictas si las jovencitas se enamoran de ellos. Hay que hacer de cuenta que es un juego.

—Ya habrá clavelinas de mar en los riscos —dijo él.

—¡Eres un viejo botánico de alma! —dijo ella.

Estuvo a punto de responderle "Ya lo sé", pero continuó diciendo que las chicas eran flores que tenían voz y que él había pasado gran parte de su vida coleccionándolas a ambas, las chicas y las flores; pero ya le había contado esas cosas hasta el hartazgo y a su edad había que evitar repetirse, dentro de lo posible. De todos modos, el cumplido era más eficaz cuando había más gente y muchos se daban vuelta para mirarla. Cuando las chicas jóvenes se hacían mujeres para él perdían toda la gracia: siempre había vivido de ensueños.

—Entonces está decidido —dijo ella.

Él la miró con una expresión súbitamente trágica. Ondulando la navaja dio inicio a esa costumbre suya, a la que solía recurrir cuando estaba nervioso, de insinuar unos pocos pasos de baile; ella le dio uno de sus típicos abrazos ligeros y salió corriendo de la habitación.

Debido a los caprichos organizativos de él y a esa costumbre que tenía ella de desaparecer para retocar el dibujo en el que estaba trabajando, empezaron tarde.

—Tenemos que comer algo —dijo ella, dando la orden.

Pero estaban en la casa de él, no en la suya. Y había vivido solo tanto tiempo que no podía tolerar la presencia de una mujer en su cocina; sencillamente no soportaba verla cortar una rebanada de pan o revolver los tenedores y los cuchillos o atascar el sumidero con hojas de té.

—Rowena y yo —le decía con voz militar a la gente que iba a visitarlos— comemos muy poco. Y no vemos a nadie.

Lo cual no era cierto, pero, como un general con aspiraciones literarias, él organizaba su imaginación. Se dejaba guiar mucho por la literatura. Su esposa se había vuelto loca y se había suicidado. Entonces, cuando estaba en su casa se veía como un Rochester; cuando iba en el auto, como el conde Mosca con la joven duquesa en *La cartuja de Parma*; cuando se encontraban con gente, como la mundana tía de Tolstoi. Ese era otro juego: una manera de educar a la chica.

Mientras él seguía quejándose, yendo y viniendo de la cocina a la habitación donde comían y viceversa, ella bajó tarde y haraganeó; echó hacia atrás su largo cabello negro, fascinándolo con sonrisas y miraditas de reojo, y se le fue encima mientras él intentaba conservar el equilibrio con una mantequera en la mano, le dio otro de esos abrazos ligeros y cautivadores, y se rio al verlo atajar la mantequera en el aire.

—¡Rowena! —gritó; ella había vuelto a irse—. Trae el auto.

La casa estaba justo en la mitad del empinado barranco, custodiada por detrás y por delante por un ejército de hayas y fresnos. Había una terraza y un ingenioso jardín escalonado y una variedad de plantas

que lo mantenían ocupado durante la mayor parte del día; él mismo había moldeado los veinte o treinta escalones que conducían a la terraza a golpes de pico. Rowena había observado su tupida mata de grueso cabello gris y su cara bastante brutal y sus labios apretados mientras blandía la pica y la asestaba contra las piedras. Picaba con furia y orgullo, pero a veces levantaba la vista y la miraba con ojos cautivadores y brillantes. Su rostro antiguo y furioso contenía dolor naturalmente.

Ella sabía que él odiaba que le dijeran que tuviera cuidado al bajar los escalones. Conocía la ceremonia de acompañarlo hasta el auto y ayudarlo a entrar, porque era un hombre alto y anguloso que necesitaba plegarse sobre sí mismo; las rodillas casi le rozaban el mentón, donde convergían pesadamente las largas, profundas y desesperanzadas líneas de expresión de su cara. Le resultaba excitante conducir al anciano en un descenso peligrosamente rápido por el largo sendero circular entre los árboles y mostrarle lo peligrosa que podía ser, mientras él hablaba. Habló sin parar durante una hora, empezando por supuesto por la feria del lugar.

—Es una porquería. Plástico, comida barata. No vale la pena verla. El siglo veinte lo ha empaquetado todo.

Y después se explayó sobre los tiempos prerromanos, el antiguo espíritu del carnaval, los dioses y los demonios celtas; salieron del barranco rumbo a senderos profundos, donde conocía los nombres de todos los helechos que crecían en las paredes de piedra y las colinas sinuosas que hacían rechinar los dientes y sacudir la columna vertebral con sus curvas pronunciadas. Los ejemplos históricos fluían de sus labios. Según ella era el anciano Padre Tiempo, pero él no se lo tomaba en broma, aunque honró el comentario con una risa corta. Era parte del juego. Él no era el Padre Tiempo, porque, cuando uno llega a los setenta, se convierte en un avaro del tiempo, que lo acapara y que esconde los minutos, mientras que ella los gastaba rápido, sin tener en absoluto conciencia de que estaba viviendo en el tiempo.

Guilleth era un pueblito aburrido, polvoriento y metodista, con geranios en las ventanas de las casas. La kermés de Sammy estaba en un campo irregular en las afueras del pueblo, donde corrían los niños y los perros. Había una sola barraca de tiro al blanco; todavía estaban instalando el telón de fondo para la mesa de puntería. Había juegos con aros, muchos gritos y pocos visitantes. Pero cuando la pequeña calesita hizo sonar el silbato de tren, los niños se abalanzaron sobre el tosco círculo de vacas con manchas y grandes ubres rosadas, caballitos de madera, cerdos, tigres y hasta un par de jirafas.

El profesor lo veía como un *pathos* cultural. Le tenía miedo a Rowena. Ella siempre desplegaba una crueldad infantil cuando estaba con él. Con esa bella arrogancia, la misma que lo convertía en objeto

de escarnio, bajó del auto y fue a buscar un helado. Él tuvo que distraerla para que no viera los peces dorados en las peceras. Probablemente querría llevarse uno a casa.

—Dame un poco de dinero —dijo Rowena yendo hacia la calesita. Se había formado una pequeña multitud a su alrededor—. Quiero subirme a la jirafa. Vamos.

—Yo te miraré desde aquí —dijo él con voz quejosa, limpiando sus anteojos.

Y allá iba Rowena, montada en una jirafa, alta y esbelta como una maestra de escuela entre los niños del pueblo; con su largo cabello, que echaba hacia atrás mientras daba vueltas y vueltas, parecía un milagro de juventud que iba volviéndose cada vez más y más joven. Había otras chicas; estaban los jóvenes del pueblo. También había un muchacho idiota montado de espaldas sobre una vaca, que pegaba patadas al aire y de tanto en tanto saludaba a la multitud. Erguida en su jirafa, Rowena no sonreía, pero al pasar lentamente delante del viejo lo saludaba con la mano.

El viejo miró su reloj. ¿Faltaría mucho?

—Voy a dar otra vuelta —gritó Rowena. Y no se bajó.

Se sentía absurdo entre los otros que, armados de paciencia, miraban dar vueltas la calesita; era el más viejo de todos, y también el mejor vestido y más digno, pero ya no sentía ninguna curiosidad. Se alejó un poco para separarse del grupo, pero tuvo la impresión de que todos se movieron con él. Había una mujer joven de saco rojo brillante que siempre aparecía en los mismos grupos donde él estaba. Y la jirafa giraba y giraba… y el muchacho montado en la vaca daba vueltas y más vueltas. La mujer joven de rojo saludaba. Al ver que lo que había que hacer era saludar, el viejo también saludó con un ademán a la jirafa. La mujer volvió a saludar unos segundos después, y lo miró como si estuviera molesta. El viejo se alejó medio metro de ella primero, después dos metros, y después fue a pararse del otro lado de la calesita. Desde allí podría saludar sin llamar la atención, pero la mujer volvió a apostarse cerca. Era menuda, de cabello rojizo; levantó el mentón y lo miró fijo.

—Veo que no te acuerdas de mí —lo acusó con vocecita aguda. Sus ojos, pequeños, eran insolentes. El viejo dio un paso atrás, boquiabierto.

—Daisy Pyke —dijo ella.

¿Pyke? ¿Pyke? Él la miraba entre atónito y distraído; su mente continuaba dando vueltas a la calesita con Rowena.

—La esposa de George —dijo ella, desafiando su estupidez.

—George… —Se detuvo. La esposa de George Pyke debía rondar los cincuenta años ahora. Esa mujer no superaba los treinta. La hija… ¿habrían tenido una hija?

—¿Tanto he cambiado? —dijo ella. Tenía un aspecto travieso y sonreía de placer ante su confusión; después las comisuras de su boca descendieron en un gesto de queja, de súplica. Pero hoy en día él solo pensaba en la ancha boca de Rowena, que borraba de un plumazo al resto de las mujeres. Sin embargo, esa boca suplicante, esos pucheros y esa vocecita aguda despertaron su memoria. Retrocedió avergonzado y, con una brevísima mirada de horror que disimuló al instante, sus pies ensayaron un par de pasos de baile y dijo entre sonrisitas tontas:

—¡Daisy! Pensaba que… Estaba mirando esa cosa. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ahora que la recordaba, no pudo ocultar un dejo de indignación; se quedó inmóvil, mirándola fríamente. Y comprobó que su actitud causaba efecto.

—Lo mismo que tú —dijo ella, con esa voz brusca y repentina que la caracterizaba—. Esperar. Esperar que bajen. —Y se alejó ofendida. Empezó a hacer señas enfurecidas hacia la calesita y gritó—: ¡Stephen, pedazo de idiota!

El joven que montaba de espaldas sobre la vaca le hizo señas y le gritó.

¡Qué horrible! Pero así son las cosas… y uno debe estar preparado para aceptarlo cuando es viejo: el mapa que uno tiene en la cabeza, incluso el mapa literal del país se vacía y pierde los contornos, las ciudades y los pueblos, y la gente desaparece de la vista. Los rostros protectores de los amigos se borran y uno queda repentinamente solo, desnudo y expuesto. La población que nos escudaba de nuestros viejos oponentes desaparece de golpe y quedamos frente a frente con el enemigo. ¡Daisy Pyke!

El viejo no pudo escapar. Dijo con toda la amabilidad que consiguió reunir:

—Pensé que habían viajado al extranjero. ¿Cómo está George?

—Viajamos —dijo ella—. George murió en España. —Y agregó bruscamente—: En una cancha de golf.

—Lo siento mucho. No sabía.

Ella miró la calesita y volvió a mirarlo.

—Yo sé todo de ti —le dijo—. Compraste una casa nueva en Colfe. Yo todavía conservo la casa vieja, aunque actualmente está alquilada.

¡Había casi sesenta y cinco kilómetros entre Colfe y Daisy Pyke… pero no había nadie en el medio! La calesita se detuvo. Los niños subían y bajaban en tropel, y los que miraban también se acercaron.

—Debo buscar a Rowena —dijo con rudeza, y se alejó llamando con voz perentoria—: ¡Rowena!

Sabía que Daisy Pyke lo estaba mirando cuando extendió la mano para ayudar a bajar a Rowena, pero Rowena lo ignoró y saltó de la calesita por sus propios medios.

—Rowena. Tenemos que irnos.

—¿Por qué? Me encantó. ¿Viste a ese muchacho ridículo?

—No, Rowena, no lo vi —dijo él—. ¿Dónde?

—Allá va —dijo ella—, con la chica de rojo con la que estuviste hablando, viejo verde. ¡Te vi! —Soltó una carcajada y lo tomó del brazo—. Te pusiste colorado.

—No es ninguna chica —dijo el viejo—. Es una mujer a la que frecuentaba en Londres hace veinte años. ¡Fue horrible! No la reconocí. Yo conocía a su esposo en realidad. Ella era amiga de Violet.

—¡De Violet! —dijo Rowena—. Pero tienes que presentármela. — Siempre estaba ansiosa por conocer, como si eso equivaliera a poseerlas, a todas las personas que él conocía; quería todo de él, hasta los muertos. Sobre todo a Violet, su esposa. Rowena anhelaba ser tan vieja como esa mujer ya muerta.

—Realmente, Harry, eres desagradable con las personas.

—Ah, bueno. Pero ella es horrible. Tuvimos una pelea espantosa.

—Uno de tus viejos amores —lo acicateó.

—Tuve que echarla de la casa —dijo él—. Es una mentirosa.

—Entonces tengo que conocerla sí o sí —dijo Rowena—. Qué fascinante.

—Me parece que ya se fueron —dijo él.

—No —dijo Rowena—. Allá están. Llévame con ellos.

Y lo arrastró hacia el puesto donde estaban Daisy Pyke y el muchacho. En eso radicaba el encanto de Rowena: lo liberaba del aburrimiento que inspiraban y perpetuaban sus recuerdos. Conocía muchas chicas jóvenes que, en esa misma situación, hubieran aprovechado la oportunidad para hacerle una escena de celos por su pasado. Pero Rowena no era de esas.

En el puesto —una miscelánea de tazones, jarrones y juguetes arteramente dispuestos— el muchacho de cabello rubio arrojaba sin parar aros a la mesa y le decía a Daisy que probara, modificando el ángulo del aro que sostenía en la mano.

—Elige lo que te guste, coloca el aro al mismo nivel y arrójalo despacio, no te apresures. ¡No, así no! Así.

La temeridad había abandonado a Daisy. Ahora se mostraba afectuosa y seria, y miraba al joven antes de tirar.

—Daisy —dijo el viejo, adoptando un tono sombrío y formal, como si estuviera en una fiesta—, Rowena quiere conocerte.

Y la efusiva Rowena dio un paso adelante.

—¡Cómo le va! Le estaba hablando a Harry del muchacho de la vaca.

—Aquí está —dijo la tiesa Daisy—. ¡Stephen!

El joven se dio vuelta, dijo “Hola” y continuó arrojando aros.

—Así —decía.

Rowena lo miraba burlona.

—Nos estábamos yendo —dijo Harry.

—Escuché hablar mucho de usted —le dijo Daisy a Rowena.

—Vamos a dar una caminata por los acantilados —dijo Harry.

—A Withy Hole —dijo Rowena.

—Ha sido extraordinario encontrarte aquí —dijo Harry.

—Tal vez —dijo Daisy— volvamos a encontrarnos.

—Oh, bueno… ya sabes que últimamente no vemos casi a nadie —dijo Harry.

Daisy estudió a Rowena con insolencia y se rio del muchacho, que había vuelto a fallar.

—Una vez gané un pez dorado —dijo Rowena, riendo—. Se murió camino a casa.

—Extraordinario —le dijo el viejo a Rowena cuando se alejaban—. Debe ser el hijo de George, pero es más alto. George era petiso.

Cuando lo ayudó a acomodar las piernas en el auto vio, por su mirada plúmbea, que el tema estaba clausurado. Había logrado conocer a otro de sus amigos: eso era lo principal.

Las colinas parecían amontonarse en perspectiva y el mar alejarse más y más; luego, de pronto, cuando subieron la última cuesta escarpada, dejaron atrás los campos donde paraban las casas rodantes, vacíos en esa época del año, que de lejos parecían esos pueblos chatos y blancos andaluces que él recordaba.

El viejo iba diciendo:

—Pero ahora tenemos esta nueva civilización desarraigada, anárquica pero estandarizada…

Y súbitamente el mar apareció entre los médanos allá abajo, no gris y picado sino azul profundo, todo candor, como una boca joven, entre los médanos y más allá de los médanos, ancho y quieto, adormecido y manso. El viejo tomó las riendas del asunto y empezó a encapricharse con el lugar exacto donde a su entender debían dejar el auto, que luchaba por avanzar sobre la arena moteada por la basura del año anterior rumbo a los acantilados inmensos. Cuando llegaron a la cima podían mirar atrás y ver la ancha bahía de aguas poco profundas donde el mar rompía ocioso, en filas de cambiantes olas, como si fueran labios que pronunciaban frases inconclusas, que nadie podía oír. A lo lejos una docena de surfistas se internaban en el mar, cada vez más adentro, en dirección a las grandes olas, como si estuvieran dejando la tierra para siempre y quisieran alcanzar el horizonte. Rowena se paró a mirarlos, esperando que alguno regresara deslizándose en una ola larga y tubular, pero el viejo la urgió a continuar por el camino cerrado que conducía a los acantilados. Eso era lo que había ido a buscar: lo ilimitado, la distancia. En un día de mayo claro y despejado como ese, se podía andar casi cincuenta

kilómetros sin encontrar un alma, de cumbre en cumbre, contemplando bajo el zumbido del viento y los gritos de las gaviotas rasantes lo que parecía ser una interminable procesión de promontorios cada vez más tenues, que terminaban en caletas arenosas y al mismo tiempo avanzaban sobre el agua. El viento no lograba despeinar el áspero cabello del hombre, pero hacía asomar sus orejas grandes. Rowena se ató la rubia melena con una chalina. De peñasco bajo a peñasco alto, pisando el pasto blando que era como una alfombra moteada por millones de margaritas y clavelinas de mar, el viejo guiaba el camino; avanzaba como hundiendo las rodillas en el aire, gesticulaba, hablaba, señalaba un cernícalo allá en lo alto del cielo o un cormorán negro como el hollín posado sobre una roca, y ella lo seguía perezosamente unos pasos más atrás. Él a veces se detenía, impaciente, para mostrarle alguna planta pequeña semioculta, o se paraba en el borde del acantilado, como un profeta, y señalaba las paredes de roca, los cañones, las cavernas y los túneles donde el agua verde se volvía negra al entrar, era luego nuevamente expulsada verde y se derramaba en pequeñas cascadas sobre las rocas. El viejo era un experimentado caminante y casi siempre andaba encorvado, pero cuando se detenía enderezaba la espalda, y Rowena sonreía al ver su aire indiferente cuando miraba cosas lejanas como si las conociera. Para ella, el viejo era una mezcla aterradora de santo pagano y animal esforzado. Descansaban unos minutos en la cima de algún acantilado negro, sintiendo cómo el sol les quemaba la piel, y luego seguían andando.

—Desde aquí ya no se ve la bahía —dijo ella. Estaba pensando en los surfistas.

—El próximo acantilado es Withy Hole. El Agujero —dijo el viejo, y la ayudó a levantarse.

—Sí, el Agujero —dijo ella.

El viejo tenía una especie de manía con el Agujero. Esa era la caminata que más le gustaba, y a ella también, excepto por ese horror final. El mar había abierto un túnel bajo la roca en varios lugares a lo largo de la costa salvaje y había formado enormes cráteres pizarrosos de unos cuarenta y cinco metros de ancho; el Agujero tenía unos cincuenta y cinco de profundidad, de modo que ni siquiera parándose en el borde del acantilado podía verse entrar el agua. En los días de calma se la oía caer hasta el agua escondida; en los días turbulentos, bullía en el fondo del cráter. Ese lugar aterraba a Rowena, por lo que aminoró la marcha; pero él avanzaba a los tumbos entre los pastos altos y ásperos hacia el borde del acantilado, evocando sus conocimientos de geología y de navegación, y para distraerla y divertirla le explicaba que los contrabandistas de otrora tenían que esperar que la marea baja los llevara.

Ahora, una vez más, contemplaban desde lo alto esa gran herida carente de sentido. Al verlo allí parado en el borde del precipicio, a Rowena le pareció que eran uno y lo mismo. Aquel abismo le recordaba cuando había visto la boca del viejo (presa de un horror que había intentado borrar de su mente) antes de que se pusiera la dentadura postiza. También la de su padre.

Bueno, habían alcanzado su objetivo. Encontraron un lugar frente al mar resguardado del viento, donde daba el sol, y se sentaron a descansar un poco.

—Esto es el paraíso —dijo Rowena, y cerró los ojos.

Permanecieron sentados en silencio largo rato, pero él no dejaba de mirar la superficie de agua quieta. A lo lejos, de vez en cuando, en algún pequeño remolino formado por el viento, aparecían pequeñas familias de olas espumosas. Eran como rostros que asomaban o quizás manos blancas que se extendían veloces para luego desaparecer. Sí, eran los muertos sin sentido.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Rowena sin abrir los ojos.

Él iba a decir: "A mi edad uno siempre está pensando en la muerte", pero en cambio dijo:

—En ti.

—¿En qué cosa de mí? —dijo ella con el característico descaro de las chicas jóvenes.

—En tus orejas —dijo él.

—Eres un mentiroso —dijo ella—. Estás pensando en Daisy Pyke.

—No en este momento —dijo él.

—Seguro que sí —dijo Rowena—. ¿No solían bañarse todos desnudos en la caleta que está allá abajo? ¿Ella también?

—En la que está a la vuelta —la corrigió él—. Violet y yo acostumbrábamos bañarnos allí. Todos venían. Daisy vino una vez, cuando George estaba en la cancha de golf. Nadó de una punta a otra, horas y horas, como un pez en el agua. En tierra firme era muy torpe. Gordon y Vera venían seguido, pero Daisy solo vino esa vez. No encajaba en el grupo… muy convencional… se quedaba sentada contando chistes verdes. Y por eso después se iba a nadar, para limpiarse. George jugaba todo el día al golf y después jugaba al bridge toda la noche; las cosas no marchaban bien. Tenían un blanco para jugar a los dardos en la casa, con la imagen de una mujer desnuda. Eran una pareja bastante fea, de mal gusto. Puedes imaginarte cuál era el centro del blanco.

—¿Y por qué fue la pelea? —dijo ella.

—Ella contó mentiras —dijo él, y la miró. Y lo dijo con ese tono irreversible que ella conocía bien. Esperó que le contara una de sus tantas anécdotas, pero no lo hizo.

—Quiero nadar en la caleta —dijo Rowena.

—Hace demasiado frío en esta época del año —dijo él.

—Quiero ir —dijo ella.

—El camino es largo y el regreso es difícil.

—Sí, pero igual quiero ir… donde iban ustedes.

Se había obstinado, y por supuesto que a él le gustó.

—Está bien —dijo levantándose.

Como todas las chicas jóvenes, Rowena quería dejar su marca en los lugares. Ya había notado su impulso de tocar las pinturas en las galerías cuando la llevó a Italia. ¡Sentido de la propiedad! ¡Afán de poder! Antes le disgustaban esas cosas, pero ya no; el cambio era un síntoma más de su adoración por ella. Y ella quería ir. Quería afirmar su presencia en la arena vacía, dejar su marca en la arena.

Bajaron con dificultad entre las rocas hasta que los acantilados se irguieron, gigantescos, por sobre sus cabezas. Ella corrió descalza por la arena suave hasta la orilla del mar, que bañó sus pies.

—¡Está helada! —gritó.

Él permanecía inmóvil, encorvado. La basura del año anterior, una mescolanza de trapos, botellas y cartones, yacía cerca de las rocas. En el verano ese lugar, antes secreto, se transformaba en un hormiguero humano. Miró con odio los desechos.

—Voy a mear —dijo.

Ella se quedó mirando el mar, porque él tardaba mucho en volver.

—Qué meada más larga —le gritó.

Pero él no estaba donde ella creía que estaba. Estaba en las rocas, se había sacado la ropa. De pie, con el cuerpo cubierto de vello gris, el vientre arrugado, los muslos hundidos. Alzó los brazos huesudos.

—¡Ni se te ocurra! ¡Te vas a matar! ¡El corazón! —gritó ella.

Él soltó una carcajada maligna, ella vio sus dientes amarillos, y entonces se zambulló y nadó y gritó en el agua alejándose cada vez más, desafiándola, surcando las ondas, y cuando ella le gritó, verdaderamente asustada, regresó dando brazadas como un animal marino feo y peludo, con la piel enrojecida por el frío, y se quedó parado en la orilla chorreando con los brazos abiertos como si fuera a aullar. Trepó las rocas y volvió a la arena; recuperó su ropa y empezó a secarse con la camisa.

—Estás loco —dijo ella—. No vas a ponerte esa ropa mojada.

—Se secará enseguida con este sol —dijo él.

—¿Para qué hiciste eso? —dijo ella—. ¿La encontraste?

—¿A quién? —dijo él, y miró a su alrededor extrañado.

Se había zambullido en un gesto de alarde y de ira: ira contra el tiempo, ira contra Daisy Pyke también. No le contestó, pero la miró con un destello de astucia en los ojos. Rowena se sintió halagada por ese brillo en la mirada de aquel hombre muchas veces aterrador.

Él estaba cansado y regresaron por el camino interno, más corto,

hasta el auto estacionado cerca de las espantosas casas rodantes. Ella lo ayudó a subir como de costumbre y él se quedó dormido y roncó. Se retiró a su habitación temprano, pero no pudo dormir; había roto una de sus reglas para los hombres viejos. Por primera vez le había permitido verlo desnudo. Quedó perplejo cuando ella entró en su cuarto y se metió en su cama: nunca lo había hecho antes.

—Vine a ver al Viejo Marinero —dijo.

Qué maravilla. Es celosa, después de todo. Me ama, empezó a decirse en las semanas siguientes. Ella iba en el auto a comprar tortas al que llamaban "nuestro pueblo".

—Estoy tan delgada —decía.

La primera vez volvió y le dijo que había visto a su "querida amiga Daisy". Se habían cruzado en el supermercado.

—¿Qué estaba haciendo ahí? —dijo él—. Vive a casi sesenta y cinco kilómetros del supermercado. ¿Qué te dijo?

—No hablamos. Es más, no creo que me haya visto. Estaba con el hijo. Él sí que me saludó. Tenía levantado el techo del convertible. Cuando salió del supermercado ella me saludó asintiendo con la cabeza… Creo que no le caigo bien —dijo con satisfacción.

La semana siguiente volvió al pueblo a cargar nafta. El viejo se quedó en la casa, sacudió un par de alfombras y barrió el piso de la sala de estar. Era su casa y Rowena era desprolija. Después se sentó en la terraza y se puso a escuchar ansiosamente.

Por fin oyó el sonido de su auto, mucho más temprano que de costumbre, y vio el resplandor lejano entre los árboles que bordeaban las curvas del camino. Allí estaba, surcando la arboleda con su belleza. El viejo escuchaba alarmado los silencios repentinos del auto en alguna curva, luego volvía a oír el rugido del motor en el ascenso, y después, una vez más, el silencio. Dejó el libro que estaba leyendo y entró en la casa. Puso la pava al fuego con pánico diligente y, mientras esperaba que hirviera, llevó las tazas con pedantería, una por una, a la mesa de la terraza. Y se paró a escuchar. Ya estaba recorriendo el último trecho… hasta que oyó un chirriar de ruedas abajo. Puso a calentar la tetera y corrió a recibirla con la frase habitual:

—¿Conseguiste lo que buscabas?

Y por fin, subiendo los últimos escalones con la lengua afuera, llegó.

Pero no era ella; era una mujer menuda, con las piernas al aire y en sandalias, una sonrisita jactanciosa y traviesa en la cara, y la cabeza tapada con un chal. ¡Daisy!

—¡Dios! —dijo ella.

Harry retrocedió unos pasos y se detuvo, erguido e intimidante.

—¡Daisy! —dijo molesto, como ahuyentándola.

—¡Esos escalones! ¡Harry! —dijo ella—. Dios, qué vista.

Soltó una carcajada despectiva y seca al decirlo. Y él recordó que ella siempre rechazaba, por una cuestión de principios, todo lo que veía. El día que la había visto en la kermés pareció deslizarse bajo sus pies y, después de eso, los años comenzaron a retroceder velozmente, siguiéndolo.

—¿Qué…? —empezó a decir. Luego graznó con voz militar—: Rowena fue al pueblo. La estoy esperando.

—Ya lo sé —dijo Daisy—. ¿Puedo sentarme a recuperar el aliento? Ya lo sé. La vi. —Y agregó satisfecha e intrigante—: Pero no hablamos. Pasó de largo. Mejor así.

—Nunca vemos a nadie —dijo Harry con obstinación—. Yo estoy trabajando, como verás. Si el teléfono llega a sonar, no lo atendemos.

—Nosotros igual. Espero no interrumpir. Pensé… voy a subir a verlo, aunque sea un minuto.

—Y Rowena tiene su trabajo… —dijo el viejo. Daisy siempre interrumpía.

—Quería darte una sorpresa —dijo Daisy sin que se le moviera un pelo—. Ella es preciosa. Por eso vine. Tienes suerte… ¿cómo lo logras? ¿Dónde la encontraste? ¡Y vaya lugar el que tienen aquí! Le pedí a Stephen que fuera a ver a sus amigos. Ha pasado tanto tiempo… años, ¿no es verdad? Tenía que venir. No has cambiado nada, ¿sabes? Pero a mí no me reconociste, ¿no? No tenías ganas de verme, ¿o me equivoco?

Sus ojos y su nariz eran pequeños. Siempre recurría a su vieja costumbre de querer tomar al otro por sorpresa, pensó. La miró inexpresivo.

—Ya te lo expliqué —dijo nerviosamente—. Tengo que retirar la pava del fuego —dijo.

Hizo una pausa para escuchar el auto de Rowena, pero no se oía sonido alguno.

—Bueno —dijo ella—. Así estamos. El tiempo pasa.

Cuando regresó con la tetera y una taza más, ella dijo:

—Sabía que tú no vendrías a verme, así que vine yo. Déjame pensar —dijo, y se quitó el chal de la cabeza—. Ya te dije que George murió, ¿no? Claro que sí —dijo enseguida.

—Sí.

—Bueno… —dijo ella—. Harry, yo tenía que verte. Eres el único hombre sabio que conozco. —Miró nerviosamente el jardín y el ejército de árboles que flanqueaban la colina un poco más lejos y luego volvió a concentrarse en él—. Tú eres feliz y yo también soy feliz, Harry. No he venido a hacer una escena y echarlo todo a perder.

Estaba enamorada de ti, ese era el problema, pero ya no lo estoy. Me equivoqué contigo, contigo y con Violet. No soportaba verla sufrir. Estaba como loca. Tampoco soportaba que sufrieras por ella. Supe lo que era eso cuando el pobre George murió. Harry, no quiero que sigas odiándome. Quiero decir, ya no estás furioso conmigo, ¿no? La gente cambia. El pasado pasó.

Flor de mentirosa, pensó él. ¿Para qué había venido? Para causarle problemas con Rowena, tal como había hecho con su esposa. Recordó la palabra predilecta de Daisy: honestidad. Por alguna razón estaba tratando de confundirlo respecto de ciertas cosas que él había resuelto hacía ya mucho tiempo.

Cambió de tema.

—¿Cómo le van las cosas a…? —frunció el ceño—. Lo siento, últimamente no puedo recordar los nombres de las personas… ¿Cómo anda tu hijo?

Vio que Daisy había advertido su cambio de actitud. Jamás se le escapaba nada.

—Oh, Tommy, el ridículo Tommy. Está en África —dijo, despachándolo alegremente—. Bueno, mejor para él… aquí tenía algunos problemitas. Yo soy un problema para él… George también era muy celoso.

—Es idéntico a George —dijo Harry—. Un poco más alto, claro, y con el cabello enrulado.

—¿Qué estás diciendo? No lo has visto desde que tenía cuatro años —se rio ella.

—No seas tonta, Daisy, lo vimos la semana pasada en esa… ¿cómo se llaman esas cosas? En la kermés.

Daisy se puso lívida. Alzó el mentón.

—Qué desagradable —dijo, y sacudió la cabeza con ferocidad—. Lo dices con toda la intención, ¿no? Ese era Stephen. Hubiera jurado que serías el último en pensar una cosa así, con tu Rowena. Espero que la gente lo diga y no me importa, y si alguien se lo dijera él no entendería de qué están hablando. Stephen es mi amante.

La vieja y sentimental y mimosa Daisy esbozó esa sonrisa taimada que rápidamente seguía a sus comentarios filosos.

—Está loco por mí —dijo—. Yo podría ser su madre tal vez, pero está harto de las chiquilinas chillonas y malhumoradas de diecisiete años. Si nos hubiéramos conocido hace unos años, me habría odiado. En serio, Harry, soy capaz de arrodillarme ante él.

—Lo lamento… yo… Es por eso que no te reconocí. Pregúntale a Rowena. Le dije: “Esa es la hija de Daisy Pyke” —dijo Harry—. Le dije eso a Rowena cuando te vi.

Daisy se quedó con la boca abierta y sus labios se curvaron despacio, con deleite.

—¡Ah, bueno! ¿Eso es verdad? ¿En serio? Tú siempre dices la verdad. ¡Realmente pensaste eso! Gracias, Harry, es lo más lindo que me has dicho en la vida. Te amo por eso.

Se inclinó hacia adelante, como en un llamado silencioso.

—George no se acostó conmigo ni una sola vez durante siete años antes de morir. No me preguntes por qué, pero es verdad. Yo me había olvidado cómo era. Cuando Stephen me lo pidió me pareció un insulto… Ya sabes, con tantas historias de violaciones dando vueltas. Subí al auto y le cerré la puerta en la cara y lo dejé varado en el camino… Bueno, no en el camino, lo dejé por ahí… y me fui. Miré por el espejo retrovisor. Se había quedado ahí parado. Bueno, quiero decir… ¡a mi edad! Al día siguiente… tú sabes mejor que nadie cómo somos las mujeres… al día siguiente yo estaba de pésimo humor. Cuando volví a casa llamé a George a los gritos, le aullé que volviera y me serví un vaso de whisky y me puse a dar vueltas por la casa derramándolo sobre las alfombras. —Se rio—. George me habría matado por eso si hubiera vuelto… y entonces salí al jardín y allí estaba Stephen, puedes creerlo, caminaba lo más campante desde la verja. Subió rápidamente y me quitó el vaso con suma cortesía… la bebida se estaba derramando sobre mi vestido… y lo apoyó en el pasto y me limpió la pechera. Y ahí empezó todo.

Hizo una pausa calculada y frunció el entrecejo.

—Ahí no —dijo, mojigata—, en la casa no, por supuesto. Yo quise irme. No soporto esa casa. Nos fuimos al campamento de casas rodantes. Él estaba viviendo ahí. No sé por qué te cuento todo esto. Quiero decir, hay mucho más para contar.

Hizo una pausa.

—El amor es algo extraordinario a nuestra edad, ¿no? Quiero decir, cuando te vi con Rowena en Guilleth… pensé que debía acercarme y hablarte. Estamos en el mismo barco.

—No —dijo él, molesto—. Yo tengo veinte años más que tú.

—Treinta, si no te importa —dijo ella. Abrió la cartera y se miró al espejo. La cerró con un chasquido y se puso a mirar las flores del jardín escarpado que se perdía en el bosque. Esperaba escuchar el sonido de un automóvil. Harry se dio cuenta de que él había dejado de esperarlo. Comprendió que estaba disfrutando del momento, a pesar de las sospechas que abrigaba hacia Daisy. Alejó los terrores que parecían disolver hasta los árboles de la barranca. Con las mujeres la naturaleza volvía a su lugar, los árboles volvían a ser árboles reales. Uno vivía un largo momento en el que el tiempo se detenía. Daisy no le importaba, pero tenía ese poder de seducción que radicaba en provocar en el otro la ilusión de que lo estaba desafiando a ponerla en vereda. Con Rowena se había visto obligado a descartar su vanidad; con Daisy la recuperaba.

—¿Dónde ibas con Rowena el día que nos vimos? —le preguntó de pronto.

—A los acantilados —dijo él.

—No habrán ido a la caleta, ¿no? Es un largo camino. Y no se puede nadar en esta época del año.

—Fuimos a la caleta y yo nadé —dijo él—. Jamás hubiera permitido que Rowena nadara.

—¡Me imagino que no! No has olvidado los viejos tiempos, ¿eh? —Se rio con frescura—. Espero que no le hayas contado nada a Rowena… Las chicas jóvenes pueden ser muy celosas. Yo sí que lo era… ¿te acuerdas? Dios, estoy contenta de no ser joven, ¿y tú?

—Ojalá dejaras de ser tan romántica, Daisy —dijo el viejo.

—Oh, ya no soy romántica —dijo ella—. De lo contrario les tendríamos lástima a ellos, a Rowena y Stephen. Entonces fueron a la caleta… ¿y pensaste en mí?

—Ahora solo pienso en la muerte —dijo él.

—Siempre fuiste un hombre interesante, de los que llegan a los noventa, como es tan común ahora —dijo ella—. Yo nunca pienso en eso. A Stephen le daría un ataque. Ni siquiera sabe a qué dedicarse. La semana pasada pensaba que podría ser guardavidas. O enseñar tenis. ¡O hacerse cantante! Estaba surfeando en la playa cuando lo conocí. Vivía en el campamento, en una casa rodante.

Hizo una pausa, ofendida.

—¿Sabías que en esos lugares apagan la luz eléctrica de los espacios comunes a las diez de la noche? Nadie protesta. Son como ovejas. A mí me enfurecería que me trataran así. Se escuchaba un coro de ronquidos: todo el mundo roncando al unísono. Permíteme aclarar que nosotros dos no roncábamos. Ahora estamos alojados en la casa de su madre, las cuchetas de las casas rodantes son demasiado estrechas… pero ella regresará pronto. Así que estamos buscando algo… yo alquilé mi casa. El dinero es útil.

El viejo estaba alarmado. Aún no había podido descifrar el verdadero motivo de su visita. Recordaba a la Daisy de antes: siempre tenía un motivo oculto, siempre se traía algo entre manos. Volvió a prestar atención, cada vez más inquieto, al sonido del auto de Rowena. Ahora entiendo, pensó: ¡quiere mudarse aquí!

—Lamentablemente nos es imposible recibirlos aquí —dijo.

—¿Aquí, Harry? —dijo ella, atónita—. ¡Cómo se te ocurre! No vine a verte por eso. De todos modos —dijo con astucia—, no confiaría en ti.

Pero consideró con mirada experta las ventanas y las puertas de la casa, y después la vista. Exhaló un suspiro acorde a las circunstancias y dijo con toda seriedad:

—No puedes tenerla encerrada aquí como a una prisionera. No

durará.

—Rowena no está prisionera. Puede entrar y salir a su antojo. Estamos de acuerdo en eso.

—Depende de lo que entiendas por entrar y salir —dijo Daisy con malicia—. Entonces el prisionero eres tú. ¡Pero claro! ¡Yo también soy prisionera!

—Oh —dijo Harry—. El amor siempre es así. Yo solo vivo para ella.

—¡Pero claro! Te diré por qué vine a verte, Harry. Cuando vi a Rowena en el pueblo evité cruzarme en su camino. Aunque no lo creas… puedo tener tacto.

Se puso muy seria.

—Vine porque no quiero que volvamos a vernos. —Estaba hablando con absoluta franqueza—. No digo que tú y yo dejemos de vernos durante un tiempo; hablo de los cuatro. Mira, Rowena es tan hermosa y Stephen… bueno, ya lo has visto. Tú y yo empezaríamos a hablar de los viejos tiempos y los viejos conocidos, y ellos quedarían fuera de la conversación y hablarían entre ellos, ¿o no? Simplemente no podría soportar verlo hablando con ella, ver que la mira. Ojalá no nos hubiéramos encontrado en la kermés. Las cosas están bien como están, ahora él está surfeando con sus amigos, pero… ¿entiendes lo que quiero decir?

Se levantó y dijo:

—Hablo en serio, Harry. Sé lo que ocurrirá y tú también lo sabes… y yo no quiero ver cómo ocurre.

Caminó hacia él, porque también se había levantado, y apoyó un dedo firme e incisivo en su pecho. Cuando retiró el dedo Harry siguió sintiéndolo en la piel: un golpe certero.

—Yo sé que no puede durar —dijo—. Y tú también lo sabes. Pero no quiero que veas cómo ocurre —dijo en su viejo estilo escarnecedor —. De todos modos, nunca vamos a tu pueblo. Y me ocuparé personalmente de que él no vaya. Dame tu palabra. Tenemos que estar juntos en esto. Todos estos años nos las arreglamos muy bien, ¿no crees? Y esto no quiere decir que nosotros nunca volveremos a encontrarnos, ¿no?

—Eres una perra, Daisy —dijo Harry, y sonrió.

—Sí, sigo siendo una perra, Harry —dijo—. Pero no soy ninguna idiota.

Volvió a extender la mano y él temió que volviera a clavarle ese dedo duro en el pecho, pero no lo hizo. Se ató el chal en la cabeza.

—Si eso pasara, me arrojaría de cabeza al Withy Hole.

—No te pongas melodramática, Daisy —dijo él.

—Bueno, no quiero que ustedes se confabulen —dijo groseramente —. No quiero ninguno de tus arreglitos.

Miró la barranca y escuchó.

—Se acerca un auto —dijo.

—Rowena —dijo él.

—Me voy. No te olvides de lo que hablamos.

—Ten cuidado en las curvas —dijo él, indefenso—. Rowena conduce rápido. Se cruzarán en el camino.

No se besaron ni se dieron la mano. Harry la oyó insultar a los escalones mientras bajaba.

—Apuesto a que fuiste tú el que cavó estos malditos escalones —le gritó.

Oyó los dos autos avanzando en círculo hacia el común encuentro: a veces veía el resplandor del auto de Rowena, a veces el de Daisy. Hasta que Rowena frenó por fin junto a los escalones, desparramando guijarros.

—Me crucé con Daisy en el camino —dijo mientras subía.

—Sí, estuvo aquí. ¡Qué momento!

Rowena miró las tazas vacías.

—Y no fuiste capaz de servirle una taza de té a tu adorada amiga. Mira que eres malo, ¿eh?

—Ah, el té… no… esteee… no quiso —tartamudeó.

—Fue un momento bastante tenso, ¿no? —se rio ella.

—Muy tenso —dijo él—. Dice que va a casarse con ese muchacho. Stephen no es su hijo.

—No estarás hablando en serio —dijo Rowena, poniendo cara de circunstancias—. Tiene suficiente edad para ser su… —Pero se interrumpió.

Y en vez de darle un abrazo ligero, como solía, le revolvió el cabello.

—Las personas confían en ti, tengo que admitirlo —dijo—. Pero no me gusta que esa tipa venga a verte. Vamos, cuéntame qué te dijo.

La mujer de Guatemala

Viernes a la tarde, cerca de las cuatro, terminado el trabajo de la semana, con tiempo para matar: al editor le desagradaba esa hora sin carácter, cuando todos, excepto su secretaria, habían abandonado el edificio. Deslizó en su portafolios un par de apuntes para una charla breve que debía dar en un local de mala muerte de Londres, testigo mudo de dos generaciones de protestas contra tal o cual injusticia, antes de tomar el avión nocturno a Copenhague. Recién allí comenzaría realmente su gira de conferencias, que haría las veces de unas pequeñas vacaciones. Se puso a barajar los papeles como un jugador de naipes aburrido, lamentando no tener a nadie —salvo su tosca y laboriosa secretaria— a quien matarle el punto.

La única compañía que tenía en su oficina —y debía admitir que era un amigo malhumorado— era su propio retrato colgado a sus espaldas en la pared. El editor cultivaba la artera costumbre de obligar a la gente a hacer algún comentario tranquilizador acerca de la pintura. Que estaba "muy bien hecha", como suele afirmarse en esos casos; quería escucharlos decir que el parecido era asombroso. Había un raro aire de rivalidad en ese cuadro, que, bajo un jocoso jopo de cabello blanco, exageraba su elegante mezcla de fauno pagano, bronceado por el sol, y santo cristiano, sombrío y fanático. A los treinta tenía el cabello gris; a los cuarenta y siete, por un golpe de suerte, se le había puesto sedoso y blanco. Tenía cara de actor: una nariz tallada a medida para las escenas dramáticas, unos labios dignos de la pantalla grande. Era un rostro vivaz y al mismo tiempo agobiado por las creencias y las dudas más elevadas. Cada mañana renovaba energías al encontrarse con esa imagen y, con un dejo de envidia, se despedía de ella cada noche. Las noches del retrato seguramente eran menos atormentadas que las suyas. Y ahora tendría que ocuparse de dirigir el periódico en su ausencia.

—Aquí tengo los pasajes —dijo su secretaria al irrumpir en la oficina—. Copenhague, Estocolmo, Oslo, Berlín, Hamburgo, Múnich… todo junto —dijo. Su absoluta falta de modales la convertía casi en

una rareza.

La chica dio un paso atrás y recorrió con la lengua la cara interna de sus mejillas. Sabía captar como nadie la inquietud de su jefe. Lo adoraba; pero él la volvía loca y anhelaba que se fuera de una buena vez.

—¿Le interesa saber quién está afuera esperando?—dijo. Su voz sonaba ligeramente maliciosa—. Una mujer. Una mujer de Guatemala. La señorita Mendoza. Parece que tiene un regalo para usted. Lo idolatra. Yo le dije que estaba ocupado. ¿Le digo que se vaya?

El editor se enorgullecía de su tolerancia, que se hacía por demás evidente en el hecho de haber contratado a una chica tan informal y confianzuda como su secretaria; su cabello rubio era débil y quebradizo, y su cara pecosa lo hacía tomar conciencia de su viril apostura y sus refinados modales.

—¡Guatemala! ¡Por supuesto que quiero verla! —exclamó—. ¿Cómo se le ocurre? Publicamos tres artículos sobre Guatemala. Hágala pasar.

—Usted se lo busca —dijo la chica, chasqueando la lengua. El editor, opinaba, "se moría por las extranjeras", y ella solo pretendía recordarle que el mundo estaba lleno de chicas de su misma nacionalidad, como ella.

Toda clase de hombres y mujeres iban a ver a Julian Drood: políticos que le hablaban como si a través de su persona se dirigieran al electorado, escritores pendencieros, gente con causas, excéntricos y denunciantes; hasta criminales y locos. Pero sus visitantes no eran otra cosa que opiniones para él y casi nunca prestaba atención a su aspecto. Sabía que ellos lo estudiaban de pies a cabeza y que luego andarían por allí jactándose: "Hoy estuve con Julian Drood y me dijo que…". Pero jamás en su vida había visto una persona como la que acababa de entrar. Al principio, quizás por obra del sombrero de tweed, pensó que era un hombre y hasta hubiera dicho que tenía bigote. Era un tapón, cuadrada como una caja, con una melena corta, oscura y tupida, pestañas gruesas y unos ojos amarillos incrustados en su piel cetrina como astillas de vidrio. Parecía una manifestación terca y asexuada del futuro —¿o en realidad del comienzo?— de la raza humana: torso largo, piernas cortas, como de madera. Aquella tarde, con el calor que hacía, llevaba puesto un grueso vestido de terciopelo color verde botella. Tenía sangre indígena, evidentemente; el editor ya había visto ese tipo de mujer en México. Ella le extendió una mano ancha y gruesa, que bien podría haber sostenido una pala; de hecho, aferraba una arrugada bolsa de papel marrón.

—Tome asiento, por favor —dijo el editor. Un par de pies pesados la trasladaron con paso sorprendentemente ligero hasta la silla. Se sentó muy rígida y lo miró sin expresión, como un accidente

geográfico.

—Yo sé que usted es un hombre muy ocupado —dijo—. Gracias por cederle algo de su tiempo a una desconocida.

En efecto, le parecía extraordinariamente desconocida. Las palabras no le decían nada… ¡pero la voz! El editor había esperado que hablara español o un inglés chapurreado y lleno de ripios, pero en cambio escuchó la pequeña, susurrada y pajaril monotonía de una tímida niña inglesa.

—Sí, muy ocupado —dijo—. Tengo que dar una charla dentro de una hora y después viajaré a Copenhague para dar una conferencia… ¿En qué puedo ayudarla?

—Copenhague —dijo la desconocida, como quien toma nota.

—Sí, sí, sí —dijo el editor—. Voy a dar una conferencia sobre el apartheid.

Hay personas que escuchan; y hay personas a las que, más bien, lo dicho parece quedarles impreso o grabado. A ella, además, le estaban quedando grabadas las paredes, los libros, el escritorio, la alfombra, las ventanas de la oficina; estaba memorizando cada objeto. Hasta que al fin, como una niña ansiosa, dijo:

—He soñado con este momento durante años en Guatemala. Y me decía: "¡Si solo pudiera ver el edificio donde ocurre todo!". No me atrevía a pensar que podría hablar con Julian Drood. Es como un sueño para mí. "Si algún día llego a verlo le diré", me decía, "lo que ese edificio y sus artículos hicieron por mi país".

—El edificio no sirve. Es demasiado pequeño —dijo él—. Estamos pensando en venderlo.

—Oh, no —dijo ella—. He cruzado el océano para verlo. Y para darle las gracias.

La palabra "gracias" sonaba a beso.

—¿Ha venido desde Guatemala? ¿A darme las gracias? —El editor sonrió.

—A darle las gracias desde el fondo de nuestros corazones por esos artículos —canturreó la pequeña voz.

—Entonces la gente lee el diario en Guatemala —dijo el editor, felicitando de manera tácita al país y pasando un manuscrito de una pila a otra sobre su escritorio.

—Somos pocos los que lo leemos —dijo ella—. Pocos pero valiosos. Usted nos ayudó a seguir vivos durante todos estos años oscuros. Usted mantiene encendida la antorcha de la libertad. Usted es un faro de civilización en nuestra oscuridad.

El editor se enderezó en la silla. Por supuesto que era vanidoso, pero además era un buen hombre. Y la virtud no suele ser recompensada. ¿Sería una nacionalista? ¿O no lo sería?, se preguntó. Miró el cielorraso y, como de costumbre —porque él lo sabía todo—,

encontró los títulos principales de la situación guatemalteca. Los recorrió como se recorre el teclado de un piano.

—Colonialismo financiero —dijo—, monopolio extranjero, campesinos desarraigados, nacionalismo en alza, el dilema de las poblaciones de montaña, el problema de la costa. Bananas. Hace años que no como bananas —agregó.

Los ojos amarillos de la mujer aún no lo miraban de frente. Continuaba memorizando la oficina y acababa de posar la vista en su retrato. El editor estaba enfrascado en el problema de los monocultivos cuando ella lo interrumpió.

—Las mujeres de Guatemala —dijo la guatemalteca dirigiéndose al retrato— jamás podrán pagarle todo lo que ha hecho por ellas.

—¿Las mujeres?

Francamente no recordaba… ¿había escrito algo sobre las mujeres en esos artículos?

—Usted nos da esperanzas. "Ahora", me digo cuando leo sus artículos, "el mundo escuchará" —dijo—. Somos esclavas. Las leyes hechas por los hombres, los curas y las tradiciones aberrantes nos tienen sometidas. Nosotras también somos víctimas del apartheid.

Ahora lo miraba directo a los ojos.

—Ah —dijo el editor. Las interrupciones a sus soliloquios lo aburrían—. Cuénteme un poco al respecto.

—Hablo por experiencia propia —dijo la mujer—. Mi padre era mexicano, mi madre era una institutriz inglesa. Yo sé lo que sufrió.

—¿Y usted qué hace? —dijo el editor—. ¿Supongo bien si digo que no está casada?

La rígida cara de la mujer pareció brillar al oír esa frase.

—No podría haberme casado después de haber visto cómo vivió mi madre. Éramos diez. Cuando mi padre tenía que viajar por negocios, nos encerraba a todos en la casa. Ella pedía socorro a los gritos desde la ventana, pero nadie hacía nada. La gente que pasaba por la calle se paraba a mirar y seguía de largo. Mi madre nos crio sola. Estaba exhausta. Una vez, cuando yo tenía quince años, él volvió a casa borracho y le dio una paliza. Ella estaba acostumbrada a que la golpeara, pero esa vez murió.

—Es una historia terrible. ¿Por qué no fue a ver al cónsul? ¿Por qué…?

—La molió a golpes porque se había teñido el cabello. Mi madre tenía el cabello rubio y pensó que si se lo teñía de negro como las otras mujeres con las que él salía, mi padre volvería a amarla —dijo la voz infantil.

—¿Porque se tiñó el cabello? —dijo el editor.

En realidad, el editor nunca prestaba atención a las historias extrañas de la vida privada. Le parecían frívolas. Los sucesos públicos

del mundo moderno eran mucho más extravagantes. Por esa razón, escuchó la historia por la mitad. Rápidamente lo que había escuchado se transformó en párrafos acerca de otra cosa y empezó a hacerse preguntas generales. Le interesaba saber si la señorita Mendoza podía votar y, en ese caso, por cuál partido había votado. ¿Había un bloque indígena en Guatemala? Miró su reloj. El editor era un experto en aparentar que escuchaba, mostrarse encantador, hacer una pregunta divertida y luego acompañar a sus visitantes a la puerta sin que se dieran cuenta de que la entrevista había terminado.

—Fue un asesinato —dijo la mujer con satisfacción.

El editor despertó de golpe al escuchar lo que estaba diciendo.

—¡Pero me está diciendo que fue asesinada! —exclamó.

La mujer asintió. El tema ya no parecía interesarle. Le agradaba haber causado una impresión. Tomó la bolsa de papel marrón, extrajo una lata de galletitas y la apoyó sobre el escritorio.

—Le traje un regalo —dijo— con la gratitud de las mujeres de Guatemala. Son galletas escocesas. Hechas en Guatemala. —Sonrió orgullosa ante la rareza—. Ábrala.

—¿La abro? Sí, está bien. Permítame convidarle una —dijo para darle el gusto.

—No —dijo ella—. Son para usted.

Asesinato. Galletas, pensó el editor. Sí, esta mujer está loca.

Abrió la lata, sacó una galleta y empezó a mordisquearla. Ella le miraba los dientes cuando mordía; para variar, estaba memorizando lo que veía. Estaba vigilando. Y, justo cuando él iba a levantarse para despacharla, ella estiró su brazo corto y señaló el retrato que colgaba de la pared.

—Ese no es usted —sentenció.

Lo había obligado a comer una galleta y ahora estaba al mando de la situación.

—Sí que soy yo —dijo el editor—. Creo que es muy bueno. ¿Usted no?

—Está mal —dijo ella.

—Ah. —Estaba ofendido; automáticamente puso cara de santo.

—Le falta algo —dijo ella—. Ahora que lo estoy viendo me doy cuenta de qué es lo que le falta.

Se levantó para irse.

—No se vaya —dijo el editor—. Dígame qué le falta. Lo expusieron en la academia, ¿sabe?

Empezaba a pensar que esa mujer era adivina.

—Soy poeta —dijo ella—. Veo en usted una persona con visión. Veo un líder. Ese retrato es el retrato de dos personas, no de una sola. Pero usted es uno y es único. Usted es un dios para nosotras. Usted comprende que el apartheid también existe para las mujeres.

Extendió una mano profética. El editor retomó su aspecto astuto y pagano y se la estrechó, con su mano bronceada por el sol.

—¿Puedo asistir a su charla de esta tarde? —dijo ella—. Le pregunté a su secretaria los detalles.

—Por supuesto, por supuesto, por supuesto. Sí, sí, sí —dijo el editor, y la acompañó hasta la puerta principal del edificio. Se despidieron. Él la miró alejarse con paso lento sobre sus piernas gruesas, como las de un soldado.

Entró en la oficina de su secretaria, que estaba poniéndole la tapa a la máquina de escribir.

—¿Usted sabía —le dijo el editor a su secretaria— que el padre de esa mujer mató a la madre porque se había teñido el pelo?

—Me lo dijo ella. Usted se la ganó, ¿no? ¿Qué le apuesto a que se aparece en Copenhague mañana, en la segunda fila de butacas contando desde el escenario? —dijo la chica bruta.

Se equivocó. La señorita Mendoza se sentó en la quinta fila en Copenhague. El editor no la había visto en la charla de Londres ni tampoco en el avión; pero allí estaba: retacona, simplona y morena entre los daneses altos y rubios. Al editor no le resultó fácil saber quién era porque tenía mala memoria visual. Para él, todos los rostros se mezclaban, reducidos al puñado de rasgos uniformes que asumen los que han sido convencidos. Pero la reconoció cuando bajó del escenario y la vio, bien plantada, al margen del pequeño círculo donde él asentía intermitentemente con la cabeza blanca hacia las distintas personas que le hacían preguntas. Ella escuchaba: giraba la cabeza y dirigía una mirada posesiva y crítica primero hacia el preguntón y luego, expectante, hacia él. Asentía y miraba con reprobación a los inquisidores cuando él les respondía. Era su dueña. Cada vez se acercaba más, cada vez entraba más en el círculo. El editor sintió olor a nuez moscada. Ella estaba a su lado. Tenía un sobre grande en la mano. El director del evento le dijo al editor:

—Creo que ya es hora de que lo llevemos a la fiesta.

Los invitados fueron en tres autos. Y allá estaba ella, en la fiesta.

—Hicimos los arreglos necesarios para que su amiga… —dijo el anfitrión—. Hicimos los arreglos para que usted se sentara al lado de su amiga.

—¿Qué amiga? —empezó a decir el editor. Entonces la vio, sentada a su lado. El danés encendió una vela pequeña. La piel de la mujer adquirió, ante los azorados ojos del editor, el resplandor de un ídolo. Estaba aburrido; cuando viajaba al extranjero le gustaba que las mujeres desconocidas fueran invariablemente hermosas.

—¿Nos conocemos de antes? —dijo—. Ah, sí. Ya recuerdo. Usted

vino a verme al diario. ¿Está de vacaciones aquí?

—No —dijo ella—. Vine a beber de las fuentes.

Él imaginó que le gustaban los baños termales.

—¿Fuentes? —dijo, mirando al resto de los comensales—. ¿Hay muchos spas aquí? —No era bueno para las metáforas.

Pero enseguida se olvidó de ella y se puso a hablar con sus vecinos de mesa. Ella no volvió a abrir la boca en toda la noche y al final se retiró junto con los otros invitados; pero todo el tiempo sintió su respiración pesada.

—Tengo un obsequio para usted —dijo antes de marcharse. Y le dio el sobre.

—¿Más galletas? —dijo el editor con voz zumbona.

—Es el canto inicial de mi poema —dijo ella.

—Lamentablemente —dijo él—, muy rara vez publicamos poesía.

—No se lo estoy dando para que lo publiquen. Está dedicado a usted.

Y se fue.

—Qué extraordinario —dijo el editor, y la miró partir. Luego se dirigió a sus anfitriones—: Esa mujer me dio un poema.

La risa cortés de sus interlocutores lo irritó. Casi siempre, la risa de los otros lo confundía.

El poema fue a parar a un bolsillo y quedó olvidado entre sus pliegues hasta su llegada a Estocolmo. La mujer de Guatemala estaba parada en la puerta de la sala de conferencias cuando el editor salió.

—Da la sensación de que nos estamos siguiendo —le dijo. Y a continuación le explicó a un ministro que lucía una corbata blanca—: ¿Conoce a la señorita Mendoza, de Guatemala? Es poeta —dijo, y huyó despavorido mientras los dos se saludaban.

Dos días más tarde, la mujer se apareció en su conferencia en Oslo. Ahora en primera fila. La vio un cuarto de hora después de haber empezado a hablar. Su presencia lo irritó tanto que comenzó a trabarse con las palabras. Una frase intrusiva le vino a la mente —“asesinó a su esposa”— y su voz, naturalmente aguda, subió un semitono más y estuvo a punto de contar la anécdota. Algunas damas del público apoyaban la mejilla en el índice, inclinando apenas la cabeza para contemplar su perfil. El editor hizo un gesto desdeñoso en dirección a la audiencia. Acababa de recordar cuál era el problema. No tenía nada que ver con el asesinato; simplemente se había olvidado de leer el poema.

Los poetas desconocían la misericordia, y el editor lo sabía. La única manera segura de quitárselos de encima era leer sus poemas de inmediato. Ellos miraban con piedad y desprecio mientras uno leía, y argumentaban ofendidos cuando él les decía cuáles versos le habían gustado. Decidió enfrentarla. Después de la conferencia, la interceptó.

—Qué suerte —dijo—. Pensé que había dicho que viajaba a Hamburgo. ¿Dónde se hospeda? Su poema me pesa en la conciencia.

—¿Sí? —dijo con voz aniñada—. ¿Cuándo vendrá a verme?

—La llamaré —dijo el editor en franca retirada.

—Iré a escucharlo en Berlín —dijo ella con toda intención.

El editor la evaluó. Había una mirada de magnético e inhumano afán en sus ojos. Pero no lo estaban mirando; más bien, lo leían. Ella conocía su futuro.

De regreso en el hotel, leyó el poema. El mensaje era claro. Empezaba diciendo:

He visto al liberador
El enemigo de la esclavitud
La deidad.

Continuó leyendo, salteándose un par de páginas, y levantó el tubo del teléfono. Primero oyó una respiración infantil, y después aquella voz pequeña y decidida. El editor le sonrió al teléfono y dijo, con voz indulgente, lo bueno que era el poema. La respiración se volvió pesada, como el sonido del océano. Parecía que estaba cruzando el Caribe o el Atlántico en vapor o en avión para alcanzarlo.

—Usted no ha entendido cuál es el tema —dijo—. Las mujeres estamos haciendo historia. Yo soy la historia de mi país.

Como ella no paraba de hablar, el aburrimiento se adueñó de él. Su rostro de hombre culto e instruido se volvió de piedra.

—Sí, sí, ya veo. ¿No hay una antigua creencia india que dice que un dios blanco vendrá del Este a liberar al pueblo? Extraordinario, totalmente extraordinario. Cuando regrese a Guatemala debe continuar su poema.

—Lo estoy haciendo ahora mismo. En mi cuarto —dijo ella—. Usted es mi fuente de inspiración. Trabajo todas las noches desde que lo vi.

—¿Quiere que le envíe este ejemplar por correo a su hotel en Berlín? —dijo él.

—No, mejor démelo en mano cuando nos encontremos allí.

—¡Berlín! —exclamó el editor. Sin pensar, sin darse cuenta de lo que estaba diciendo, prosiguió—: Pero yo no pienso ir a Berlín. Volveré a Londres hoy mismo.

—¿Cuándo? —quiso saber la mujer—. ¿Puedo ir a hablar con usted ahora?

—Lamentablemente no. Parto dentro de media hora —dijo el editor.

Recién cuando colgó el teléfono se dio cuenta de que estaba sudando y de que había dicho una mentira. Había perdido la cabeza.

Peor aún: en Berlín, si es que se la cruzaba también allí, tendría que inventar otra mentira.

En efecto, fue peor todavía. Cuando llegó a Berlín, ella no estaba. Era casi perverso de su parte… pero su ausencia lo alarmó. Se sentía avergonzado. El aura sombría del santo reemplazó al pagano en su armonioso rostro. Por cierto, después de su conferencia un hombre del público dijo que se había mostrado evasivo respecto de la cuestión de la raza.

Pero en Hamburgo, al final de la semana, la voz de la mujer resonó en el fondo de la sala:

—Me gustaría preguntarle al gran hombre que esta noche llena todos nuestros corazones si alguna vez ha pensado que los peores racistas son los que oprimen y engañan a las mujeres.

Asestó el golpe y volvió a sentarse, desapareciendo detrás de los anchos hombros de los corpulentos varones alemanes.

La sonrisita inteligente del editor se esfumó. Echó hacia atrás la heroica cabeza como si le hubieran disparado, y recuperó el equilibrio apoyando las yemas de los dedos en el escritorio. Inclinó la cabeza y bebió un vaso de agua, parte de cuyo contenido derramó sobre su corbata. Miró a su alrededor como buscando ayuda.

—Amigos míos —hubiera querido decir—, esa mujer me está siguiendo. Me ha seguido por toda la península escandinava y Alemania. Tuve que decirle una mentira para escapar de ella en Berlín. Me persigue. Está escribiendo un poema. Quiere obligarme a leerlo. Asesinó a su padre… quiero decir, su padre asesinó a su madre. Está loca. Alguien tiene que sacarme de esta situación.

Pero logró recomponerse y se hundió en ese abismo de desesperación donde solo naufragan los aficionados y los oradores más mediocres.

—Es una buena pregunta —dijo.

Se oyeron dos risas irreverentes entre el público, probablemente de la colonia inglesa o la norteamericana. Había vuelto a quedar como un idiota. Con torpeza, al final atinó a aferrarse a esa deriva de generalizaciones históricas que casi siempre lo sacaba a flote. Oyó su voz navegando por el siglo XVIII, zambulléndose en Rousseau, deslizándose sobre Tom Paine y *Los derechos del hombre*.

—¿Este lugar tiene alguna salida por el fondo? —le preguntó al director ni bien concluyó la conferencia—. ¿Podría alguien vigilar los movimientos de esa mujer? Me está siguiendo.

Lo hicieron salir por la puerta de atrás.

En el hotel, alguien deslizó un poema debajo de su puerta.

Después de haber mamado de Rousseau
Fuerte y poderoso en el divino mensaje de la Naturaleza

Toma a Guatemala en tus brazos.

En el último renglón decía: “Habitación 363”. ¡Estaba alojada en el mismo hotel! Llamó a la recepción, dijo que no recibiría llamados y pidió que lo trasladaran a otro cuarto en un piso más bajo, cerca de la escalera principal y cerca de la salida. Una vez a salvo en su nueva habitación, cambió el horario de su vuelo a Múnich.

Había un mensaje para él en la recepción.

—La señorita Mendoza dejó esto para usted —le dijo el conserje— antes de viajar a Múnich esta mañana.

El mensaje estaba acompañado por un poema. Comenzaba así:

Famélica en la larga noche de los siglos
Esperé al que iba a liberarme
No podrá escapar de mí.

Su mano tembló al hacer pedazos el mensaje y el poema. Fue hacia la puerta. El botones corrió tras él con el comprobante de pago, que había dejado olvidado sobre el mostrador.

El editor era un hombre de cierta fama. Los periodistas iban a visitarlo. A menudo lo reconocían en los hoteles. La gente decía su nombre en voz alta cuando lo leía en las listas de pasajeros. Los caricaturistas tendían a alargarle el cuello cuando lo dibujaban porque habían detectado que tenía el hábito de estirarlo en las fiestas y reuniones con la esperanza de ver y ser visto.

Pero no estiró el cuello en el vuelo a Múnich. Se dejó el sombrero puesto y hundió el mentón en el pecho. Anhelaba el anonimato. Lo invadía una sensación que no había sentido en años, que jamás había vuelto a sentir desde los días anteriores al deshielo en Rusia; sentía que lo estaban siguiendo, no una sino varias docenas de personas. ¿Quiénes eran todos esos pasajeros del avión? ¿Esos dos hombres de impermeable habían estado en su hotel?

Subió al primer taxi que vio en el aeropuerto. En el hotel fue directo al mostrador de recepción.

—Señor Julian Drood y señora —dijo el conserje—. Sí. Cuatrocientos quince. Su esposa ya llegó.

—¡Mi esposa! —Estar rodeado por un grupo pequeño de gente siempre solía despertar al actor que había en él. Giró la cabeza para mirar al extraño parado a su izquierda frente al mostrador y soltó una risita jocosa—. ¡Pero si yo no estoy casado! —El extraño se retiró. El editor se dirigió entonces a una pareja que también estaba esperando —. Decía que no soy casado —dijo.

Y se dio vuelta para ver si podía convocar más oyentes.

—Esto es ridículo —dijo. Pero nadie le prestaba atención, de modo

que le espetó al conserje en voz muy alta—: Permítame ver el registro de huéspedes. La señora Drood no existe.

El conserje puso cara de hombre de mundo para disipar cualquier preocupación acerca de la respetabilidad del hotel que pudiera asaltar a los huéspedes que todavía esperaban. Pero allí, en el formulario, vio escritas, con la letra de ella, las palabras: *Señor Drood y señora.*

El editor sacó a relucir una vez más sus dotes de actor y encaró al grupo.

—Una impostora —gritó. Y se rio, invitando a los presentes a participar de la comedia—. Una mujer que viaja por el mundo usando mi apellido.

El conserje y los extraños lo ignoraron. En todos los viajes siempre aparecen ingleses locos por todas partes.

La cara del editor se ensombreció cuando comprobó que había agotado la paciencia y el interés de sus congéneres.

—Cuatrocientos quince. Equipaje —llamó el conserje.

Un joven botones se escurrió rápido como un lagarto y recogió las valijas del editor.

—Espere. Espere —dijo el editor.

Frente a ese joven tan prolijamente uniformado tuvo la repentina sensación de estar casi desnudo. Se le ocurrió que, cuando llegara el Día del Juicio Final, a uno lo estarían esperando varios jóvenes mundanos, tarareando una melodía cuyo nombre no conoceremos, y cargarán con suprema indiferencia no solo nuestros pecados sino nuestras virtudes en un par de valijas, y sus rostros dejarán traslucir un conocimiento oculto.

—Tengo que hacer un llamado —dijo el editor.

—Por allí —dijo el joven, apoyando las valijas en el suelo.

El editor no fue hacia el teléfono sino hacia la puerta principal del hotel. Consideró la libertad de la calle. Lo más sensato que podía hacer era marcharse enseguida, pero sabía que la mujer estaría en su conferencia esa noche. Tenía que aclarar ese entuerto de una vez y para siempre. Y tendría que hacerlo ahora. Volvió sobre sus pasos y fue hasta la cabina telefónica. Estaba vacía, como una trampa. Pasó de largo. Detestaba el estilo vidriado, prostibulario e hipócritamente impersonal de las cabinas telefónicas. Siempre conservaban el desagradable calor de las emociones pasajeras que otros habían dejado. Dio media vuelta: todavía continuaba vacía. "¿Seguramente —hubiera querido decirles a las personas que iban y venían por el foyer del hotel— alguno de ustedes necesita llamar por teléfono?". Era hiriente que a nadie le interesara lo que le ocurría. Era como si hubiese escrito un artículo y nadie lo leyera. Hasta el botones se había ido. Sus dos valijas lo esperaban en el suelo, apoyadas contra el mostrador. Él y ellas habían dejado de ser noticia.

Empezó a caminar rápido de un lado a otro, pero nadie se inmutó. Se detuvo en todo lugar donde pudieran verlo, sin pasar completamente inadvertido porque su hermoso cabello siempre hacía girar las cabezas.

El editor volvió a dirigirse a su público en silencio. "Ustedes no comprenden el meollo de la situación. Todo el que ha leído mis editoriales sabe que me opongo, por una cuestión de principios, a la idea misma del matrimonio. Y por eso el comportamiento de esta mujer es tan ridículo. Pensar en casarse en un mundo que atraviesa una de las etapas más abominables de su historia es pueril".

Soltó una risita breve, sarcástica. El público se mostró indiferente.

Entró en la cabina telefónica y, dejando la puerta abierta para que todos oyeran, llamó a la habitación de la mujer.

—Soy Julian Drood —dijo bruscamente—. Es importante que nos veamos ahora mismo, en privado, en su cuarto.

La oyó respirar. ¡Era increíble que la raza humana pensara que bastaba con respirar! Uno hace una pregunta importante, trascendental… ¿y qué ocurre? Respiran. Entonces oyó la pequeña voz: hizo un sonido confuso, húmedo.

—Ah —dijo. Y volvió a jadear—: Sí.

Las dos palabras eran la cresta de una ola a punto de romper e irrumpir sobre la arena para luego retirarse con un prolongado e insidioso siseo.

—Claro —agregó. Y esa sola palabra era un largo, sediento siseo.

Al editor no dejaba de sorprenderle que su brusquedad recibiera una respuesta tan melancólica.

"¡Santo cielo —pensó—, ella está en esa habitación!". Y debido a que ella era invisible, y a la distancia que la línea telefónica imponía entre ambos, él sintió que ella se deslizaba por el cable —la cabeza primero, con la boca abierta— y lo ahogaba. Colgó el tubo y se rascó la oreja; un pedazo de ella parecía haberse enroscado allí. La oreja del editor había oído pasión. Y pasión en clímax.

Muchas veces había oído hablar de la pasión. Muchas veces le habían hablado de eso. La había visto en la ópera. Tenía amigos —que generalmente acudían a él en busca de consejo— enredados en la pasión. Él jamás la había sentido y tampoco la sentía ahora; pero mientras caminaba desde la cabina telefónica hacia el ascensor supo que su papel había cambiado. Esa mujer no era un mero incordio: era como Tosca. El pagano se volvió perruno y el santo, furtivo al entrar al ascensor.

—Ah —suspiró en voz alta, dirigiéndose al ascensorista—. *Les femmes*.

Pero el alemán no entendía francés.

El editor salió del ascensor y, dejando atrás una vigilante puerta

blanca tras otra, llegó a la 415. Golpeó dos veces. Como no obtuvo respuesta, abrió la puerta.

Sintió que chocaba contra una pared invisible de especias y perfumes y retrocedió, pensando que se había equivocado. Una muñeca de trapo de piernas largas y grandes ojos azules lo miraba desde la cama; en el suelo había una valija a medio desempacar de la que colgaban ropas raras. Había un par de zapatos de mujer encima del sofá.

Y allí, de espaldas al pequeño escritorio donde había estado escribiendo, se encontraba la señorita Mendoza. O mejor dicho el vestido color verde botella, la figura cuadrada de la señorita Mendoza; pero su cabeza no. Su cabello ya no era negro; era dorado. La cabeza del ídolo había sido cortada y reemplazada por otra: por una cabeza de mujer. La cara no tenía expresión alguna, hasta que reflejó la sorpresa del rostro del editor; después, una mirada escrutadora de horror se adueñó de ella: la mirada de alguien que fue sorprendido cometiendo una atrocidad. Bajó la cabeza, súbitamente acobardada y temerosa. Levantó con rapidez un par de medias que había dejado sobre la cama y las ocultó detrás de la espalda.

—Usted está enojado conmigo —dijo con la cabeza todavía baja, como una niña obstinada.

—Usted está en mi habitación. Usted no tiene ningún derecho a estar aquí. Yo estoy muy enojado con usted. ¿Cómo se atreve a registrarse con mi apellido…? Aparte de que, más allá de cualquier otra consideración, es ilegal hacerlo. Usted está al tanto de eso, ¿no? Debo pedirle que se vaya o de lo contrario tendré que tomar las medidas necesarias para que…

La mujer seguía con la cabeza gacha. Tal vez no tendría que haber dicho la última frase. Ese cabello rubio le daba un aspecto patético.

—¿Por qué hizo esto?

—Porque usted no quiere verme —dijo ella—. Usted ha sido cruel conmigo.

—Pero, señorita Mendoza, ¿no se da cuenta de lo que está haciendo? Yo prácticamente no la conozco. Usted me ha seguido por toda Europa; me ha acosado. Se mete en mi habitación. Finge ser mi esposa…

—¿Usted me odia? —murmuró ella.

Maldita sea, pensó el editor. Tendría que haber cambiado de hotel de inmediato.

—Yo no sé nada de usted —dijo.

—¿No quiere saber nada de mí? ¿No quiere saber cómo soy? Yo sé todo de usted —dijo ella, levantando la cabeza.

El reproche confundió al editor. Perdió el impulso de actuar. Miró su reloj.

—Dentro de media hora vendrá a verme un periodista —dijo.

—No molestaré —dijo ella—. Voy a salir.

—¡Cómo que va a salir! —dijo el editor.

Entonces comprendió en qué se estaba equivocando. Había olvidado —quizás por obra de tantos viajes al exterior para dar conferencias, dirigiéndose siempre al rostro de la multitud— cómo tratar con personas difíciles.

Empujó los zapatos a la otra punta del sofá para tener donde sentarse. Uno de los zapatos cayó al suelo, pero a fin de cuentas era su habitación y tenía todo el derecho del mundo a sentarse.

—Usted está enferma, señorita Mendoza —dijo.

Ella clavó los ojos en la alfombra.

—No estoy enferma —dijo.

—Usted está enferma y, creo yo, es muy infeliz. —Puso voz de entendido.

—No —dijo ella en voz baja—. Soy feliz. Porque usted está hablando conmigo.

—Usted es una mujer muy inteligente —dijo él—. Y por eso comprenderá lo que voy a decirle. Las personas talentosas como usted son muy vulnerables. Usted vive en su imaginación y eso la deja expuesta. Yo lo sé muy bien.

—Sí —dijo ella—. Usted ve todas las injusticias del mundo. Usted sufre por ellas.

—¿Yo? Sí —dijo el editor con su sonrisa de santo. Pero enseguida se recuperó de la alabanza—. Le estoy diciendo otra cosa. Su imaginación es parte de su talento poético, pero la somete a engaños en la vida real.

—No es así. Yo lo veo a usted tal como es.

—Siéntese, por favor —dijo el editor. No soportaba que estuviera parada, mirándolo desde arriba—. Cierre la ventana, hay demasiado ruido.

Ella obedeció. El editor se alarmó al ver que el cierre de su vestido estaba a medio subir, y mucho más todavía al ver asomar la parte superior de una prenda de ominoso encaje. No toleraba a las mujeres desaliñadas. Comprendió que la situación era urgente. Hizo un enorme esfuerzo para mostrarse afable.

—Fue muy amable de su parte asistir a mis conferencias. Espero que le hayan resultado interesantes. Yo creo, modestamente, que salieron bastante bien… me hicieron buenas preguntas. Pero uno nunca sabe, por supuesto. Uno llega a un lugar extraño y ve un salón lleno de personas a las que no conoce… Y usted tal vez no me creerá puesto que lo he hecho miles de veces… pero siempre es grato ver una cara conocida. Al principio, uno se siente perdido…

Esas palabras le dieron esperanzas.

Pero no era verdad. El editor jamás se sentía perdido. En cuanto se paraba en el estrado tenía la impresión de estar hablándole a toda la raza humana. Eso lo hacía sufrir. El sufrimiento humano generalizado había impreso ese rictus de dolor en su cara.

—Pero, como usted sabe —dijo con severidad—, nuestros sentimientos nos engañan. Sobre todo en ciertas etapas de la vida. Yo estaba preocupado por usted. Veía que algo andaba mal. Estas cosas ocurren muy de golpe. Sabrá Dios por qué. Usted ve a un hombre al que tal vez admira —aparentemente esto les ocurre más a las mujeres que a los hombres— y proyecta en él algún amor olvidado. En su caso, me atrevería a decir que probablemente haya proyectado una imagen de su padre, a quien odió todos estos años por lo que hizo cuando usted era una niña. Es así como, según dice la gente, uno se obsesiona o es presa de una ilusión. No me gusta esa palabra. Lo que quiero decir es que no nos enamoramos de un hombre o de una mujer reales sino de una visión, de una imagen que nosotros mismos proyectamos. Existen muchísimos ejemplos en los que podemos pensar…

El editor estaba sudando. Ojalá no le hubiera pedido que cerrara la ventana. Sabía que tarde o temprano su mente iba a derivar hacia los ejemplos históricos. Se preguntaba si convendría contarle la historia de Jane Carlyle, la esposa del historiador, que había ido a escuchar una conferencia del famoso padre Matthew sobre la templanza e, histérica y exaltada, había subido de un salto al escenario para besarle las botas. Y había otros ejemplos. Pero justo en ese momento no podía recordarlos. Optó entonces forzosamente por la señora Carlyle. Fue un error.

—¿Quién es la señora Carlyle? —dijo la señorita Mendoza con suspicacia—. Yo nunca besaría los pies de un hombre.

—Las botas —dijo el editor—. Ocurrió arriba de un escenario.

—Las botas tampoco —estalló la señorita Mendoza—. ¿Por qué me tortura? Me dice que estoy loca.

El imprevisto giro de la conversación tomó por sorpresa al editor. Hasta el momento parecía marchar sobre rieles.

—Por supuesto que usted no está loca —dijo—. Una loca no podría haber escrito ese gran poema. Solo estoy diciendo que valoro sus sentimientos pero que no obstante usted debe comprender que yo, lamentablemente, no la amo. Usted está enferma. Está exhausta.

Los ojos amarillos de la señorita Mendoza se pusieron brillosos al escuchar sus palabras.

—Entonces —dijo en veta grandilocuente— no soy sino un fastidio para usted.

Se levantó de la silla y él vio que temblaba.

—Si es así, ¿entonces por qué no se va de esta habitación ahora mismo? —dijo.

—Pero —dijo el editor, riéndose—, si me permite recordárselo, esta es mi habitación.

—Yo firmé el registro de pasajeros —dijo la señorita Mendoza.

—Está bien —dijo el editor con una sonrisa—, pero eso no tiene importancia, ¿no?

El aburrimiento y la sensación de absoluta pérdida de tiempo (sobre todo si uno pensaba en las masacres, los bombardeos, los encarcelamientos que son moneda corriente en el mundo) inherentes a toda cuestión personal lo abrumaban. Nunca dejaba de sorprenderlo que durante una crisis espantosa —como la de Cuba, por ejemplo— tanta gente abandonara a su esposa, su esposo o su amante con una simple carta; la extraordinaria, irresponsable persistencia de los arrebatos amorosos. Una especie de guerra de guerrillas en otro contexto. Y ahí estaba él ahora, en medio de una. ¿Qué podía hacer? Miró la habitación a su alrededor como buscando ayuda. Ni el ruido del tráfico en la calle, ni la imagen borrosa de las personas moviéndose detrás de las ventanas en las oficinas de enfrente, ni la publicidad de cerveza podían ayudarlo. La humanidad lo había abandonado. Lo más parecido a algo humano —ahora volvía a verla— era la muñeca sentada encima de la cama, una marioneta absurda salida de un cabaret, de una rifa o del cuarto de los niños. Tenía un penacho de cabello rojo, tontas mejillas rojas y ojos azules salientes con largas pestañas de algodón. Vestía una falda corta y tenía piernas descabelladamente largas con medias a cuadros. Qué infantiles eran las mujeres. Por supuesto (recién ahora se le ocurría pensarlo): la señorita Mendoza era tan infantil como su voz. El editor dijo en son de broma:

—Veo que tiene una amiguita. Es muy linda. ¿Viene de Guatemala? —Y con frivolidad flagrante, porque el objeto no le gustaba, dio uno o dos pasos hacia la muñeca. La señorita Mendoza le dio un empujón y se la arrebató antes de que pudiera agarrarla.

—No la toque —dijo, diminuta y feroz.

Levantó a la muñeca y, abrazándola con miedo, buscó un lugar donde ponerla fuera del alcance del editor. Caminó hasta la puerta, pero enseguida cambió de opinión y corrió hacia la ventana. La abrió de par en par; el viento movía las cortinas y ella tenía una mirada extraña, como si acabara de ocurrírsele una idea desesperada: tirarse al vacío con la muñeca. Se dio vuelta para pelear, de ser necesario. Él estaba demasiado desconcertado para moverse y cuando ella vio que permanecía inmóvil, su rostro asustado cambió de expresión. Arrojó la muñeca al suelo y se dejó caer sobre una silla que estaba cerca; encorvando los hombros se tapó la cara con las manos y se puso a llorar, negando con la cabeza. Las lágrimas corrían entre sus dedos, derramándose sobre el dorso de las manos. Entonces bajó las manos y,

suave y deshecha, corrió hacia el editor y se colgó de su chaqueta.

—Váyase. Váyase —gimió—. Perdóneme. Perdón. Lo siento. —Reía y lloraba al mismo tiempo—. Como usted dijo… estoy enferma. Oh, por favor perdóneme. No entiendo por qué hice esto. Hace una semana que no como. Debo haber perdido la cabeza para hacerle esto. ¿Por qué? No puedo pensar. Usted ha sido tan amable conmigo. Podría haber sido cruel. Tenía razón. Usted tuvo el coraje de decirme la verdad. Me siento tan avergonzada, tan avergonzada. ¿Qué puedo hacer?

No le soltaba la chaqueta. Sus lágrimas caían sobre las manos del editor. Estaba suplicando. Levantó la vista.

—Fui una tonta —dijo.

—Venga aquí, siéntese —dijo el editor, e intentó llevarla hacia el sofá—. Usted no es ninguna tonta. No hizo nada malo. No tiene por qué avergonzarse.

—No puedo soportarlo.

—Venga a sentarse —dijo él, rodeándole los hombros con el brazo —. Me sentí muy orgulloso cuando leí su poema. Mire —dijo—, usted es una mujer muy talentosa y sumamente atractiva.

No dejaba de sorprenderlo que una mujer tan pesada no fuera maciza al tacto, sino liviana y suave. Sentía su piel, ardiente debajo del vestido. Su aliento era ardiente. La agonía era ardiente. El pesar era ardiente. Su ropa, sobre todo, ardía. Tal vez fuera debido al calor que le daba la ropa que, por primera vez en años, tuvo la sensación de estar abrazando a un ser humano. Jamás había sentido eso cuando, en contadas ocasiones, había abrazado a una mujer desnuda en su cama. Entonces hizo algo increíble para sí mismo. Le besó con dulzura la coronilla, rozando apenas con los labios ese cabello rubio que no le gustaba. Fue como besar un felpudo recalentado que olía a quemado.

Con el beso, ella se aflojó y dejó de llorar. Se apartó de él, intimidada.

—Gracias —dijo con gravedad y él sintió que lo estaba estudiando, memorizándolo incluso, tal como había hecho en la primera visita a su oficina.

Ella recuperó su aspecto de ídolo. Luego pronunció una revelación.

—Usted no ama a nadie excepto a sí mismo.

Y lo peor de todo fue que sonrió. Hasta ese momento él había estado convencido, y eso le infundía terror, de que ella esperaba que volviera a besarla. Pero ahora no podía soportar lo que acababa de decirle. Sentía que la perdía.

—Tenemos que hablar —dijo, perturbado—. Nos encontraremos en la conferencia esta noche.

La sombra del futuro que le esperaba pasó por la cara de la mujer.

—Oh, no —dijo. Ya era libre. Le estaba advirtiendo que no podría

sacar ventaja de su dolor.

—¿Esta tarde? —insistió él, e intentó tomarle la mano; pero ella la retiró.

Y entonces, para su enorme desconcierto, ella comenzó a evadirlo. Se puso a empacar. Metió como pudo algunas prendas en la valija. Después fue al baño y en el ínterin llegó el botones con las dos valijas del editor.

—Espere —dijo el editor.

Ella salió del baño, muy pálida, y terminó de guardar en la valija las pocas cosas que todavía quedaban afuera.

—Le pedí al botones que esperara —dijo el editor.

El beso, el cabello dorado, el calor de su cabeza hacían volar su mente.

—No quiero que se vaya así —dijo el editor.

—Ya escuché lo que le dijo al botones —dijo ella, cerrando apresuradamente la valija—. Adiós. Y gracias. Me ha salvado de algo espantoso.

El editor no pudo moverse cuando la vio partir. No podía creer que se había marchado. Aún sentía el rastro de su perfume en el aire y se dejó caer en una silla, exhausto, pero debatiendo con su conciencia. ¿Por qué le habría dicho ella que sólo se amaba a sí mismo? ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Ojalá hubiera alguien allí a quien pudiera explicarle, alguien a quien preguntarle. Se sentía solo, algo casi inaudito en su vida. Fue hasta la ventana para mirar a la gente que pasaba por la calle. Después miró la cama y lo que pensó lo dejó perplejo: “Nunca en mi vida tuve una aventura”. Salió corriendo de la habitación y fue directo al mostrador de recepción. ¿Ella todavía estaba en el hotel?

—No —dijo el conserje—. La señora Drood se fue en un taxi.

—Le pregunté por la señorita Mendoza.

—No tenemos ningún huésped registrado bajo ese nombre.

—Qué raro —mintió el editor—. Tenía que encontrarse aquí conmigo.

—Tal vez esté en el Hofgarten, pertenece a la misma empresa.

Pasó una hora entera en el teléfono, llamando a todos los hoteles. Fue en taxi a la estación de ferrocarril, después intentó con las aerolíneas hasta que luego, al caer la tarde, fue al aeropuerto. Sabía que no había esperanzas. “Yo también debo estar loco”, pensó. Miraba a todas las mujeres de cabello rubio que se cruzaban en su camino: la ciudad estaba llena de mujeres así. Con el ruidoso correr de la tarde cejó en su búsqueda. Le gustaba hablar de sí mismo y de sus cosas, pero nunca podría describir a nadie cómo había sido aquel día. No se atrevía a volver a su habitación; se sentó en el vestíbulo a leer el diario, luchando consigo mismo y mirando a todas las mujeres que

pasaban. No pudo comer y ni siquiera beber y fue caminando hasta el lugar de la conferencia con la esperanza de encontrarla. Una o dos veces tuvo la impresión, que le provocó una risa amarga, de que recién había pasado por allí, dejando sus huellas casi imperceptibles en el pavimento. Lo más extraordinario de todo era que ella encarnaba exactamente la clase de mujer que él no podía ver ni pintada: cuadrada, retacona, fea. Debía ser horrible sin ropa. Intentó exorcizarla con imágenes obscenas. Pero las imágenes se disiparon para dar paso a una visión transformada, idealizada de ella. Empezó a verla alta y morena, o joven y rubia; sus ojos cambiaban de color, su cuerpo tenía curvas voluptuosas, o era atlético y delgado. Sentado en el escenario donde debía dar la conferencia, mientras escuchaba el discurso de presentación ponía caras que asombraban al público por su mecánico despliegue de ansiedad seguida de desprecio. Su mirada iba sistemáticamente de una hilera de asientos a otra, buscándola. Se puso de pie para hablar.

—Damas y caballeros —empezó. Estaba persuadido de que sería la mejor conferencia de su vida. Lo fue. Apremiante, cautivante, angustiante, elocuente. Le estaba pidiendo que regresara.

Y entonces, después de un farragoso debate que prácticamente no escuchó, volvió al hotel. Ahora tendría que enfrentar la burla de la habitación. Entró y efectivamente así fue. La mucama había vuelto a tender la cama y sobre el cobertor yacía la muñeca, las piernas prolijamente juntas, mirándolo con sus ridículos ojos azules. Le pareció que parpadeaban. Se había olvidado de llevársela. Había dejado atrás su infancia.

Una viuda descuidada

Después de una caminata de más de tres kilómetros por los campos que conducían al acantilado para irse aclimatando al lugar —esas fueron sus palabras— el primer día de sus vacaciones, Frazier volvió al hotel. Se dio una ducha para sacarse los restos de Londres de la piel y luego, evitando el bar, que a esa hora ya estaba atestado de jugadores de golf, salió a la terraza para estar solo. Hacía tres o cuatro años que se hospedaba en ese hotel en primavera; era un hombre al que le gustaba alojarse en un lugar lleno de gente de mediana edad; muchos de los huéspedes se conocían tanto entre ellos que a él le resultaba fácil evitarlos y estar solo. Él salía a caminar todo el día; ellos iban a la cancha de golf o daban vueltas en sus automóviles. Si lo conocían, era solo por el apellido: "Frazier con *i* latina", decía con una mirada pedante y penetrante, elevando al cielo sus ojos azul pétreo como un maestro de escuela de gran estatura que se burla de un niño. De hecho, era un peluquero que viajaba a ese lugar solitario de la costa atlántica para quitarse de encima, aunque fuera por un rato, el nombre de Lionel: así lo llamaban en el oneroso *salon de coiffure* de Londres donde sus servicios eran muy buscados. ("Ya sabes", decían las señoras, "lo difícil que es conseguir turno con Lionel"). Era un hombre alto y esbelto, no uno de esos barberos de pecho hundido que gesticulan blandiendo peines y tijeras alrededor de uno y que se han vuelto cínicos de tanto adular a los clientes. Al contrario, a pesar de su cabeza de muñeco coronada por una mata de cabello gris y de las líneas nerviosas de su rostro alargado, Frazier era tranquilo y desapasionado como un soldado.

En aquel momento, en la terraza del hotel, observaba las nubes distantes sobre el mar a menos de un kilómetro del jardín, y las casonas dispersas que reflejaban el púrpura, el negro, el rosado oscuro y el dorado del atardecer parecían adoptar nuevas formas en una de esas puestas de sol espectaculares tan comunes en esa costa. Rompió el hechizo extendiendo la mano: observó la palma y los dedos abiertos y estirados como si mirara un espejo. Y luego, después de la recaída

en el hábito de su oficio, volvió a contemplar el cielo hasta que el sonido de la puerta de la terraza al abrirse lo obligó a darse vuelta. Vio a una mujer de mediana edad y un hombre joven parados en la puerta. Vio que ella aferraba el brazo del joven para reprenderlo con gesto amenazante. Vio que le soltaba el brazo. Fueron a sentarse a una mesa en la otra punta de la terraza. Frazier, que prefería estar solo, decidió que ya era hora de entrar; pero la mujer levantó la vista cuando él se dirigía hacia la puerta.

—¡Lionel! —lo llamó. Y después corrió hacia él—. ¿Qué está haciendo aquí? ¡Qué extraordinario encontrarlo, justamente a usted, en este hotel!

—Señora… —Frazier se detuvo en seco; sus ojos se agrandaron de horror—. ¡Señora Morris! No puedo creerlo. ¿Cómo lo encontró usted? ¿Cuándo llegó? —Se recompuso enseguida y los finos rasgos de su cara recuperaron una expresión de cortesía—. Qué placer inesperado.

—Le presento a mi hijo —dijo ella con entusiasmo—. Acaba de llegar de Canadá.

Y le dijo al hijo:

—Tom, ya te escribí acerca de Lionel. Te conté que me salvó la vida cuando Alec cayó enfermo.

El hijo, un joven alto y corpulento, miró a Frazier con esa mirada mundana propia de quien, más que sorprenderse, se aburre de la acendrada costumbre materna de andar mirando hombres por todas partes y, de un momento al otro, encararlos y decirles: “Creo que nos hemos visto antes”.

—No lo puedo creer, Lionel —dijo la mujer. Y agregó, casi socarronamente—: ¡Qué emoción!

Ya habría sido bastante malo, pensó Lionel, si la señora Morris hubiera sido una de sus clientes. ¡Era todavía peor que fuera su vecina del departamento de abajo en Londres, a quien (hasta ese momento pensaba) por fin se había quitado de encima! ¡Y en su mismo hotel! Una mujer que hablaba sin parar y jamás terminaba las frases. Una viuda torpe, excesiva e indefensa, con un rostro dramático que se asomaba entre su grueso cabello como si este fuera un telón negro, viejo y raído que enmarcaba sus mejillas.

Frazier hizo todo lo que pudo por disimular la desagradable sorpresa de haberla encontrado allí. Pero enseguida se dio cuenta de que ella sabía lo que él sentía, porque la mirada dramática se esfumó. Ahora le dirigía una mirada humilde, culposa, la mirada propia de alguien propenso a excesos de gratitud que, veía, no eran bien recibidos.

—A propósito —dijo con orgullo—, Tom y yo no estamos alojados en este hotel. Es demasiado caro. Alquilamos una habitación en una de las casonas del camino. Solo venimos a comer. Hace muchos pero

muchos años yo residía por estos parajes. Cuando tú eras un niño, Tom. Tenemos muchos amigos de aquella época aquí.

Y entonces, con una carcajada, se quitó de encima el espanto que había visto en la cara de Lionel y le dijo a su hijo:

—¡Yo sé lo que hace Lionel! Caminar y caminar. El día entero. Francamente… no sé cómo se las arregla, Lionel. Yo ya no puedo andar subiendo y bajando cuestas. ¿Sabías, Tom, que Lionel cruza a pie Hyde Park dos veces por día para ir a trabajar? ¡Y se pasa el día entero parado! Yo lo veo irse todas las mañanas desde mi ventana, Lionel.

—Ah —dijo Frazier, un poco avergonzado porque le gustaba su risa—. Seguramente volveremos a cruzarnos.

—Solo vinimos a cenar. Mañana empezamos temprano —le dijo a su hijo—. Iremos a Land's End.

Para poder escapar, Lionel dijo que bajaría a ver cómo estaba la marea.

—Siempre me ha gustado observar la marea —dijo, y abrió la puerta de la terraza para que entraran, después de lo cual él se fue y ellos se dirigieron hacia el comedor.

¡Qué desastre! ¿Amigos aquí? Lo dudo. Ella estaba en pie de guerra ¡persiguiéndolo con su lengua imparable! No se alojan en el hotel, pero vienen a comer todas las noches. ¡Ay, Dios! Le habían arruinado sus caminatas a orillas del mar. ¿Se le habría escapado el nombre del hotel en alguna de las charlas que había mantenido con ella en Londres? En el salón solía chusmear sobre viajes, hoteles, países y precios, parado detrás de sus clientas, sintiendo el calor del cuero cabelludo y observando sus caras aletargadas o inquietas reflejadas en el espejo. Las mujeres acudían a él para que las cambiara, para ser perfeccionadas. Llegaban desgreñadas y quejumbrosas y se iban transfiguradas, nuevamente listas para volver al ruedo. Ellas no eran sino rodetes para él. Cuando se levantaban, siempre se sorprendía al ver que tenían piernas y brazos y podían caminar. A veces, aunque no con asiduidad, Lionel admiraba el extremo opuesto de sus clientas: los zapatos.

Pero la señora Morris no era una clienta. Era la vecina de abajo, una inquilina como él. Para Lionel era una mujer sin cabeza, un mero cuerpo, una parte más del edificio y de la vida cotidiana. Después de la muerte de su marido continuó pensando en ella como "el matrimonio de abajo", los Summers, que residían allí desde hacía por lo menos diez años y que solo tenían una cabeza entre los dos: la del marido, porque la de ella era descartable desde un punto de vista profesional. Para Frazier, que los observaba cuando subía con ellos el ascensor, el anciano marido tenía un aspecto de brutal indiferencia y ella se veía arrugada y suave como un almohadón. ¿Qué sabía uno de

sus vecinos en la ciudad? Nada, hasta ese sábado por la tarde cuando el timbre de su puerta sonó y sonó y sonó y una mujer lo llamó: "Señor Frazier. Señor Frazier". El portero y los otros vecinos lo llamaban "Frazer": en cualquier caso ella había tenido el mérito —y él jamás se olvidaba de esas cosas— de agregarle la "i". Frazier, con su delantal a rayas azules y blancas, estaba marinando una pechuga de pollo en su impecable cocina cuando escuchó el timbre. Se secó las manos, se quitó el delantal y fue hacia la puerta. Allí estaba ella, con el tapado abierto y las llaves tintineando en la mano.

—¡Señor Frazier! Por favor, ayúdeme. No puedo encontrar al portero. Mi esposo se cayó de la cama; está tirado en el suelo. Tuvo una apoplejía o un paro cardíaco… no puedo levantarlo del piso. Ya llamé al médico. Por favor, ¿podría ayudarme? Lo siento…

En ese momento no quedaban ni rastros de su plácida suavidad mullida. Se colgó de su chaqueta con la intensidad de un niño, clavándole las uñas en el brazo; su cabello negro, que generalmente le caía sobre las mejillas, estaba atado y dejaba ver una frente ancha y despejada que lo sorprendió al revelar la curva sinuosa de una blanca cicatriz.

—Por supuesto, señora Summers —dijo (en aquel momento todavía no era la señora Morris para Frazier).

Ella intentó arrastrarlo hasta el ascensor, pero Frazier se desasió diciendo que llegaría más rápido por la escalera. Bajó los escalones de dos en dos. Ella lo seguía, más despacio, porque su vista no era tan buena como la de Frazier.

—Hace quince días que está enfermo —decía—. Es muy pesado. Lo encontré cuando volví. Había ido a comprar un poco de pescado justamente porque él andaba mal del estómago. No teníamos nada en la heladera.

La puerta del departamento estaba abierta. Frazier se chocó con un olor espeso, en parte a especias y en parte a los tapizados, que parecían verduras recalentadas por tantos años de matrimonio. Vio la puerta abierta del dormitorio —¡qué cortinas espantosas!— y allí estaba el señor Summers, boca arriba sobre el piso, cubierto con parte de las cobijas que había arrastrado al caer; había sangre en las sábanas y una gota de líquido en uno de los orificios nasales; y su vientre pálido, cubierto de vello blanco y rizado, asomaba a medias del pantalón del pijama. La cara había adquirido un color violeta oscuro, con un tinte verdoso, y tenía una mueca de desdén en la boca. La señora Summers se arrodilló —sus rodillas eran huesudas— y tironeó de los pies de su marido.

—¡De los tobillos no! —dijo Lionel. Le estaba tomando el pulso a Summers—. Póngale una almohada debajo de la cabeza. Retire esas sábanas —dijo con calma.

Deslizó las manos bajo los hombros del señor Summers y trató de sentarlo.

—Siéntese, soldado —dijo—. Arriba, arriba.

El hombre abrió débilmente los ojos.

—Yo lo sostengo de los hombros —le dijo Lionel a la mujer—. Usted ponga las manos debajo de las rodillas. Ahora, despacio.

Levantaron el cuerpo y lo volvieron a depositar en el suelo.

La señora Summers se agachó para levantarle los pantalones del pijama a su esposo.

—Es el peso —volvió a decir.

—Hagamos al revés —dijo Lionel—. Acerquémoslo a la cama.

Al fin, sin saber cómo, se las arreglaron para alzar el cuerpo afiebrado y lo hicieron rodar sobre la cama. Frazier cayó encima con el envión.

—Mejor levantémoslo por partes. Ahora usted, despacio.

El hombre se había despertado y gruñía.

—Maldita Cruz Roja —farfulló. Cerró los ojos y su respiración rugía.

—Estuvo en el ejército —susurró la señora Summers, a manera de disculpa—. ¿Usted estuvo en el ejército?

—Fui chofer de ambulancia —dijo Frazier.

—Estaba que caminaba por las paredes todos estos días —dijo ella —. Es por las pastillas. Lo encontré cuando volví.

Se sentaron y trataron de recuperar el aliento. Frazier miró a su alrededor. Los Summers eran una pareja pesada y tenían muebles pesados. La cabecera de la cama matrimonial era acolchada y estaba cruzada por dos horribles fajas de satén rosa. En la parte acolchada se veían las manchas de la grasa de las dos cabezas. Frazier hasta entonces había pensado que ella era una mujer mullida como un almohadón, pero mientras luchaban para levantar al hombre, cuando sus cuerpos o sus brazos se tocaban, se asombró al sentir los huesos bajo la carne blanda. Esos huesos debían estar hechos de hierro. La vio apartar con rudeza el cabello que le caía sobre la frente y recién entonces comprendió por qué siempre le había prestado tan poca atención. Su cabello negro era grueso, de los que crecen lento y cuelgan en mechones sueltos: tal vez había tenido bucles suavísimos cuando era joven, pero ahora su cabello parecía plasmado en una especie de permanente pasada de moda que seguramente había adoptado años atrás de una vez y para siempre. La nariz fuerte se destacaba sobre el mentón débil, como si ambos subrepticiamente pusieran en escena otra vida caprichosa tras el negro telón de su pelo. Esa cara le recordaba la de un actor, al que acostumbraba ver en la barbería de su padre cuando era niño. El actor tenía ojos grandes y marrones y brillantes, igual que ella.

—Hubiera sido mejor que lo taparan con una frazada y lo dejaran en el suelo —dijo el médico cuando llegó. Y llamó una ambulancia.

A orillas del mar, donde gruesas algas colgaban de las rocas, azarosos retazos de esa escena le vinieron a la mente mientras contemplaba la lenta subida de la marea, que parecía pronunciar frases sin palabras.

El pobre señor Summers había muerto en el hospital. Un nutrido grupo de amigos fueron a consolar a la viuda después del funeral. Ella subió a agradecerle y agradecerle y agradecerle y de paso admiró su departamento y las plantas en el balcón. Una expresión hambrienta cruzó su rostro cuando se dio vuelta para mirar el lugar una vez más antes de salir.

Unas semanas después volvió a llamar a su puerta y le pidió, entre disculpas, que fuera testigo de la firma de algunos documentos. Llevaba puesto un trajecito rojo, brillante como un geranio: todo un progreso. Frazier tomó el documento y vio que había firmado "Pamela Morris". Resultó ser que la señora Summers era dos personas, en realidad tres, porque era parlanchina y muy propensa a dar explicaciones. La mujer que Frazier había conocido como señora Summers se había divorciado de un hombre apellidado Morris, que en cierta ocasión nefanda le había partido una botella en la cabeza. El señor Summers, que se había desempeñado como su abogado en el caso, la rescató. Ella lo había conocido en Vichy, cuando viajó a visitar a su padre, que se había exiliado ahí por cuestiones fiscales. Ella fue perdiendo el hilo del relato a medida que divagaba sobre sus recorridos por Europa. Cada vez que hacía una pausa dejaba la boca entreabierta, como marcando el pasaje al siguiente capítulo, y volvía al señor Morris, un hombre que se pasaba la vida arriba de un velero o corriendo carreras mientras ella cuidaba de su hijo Tom en una casa cerca del Lizard… "¿Usted conoce el Lizard?". A Frazier no le quedaba claro de qué carreras ni de qué lugar le estaba hablando… pero ahora ya había empezado a llamarlo Lionel. Resultó que el trajecito rojo brillante había sido un obsequio de una de sus amigas ricas. Los zapatos también. Hubo un momento de la charla en que ella se transformó en casi una clienta para él. Nada de dolor, nada de realidad; veía su vida como un mazo de barajas. Lo que distinguía al señor Summers, y a la propia Pamela, era que no le habían visto sentido a casarse.

Hizo una pausa, se sirvió el segundo vaso de whisky y luego dijo:

—Qué hermosa pieza de cristal. Usted tiene objetos tan encantadores.

Y dicho esto volvió a recordar esa horrible noche en que él había sido tan pero tan pero tan amable con ella, como si todas las mujeres que tenía adentro se turnaran para hablarle. Pero ahora hablaba como

quien confiesa un secreto. Repitió que había dejado solo al señor Summers unos quince minutos, tal como le había dicho al médico. ¡Pero no "para ir a comprar pescado"! El señor Summers estaba profundamente dormido y se había despertado de golpe y le había pedido que le alcanzara su billetera, que estaba en el bolsillo del saco que colgaba sobre la silla. Y había sacado una hojita de papel de adentro. Era una boleta de apuestas. Le había apostado al ganador de la carrera vespertina en Newbury. Y entonces le había dicho, más bien le había ordenado, que bajara a la agencia de juego a cobrar sus ganancias. Pamela Morris no sabía nada de carreras de caballos. Las únicas peleas que tenían con Summers —bueno, no las únicas— eran por las apuestas. Ella sabía que hacía diez días que su esposo no salía del departamento, pero cuando se lo recordó él se puso como loco e intentó levantarse de la cama. Ella tenía tanto miedo por su enfermedad que perdió la cabeza. Tal vez había salido a la calle después de todo. Los hombres siempre se las ingenian para salir.

—Yo no miré la boleta. La puse en el bolsillo de mi tapado —usted me vio con ese tapado puesto cuando subí a su departamento, ¿no?— y fui a la agencia de juego y cuando la entregué el hombre de la agencia me la devolvió. ¡Era de hacía dos años!

Con expresión atónita, paró de hablar para respirar; pero en cambio se le escapó una risita repentina que sonó como un siseo de satisfacción entre dientes.

—¿Se había equivocado de boleta? —dijo Lionel, un hombre literal antes que capcioso, y se miró los dedos de la mano.

Entonces comprendió que la risa de la señora Morris no era sino una manifestación de orgullo por la irresistible estupidez del señor Summers. Lionel vio asomar la primera lágrima en sus grandes ojos quietos.

—No quería hacerlo quedar como un tonto delante del médico —dijo con más orgullo todavía—. Alec era abogado, como usted sabe.

A medida que la escuchaba, Lionel iba tomando conciencia de que la señora Morris era un cuerpo. Sus clientas no eran más que cabezas que él podaba como podaba las plantas de su balcón.

Pero mientras la escuchaba Lionel tomó conciencia de que el esfuerzo físico de tener que lidiar con Summers había creado un vínculo indeseado entre ellos. Por más que ella fuera un cuerpo sin cabeza desde su perspectiva profesional, estaba viva porque creía acendradamente en la cualidad plural de la primera persona del singular.

Y puesto que ella admiraba su departamento —y Dios sabía que él también lo admiraba: jamás pensaba en otra cosa cuando regresaba a su casa por las noches—, se lo mostró. No era un guiso de tapizados, un goulash de muebles como el de la señora Morris: cada objeto había

sido escogido, seleccionado con sumo cuidado, y debía mostrarse digno de la elección. Y a propósito, nada, absolutamente nada provenía de una boutique, no había nada *outré*, gracioso o caprichosamente excéntrico. Le mostró la cocina perfecta, que él mismo había instalado, con todos sus utensilios relucientes.

—A Alec le habría encantado —dijo la señora Morris, dando a entender que a ella la aterraba—. Siempre cocinaba él, jamás me dejó acercarme a las hornallas… De hecho, yo ni siquiera limpiaba la cocina. Si el pobre tenía algún defecto, era el malhumor de los cocineros.

Y siguió hablando, porque hablar era su manera de suplicar una respuesta a la pregunta:

—¿Quizás era por eso que estaba tan celoso de mi marido y odiaba al pobre Tom? ¿Sería por eso que no quería que el pobre chico viviera con nosotros en el departamento?

Seguramente eso probaba la medida de su amor por aquel hombre.

Entraron en las otras dos habitaciones, una de las cuales, le dijo Lionel, estaba por redecorar.

—Lionel —dijo la señora Morris, mirando a su alrededor—. Me gustaría que decorara mi departamento. Quiero que me diga qué hacer.

(En el momento la ignoró, pero después esas palabras volvieron a su memoria).

Lionel se agachó a recoger un hilito de algodón de la alfombra del vestíbulo y se limitó a mirarla con amabilidad, sin responder. Se sentía orgulloso de vivir solo. Hacía las compras, cocinaba, limpiaba y lustraba. Sus alacenas eran un modelo de orden. La cristalería relumbraba. La porcelana relucía. Las jarras y los recipientes de la heladera estaban etiquetados. Si algo se rompía o andaba mal, él mismo lo reparaba. La llevó al balcón, donde las plantas prosperaban. Le mostró el gabinete de vidrio adosado a la pared, calentado eléctricamente, donde cultivaba sus plantines. ¿Redecorar? ¿Aconsejar? Por supuesto que no. Ella era, a todas luces, incompetente. Después de la muerte de Summers, el olor de las ollas quemadas llegaba hasta su cocina. Por pura amabilidad le regaló una plantita, con maceta y todo, para su balcón.

Fue un error. Dos semanas más tarde regresó con la plantita agonizante. Exceso de riego. Estuvo una hora con él. Después empezó a llamarlo por teléfono, a contarle sobre las cosas que andaban mal en su departamento, y cuando él empezó a eludirla ella comenzó a deslizar notas debajo de su puerta. A él no le molestaba verla una vez por semana, enterarse de los detalles del testamento de Summers o saber cómo andaba su hijo Tom; pero dos veces por semana era demasiado. Se sentaba en el sofá, con ese trajecito rojo que no

combinaba en absoluto con la sala, y hablaba de la vida cotidiana.

—Me encanta sentarme aquí y mirar todo —decía, suspirando ingenuamente—. Usted es tan acogedor.

"Acogedor" no era una palabra de su agrado. Era un hombre ocupado y práctico, poco dado a las especulaciones ociosas.

—Tendría que haber sido decorador. —(Otra vez con lo mismo).

Le dijo lo más secamente posible, aunque no obstante impactado por la idea:

—Supongo que en cierto modo lo soy.

Estaba pensando en su trabajo en la peluquería.

—¡Por supuesto! ¡Eso es lo que es! —Se rio—. Nunca me enseñaron a hacer nada —dijo.

Pero, como siempre, sus palabras sugerían que su vida era una cadena de accidentes que ella deseaba ávida, y que cuanto más desastrosos eran más júbilo le provocaban. El único tema que no terminaba en risa era su hijo, el que había tenido con el señor Morris. Ella lo había "colocado" en un banco en Nueva Zelanda y él había dejado ese sólido empleo por un puesto de trabajo en Canadá. Ella estaba orgullosa de lo que había hecho su hijo porque su ex esposo, el señor Morris, había intentado impedírselo. Lionel dijo que los muchachos jóvenes cambian de parecer y que él, por ejemplo, había querido ser actor.

A Lionel le gustaba escuchar y quedó perplejo y sin recursos cuando su imprevista confesión hizo que ella dejara de hablar de sí misma.

—¿Y por qué no se hizo actor?

—En la escuela había un chico llamado Archie. Su padre era barbero, como el mío. Él siempre actuaba en las obras de la escuela. Les dibujaba cabezas de chicas a las figuras de vikingos de los libros de historia… las cabezas de nuestras compañeras de clase.

—¿Y él se hizo actor?

—Era mayor que yo. Lo mataron en la guerra —dijo Lionel.

—¡Ah! —dijo la señora Morris, siempre dispuesta a lamentarse—. ¿Y por eso usted se hizo peluquero en vez de actor?

Sorprendido por la intimidad de la pregunta, Lionel, que no quería hablar de Archie, que acababa de volver a la vida en su mente, dijo:

—No, no tiene nada que ver. Supongo que es porque cuando era niño observaba a mi madre mientras ella se peinaba. Se cepillaba el cabello, con todas las horquillas en la boca, y colocaba un mechón de pelo en la parte superior de la cabeza y lo sujetaba. Muchas veces se le caía y yo la ayudaba a sostenerlo, porque a veces se le caía mientras intentaba sujetar otro mechón del otro lado, y después empezaba a enroscarlo… y siempre quedaba bien al final, como si fuera un truco de magia. Mamá no permitió que papá avanzara con sus tijeras

cuando se puso de moda el cabello corto. Lo tuvo largo hasta que murió.

—Ya lo sé —dijo la señora Morris—. Veía pasar a su madre cuando Alec y yo nos mudamos al edificio y ella vivía con usted.

—Eso fue después de que mi padre murió —dijo él.

—Usted acostumbraba llevarla al teatro —dijo la señora Morris con cariño—. Usted va mucho al teatro, ¿no?

Lionel se alarmó al escuchar eso. Ojalá no hubiera revelado nada acerca de sí mismo. Lo único que faltaba era que empezara a pedirle que la llevara al teatro. Esa noche hizo algo muy perturbador cuando él retrocedió y se inclinó para abrir la puerta del departamento para que ella saliera.

—Pobre Lionel —dijo—. Era tan bueno con su madre. No todos los hijos lo son.

E inesperadamente lo besó en la coronilla, no sin cierta avidez, y como el beso le desordenó un poco el cabello empezó a acomodárselo.

Era demasiado. Ella era vida vulgar, y la vida vulgar siempre se pasa de la raya. Después de ese episodio empezó a ignorar sus llamados telefónicos y los mensajes que deslizaba bajo la puerta. Justo estaba saliendo, le decía. O estaba pintando, dejando listo el cuarto libre para su hermana. Además, en dos oportunidades después de la visita de la señora Morris, había tenido que ir a buscar un trapo para limpiar las manchas de whisky del asiento del sofá de terciopelo donde ella se había sentado. Y —como le había contado a una de sus clientas en el salón— había dedicado dos días seguidos a buscar por todo Londres un producto que realmente quitara las manchas del terciopelo… y al fin había tenido que mandar el sofá a retapizar. ¡Carísimo! Las visitas cesaron. Si por casualidad viajaba con ella en el ascensor, sentía que contenía demasiada vida para él y —a juzgar por la expresión suplicante de ella— que era una vida avergonzada por su anhelo de frecuentar a los otros.

Volvió al hotel. Ella estaba cenando con su hijo en un rincón alejado del salón, por otra parte lleno de gente. Pasó mucho tiempo hasta que los vio irse, y ellos no dieron señales de haberlo visto. Subió a su habitación. “No podré tolerar esto. ¿Por qué no les pregunté cuánto tiempo se quedarían? Tengo que irme”.

Se acostó sobre la cama y se puso a hojear una guía en busca de lugares nuevos.

El mayor peligro sería cruzársela a la mañana siguiente cerca de las casonas que bordeaban el camino antes de que partiera con su hijo rumbo a Land’s End. Podían estar alojados en cualquiera de esas casonas. Pero cuando por fin bajó a la playa y trepó al acantilado supo

que estaba a salvo por ese día; y cuando sus pies pisaron el pasto tupido su mente se dispersó y se olvidó de ella mientras sus ojos inquietos capturaban todos los detalles de la extensa franja de mar y cielo, y el cielo parecía un campo que pendía sobre el agua. No se oían voces humanas, solo los gritos de las gaviotas y el zumbido del viento. A sus pies el mar, negro como el lomo de una ballena, penetraba a raudales en las profundas hondonadas entre las rocas, se replegaba, espumoso, y luego arremetía nuevamente. Esas caminatas eran victorias personales para Lionel después de tantos meses de revolotear (como decía él) en torno a todas esas damas en el salón de Londres. Ocasionalmente veía a otros hombres y mujeres caminando por lugares más altos o más bajos y manteniendo la distancia como él lo hacía. O —si se avenían a acercarse— decididos, como él, a pasar como nubes solitarias, intocados por la confusión de las palabras. Los seres humanos eran como nubes en el cielo, que nacían en el horizonte y, a medida que pasaban las horas, se iban uniendo a los poblados y las grises procesiones ascendentes que cruzaban el cielo azul y la cambiante luz del sol. Cada año se sentía renacer allí. El cielo siempre era joven, sin edad; y la tierra rocosa se volvía cada día más vieja. Lionel también envejecía día a día con cada tijeretazo que daba en el salón; pero en aquel lugar cada hora lo rejuvenecía mientras envejecía.

Cuando al final del día regresó al hotel y entró en el comedor sintió alivio al ver que la señora Morris y su hijo no habían regresado. ¡Cuánto alboroto por nada!

Y así prosiguió la situación: con lluvia o con sol, Lionel salía; solía vérselo en la cima de este o aquel acantilado, y cada día se aventuraba más lejos, como si desafiara a los Morris. Pasaron cuatro días. Ni rastro. ¿Habría sido descortés con ellos? ¿Qué estarían haciendo? ¿Ella estaría, a su manera desprolija, haciendo gala de una discreción casi pomposa? Él no quería charlar, pero le habría gustado comentarles, a ella y a su hijo, algunos de sus descubrimientos. El terror, por ejemplo. Había pasado la vida entera sin sentirlo; ella, en cambio, habría tenido sus momentos desesperantes, pobre. Era tan sentimental... Los senderos que seguía desde la cima de un acantilado a otro súbitamente zigzagueaban y se internaban tierra adentro para luego volver a surgir en la costa marítima, bordeaban barrancos espantosos cuyas paredes negras o tapizadas de líquenes caían cortadas a pico hacia inaccesibles lenguas de arena más abajo. Las gaviotas y los cuervos a menudo peleaban allí sus guerras salvajes. A veces se veían plumas ensangrentadas, arrancadas de cuerpos muertos, sobre el pasto. Había un lugar en particular, cerca de un estuario, donde la tierra se hallaba en estado de debacle: grandes bloques de piedra, del tamaño de casas o castillos derruidos, habían sido arrancados de los riscos y yacían

dispersos o amontonados en un caos de agua burbujeante. Cerca de la orilla, un conglomerado brutal de roca encallada lo había sorprendido en sus primeras vacaciones, justo el año en que se había peleado con uno de los estilistas del salón. La roca parecía el cuerpo trunco de un hombre, con muñones de brazos, el pecho amplio y la cabeza echada hacia atrás de modo que solo se veía la parte inferior del mentón: un gigante en la silla del barbero, recostado y listo para la afeitada. A Lionel le habría gustado hablarle de esas rocas a la señora Morris. Ella habría abierto los ojos de par en par y soltado una de sus carcajadas de asombro, como siempre hacía ante las cosas grotescas, exageradas a medias: cuando le contó la historia del botellazo que le pegó su esposo y de la cicatriz que le dejó, lo había hecho como si se tratara de una maravilla de la que se envanecía. ¿La señora Morris habría echado su mentón hacia atrás de esa misma manera?

Había otro terror más, para el coleccionista de terrores, al que Lionel llamaba "la pared negra". Era un barranco que él había estudiado primero de un lado y después del otro. Caía a pico sobre una lengua de arena dejada por la marea, donde había un rectángulo angosto y aislado de roca plana, como el casco de un barco hundido o quizás una mesa donde podrían sentarse a comer unas cincuenta personas. Con frecuencia observaba los peñascos que estaban justo bajo el borde superior de la pared, y había visto que debajo de esos peñascos surgía una línea delgada e irregular, como una hendidura, que descendía abruptamente para desaparecer detrás de otros peñascos más bajos y luego recomenzar. Probablemente esa hendidura había sido, alguna vez, un sendero de pescadores. Se atrevió a bajar un par de metros y luego, asustado, retrocedió gateando.

—Mejor no —dijo, mirándose las manos. Eran su medio de vida. No podía darse el lujo de quebrarse un dedo o romperse la muñeca en un descenso atolondrado como aquel. De todos modos, ya había visto una nube negra de lluvia que se acercaba desde alta mar. Apenas había emprendido el regreso cuando la borrasca lo azotó con la furia de un látigo y lo empapó de pies a cabeza a mitad de camino hacia el hotel, a casi diez kilómetros de allí. Lionel rompió su regla de oro y fue a beberse un buen vaso de whisky al bar.

Era la sexta noche.

—Hola —dijo el hijo de la señora Morris. Estaba sentado en un taburete en la barra con una chica de jeans, y tenía la mano apoyada en la rodilla de ella. La chica era linda, simplemente, y se había atado el pelo rubio en un rodete descuidado.

—Ella es Sal —dijo el hijo de la señora Morris—. Él es el señor Frazier.

—¿Usted es el que vive en Falmouth? —dijo la chica.

—Se te mezclaron los datos —dijo el joven mundano—. El señor

Frazier es un amigo de mamá en Londres. Estás pensando en otra persona. ¡Te lo dije!

—Perdón —dijo la chica—. ¡Ah, ya sé! Usted es al que vimos esta tarde, cuando caminaba por el acantilado.

—Volviendo del Ataúd —dijo el muchacho—. ¿Hasta dónde llegó? Mamá nos dejó en el camino y atravesamos los campos; es solo un kilómetro y medio. Ella quiso ir a la peluquería y nosotros tuvimos que volver caminando. Nos empapamos. ¿Usted no? ¿Llegó hasta abajo de todo? Lo llaman el Ataúd —dijo el muchacho—. Llevé a Sal a verlo.

—Yo no los vi —dijo Lionel. ¡Lo estaban vigilando!

—Mamá solía llevarnos de picnic por ese mismo sendero cuando yo era niño, es muy resguardado allá abajo. Teníamos una casa sobre el camino. —(¡Se creían los dueños del lugar!). Y le dijo a la chica—: En la época de papá. Te conté. Antes de que se separaran. —Un joven sabelotodo, pensó Lionel.

—¡Su madre lo hacía bajar por esa pared! —dijo Lionel—. Es imposible.

—A veces me mareaba un poco, pero por lo demás estaba bien. Entiendo lo que quiere decir… Ahora no se puede bajar, la roca se cayó —dijo el muchacho.

—¿Desean beber algo? —dijo Lionel.

—Me parece mejor que no. Sal está empapada y tengo que llevarla a su casa. Mamá debe estar por llegar. Gracias igual.

Lionel los miró irse.

"¿Un amigo de Londres?". "¿Otra persona?". ¿A qué se habría referido el chico sabelotodo? ¿Y dónde diablos habría ido a peinarse la señora Morris en ese recoveco del mundo, aunque en su caso semejante molestia no valiera la pena? "Bueno", pensó Lionel, "con eso me salvé. Supongo que fui bastante rudo con la vieja".

Incluso descubrió que tenía ganas de ver a la mujer gorda que había bajado la "pared negra" cuando era joven.

Fue a comer. Había dos o tres grupos de viejos amigos riéndose en el medio del comedor atestado y parejas canosas que susurraban en las otras mesas. Los corchos saltaban. Entre un plato y otro —tardaron en servírselos porque estaba solo— Lionel intentó ver si la señora Morris, su hijo y la chica habían vuelto y ocupaban alguna mesa en el otro extremo del salón. No. El sol había bajado hacía rato y esa noche terminó el buen tiempo. Cuando volvió a su cuarto vio que las ventanas estaban mojadas y que el agua corría por las canaletas del balcón.

A la mañana siguiente el viento era más leve y la lluvia más calma, pero el cielo había adquirido un color oscuro y sucio. Las gaviotas estaban posadas en antenas y chimeneas, con sus cabezas indignadas

de frente al viento.

Ese era el problema de esa costa: la niebla o la lluvia podían durar días. Los huéspedes del hotel se sentaban de espaldas a las ventanas y se escondían detrás del periódico: los más corajudos salían a lucirse en sus autos. Uno o dos grupos pequeños hablaban de sus conocidos en la ciudad donde residían, en el tono de quienes se sientan a charlar después de un funeral. De tanto en tanto un golfista volvía desilusionado de la puerta principal. Lionel se sentaba en el bar, generalmente vacío por las mañanas. Todo un experto en elegir sillas, había seleccionado una desde el primer día. Ahora estaba desocupada. Se quedó mirando los charcos en la terraza hasta que por fin vio que la lluvia estaba parando.

Entonces oyó que una voz le preguntaba al camarero:

—Me pregunto si podría tomar un café.

La señora Morris estaba allí, con el impermeable en el brazo y una chalina blanca sobre la cabeza. Sin pensarlo dos veces, fue a sentarse con él. Había decidido ir al bar, le explicó, porque se había quedado sin luz en el departamento.

—¿Quiere que vaya a echar un vistazo? —dijo Lionel enseguida, como para hacer las paces. Un par de veces había arreglado algo en la maltratada cocina de su departamento de Londres.

—No, el dueño debe ocuparse de eso —dijo ella. Y luego—: ¿No saldrá a caminar hoy? —Y le apuntó coqueta con el índice.

No se había quitado la chalina y, aunque no llevaba maquillaje, su cara se veía animada por pensamientos propios.

—Ayer fuimos a Falmouth —dijo—. Los árboles del puerto son mucho más lindos allá que acá. Más altos, más frondosos.

Y luego, más relajada:

—Tom me dijo que lo vio ayer en el Ataúd. El señor Morris, mi esposo, tenía una casa a pocos kilómetros de allí —dijo.

Se rio.

—Tom quería mostrarle a su chica el lugar donde se había criado. Especialmente —añadió— el Ataúd.

Era evidente que esa palabra la excitaba y dijo:

—Los llevé hasta allí y me fui. Es un error volver al pasado. Quiero decir, a mi edad. A nuestra edad —agregó—. ¿No le parece?

Pero lo dijo con el orgullo de quien siempre había elegido equivocarse cuando era joven, e incluso ahora tenía los ojos cálidos y muy abiertos de una mujer que espera volver a hacerlo.

—Tom se consiguió una chica muy bonita —dijo Lionel.

—Oh, no sabe cuánto me alivia que por fin se haya conseguido una chica… ¡usted no se imagina! Había empezado a pensar que… —se interrumpió—. Que no le interesaban. Quiero decir, tiene veintinueve años. No es que les tenga miedo a las mujeres, siempre vivió rodeado

de mujeres, pero… siempre indiferente. Tenía miedo de que fuera por culpa mía.

—Parecían muy contentos —dijo Lionel.

—Él es muy bueno en lo suyo —dijo ella—. Yo tenía miedo —prosiguió— de que el divorcio le hubiera hecho mal. Alec lo odiaba, ya se lo dije. Era tan difícil. Lo raro es que… —y estaba claro que ella pensaba que, por ser raro, lo que iba a decirle era una revelación—. ¡Tom lo quería a Alec! Le caía mejor que su propio padre. Tom se puso muy triste cuando Alec murió.

—Se puso triste por usted —dijo Lionel, recordando de pronto qué poco le gustaba el señor Summers. El pobre tipo se parecía mucho al impecable busto blanco de alguien que jamás existió. ¿Tal vez la ciega e insulsa arrogancia de los bustos tendría algo de sexy?

Lionel esperó. Ella no terminaba sus frases, como si se dejara hechizar con los dramas ocultos e implícitos en todo final abierto.

—Le diré una cosa, Lionel —dijo de pronto—, mi madre murió cuando yo era chica, una niña todavía. No murió exactamente, pero la "internaron". Quiero decir, yo no la conocí. Nunca olvidaré lo que usted me dijo de su madre, cuando se peinaba. Mi padre solía llevarme con él en sus viajes de negocios cuando era chica. Noruega, Suecia, Francia. Tenía muchos amigos en el ambiente. Se dedicaba a la madera.

—Imagino que se sentiría muy sola —dijo él.

—La mayoría de la gente pensaba que yo lo pasaba maravillosamente bien, pero tiene razón, Lionel. La verdad es que la mitad del tiempo me la pasaba sola, sentada en cuartos de hotel, leyendo novelas. ¡Si habré leído novelas yo! Comía. Hablaba con los camareros. Pensaba en mi madre. El señor Morris era mucho más viejo que yo, también se dedicaba a la madera, era amigo de papá. Después de él, quiero decir después del divorcio, tuve miedo de los sentimientos de Tom hacia mí.

Lo miró con codicia, con intención. Lionel vio que se estaba preparando para preguntarle por qué él no se había casado.

—¿Usted piensa que una madre puede ser demasiado franca? —dijo.

Lionel no daba pie con bola. Se preguntaba si estaría insinuando que los amigos de su padre la habían perseguido por toda Europa. Era evidente que podía haber sido una chica bonita, peligrosa en su ingenuidad, propensa a las fantasías y ensoñaciones, o tal vez para nada inocente.

—¿Realmente fue por su madre por lo que usted se dedicó a peinar mujeres? —dijo inclinándose hacia él, ávida de secretos.

—No —dijo él—. La peluquería para hombres iba barranca abajo. Se ganaba más con las mujeres.

Estaba a punto de contarle acerca de la roca que parecía un hombre con el mentón echado hacia atrás, como esperando que lo afeitaran. El hábito de la señora Morris de cambiar de tema era contagioso. Pero ella era demasiado rápida.

—Ah —dijo, y respiró hondo—. ¡Fue por dinero! Es eso, ¿no? Usted tenía que hacerse cargo de su madre. Quiero decir, se la llevó a vivir a su casa. Recuerdo cuando Alec y yo nos mudamos al edificio. Muchas veces los veíamos salir juntos. —Luego, mirando a su alrededor como para ver si alguien había entrado y podía escucharla, dijo en voz muy baja—: Alec hacía algo fuera de la ley, nunca entendí qué… una de esas cosas que se supone que los abogados no deben hacer. Apostaba a los caballos… no lo sé. Quiero decir, cuando murió, prácticamente me dejó sin nada. Bueno, gracias a Dios puedo quedarme en el departamento hasta que se termine el contrato de alquiler. Estoy tan agradecida con Tom. Vino aquí para resolver un montón de cosas. Él cree que tendría que ceder definitivamente el departamento por una buena suma e irme. ¿Usted qué piensa, Lionel?

Qué extraordinario… ¡pensar que la señora Morris ya no estaría allí! Gente nueva. Albañiles, pintores, martillazos. Un panorama espantoso.

Ella estaba radiante con la sorpresa que acababa de darle.

—¿Cuánto tiempo le queda de contrato? —dijo Lionel.

—Tengo que preguntarle a Tom —dijo ella.

—Si yo fuera usted no lo haría, a menos que tenga otro lugar a donde ir. Los precios siguen subiendo —le advirtió.

En realidad intentaba detenerla porque a él no le gustaban los cambios.

—No quiero ser una carga para Tom. Quiere que vaya a Canadá con él. Supongo que podría ir, pero parece que las cosas con esa chica van muy en serio —dijo la señora Morris—. En las últimas semanas perdió la cabeza por ella. ¡Aquí mismo! La conoció en casa de un viejo amigo de la familia. Ojalá le hubiera comentado esto antes, Lionel. Me parece que he sido un poco distante con usted últimamente. Tal vez habrá pensado que lo estaba evitando, pero no. Hemos salido todo el tiempo. Conozco a ese amigo de toda la vida, desde cuando su esposa estaba viva. Le hablé de usted y de Alec. Pero no sé si me gustaría volver a vivir en el campo. ¡Las plantas se mueren cuando me ven! —Le brillaron los ojos al reír—. Y él extrañaría su jardín si viviera en Londres —agregó, mirando nuevamente a su alrededor—. Está haciendo un poco de calor, ¿no?

Y empezó a tratar de desatarse la chalina.

—Me pidió que me case con él, pero yo no sé —dijo. Lionel no sabía si estaba molesta con el hombre o con la chalina—. Vendrá a cenar mañana por la noche. Me encantaría que se conocieran. ¡Usted

siempre sabe qué hacer!

Y se quitó de un tirón la chalina. Hasta ese momento Lionel solo había estado mirando una cara; pero ahora, cuando la señora Morris se echó el cabello hacia atrás, vio que la mitad de lo que él llamaba "soga vieja" había desaparecido y, junto con ella, el amenazante peinado con raya al medio. Ahora tenía el cabello corto y enrulado, la frente despejada, y sus cejas habían cobrado vida.

—Se cambió el corte de pelo —le dijo. Estuvo a punto de decirle: "Se destapó". Pero en cambio agregó—: Es maravilloso, la hace parecer más joven.

Y de inmediato dejó de decir "yo" y empezó a usar el profesional "uno".

—Uno puede ver las orejas y el cuello, la curva de la frente —dijo, y movió ambas manos como modelando esa redondez.

—¿No es demasiado serio? —dijo ella—. ¿O encrespado, como el de una negra? ¿Como si me hubiera caído y despeinado entre las malezas?

—Hace resaltar los ojos —dijo Lionel—. Es perfecto. Y también la hace más delgada.

—Usted es un encanto —dijo ella—. Estoy tan asustada. Se ven las canas.

Tal vez fuera un poquito "negroide", pero Lionel no dijo nada al respecto. En cambio, adujo que un pequeño toque de gris otorgaba dignidad a una cabeza.

—¡Ahora tiene una cabeza! —le dijo—. Estoy celoso.

—¿Eh? —dijo ella, curiosa.

—Estoy celoso del hombre que le cortó el cabello. ¿Dónde se lo cortó? —preguntó.

—La novia de Tom me encontró un estilista —dijo, decepcionada —. ¿De verdad piensa que la frente queda bien así?

Lionel sabía que estaba pensando en la cicatriz.

—Perfecta —dijo. Y de hecho, la cicatriz no se veía.

—En realidad era un lugar bastante feo —dijo la señora Morris—. ¿Sabe que entró un perro de la calle y empezó a comerse el cabello que había caído al suelo? El pobre animal podría haber muerto atragantado.

Lo miró de reojo. ¿Sería un mal presagio?, pareció preguntarle.

—¡Ya es la hora! —dijo levantándose—. Tengo que regresar. Mire por la ventana: hay un par de aguzanieves persiguiendo moscas. Nunca vuelan en línea recta. Gracias, muchas gracias, Lionel. ¿Esto quedará entre nosotros? —dijo con cierto pudor—. No le dirá nada a nadie, ¿verdad?

Él la acompañó hasta el foyer y luego hasta la puerta del hotel. Ella se negó a ponerse la chalina.

—Lo extraño mucho —dijo, y después de alejarse unos pasos se dio vuelta para mirarlo con un puchero de desesperación en burla que parecía involucrarlo en los continuos devaneos de su destino.

Otro fragmento parlanchín de vida vulgar que lo abandonaba para ocuparse de sus propios asuntos. Lionel flotaba en el espacio, y comenzó a sentir bajo sus pies el aire gélido de un departamento vacío. La señora Morris iba a irse y a casarse; pudo verlo en sus ojos. ¡A su edad! Miró las nubes y no pudo decidir en qué dirección caminar. Más importante aún: ¿cómo haría para zafar de esa espantosa cena mañana por la noche?

Un viaje a la costa marítima

Después de dejar a su hermana en el hotel, Sarah llevó al señor Andrews (como insistía explícitamente en llamarlo) a la estación, siguiendo la línea de la costa. El silencio los había puesto tensos. Él se bajó del auto y dijo con frialdad:

—Gracias. Adiós.

Pero ella también bajó y dijo:

—Ah, no. Lo voy a acompañar hasta el andén para asegurarme de que suba al vagón.

Él miró su reloj: tendría que soportarla siete minutos más. Ella hasta tuvo el tupé de pararse cerca: no pensaba perderlo de vista hasta que llegara el tren de Londres. Incluso cuando, en el afán de escapar, él se excusó y caminó hacia la puerta que decía "Caballeros", ella marchó a su lado y se quedó esperando afuera, vigilante. Cuando él salió y el tren por fin llegó, casi lo empujó a subir al vagón más próximo, y habría cerrado la puerta de no ser por los otros pasajeros que se amontonaban a sus espaldas. Aun así, no se movió y empezó a murmurar frases cortas en el vano de la puerta.

—No queremos que vuelva a arruinarle la vida y a abusar de sus sentimientos —le dijo.

Andrews no dijo nada. Permaneció sentado en su butaca, la cara rosada como el granito de Aberdeen, mirando al frente, ignorándola, el mentón erguido, la nariz pletórica de dignidad. Ella era una mujer ávida y de baja estatura, con el cabello gris reseco, de su misma edad. Justo antes de que el guarda cerrara la puerta y el tren se pusieran en marcha, le gritó:

—Espero que nunca volvamos a verlo.

Algunos pasajeros volvieron a levantar sus periódicos después de echarle un vistazo. Otros se quedaron mirándolo. Durante los primeros cinco minutos, mientras el tren levantaba velocidad, permaneció sentado sin cambiar de expresión. Después se levantó y salió del camarote con una mirada de desprecio hacia todos los presentes. Y, consultando su boleto, buscó un camarote vacío en el vagón de

primera clase. Viajó solo, mirando sin mirar las casas, los árboles y los campos que iban quedando atrás en el acuoso ocaso de primavera.

Esa misma mañana Andrews había llegado desde Londres para pasar el día, e incluso quizás una semana si las cosas marchaban bien. Uno nunca sabía. De todos modos le vendría bien respirar un poco de aire marino para limpiar sus pulmones cargados de humo londinense. Se le antojó comer pescado al salir caminando de la estación y almorzó en un hotel llamado George, que parecía ser el mejor lugar; pidió ostras, lenguado de Dover, una copa de vino blanco que hizo que su rostro volviera a adquirir un matiz rosado. Después, mejor vestido que la multitud que asistía a la misa de Pascuas, salió a dar un paseo para investigar los alrededores. Era un viudo de sesenta y cinco años que había dedicado su vida al negocio de las alfombras. Le había parecido un buen presagio y un cumplido a su talento de vendedor que el vestíbulo del hotel tuviera una alfombra nueva color chocolate con un diseño de enormes crisantemos: una de sus "líneas", la Demeter Floral. Se la sentía bien, mullida bajo los pies. De hecho, Andrews tenía el andar mudo de un hombre para quien las calles están alfombradas y la sonrisa de un benefactor público que guarda una discreta sorpresa en el bolsillo. Estaba buscando esposa. Miró una o dos casas en venta, porque una casa es lo que quería: una casa junto al mar. Los precios eran muy altos: tuvo que abandonar su sueño. Enfiló hacia el domicilio de la señorita Louisa Browder, que había sido su secretaria durante años, antes de que su negocio encontrara un abrupto fin. Mientras viajaba en el tren había pensado en ella como una posible candidata, en todo caso *à faute de mieux*.

Ir a visitar a Louisa Browder requeriría de agallas, porque ella se había ido de su oficina dando un portazo después de una pelea cinco años atrás; pero él no era hombre de enredarse en las disputas sobre quién tenía razón y quién no. Sabía que el problema había comenzado en una exposición comercial en Brighton —una plaza mucho más grande que aquella— y lo atribuía a la edad de Louisa, o quizás a la muerte de su madre, o a ciertas cuestiones familiares como la pesada de su hermana celosa que nunca lo había querido: cosas que perturban a las mujeres y las incitan a desquitarse con quien tienen más a mano, como solía hacer su esposa Daisy. Con su manera de ser celosa —los celos eran su único defecto— le gritaba: "Louisa es una mujer, nunca lo olvides". Pero Louisa había pasado muchos fines de semana en la casa, casi como una amiga de la familia. Por eso se sorprendió tanto cuando no le envió un mensaje de condolencias por la muerte de su esposa. En represalia, él le había enviado el aviso fúnebre publicado en el diario, sin ningún comentario adjunto. No hubo respuesta durante un largo tiempo y después llegó una carta breve, firmada formalmente "Louisa Browder", donde decía que lamentaba enterarse

de tan triste noticia y que Daisy había sido una "esposa leal y una maravillosa madre para sus hijos". La escueta misiva podía, por supuesto, considerarse una estocada si uno deseaba considerarla así; pero lo que más lo había desconcertado era la causa de la demora en la respuesta. Louisa se había mudado de Londres. Se había ido a vivir a este pueblo, en una casa junto al mar. Su nuevo domicilio la transformaba: una nueva vida en una linda casa con vista al mar, repetía él para sus adentros como un mantra en esos días.

Andrews no le había anunciado a Louisa que iría a verla: el factor sorpresa era esencial en el trato con las mujeres. Fue dejando atrás las apacibles casonas con terrazas de la línea de la costa y se decepcionó al encontrarse en una calle lateral, parado frente a la puerta de una casa pequeña y vulgar, sin vista al mar y con las degradantes palabras *Hay habitación* en un cartel en la ventana. Ella se había venido abajo. Había un automóvil blanco y viejo en el garaje, a un costado de la casa. Cuando se acercó a tocar el timbre, oyó un ruido sordo y quejumbroso de música grabada que provenía de la habitación del frente. No obtuvo respuesta. Volvió a tocar. Cuando por fin se abrió la puerta la música irrumpió con toda su estridencia y ahogó su voz, que tuvo que levantar para hacerse entender por el joven vivaz que había salido a atenderlo con un libro en la mano. Su largo cabello parecía bailar al ritmo de la melodía.

—Entre —dijo el joven. Y después de gritar por el vano de la escalera "¡Sally, un viejo quiere verte!" volvió a la habitación principal.

Andrews frunció el ceño al ver la cobertura de linóleo del piso del vestíbulo. La casa era fría y olía a cera. Sarah —no Louisa— se asomó desde lo alto de la escalera y gritó:

—Estamos llenos.

Pero bajó restregándose las manos, con una actitud entre servil y combativa: toda la familia Browder, Louisa incluida (recordó Andrews), siempre había sido servicial.

—Dije que estamos llenos —repitió. Y cerró la puerta de la sala sin tomarse la molestia de mirarlo. Después retrocedió. —¡Señor Andrews! —dijo, y casi pareció atragantarse de pura incredulidad y sospecha—. ¿Qué quiere usted?

Todavía en su papel de benefactor público, pero ahora con una mirada más severa, Andrews dijo:

—Esperaba ver a Louisa… Pasaba por aquí por cuestiones de negocios y pensé que podía darme una vuelta.

—Louisa salió —dijo la hermana, estudiándolo—. ¿Y para qué quiere verla, si me permite la indiscreción? ¿Ella sabía que usted iba a venir?

—No —dijo él—. Es una sorpresa. ¿Cuándo regresará? Me escribió

una carta tan amable cuando falleció Daisy… mi esposa, usted sabe.

—Ya lo sé —dijo la hermana con brusquedad—. Me mostró la carta.

—No sabía que se había mudado aquí —dijo él.

—Supongo que puede mudarse si tiene ganas —dijo la hermana.

—Es una ciudad pequeña pero muy bonita. En serio —dijo sin arredrarse—. Ando buscando un lugar para mí. Se la ve muy bien, Sarah.

No era verdad: se la veía escuálida y macilenta.

—¿Un lugar… aquí? —dijo Sarah—. Le dije que estamos llenos.

Pero ahora parecía asustada. Lo estudió desde la punta de la nariz hasta la punta de los zapatos.

—¿Quiere decir que está buscando una casa aquí? —titubeó.

Justo en ese momento sonó el teléfono en la mesa del vestíbulo.

—Pase al comedor —dijo Sarah.

Lo empujó a una habitación contigua y dijo:

—Espéreme ahí.

Había una ventana francesa que daba a un jardincito frío. Las plantas primaverales, notó, estaban tardando en florecer ese año, por culpa del viento del este.

La escuchó responder el llamado: luego oyó pasos en la habitación de arriba y pasos en la escalera y después la voz de Louisa.

—La misma mentirosa de siempre —suspiró Andrews.

La habitación era pequeña. Los muebles eran de los que se compran con descuento. Había una mesa de roble lustrado con su correspondiente camino de mesa descolorido, rodeada por sillas que parecían huérfanos, y un aparador con un frasco de ketchup encima. En la repisa del hogar a leña había un florero con flores artificiales y una foto de los viejos Browder en el jardín, con aspecto de jubilados cansados y endurecidos. Eran una familia pobre, mantenida por Louisa, la más inteligente de las hijas. Un sillón deprimente con brazos de madera parecía desafiar al que se animara a sentarse. Andrews aceptó el desafío y se sentó, palmeando los brazos del sillón mientras esperaba. La llamada telefónica concluyó y se oyó la voz de las hermanas: la voz de Sarah llegaba del otro lado de la puerta como un siseo susurrado y belicoso; la voz de Louisa, que como era muy práctica hablaba poco, era cálida pero con temple de hierro. Recordó que apenas movía los labios cuando hablaba; incluso en sus momentos más tormentosos con ella había admirado la manera en que su voz lacónica llenaba la oficina (y hasta la calle cuando salían juntos de la oficina) con hechos proverbiales que debían tenerse en cuenta. Durante los años que había trabajado con él en su oficina Louisa había sido insidiosa como una solterona varonil y brusca. Por eso siempre se sorprendía cuando su esposa le decía, celosa: “Ella sabe muy bien lo

que busca".

Se abrió la puerta y entró Louisa, sola, con un grueso tapado gris y una cartera grande. Para Andrews era una cuestión de principios, sobre todo en el trato con las mujeres, sonreír y hacerles notar de inmediato que ellas estaban en falta.

—Sarah me dijo que habías salido —dijo—. Estaba cerca y decidí pasar.

Después de todo, él tenía el privilegio de hacerlo.

—Me estaba vistiendo para salir —dijo ella, poniéndole los puntos a su vez, pero con un dejo de pereza que él no le conocía—. Sarah dice que has venido por negocios.

—En realidad no —sonrió.

Y entonces desembuchó, con el mayor encanto posible:

—Vine especialmente a verte, a ver cómo andaban las cosas. Y a darte las gracias por tu misiva.

Salvo por la voz inmutable, apenas podía creer que esa mujer adormilada fuera la Louisa que él conocía tan bien… y a la que incluso temía. Durante todo el viaje en tren le había parecido verla asomar en los setos y desaparecer en los bosques: una mujer alta y atareada, de la que casi siempre distinguía apenas un par de cejas y unos grandes ojos solícitos. Cuando estaban juntos en la oficina ella encorvaba hábilmente los hombros para compensar, porque él era más bajo. Ahora, en esa habitación, ella parecía más baja, y era como si tuviera más forma y más cuerpo. Sus manos, que solía estrujar, estaban abiertas y laxas. Su reluciente cabello negro tenía ondas y, aunque había envejecido y usaba anteojos, las dos franjas de cabello blanco cisne en las sienes eran impactantes. Además sus labios eran firmes y ya no apretaba los dientes como antes, con gesto alerta. Sin escritorio donde trabajar, sin papeles para entregarle, sin teléfono que atender, sin detalles que memorizar, se la veía libre y relajada. A menudo se quedaba trabajando con él hasta tarde en la oficina porque —como él sabía— odiaba volver a su casa. Tenía buen humor pero rara vez se reía. Vivía para la oficina, pero las líneas de expresión nerviosas que le producía esa vida oficinesca habían desaparecido: su cara estaba de vacaciones y al aire libre.

No obstante, después de charlar un rato, le dijo con tono burlón y satisfecho de vieja maestra ciruela:

—Así que ahora eres viudo, Morton.

Hablaba de él impersonalmente. Morton era su segundo nombre. Louisa jamás lo había llamado por su primer nombre de pila, Alfred. Ese le pertenecía a su esposa y a su hogar.

—Sí —dijo él, como jactándose de serlo.

—Debe ser duro —dijo ella— perder a un ser amado. Solo yo sé lo que sentí cuando mamá murió. Recién entonces valoré lo que había

perdido.

Notable, sobre todo pensando en lo mucho que se quejaba Louisa Browder de su madre. Le molestó tener que hacer una mueca para indicar que trataba de contener las lágrimas.

Había olvidado los celos de Daisy hacia Louisa y el silencio de Louisa ante la muerte de Daisy… excepto por esa carta de condolencias. Súbitamente se encontró enfrascado en el relato de la larga enfermedad y el deceso de su esposa, y le dijo que una semana antes de morir su cabello parecía dorado una vez más, como lo tenía cuando era chica. Una lágrima cayó y se deslizó por la comisura de su boca.

—¿Y todavía sigues viviendo en esa casa tan grande? —dijo Louisa.

Andrews se rehízo.

—No, nos mudamos a una casa más pequeña hace cinco años, cuando yo me jubilé.

Louisa aprobó la decisión de vivir en una casa más pequeña.

—Fue una decisión sabia, no me cabe duda. ¿Y cómo te las arreglas solo? —dijo despreocupadamente—. ¿Quién te cuida?

No había ido allí para hablar con Louisa de eso, pero desde la muerte de Daisy se explayaba hablando con cualquiera, con la gente en las tiendas, e incluso en la calle donde vivía, acerca de la desconcertante novedad de su nueva vida. No podía contenerse. El duelo lo había convertido en un personaje de novela y solía referirse a sí mismo como “tú”.

—Tú te levantas a la mañana —le decía a Louisa—, eso si no te olvidaste de poner el despertador la noche antes, y bajas y te distraes en la bendita cocina, por llamarla de algún modo, y te preparas una taza de té y empiezas a subir la escalera con la taza y entonces te detienes: ¿ves? Puedes tomar el té donde se te antoje, arriba o abajo, y miras qué hay en la heladera… a veces algo huele mal, hay cosas vencidas. No cocinas mucho, a veces fríes algo, no hay ni un solo restaurante como la gente cerca de tu casa. Te olvidas de las cosas… no tiendes la mesa. Lavar la ropa es una molestia… Viene una chica, pero esas chicas nunca limpian bien y —esbozó de repente una mueca — su marido tiene una camioneta y pasan toda la noche despiertos bailando en clubes, apostando, a juzgar por lo que dicen, al bingo o como se llame, algo así. No sabe hacer una cama. Viene cuando se le antoja. —Y luego añadió con pasión—: No tiene idea de cómo limpiar una alfombra.

Andrews frunció el ceño y miró la pared.

El joven vivaz de la habitación contigua había subido el volumen del grabador y la música parecía atravesar la pared en remolinos, como un tifón que soplara sobre sus ropas hasta alcanzar su piel.

Retumbaba, vibraba y se arremolinaba entre sonidos nasales y autocomplacientes; los hombres gemían y las chicas gritaban impúdicamente. Andrews alzó la mano para detener el ruido. Levantando la voz como para pararlo, dijo avergonzado:

—Su marido la golpea: me mostró los moretones en la pierna y en el hombro. "Mire estos moretones, se ponen negros y azules por la noche", dijo mostrándome la pierna desnuda. Estos jóvenes se ríen de cualquier cosa. No sé qué tienen en la cabeza. ¡Tengo que deshacerme de esa chica! —Volvió a gritar. Se dirigía a Daisy, a la ciudad, al mundo… y quedó atónito cuando volvió a reparar en Louisa.

—No es fácil conseguir chicas para la limpieza —dijo Louisa—. Sarah no puede conseguir ninguna.

—Tengo que irme, quiero vender la casa —dijo él—. Justamente le decía a Sarah que me vendría bien mudarme a un lugar como este —dijo—. Un soplo de mar.

—Las casas son caras aquí —dijo con su voz de oficinista—. Es mejor que te quedes donde estás. Extrañarías a tus hijos.

—Ellos tienen sus vidas —dijo él. Y le envió un mensaje claro—: Si algo aprendí es que uno no puede vivir en el pasado.

Hasta entonces habían permanecido de pie, pero ahora ella se sentó frente a la mesa y él regresó al sillón. Se había desabrochado el abrigo, como si quisiera dejar salir a la mujer que había en ella, pero tenía aferrada la cartera sobre la mesa. La música había cesado de estrangular el aire, pero ahora incurría en largos pasajes entrecortados de monótonos e indiferentes redobles de batería. El sonido era idéntico al de las ruedas del tren que había tomado esa mañana, cuando los árboles le habían parecido femeninos en los campos y él la había recordado como era antes de la pelea: una amiga, mucho más inteligente de lo que había sido la pobre Daisy. Había mirado por la ventanilla del tren, justo a tiempo para ver un ancho estuario donde amarraban los veleros, y en ese atisbo de mar el mar había perdido su aire de náusea y duelo por las muertes que almacenaba. Ondeaba como una bandera. Cuando salió de la estación se sorprendió al ver que la calle comercial estaba atestada de hombres y mujeres cuyos brazos y piernas habían estado enlazados en la cama la noche anterior. Montones de mujeres pasaban a su lado, mujeres que no conocía pero que podrían abofetearlo si intentara detenerlas para explicarles su situación. No obstante, cuando pasaban apresuradas, parecían preguntarle con los ojos por qué no lo hacía. ¿Y qué podría decirles? ¿Cómo empezar? Primero había que conocerlas —eso sí que era aburrido— y a esta edad no tenía tiempo para esas cosas. La única mujer que conocía era esta Louisa: ella lo conocía a él, y él la conocía a ella. Era raro, pero en cierto modo habían estado casados muchos años en la oficina.

Ahora dialogaba con la percusión, que continuaba más y más intensa, y hasta marcaba el ritmo con los pies. Louisa parecía estar a años de distancia, del otro lado de la mesa. Las multitudes de mujeres en las calles y en las tiendas habían estado demasiado cerca, habían sido demasiado súbitas, pero la distancia de Louisa hizo que dejara de marcar el ritmo con los pies. Se cruzó de piernas y sintió la imponente quietud de un deseo que jamás había sentido antes. ¡Deseo en un sitio vulgar como ese!

Dijo, con una voz más aguda de lo normal, retomando su discurso anterior:

—Sarah tiene muy buen aspecto, y tú también.

—Gracias —dijo Louisa—. Ella está muy bien.

—Deben tener mucho que hacer, digo, para mantener este lugar en funcionamiento —dijo él—. Me dijo que estaban llenos.

—Creo que está lleno, sí —dijo Louise—. Todos los hospedajes de la ciudad se llenan en vacaciones. Yo no vivo aquí, ¿sabes? —agregó con una risita condescendiente.

—Pensaba que sí —dijo él, revolviendo el bolsillo en busca de la carta de Louisa.

—No, yo estoy en el hotel —dijo ella—. Es más cómodo. Vendimos la vieja casa de Londres cuando mamá murió.

¡Se había mudado a un hotel! Eso la volvía menos distante y la acercaba un poco a él. Como vendedor que era, había pasado gran parte de su vida en hoteles. Por supuesto que amaba los largos metros de alfombras en los más lujosos; los hoteles eran palacios de placer y dinero. Hasta los tapizados enviaban mensajes de sensaciones eróticas cuando uno los tocaba. Incluso en el hotel más humilde —en una ciudad pequeña como esa— los huéspedes, los botones, las mucamas y los recepcionistas eran como figuras de un sueño que caminaban silenciosas de una habitación a otra. Cuando sonaban los teléfonos, traían voces de otro mundo. Uno mismo se transformaba en un sueño.

—Iba a decir —dijo, mostrando su recién descubierta admiración hacia ella— que este lugar no tiene mucho que ver contigo.

E hizo un ademán despectivo hacia los muebles.

—Has hecho lo que yo tendría que hacer —gritó él por tercera vez, con decisión, como para ahogar la música—. ¿Estás en el George? —intentó—. ¡No me digas que estás en el George! —Se rio—. Hoy almorcé allí. Es muy agradable. Tienen buen pescado. ¡Pero no te vi!

Descruzó las piernas y sintió que él mismo era un gran signo de interrogación.

—No —dijo ella, sonriéndole con picardía: su primera sonrisa real —. Vivo más arriba, cerca de la iglesia. En el Clarence. Es más tranquilo. Más selecto.

—¿Tiene vista al mar? —dijo con avidez.

—Por supuesto, en todas las habitaciones. Y un lindo jardín.

Otro de sus principios era no dejarse vencer jamás. Sacó una lista de hoteles locales del bolsillo.

—Sí, aquí está. The Clarence, treinta y siete habitaciones, todas con vista al mar.

—Cuarenta y cinco libras diarias —dijo Louisa—. Baño privado. No incluye el servicio ni impuestos. Yo pago semanalmente.

—Me parece muy bien —dijo Andrews. Y la felicitó—: Bastante caro.

—No por lo que te dan —dijo ella.

Los Browder habían sido una familia pobre y cicatera, muy ahorrativa con el dinero. Extraordinario. Louisa debía haber ahorrado mucho para poder alojarse en un hotel como el Clarence.

—¿Por qué no cenamos allí esta noche? Permíteme invitarte a comer —dijo con grandilocuencia.

—No puedo, Morton —dijo ella.

—O en el George —dijo él—, si quieres variar un poco. Lo curioso del George es que tienen esa alfombra, idéntica a la que vendí cuando estuvimos en Brighton hace unos años, de una de nuestras líneas, la Demeter Floral: color chocolate con diseño de flores. Seguro que la recuerdas: “Crisantemos en una urna”.

Se rio con ganas.

—Será como en los viejos tiempos.

Louisa frunció el ceño al oír eso.

—Morton, yo no estoy alojada en el Clarence. No soy huésped. Trabajo allí, en la oficina. Trabajamos mucho. Tengo que volver enseguida y ocuparme de la cena. Acaban de registrarse doce alemanes. Mientras tú hablabas con Sarah, me llamaron de la recepción.

Louisa quedó automáticamente rebajada ante sus ojos. La miró boquiabierto.

—¿Cómo que trabajas allí? ¿Dijiste que trabajas? —dijo Andrews. Estaba ofendido con ella porque él había cometido un error. Concentró sus embates en el chico de la habitación vecina—. Me gustaría que Sarah obligara a ese chico a parar ese ruido infernal. Es imposible oír lo que se dice.

Louisa frunció el entrecejo.

—¡Ah, eso! Es Peter, mi hijastro, está preparando sus exámenes. Siempre pone la música a todo volumen cuando estudia. Yo ya me acostumbré, supongo, pero al padre lo saca de quicio. Por eso lo mandamos a vivir aquí con Sarah, aunque come con nosotros en el hotel. Cuando uno atiende un hotel, lo primero son los huéspedes.

—¿Tu hijastro? —dijo él.

El aire abandonó sus pulmones con un silbido y su voz sonó aguda

como la de un niño. Le parecía que ella daba saltos, como una película que se sale del carretel, entre el piso y el techo.

—Soy madrastra —anunció Louisa, como si estuviera equipada con un renovado vigor.

Andrews se sintió atrapado entre los brazos del angosto sillón. Su boca estaba abierta y sin palabras; era un agujero tonto y rojo que no podía cerrar. Le parecía que ella no era una mujer única, individual, sino que formaba parte del coro general de mujeres que había visto en las calles de la ciudad, balanceando impersonalmente sus carteras y cargando sus bolsas de compras, tomándole el pelo con su indiferencia. En su desconcierto perdió toda noción del tiempo, como solía ocurrirle desde que vivía solo, y estuvo a punto de decir en voz alta: "A Daisy le dará un ataque cuando le cuente".

Pero se recuperó lo necesario para balbucear:

—No te creo.

¡Un viudo rival le había ganado de antemano! Y a eso se sumaba la afrenta de que, como ex empleada de la oficina, ella no lo hubiera consultado con él primero.

Buscó la carta de Louisa en el bolsillo; últimamente la llevaba consigo a todas partes, como si fuera un recibo. La sacó y, después de ponerse los anteojos, la leyó. Luego, mirándola por encima de los anteojos, dijo:

—Aquí no decías que te habías casado.

Estaba firmada con su apellido de soltera.

—En aquel momento no estaba casada —dijo formalmente—. El señor Forrester y yo nos casamos el año pasado… cuando obtuvo el divorcio.

Louisa se infló de orgullo cuando soltó la palabra "divorcio". Quiso dejar en claro que no era una enfermera que prodiga consuelo ni una solterona frustrada, solo apta como esposa para viuditos frágiles. ¡Ella no era ninguna víctima! Había atraído con tanta intensidad a un hombre como para que él se divorciara de su esposa. Había una nota de represalia en esa afirmación: después de todo, ¿qué había hecho Andrews por ella? Cambió de tema como al descuido.

—Mi esposo es el gerente del Clarence. Pertenecemos a una cadena. —La palabra "cadena" aumentaba misteriosamente su importancia personal—. Lo mismo que el George. Cuando estamos llenos siempre les enviamos huéspedes.

Andrews solo atinó a esbozar un lánguido sarcasmo.

—Parece que son los dueños del pueblo —dijo.

Ella no dejó las cosas ahí: se fingió herida.

—No sé por qué te sorprendes tanto, Morton. A decir verdad, tú conoces a mi marido.

Estaba en el banquillo de los acusados. Dijo lo más serenamente

que pudo:

—¿Cómo que lo conozco? No creo que nos hayamos… ¿dónde? ¿Cómo se apellida?

—Igual que yo —dijo ella—. Forrester. Jack Forrester.

Volvió a buscar la carta en su bolsillo, pero desistió.

—No recuerdo a ningún Forrester —dijo.

—¡Ay, Morton! —dijo Louisa con aire de superioridad—. ¡Piensa! ¡Brighton! Junio del 74. La exposición comercial. Cuando conseguiste ese gran contrato para la línea Demeter Floral. De eso sí que te acuerdas, estoy segura.

Y allí estaban de nuevo, en el medio de aquella gran pelea. Era increíble, después de tantos años, ¿volvería a traerla a cuento?

—Recuerdo que conseguí una orden de compra por diez mil libras —alardeó él.

Por lo menos podía restarle importancia al casamiento de Louisa.

—No estoy hablando de alfombras —dijo ella entre dientes. Sus ojos, que los anteojos hacían más grandes, parecían estar hurgando en la vida laboral que habían compartido como si fuera un cesto de basura. Había una pregunta en sus ojos, una pregunta ociosa que pretendía gratificar alguna vanidad íntima.

Pero él, dada su situación actual, no iba a cometer la enorme estupidez de gratificar esa vanidad.

Sabía que la mirada de Louisa era implacable, que podría obligarlo a responder esa pregunta. Él había borrado todos sus recuerdos de aquel incomprensible tiempo pasado en Brighton, pero ahora recordaba que había vuelto al hotel donde se alojaban y que ella lo estaba esperando en el foyer. La recordaba diciendo con entusiasmo: "¿Lo conseguiste?". Y recordaba que él había dicho: "Salgamos de aquí". Habían cruzado la calle en dirección a la rambla, y recordaba el largo, llamativo e iluminado paseo marítimo con las banderas que se agitaban en sus mástiles en los balcones de los hoteles y los altos postes de luz y recordaba que las luces impedían ver el mar, que había quedado reducido a una superficie negra. La rambla parecía un escenario: la multitud grotesca caminaba dejando atrás los faroles. Ella lo había tomado del brazo mientras él hablaba de sus éxitos. Generalmente, en las exposiciones comerciales, comían en el hotel con los colegas y ella se retiraba temprano y lo dejaba a solas con ellos; pero esa noche lo había convencido de ir a celebrar a un restaurante. Bebieron una o dos copas de champagne y luego regresaron al hotel sin ningún apuro; y ella había retirado muy circunspecta la mano que hasta ese momento apretaba su brazo cuando cruzaron el foyer hacia el ascensor. Pero una vez adentro del ascensor volvió a colgársele del brazo y se lo apretó mientras subían. Con un poco de vergüenza lo retuvo en la puerta de su habitación dándole charla, bajando cada vez

más la voz. Sus dedos fingieron retirar una mota de algodón de la solapa de su chaqueta.

—¿Por qué no entras un rato? —masculló, como si estuviera comiendo. Y sus ojos tenían una mirada devoradora.

Andrews la miró perplejo. Recordó que había pensado que no tendría que haberle permitido beber champagne. Miró su reloj y dijo:

—¡Dios santo! ¿Sabes qué hora es? Todavía tengo que llamar a Daisy para darle la noticia. Se me ha hecho tarde.

Entonces vio que la cara de Louisa cambiaba y adoptaba una expresión de enojo. Se volvió dura y de mirada vacía, como una máscara de bronce bajo la macilenta luz amarilla del pasillo del hotel cuando él le dijo "buenas noches" con tono paternal y se dirigió a su cuarto en el otro extremo del corredor. Le sorprendió que ella cerrara de un portazo. Pero él estaba contento: no podía pasarse la noche hablando de los problemas de la familia Browder.

¡Pero al día siguiente! Andrews jamás pudo contarle a su esposa lo que ocurrió la noche siguiente. Daisy no le hubiera creído. Habría gritado, triunfal, que hacía años que ella "lo sabía". Esa noche contenía una parte de su historia personal tan pesada para su mente, tan enredada con la indignación y con un deseo inadmisible que nunca había querido reconocer, que había logrado expulsarla de su memoria. Ahora, hablando con esa Louisa casada, en esa pequeña ciudad miserable junto al mar, revivía cada fragmento.

El día después de la "celebración" Louisa llegó tarde al stand de la empresa en la exposición. No era para sorprenderse que tuviera una jaqueca. Él le dijo que fuera a acostarse. Estaba tan ocupado con los detalles de la venta que recién volvió a su habitación del hotel a las siete de la tarde. Cuando entró, el teléfono ya estaba sonando. ¡La pesada de Sarah! ¡La familia Browder se había levantado en armas! ¿Dónde estaba Louisa? Sarah dijo que había pasado el día entero llamándola. La madre estaba enferma otra vez. Se estaba muriendo, por supuesto. A lo largo de los años, cada vez que Sarah llamaba era para decir que la anciana señora Browder se estaba muriendo. Louisa debía regresar de inmediato. Y cuando regresaba, encontraba a la señora Browder en perfecto estado de salud.

Para abreviar, le había dicho a Sarah:

—Estoy seguro de que Louisa está en su habitación. Debe haber un error. Iré a ver.

Y efectivamente fue a ver y golpeó y golpeó la puerta. Porque escuchaba voces adentro. Oyó la voz de un hombre que decía:

—¿Quién carajo será? Dile que se vaya.

Louisa abrió la puerta con una bata de color amarillo… muy amarillo.

—Ah, es el señor Andrews —le dijo a un hombre pelirrojo que

salió del baño diciendo: “Dile que se haga humo y que se ocupe de sus propios asuntos”.

El hombre tenía la corbata en la mano y estaba descalzo. La escena le había parecido tan increíble que casi no reconoció a Louisa. Ahora no podía recordar si le había dicho algo a ella, pero se felicitaba por recordar con exactitud las palabras que le había dicho a aquel hombre:

—Estoy hablando con mi secretaria. Su madre está muy enferma.

—Llamaré a Sarah más tarde, señor Andrews —fue todo lo que dijo Louisa—. Siempre me está persiguiendo.

Y le había cerrado la puerta en la cara.

Ni siquiera entonces pudo creer lo que había visto. Fue a su habitación. Llamó a Sarah y de modo confuso le dijo primero que Louisa estaba dormida y después que estaba con unos amigos.

—Es mentira —dijo Sarah—. Está con usted. La estoy escuchando. ¿Acaso cree que yo no sé lo que pasa entre ustedes?

Andrews ya estaba hasta la coronilla de los Browder. Perdió la paciencia.

—Si quiere que le diga la verdad, se levantó a un tipo en el bar y ahora mismo está en la cama con él —dijo.

La risotada de Sarah lo dejó perplejo.

—Así ustedes se dejan de joder un poco, ¿no? Siempre le tuve lástima a su esposa.

Ahora, en la casa de Sarah, con los viejos Browder mirándolo desde la fotografía sobre la repisa del hogar a leña, comprendió que Louisa estaba esperando que él dijera algo.

—Tú le dijiste a Sarah que lo habías visto —dijo—. No fue muy amable de tu parte, Morton. Ahora es mi marido, así que, como comprenderás, sería un poco molesto que cenara contigo. Realmente no creo que esta ciudad te agrade, ¿no te parece? Y ahora tengo que irme y tú tienes que tomar el tren. Sarah me llevará al Clarence y de paso te dejará en la estación. ¿Hay algo más que quieras preguntarme?

—Nada —dijo él.

El picaporte se movió. Supuso que Sarah los había estado espiando detrás de la puerta porque enseguida entró y dijo:

—Mira, Louisa, que tu esposo ha vuelto a llamar.

En el coche, Louisa le dijo a Sarah:

—Dile a Peter que no se olvide de ponerse la corbata si decide venir a cenar.

Y no se dijo nada más.

Andrews la miró entrar al Clarence, por supuesto… Pero nada,

nada, nada, las ruedas del tren que lo llevaba de regreso a Londres martillaban, como la voz de Sarah. Cuando pasaron junto al estuario al caer el sol vio que las embarcaciones no tenían banderines ni banderas.

La carretilla

—Robert —llamó la sobrina de la señorita Freshwater desde la ventana del dormitorio a medio desarmar—. Cuando termine con eso, ¿podría subir un minuto? Necesito que me ayude a mover un baúl.

Y cuando Evans le hizo señas desde la otra punta del jardín pisoteado, junto a la inmensa fogata, ella cerró la ventana para impedir que entrara el humo de la basura que se quemaba lentamente —alfombras viejas, ropas, revistas, diarios, cajas— y que, envolviendo las cinturas de los abetos, soplaba en dirección a la casa. Hacía ya tres días que ardía el fuego. Evans —en mangas de camisa y con los brazos enrojecidos y gotas de sudor corriéndole por el entrecejo— lo revolvía con un tridente. De pronto se alzó una tonta lengua amarilla de fuego: alguna pieza inflamable de la historia familiar… ¿Quién sabe qué? Quizás uno de los absurdos sombreros de verano de su tía o un balance anual exitoso que habría hecho soñar despierto a su padre echaban sus últimas chispas. Vio que Evans recogía un pedazo de papel de los márgenes del fuego y se ponía a leerlo. ¿Qué sería? La sobrina de la señorita Freshwater se mordió los labios y abrió la boca, expectante. Para entonces toda la intimidad familiar había desaparecido. Treinta, cuarenta, cincuenta años de mi vida se acababan de hacer humo.

Evans levantó las manijas de la carretilla y avanzó por el jardín hacia la casa; a veces la inclinaba ligeramente hacia un costado para ver y admirar cómo corría la rueda con neumático. La sobrina de la señorita Freshwater sonrió. Con su cabello negro enrulado, su rostro enrojecido por el sol, sus bobos ojos azules y esa tenue cicatriz blanca al costado de la nariz, parecía un muñeco desenfrenado, amargado.

—¿Está para quemar? ¿Toda esta pila? —gritaba. Era un destructor vehemente y natural. Ella no podría haber encontrado otro mejor.

—Jamás podría haber afrontado esto sin su ayuda, Robert —le había dicho el primer día con absoluta sinceridad.

Conseguirlo había sido un golpe de suerte; pero cabe mencionar que, perezosa, sonriente y voluble como era, la sobrina de la señorita

Freshwater siempre caía parada. Había bajado del tren matutino de Londres al comenzar la semana y se había parado en el cordón del patio de la estación a esperar que uno de los dos o tres taxistas que estaban ahí hablando advirtieran su presencia. De repente, Evans entró desde la calle, frenó junto a ella, la hizo subir a su taxi y partió. Fue como un rapto. Los otros taxistas le gritaron algo que cualquier persona civilizada consideraría injurioso, pero Evans se limitó a mover lentamente la mano hacia arriba y hacia abajo, con la palma hacia el suelo, diciéndoles de esa manera muda e insultante que cerraran la boca y se metieran en sus cosas. Tenía un aspecto casi piadoso cuando hizo aquello. Y eso la hizo reír a carcajadas.

—Esta gente no tiene modales —dijo Evans con voz lenta de reproche, dando a cada sílaba su claro valor, como si estuviera declamando un verso de un poema—. Perdón, todavía no le pregunté a dónde quiere que la lleve.

Estaban yendo en la dirección contraria y tuvo que girar en U. Vio que la miraba por el espejo retrovisor; sus ojos de muñeco pasaron rápidamente del placer taimado a la expresión vacua: ella era todo un hallazgo.

—No es la primera vez que viene, supongo —dijo él.

—Nací aquí —dijo ella—. Pero hace veinticinco años que no vengo… bueno, quizás excepto cuando vine por un solo día hace unos años. Ha cambiado mucho. ¡Ahora hay tantos edificios!

Le agradaban las conversaciones amistosas.

Iban subiendo por la larga cuesta en las afueras, hacia la casa de su tía. En otros tiempos todo eso era bosque; pero ahora, como un mar rojo y duro que irrumpiera para obliterar su memoria, miles de casonas angulosas reemplazaban a los árboles.

—Sí —dijo él con simpleza—. Hay dinero de sobra por todas partes.

El automóvil continuó subiendo por la cuesta larga de concreto. Las casonas fueron reemplazadas por hileras de casas más pequeñas y chalets. Los jardines estaban en flor: eran las flores de junio. Evans señaló un chalet con un pequeño galpón al costado, un patio donde había un par de autos viejos estacionados, y un surtidor de nafta. Le dijo que ese lugar era suyo. Y más allá se veían las últimas viviendas familiares construidas por el municipio cerca del Green, a menos de un kilómetro de la casa de su tía. Cuando pasaron por allí, vio una carpa blanca y un enorme estandarte harapiento, también blanco, con las palabras *Misión Evangelista* pintarrajeadas.

—Veo que los evangelistas siguen en pie —dijo.

Porque fuera de la ciudad era tierra de nadie, un lugar de ocupas, de artesanos pobres, de pequeños agricultores, de hombrecitos que vivían en casillas y que, con su acostumbrado rigor, habían cultivado

durante generaciones el hábito de fundar pequeñas sectas religiosas.

—Ah, sí —dijo Evans con voz suave, sorprendido de que ella pudiera dudarlo—. Hay grandes ceremonias. Está el poderoso llamado del Señor. Yo mismo cultivo los viñedos. ¿Usted es la sobrina de la señorita Freshwater? —dijo—. Ella también era una trabajadora infatigable. Era una gigante del Señor.

Vio que había cometido una imprudencia al reírse. Vio que la conocían. Era como si él la hubiera capturado a sabiendas.

—Usted no es de por aquí, ¿no? —dijo.

—Yo soy de Gales —dijo él—. Vine aquí desde las minas. Ob-je-té la hambruna.

Llegaron a la fea casa amarilla. Apenas se la veía bajo los laureles excesivamente crecidos y los abetos que arañaban las ventanas sucias en algunos sectores. Él tuvo que ayudarla a bajar del auto porque ese último año había aumentado de peso y, mientras ella abría la cartera para buscar dinero, caminó hasta la verja y miró.

—¿Su tía se la dejó como herencia en su testamento, supongo? —dijo.

—Sí —dijo ella. Era una mujer que siempre se sentía a gusto haciendo confidencias—. Vine a tirar toda la basura que hay adentro antes de venderla. ¿Conoce a alguien que pueda darme una mano?

—Conozco a muchos —sentenció él—. Aquí nos damos mucha maña.

Era como si cantara una estrofa de un himno religioso. Él siguió avanzando, abrió la verja y lideró la marcha hacia la casa; y cuando la sobrina de la señorita Freshwater abrió la puerta, después de haber apartado las telarañas, él entró con ella y juntos recorrieron los cuartos rancios y amarilleados por el sol. Él miró la alfombra gastada de la escalera. Miró los cielorrasos, como midiendo el tamaño de todo.

—Alcanzará un precio muy alto —dijo con voz afligida; y luego, evaluándola a ella como un granjero que sopesa hortalizas en el mercado, por si acaso venía incluida con la propiedad, agregó un toque de entusiasmo a la pena.

—¡Altísimo! —dijo—. ¿Esa puerta da al fondo?

Lo perdió por un rato. Cuando volvió a encontrarlo estaba afuera, en el fondo de la casa, mirando los galpones. Había abierto la puerta de uno, donde se guardaban las herramientas de jardín, y allí estaba, mirando. Se había interesado por una carretilla nueva, de metal color verde, con la rueda roja con neumático. Incluso la había sacado del galpón. Volvió a colocarla en su lugar y, al ver a la señorita Freshwater, dijo con tono acusador:

—Esta puerta no tiene cerradura. No me gusta ver puertas sin cerradura. Esta tarde le traeré una.

Y así ella se dio por enterada de que él acababa de designarse

como su auxiliar todo terreno.

—¿Pero quién lo reemplazará en el taxi?

—Mi hijo —dijo él.

A partir de ese momento se adueñó de ella y de la casa.

—Habrá mucho trabajo en esta viña —le dijo maliciosamente y enseguida deseó no haberlo dicho; pero los ojos de Evans perdieron esa expresión vacua y se encendieron y chispearon. Lanzó una carcajada.

—¡Sí que habrá, caramba! —dijo admirándola. Y se fue.

Ella recorrió una por una las habitaciones, abriendo ventanas, y desde una de las ventanas del piso superior vio a lo lejos la tela blanca de la carpa evangelista a través de los abetos.

No sabía cómo empezar.

Era una casa fea de habitaciones grandes y más feas todavía, escaleras empinadas y rellanos oscuros. Los muebles podrían haber pertenecido a hoteles pasados de moda y tenían ese aspecto indefenso de los objetos demasiado grandes, mal escogidos y demasiado gregarios. Después de la muerte de su madre, su padre había mudado sus pertenencias a la casa de su hermana. El gusto no había sido el punto fuerte de la familia. Los libros, principalmente de sermones, eran de su abuelo; el hijo se había alimentado de una provisión de textos de ingeniería y revistas. La hermana leía principalmente la Biblia y el resto del tiempo se cambiaba de ropa porque siempre tenía la idea de que iba a salir.

Lo que paralizaba a la sobrina de la señorita Freshwater era el vacío del lugar. Se había imaginado que despertaría fantasmas si llegaba a abrir un cajón. Había esperado recordarse a sí misma. En cambio, mientras esperaba a Evans el primer día, tuvo la sensación de que la estaban ignorando. Nada acechaba en las sombras, nada parpadeaba en los rayos de sol que se filtraban en la habitación. El cuarto donde había dormido no significaba nada. Incorporarle recuerdos era una tarea tan extraña y artificial que dejó de intentarlo. Fue varias veces a la ventana: esperaba la llegada de Evans y el comienzo de la destrucción.

Cuando por fin llegó, captó la idea enseguida. Todos los archivos que decían A. H. F. —las iniciales de su padre— eran “basura”.

—¿Thorpe? —dijo—. ¡A.H.F., más A.H.F.! ¿Está para quemar?

Y salió con su primer cargamento, que serviría para encender el fuego.

—Y levante esa alfombra. Nos vamos a tropezar, está rota —dijo ella.

Él arrancó la alfombra de la escalera. Arrojó al jardín los felpudos, que estaban llenos de agujeros. Las revistas las sacaba de a pilas en la carretilla. De vez en cuando algún objeto le llamaba la atención —una

tira de cuero, un cuenco, un portapipas— y lo colocaba en un pequeño montículo de tesoros inesperados en la puerta de atrás.

Pero quemar era su pasión; empujar la carretilla, su alegría.

Se pavoneaba con ella. Depositaba ceremonialmente su carga en el fuego; jamás la dejaba caer demasiado cerca ni la inclinaba de golpe. Casi siempre probaba una o dos maneras distintas de asir las manijas antes de empezar a empujar. Una vez lo vio detenerse en el medio del jardín y dar vuelta del revés la carretilla para mirarla atentamente y hacer girar la rueda. ¿Algo andaba mal? No, limpió con cariño la rueda con un manojo de pasto, sacó una lata de aceite del bolsillo y le echó un chorro. Después volvió a poner la carretilla del derecho y apareció con ella del otro lado de la casa, canturreando en voz baja y satisfecha. Sonaba como un himno religioso. Y al final del día, cuando ella le llevó una taza de té y se pararon a conversar, ya satisfecha por el momento su pasión, él la miró atentamente. Clavó la vista en el broche que ella utilizaba con despreocupación para ajustar su overol verde. Se acercó, puso la mano en el broche y lo levantó.

—Son perlas, ¿o me equivoco? —dijo.

—Sí —dijo ella. Él se hizo hábilmente a un costado, porque era rápido como una pulga.

—Es una belleza —dijo, aludiendo al broche y a ella juntos—. No creo que valga menos de cincuenta libras; quizás no menos de cien, supongo. ¿Un regalo, quiero creer? —Y antes de que ella pudiera responder, dijo con gravedad—: ¡Las cinco y media! Tengo que cerrar los galpones. ¿Usted se quedará a dormir aquí? Mi esposa se volvería loca, sola en la casa. Cuando me quedo en la Misión se vuelve loca de miedo.

Evans miró a la sobrina de la señorita Freshwater, esperando una respuesta a su drama. Ella no supo qué hacer, así que se rio. Evans también soltó una carcajada. La risa sacudió los rulos negros y apretados de su cabello, y la cicatriz del costado de su nariz se puso blanca.

—Yo tengo llave —dijo con seriedad y se fue.

—Robert —la sobrina de la señorita Freshwater abrió la ventana y volvió a llamarlo—. ¿Podría venir ahora? No puedo seguir.

Evans ya había enfilado hacia la casa. Subió de dos en dos los escalones pelados.

—Estoy aquí —avisó ella—. ¡Espero que pueda entrar!

En la puerta del dormitorio había una montañita de papel marrón viejo, que llegaba a la altura de las rodillas. Ella ya había sacado algunos cajones de la cómoda, otros habían quedado a medio abrir; las puertas del ropero estaban abiertas de par en par. Había zapatos, cajas y ropa apilada encima de la cama, con el colchón a la vista. La sobrina de la señorita Freshwater se había envuelto la cabeza con una chalina

verde, como un turbante, ocultando hasta el último mechón de su cabello rubio. Su cara, de huesos fuertes y piel pálida ahora marcada por los dedos sucios, tenía una expresión dura, divertida y franca. Sus labios fuertes estaban secos y blancos por el polvo.

Se entendían mutuamente. Al principio él la había mandoneado, pero al segundo día ella reaccionó y ahora se trataban como iguales. Ella le hablaba como si estuvieran conspirando para decidir qué debía "salvarse" y qué debía ser "arrojado a las llamas". Usaba esas palabras a propósito, para provocarlo con malicia. Era más alta que él. Ella no podía tolerar el hecho de que él predicara todas las noches en la Misión y había adquirido el hábito de tentarlo con algún movimiento del brazo o del cuerpo cuando lo descubría mirándola. Cuando ella era joven, su tía había usado la palabra "inconveniente" para describir la debilidad de la sobrina por "perder el tiempo" con jardineros, choferes y mandaderos. La sobrina de la señorita Freshwater había perdido la noción de lo que era "conveniente" desde muy temprano en la vida.

—Ya empecé arriba —le dijo a Evans—. Es peor que abajo. Venga a ver.

Evans dio un paso adelante en la habitación y miró lentamente a su alrededor, asintiendo.

Ella bajó la cabeza y juntó las manos, esperando ansiosa que él se riera para poder reírse juntos.

—Jamás en su vida tiró un pedazo de papel. Ni siquiera tiraba las bolsas de papel. Mire esto —dijo.

Evans revolvió la montañita y espió el interior de una bolsa de papel marrón. Contenía un bizcocho, duro como una piedra.

—Y también hay galletitas —dijo ella—. ¡Envueltas! Como una alacena. Debe hacer años que están aquí. En el cajón de arriba.

Evans no se rio.

—Tenía miedo de morir de hambre —dijo él—; los viejos son hambrientos. Codiciosos. Mi abuela mordisqueaba como una laucha, el día entero. Y toda la noche. Se despiertan de noche y tienen miedo. Comen para consolarse. Espero que no haya ratones —dijo, y fue a mirar el contenido del cajón.

—Tenía ochenta y cuatro años —dijo ella.

—Mi abuela llegó a los noventa —dijo él—. La madre de mi padre. Le gustaba oír a los ratones. Decía que le hacían compañía.

—Yo creo que a mi tía debían agradarle las polillas —dijo ella—. Salieron como nubes de ese ropero. Mire todos estos vestidos. No soporto tocarlos.

Sacudió un par de vestidos dentro del ropero y después los sacó a la luz.

—Ahí está… ¿la vio? Ahí va una.

Le mostró un vestido de seda pasado de moda.

—Tiene más de veinte años sin uso, se ve por la moda. ¡Mire! —Le pegó un tirón al vestido—. ¿Oyó? Muerto. Podrido. Todos están igual. Es imposible regalarlos. Se caen a pedazos.

Arrojó los vestidos al suelo y él levantó uno y vio dónde lo habían comido las polillas.

—Es un pecado —dijo—. Tanto dinero tirado a la basura.

—La polilla y el polvo corrompen —se burló ella. Luego tomó una brazada de vestidos y los arrojó al suelo—. ¿Por qué los compraba si no los quería? ¿Y todos los sombreros que tuvimos que quemar? Usted todavía no ha visto nada. Mire esto.

Sobre la cama había una pila de corsés de encaje inmensos. Evans se quedó mirándolos.

—Los hombres tenían paciencia —dijo.

—Oh, ella no estaba casada —dijo ella.

Él asintió.

—Y por eso usted es la única heredera, supongo —dijo.

Sus ojos azules brillaron con malicia y ella supo que la había estado observando todo el tiempo, a ella y no a los vestidos; pero cuando interceptó su mirada, la luz encubridora, muda, vacía volvió a deslizarse en ella.

—¡Zapatos! —dijo con falso entusiasmo—. ¿Necesita zapatos?

Había una enorme cantidad de zapatos de toda clase, poco usados o directamente sin uso, alineados en pares sobre la cama, y había muchos más dentro de una caja.

—Conté cincuenta y un pares de zapatos —dijo ella—. Jamás salía pero seguía comprándolos. Hay un pedazo de papel en cada par. Eche un vistazo. Lea lo que dice. ¿Qué dice?

Él sacó un pedazo de papel de un zapato.

—"Cómodo para la noche" —leyó en voz alta. Sacó otro—: "Para los días lluviosos". ¿Llovía adentro de la casa?

Ella agarró otro papel y leyó:

—¡"Con mi vestido azul"! ¿Se da cuenta? "Ideales para caminar" —Quiso reírse, pero él la interrumpió.

—En Gales hacían falta zapatos —dijo—. En las épocas malas andaban descalzos. Mis hermanas compartían un par para ir a bailar.

—¿Qué haré con ellos? —preguntó la sobrina de la señorita Freshwater—. Alguien podría usarlos.

—Pero ahora están en una época buena. Tienen dinero —dijo, desairándola—. Compran zapatos nuevos.

—Quiero decir… podría regalárselos a quien sea —dijo ella—. Son demasiado grandes para mí. Le mostraré.

Se sentó en una caja de embalaje y deslizó un pie en un zapato de noche plateado.

—Fíjese, el pie me baila adentro —dijo.

—Usted tiene pies pequeños —dijo él—. En Gales los hombres la perseguirían.

—Después de haber ido a la iglesia, no me cabe la menor duda —dijo ella—. Por la montaña… ¿cómo se llamaba? Usted me dijo el nombre.

—Tiene la mejor vista de Gales. Pero los que llegan a la cima nunca la ven —se rio—. Pruébese este par —dijo, arrodillándose y levantándole un pie—. Ah, no, ya veo. ¡Pero mire qué piernas que tiene!

La sobrina de la señorita Freshwater se levantó.

—¿Qué número calza su esposa? —preguntó.

—No sé —dijo él, muy complacido consigo mismo—. ¿Dónde está ese baúl que tenemos que mover?

—En el hueco de la escalera. Le mostraré dónde. Yo no puedo moverlo sola.

Lo llevó hasta el hueco de la escalera y se agachó para tironear del baúl.

—Así no se hace —dijo él, poniéndole las manos en la cintura y sacándola del paso. Jaló del baúl y lo inclinó para apoyarlo sobre uno de los extremos. Ella dijo que lo quería a la luz, donde pudiera verlo.

—Aquí, sobre el arcón —dijo.

Él lo levantó y lo dejó caer con estrépito en el arcón.

—Uf —dijo él—. Usted tiene la cintura pequeña para ser una mujer casada. Suave. Mi esposa es una giganta, pesa más de ochenta kilos. Y sin embargo usted también es corpulenta, oh, sí, claro que lo es. Pero tiene huesos livianos. En el caso de ella, ahora, son los huesos lo que más pesa. ¿Lo abrimos?

Ella se sentó en una silla y buscó un espejo en el bolsillo.

—¿Por qué no me dijo que estoy hecha una bruja? —dijo, secándose la cara—. Sí, ábralo.

El baúl era de cuero negro: agrietado, descascarado, manchado y aplastado por el uso. El nombre apenas legible de su padre estaba tenuemente impreso en la tapa, en grandes letras blancas. Ese baúl había sido arrojado y golpeado y deslizado por bodegas de barcos y trenes de todo el mundo. La tapa, ahora desgoznada, ya no encajaba en la cerradura y por eso lo habían cerrado con una correa. Había yacido pudriéndose y marchitándose en áticos y desvanes durante toda una vida.

—¿Qué hay adentro? —preguntó sin dejar de mirarse al espejo.

—Ropa —dijo él—. Libros. Un par de patines. ¿La señora iba a patinar?

Extrajo un sombrero chino del interior del baúl. Tenía pegada una larga coleta. Lo sostuvo en vilo.

—Ah —exclamó—. Ahora sí. —Se puso el sombrero en la cabeza y

sacó una chaqueta de mandarín del baúl.

La sobrina de la señorita Freshwater se quedó mirándolo y después se ruborizó.

—¿De dónde sacó eso? —gritó dando un salto, y le sacó el sombrero de la cabeza y le arrebató la chaqueta—. ¡Son míos! ¿Dónde estaban?

Lo empujó a un costado y sacó una o dos cosas más del baúl.

—¡Son míos! —lo acusó—. Todo esto es mío.

Ella envejeció mientras lo miraba. Una fotografía cayó al piso cuando levantó un libro.

—"A mi querida Laura" —leyó en voz alta—. Tennyson.

—¿Quién es? —dijo él, recogiendo la fotografía.

Pero ella no lo oyó. Estaba sacando un vestido de noche, bordado de lentejuelas, que se redujo prácticamente a nada cuando lo levantó.

—Santo Dios —dijo, y lo dejó caer horrorizada. Porque debajo del vestido había un álbum—. ¿Dónde puso los patines? —dijo, bruscamente posesiva.

Abrió el álbum. Miró un camino cubierto de nieve que llevaba a un hotel con aleros de casi un metro de ancho. Había pasado su luna de miel en ese hotel.

—Kitzbühel —dijo—. ¡Oh, no!

Lo miró con fiereza para ahuyentarlo. La casa, tan anónima, tan absurda, tan insignificante y sin fantasmas, repentinamente se había apoderado de ella. Tenía un nudo de frío asombro en la garganta.

Se desquitó con él:

—¿Por qué no saca todos esos papeles de la habitación? —No quería que él la viera así.

Evans fue a la puerta del dormitorio y, después de echar un vistazo, regresó. No iba a dejarla sola. Recogió el libro de poemas, miró por encima una o dos páginas y volvió a tirarlo dentro del baúl.

—Todo el mundo sabe —dijo con desdén— que los galeses son los fundadores de la poesía europea.

Ella no lo escuchó. La luz de la vigilia había abandonado su cara. Había entrado a ciegas en un sueño dentro del cual a duras penas podía arrastrarse. Miraba dolorosamente el álbum, balanceando despacio la cabeza de un costado a otro, abriendo y cerrando la boca como si quisiera hablar, levantando un hombro como si la hubieran lastimado, la espalda temblorosa, resistiéndose, como si sintiera las garras del pasado sobre ella. Estaba contemplando diez años olvidados de su vida, de su propia vida, no la de su familia, y no se reía al ver las faldas demasiado largas, los sombreros de copa pesada que ocultaban los ojos, su cara demasiado rellena y gorda, su sencillez aburrida y malhumorada, su lindura demasiado charlatana y ruidosa, su mirada de una astucia demasiado grosera. En una de las fotos,

sentada a la mesa de un café a orillas del lago a los diecinueve años, parecía dueña de sí misma y por lo menos de cuarenta. ¡Y esa otra foto, en el jardín! Ahí posaba teatralmente como una antigua griega, envuelta en lo que parecía ser un camisón. Notó que el dedo gordo de uno de sus pies sobresalía cómicamente de la sandalia que llevaba puesta. En otra foto, en una roca junto al mar, con traje de baño, había vuelto a adelgazar: efectos del matrimonio. ¡Y miren ese pelo! Y la foto de la chica en esquíes, de rostro anguloso y ojos entrecerrados… ¿Quién era esa chica? Era ella… ¡pero cómo había llegado a tener ese aspecto! Por lo menos sonreía un poco al ver a tanta gente que había olvidado. El hombre del cabello rubio pajizo, un alemán… pensar que había estado completamente loca por él. Pero lo que la sobrecogía al ver sus propias fotos era el hecho de estar fuera de alcance, vibrante y sin embargo muerta; y que lo único que realmente irradiaba permanencia eran los objetos: las sillas, las mesas, los árboles, el auto estacionado frente al café, la lancha a motor en el lago. Esas cosas titilaban y resplandecían. Habían perdurado y no tenían edad, el tiempo no las había tocado, pero a ella sí. Volvió a guardar el álbum en el baúl y sacó una vieja chaqueta de tweed y una falda. Debajo había un cuaderno con la palabra "Diario" escrita en una letra distinta a su caligrafía actual, con curvas ligeramente menos pronunciadas. Parte de una carta cayó del diario, aparentemente la segunda página de una misiva que ella misma había escrito. La leyó.

"… el trabajo, en cualquier caso", leyó. "Durante una semana entera se olvidó del pecho, del pie, del estómago. ¡¡¡Ya no se está muriendo!!! Se compa (tachado) se felicita a sí mismo y dice que eso demuestra que los médicos son todos unos idiotas. ¡¡Lo que necesito es tener confianza en mí mismo, me dice!! Eso significa dejar el departamento y es lo que no puedo parar de pensar: en Oxford será mucho más difícil para ti y para mí. Él dice que las mujeres no son felices a menos que se estén sacrificando. No sabe lo que dice, querido; solo pensar en Ti me mantiene…".

Dio vuelta la hoja. Nada. Buscó en el diario. Nada. Se sintió desdichada y recién entonces vio que Evans no se había ido y que la estaba mirando. Volvió a guardar rápidamente la carta dentro del diario.

—Ah —dijo, nerviosa—. No sabía que estaba aquí. Quiero mostrarle algo. —Se rio, incómoda, abrió el álbum y buscó hasta encontrar la foto más ridícula de todas, la que más vergüenza le diera, la que la humillara por completo—. Aquí está, mire esto.

Había un sube y baja adelante de todo, rodeado de personas que se reían a los gritos, llevaban puestos sombreros de papel y parecían haber recibido un baño de glicerina: ella estaba a horcajadas en el extremo de arriba del sube y baja, dando patadas al aire, y en el

extremo de abajo había un gordo disfrazado de pierrot. Llevaba puesto un sombrero de papel sobre su cabello corto y enmarañado. Le mostró la foto a Evans y sacó el espantoso vestido de lentejuelas del baúl.

—¡Es este vestido! —dijo, señalando la foto—. Yo estaba comprometida con ese gordo. ¿No es terrible? —Y dejó caer el vestido una vez más. Se sentía frío y resbaladizo, casi húmedo al tacto—. No me casé con él.

Evans frunció el ceño.

—Estaba desnuda —dijo con disgusto.

—Ahora recuerdo. Yo dejé todo aquí, en esta casa. Guardé este vestido durante años. Tendré que revisar bien. —Y cerró la tapa del baúl.

—Esta foto cayó al suelo —dijo él.

Era la foto de otro hombre joven.

—¿Este es su marido? —preguntó Evans, estudiando al hombre.

—Mi marido está muerto —dijo ella, cortante—. Ese es un amigo.

Y tiró la foto dentro del baúl. Recién entonces se dio cuenta de que Evans la tenía tomada del brazo desde hacía rato. Se desasió de él abruptamente. La sensación de amistad espontánea, de complicidad, que había sentido mientras trabajaban juntos desapareció por completo. Se apartó un poco y dijo con esa voz hostil que es característica de las explicaciones innecesarias:

—Es decir… mi esposo murió hace unos años. Estábamos divorciados. Yo no debería perder más tiempo en esto.

—Mi esposa jamás admitiría una cosa así —dijo Evans.

—No tiene ningún motivo para hacerlo, estoy segura —dijo con severidad la sobrina de la señorita Freshwater. Y volvió al dormitorio.

—¡Bueno! No podemos seguir perdiendo el tiempo de esta manera. Será mejor que empiece con lo que hay sobre la cama. Y cuando termine, ponga la pava al fuego.

Cuando Evans bajó con su carga, ella fue hasta el rellano de la escalera y miró el baúl. Apretó los puños: ojalá ese baúl estuviera vivo para poder golpearlo. Miró por encima de la baranda para asegurarse de que estaba sola, volvió a abrir el baúl, sacó la foto y la carta del interior del diario y las guardó en su cartera. Creyó que iba a vomitar o a desmayarse: el pasado resonaba en su cabeza como un tren que se acerca más y más y más…

—¡Dios mío! —dijo. Y cuando vio su cabeza envuelta en el turbante y su rostro duro de sorpresa y pesar en el espejo de la cómoda de su absurda tía, lanzó una exclamación de verdadero horror. Estaba llorando.

—¡Qué desastre! —dijo, y se arrancó la chalina de la cabeza.

Su cabello rubio y tupido cayó desprolijamente a los costados de la cara. Ni una sola vez, en todas esas fotografías, había visto una cara

de una amargura tan feroz, tan sin alegría, como la que tenía ahora.

—Voy a servir el té afuera —le avisó Evans desde abajo.

—Ya voy —respondió ella. Y trató de arreglarse un poco el cabello y, como había derramado unas lágrimas, se puso los anteojos.

Evans observó con expresión sagaz el cambio de aspecto al verla bajar la escalera y cruzar el vestíbulo en dirección a la puerta.

Había dispuesto la bandeja sobre el pasto, cerca de un seto de tejos, en el rincón más caluroso al costado de la casa, y estaba parado a unos pocos metros de allí bebiendo su té. Los últimos dos días jamás había tomado el té cerca de ella, sino que le hablaba desde una cierta distancia.

Con anteojos y con el cabello peinado hacia atrás como una niña, la sobrina de la señorita Freshwater parecía fría, alta e imponente como una directora de escuela.

—Espero que no tengamos que hacer más humo aquí —dijo—. Siéntese. Parece demasiado inquieto.

Lo dijo con firmeza, señalando con un gesto de la cabeza hacia el lugar exacto del jardín donde deseaba que él se sentara. Evans, con la guardia baja, se sentó exactamente en ese lugar. Recién entonces ella se sentó en el pasto y se sirvió una taza de té.

—¿Cuántas almas acudieron a Jesús anoche? —le preguntó con su voz de damisela.

Evans se levantó y se puso alegremente en cuclillas, pero alerta.

—Diecisiete —dijo.

—No son muchas —dijo ella—. ¿Usted cree que podría salvar mi alma?

—Por supuesto que sí —dijo con entusiasmo.

—Parece una rana —dijo ella, burlándose.

Él le había contado que los mineros siempre se ponían en cuclillas después de trabajar.

—Es demasiado tarde para salvar mi alma —prosiguió—. Veinte años demasiado tarde. ¿Usted siempre estuvo con la Misión?

—No —dijo él.

—¿Y cómo fue? ¿Se convirtió, vio la luz? —le dijo, hostigándolo como una maestra de segundo grado.

—Tuve una visión —dijo él con absoluta seriedad.

—¡Una visión! —rio ella. Hizo un ademán despectivo—. ¿Qué quiere decir con eso…? ¿Quiere decir que usted…? Bueno, ¿dónde? ¿Allá arriba en el cielo o algo así?

—No —dijo él—. Allá abajo en la mina.

—¿Cómo fue?

Él bajó la taza y la apoyó lejos para tener más lugar. Así en cuclillas, pensaba ella, ya no parecía una rana, para nada, sino un duende o un diablo muy serio e inescrutable. Recién entonces vio lo

ancha que era su boca y cuánto se abría y cómo retraía los labios cuando comenzaba a impostar la voz, como si declamara. Él se quedó mirándola un buen rato, esperando que dejara de moverse nerviosamente. Recién entonces comenzó:

—Yo era un borracho —declamó, pronunciando cada sílaba por separado—. Era un mentiroso. Era un hipócrita. Salía con mujeres. ¡También con mujeres casadas! —Levantó la voz—. Era un fornicador. Era un adúltero. Siempre estaba en las carreras, apostando, mi vida no tenía sentido. No había pecado al que el Diablo no me condujera: yo era como un imbécil. Era el pecador más famoso del valle, todo el mundo hablaba de mí. Pero yo no sabía que el Señor me estaba esperando.

—Sí, ¿pero cómo fue? —dijo ella.

Él se puso de pie y la miró desde arriba, y ella se vio obligada a mirarlo desde abajo.

—Se lo voy a decir —dijo—. Fue un milagro.

Cambió el tono y, después de echar un vistazo al jardín alrededor, dijo en un susurro y en secreto:

—Hubo un desastre en la mina. Fue en junio. Yo tenía veintitrés años y estaba allá abajo trabajando y pensando en la luz del sol y en las colinas y en el atardecer. Había una chica que se llamaba Alys Davies, sabe, dos o tres de los muchachos ya habían andado con ella y yo pensaba que podría llevarla entre las piedras, bien arriba, a un lugar tranquilo, donde solo podría vernos un viejo carnero de montaña…

—Usted estaba en la mina —dijo ella, incitándolo a proseguir—. Se está entusiasmando mucho con la tal Alys Jones…

—Davies —la corrigió con una sonrisa rápida—. No se preocupe por ella. Ahora está casada.

Y retomó su voz solemne.

—Y de pronto —dijo— hubo un desmoronamiento, un desmoronamiento terrible de piedras que sonó como un trueno, y todos los hombres gritaron. Eran las once de la mañana, cuando parábamos para tomar té. Había tres hombres trabajando conmigo, pero acababan de subir. Yo quedé atrapado solo.

—¿Resultó herido? —dijo ella con ansiedad.

—Fue un milagro, ni una piedra me tocó. Yo estaba en un túnel pequeño, oscuro. Era como una tumba. Estuve completamente solo en ese lugar durante doce horas. Oía que los otros trataban de llegar hasta donde yo estaba, pero después del primer derrumbe hubo otro, y entonces pensé que todo había terminado. No se oía nada.

—¿Y qué hizo? Yo me habría vuelto loca —dijo ella—. ¿Por eso tiene esa cicatriz en la nariz?

—Eso fue una pelea —dijo como al pasar—. La locura es algo

terrible. Me quedé mirando la oscuridad y traté de pensar algo que me ayudara a concentrarme, y al principio no pude por el miedo, que saltaba y me perseguía como un perro loco en mi mente. Entonces empecé a rezar y cuanto más rezaba más saltaba y me perseguía el perro del miedo. Y luego, de pronto, se detuvo. Vi una imagen en mi mente. Vi la repisa de la estufa a leña de nuestra casa, y sobre la repisa una foto de la familia: mi padre y mi madre, mis cuatro hermanas y mi hermano. Y teníamos una tía y un tío recién casados, era una foto de casamiento. Los vi con tanta claridad como si hubiera estado en mi casa. Estaban allí parados mirándome y yo los miraba y pensaba en ellos. Me aferré a ellos. Me saqué de la cabeza absolutamente todo lo demás; mirara donde mirara, tenía esa imagen frente a los ojos. Fue como una visión. Me salvó.

—Escuché decir que la gente oye voces —dijo la sobrina de la señorita Freshwater, ahora con amabilidad.

—¡Oh, no! Ellos estaban mudos —dijo Evans—. ¡Ni una palabra! Era yo el que les hablaba —dijo—. En voz alta. Le prometí a Dios, delante de toda mi familia, que limpiaría mi alma cuando saliera de allí.

Evans seguía de pie, fervoroso, en trance. Luego levantó su taza del pasto y se la acercó.

—¿Podría servirme un poco más de té, por favor? —dijo.

—Por supuesto —dijo ella—. Siéntese.

Él consideró dónde sentarse y después se sentó junto a ella.

—Cuando la vi mirando sus fotos —dijo—, pensé: "Ella ahora está allá abajo, en la mina".

—Jamás en toda mi vida estuve en una mina. No sé por qué. Vivíamos cerca de una cuando yo estaba en el norte —dijo, tratando de cambiar de tema.

—La mina del pasado —dijo él—. La oscura mina del pasado.

—Ya veo por qué es predicador, Robert —le sonrió—. Es tan raro que uno no pueda sacarse a la familia de la cabeza. Yo tuve a la mía ahí adentro durante años… pero ya no.

Había dejado de burlarse de él.

—No puedo decir que me hayan salvado —continuó ella—. Creo que estuvieron a punto de hundirme. Mire esta casa espantosa y toda esta basura. ¿Alguna vez vio algo tan feo como esos muebles? Cuando era chica muchas veces pensaba: ¿Y si alguna vez llego a parecerme a ese aparador? Y de lo único que hablaban era de dinero… y de gente linda y buena, y la gente buena siempre tenía dinero. Así eran las cosas en aquellos tiempos, gracias a Dios todo ha cambiado. O tal vez no. Yo decidí alejarme de todo aquello y me casé. Ellos tendrían que habérmelo impedido… lo único que yo quería era huir… pero pensaron que mi marido también tenía dinero. Lo único que tenía eran

deudas y un estómago enfermo. Cuando terminó de gastarse todo mi dinero, se enfermó para castigarme… Uno no sabe nada de la vida cuando es joven, y cuando es viejo ya es demasiado tarde… —Hizo una pausa—. Eso es un lugar común —sentenció. Dejó su taza sobre la bandeja e hizo otro tanto con la de Evans—. Mi madre solía repetir esa frase.

Tomó la chalina y empezó a envolverse la cabeza con ella, pero Evans se la arrancó de un rápido zarpazo. Le sostuvo la nuca suavemente con la palma de la mano.

—Usted no es vieja —gritó, riendo y chispeante—. Tiene el cabello dorado, ni una mísera cana tiene.

—Devuélvame esa chalina, Robert. Es para protegerlo del polvo —dijo ella, ruborizándose. Se estiró para alcanzar la chalina y él la aferró por la muñeca.

—Cuando la vi parada en la estación el lunes, dije, ¡esa sí que es una mujer! Miren qué manera de pararse, es una mujer increíble, rubia, la primera que veo en esta ciudad, debe ser extranjera —dijo él.

—Supongo que conoce a todas las otras —dijo ella, divertida.

—¡Oh, por supuesto que sí, las conozco! ¡Las conozco a todas! —dijo—. Pero jamás me daría vuelta para mirarlas.

Deslizó la mano desde el cuello hasta la cintura de ella.

—Estando con ellas puedo confiar en mí; pero estando con usted no —dijo bajando la voz y hablándole a su cuello—. Mucho menos en una casa vacía —susurró asintiendo hacia la casa y soltándole la mano para acariciarle la rodilla.

—Yo ya no estoy para estas cosas —dijo la sobrina de la señorita Freshwater, optando por un tono lúgubre.

Lo obligó a retirar el brazo de su cintura. Y se levantó. Recogió con mano hábil la bandeja y, parapetada detrás, miró el jardín a su alrededor. Evans se levantó de un salto, pero en vez de acercarse a ella se alejó unos metros y volvió a ponerse en cuclillas, sonriéndole confiado.

—Parece un diablo —le dijo ella.

Evans se había interpuesto entre la señorita Freshwater y el camino que llevaba a la casa.

—El jardín también es un lugar tranquilo —dijo con un guiño.

Y entonces ella vio la carretilla que él había dejado cerca del fuego.

—Esa carretilla se venderá bien —dijo—. Está casi nueva. ¿Cuánto cree que me darán por ella?

Evans se levantó de golpe y su sonrisa se esfumó. Una luz evasiva, casi la luz de las lágrimas, invadió sus ardientes ojos azules y se quedó mirándola con una alarma que borró de un plumazo todo lo demás que se le había pasado por la cabeza.

—La pondrán con el resto de las herramientas, no le darán mucho por ella.

—Yo creo que todos los hombres del pueblo querrán tenerla —dijo ella con malicia.

—¿Cuánto pide por la carretilla? —dijo él, inseguro de las intenciones de ella.

—No sé cuánto cuestan —dijo ella con despreocupación y pasó caminando lentamente junto a él, hacia la casa, enloqueciéndolo con su manera de caminar. Él la siguió pisándole los talones y cuando ella se dio vuelta para encararlo en el umbral de la entrada, todavía con la bandeja en las manos, percibió su agitación.

—Yo llevaré la bandeja a la cocina —dijo cortésmente.

—No —dijo ella—. Yo me ocuparé de eso. Quiero que vaya arriba y recoja todos esos zapatos. Y el baúl. Vamos a tirar todo.

Y dio media vuelta y caminó por la casa hasta la cocina. Él titubeó largo rato; al fin ella lo oyó subir y se distrajo en la cocina, apilando la porcelana y las ollas sobre la mesa mientras esperaba que él bajara. Tardó mucho en hacerlo. Bajó con el baúl vacío.

—Puede tirar todo. Quémelo. Estas cosas no le sirven a nadie, están húmedas y podridas. Ya aparté lo que quiero conservar —dijo ella.

Él la miró irritado. Su estilo y la vehemencia de su rostro lo dejaron perplejo, porque se había puesto la chalina y su rostro se veía anguloso, de huesos fuertes, brutal y despiadado. Ella misma estaba perpleja.

Su irritación se esfumó. Recuperó el antiguo entusiasmo y empujó la carretilla hacia el fuego; ella se quedó parada en la puerta, esperando con impaciencia las llamas. Cuando la vio esperando, regresó.

—Allí va —dijo con admiración.

El reflejo de las llamas danzaba como puntos de luz en sus ojos; tenía la boca apretada, dura y amarga. La llama decayó y ascendió un humo denso y verdoso.

—Ah —jadeó ella. Su cuerpo se relajó. Y unos segundos después le sonrió a Evans, volviendo a tentarlo.

—Estuve pensando en la carretilla —dijo—. Cuando terminemos con esto, se la daré de regalo. Me gustaría dársela a usted, si cree que puede serle útil.

Vio la lucha en su interior mientras él la miraba con desparpajo. Y después vio que el desparpajo daba paso a un encogerse de hombros, un gesto de orgullo e independencia. Y el orgullo se convirtió luego en simulacro y disimulo.

—No sé si podrá serme útil —dijo—… Pero bueno, creo que igual la aceptaré. Pondré los zapatos adentro, así me evitaré tener que traer

el auto. —Pero no pudo seguir reprimiendo su ansiedad—. Esta noche pondré los zapatos en la carretilla. Gracias. —Hizo una pausa—. Gracias, señora —dijo.

Era la primera vez que la llamaba "señora". La palabra fue como un golpe. La aventura había terminado. Se dio cuenta de que él la había rechazado.

Una hora más tarde lo oyó empujar la carretilla por el sendero hacia la verja. Al día siguiente no apareció. Había terminado con ella. Mandó a su hijo a buscar el dinero que le debía por sus servicios.

La sobrina de la señorita Freshwater tardó dos días más en terminar su trabajo en la casa. Las tareas pesadas ya estaban hechas, salvo volver a colocar los cajones en los muebles. Le habría venido bien contar con Evans para eso, y también para barrer, cosa que le daba mucho calor, pero la alegraba estar sola porque adelantaba más rápido. Tarareaba y hasta cantaba mientras trabajaba, se sentía liviana y asombrosamente feliz. Una o dos veces se rio sola al ver la tela blanca de la carpa de la Misión allá a lo lejos, entre los árboles:

—¡Él obtuvo lo que quería! ¡Y yo evidentemente no soy tan vieja como parezco!

Las últimas horas pasaron volando y ella hubiera querido detener el tiempo; no tenía ganas de irse. Fue de un lado a otro cerrando postigos, puertas y ventanas, hasta que ya no tuvo nada más que hacer. Tomó la valija liviana donde había puesto las pocas cosas que quería llevarse y se sentó en el comedor, ahora tan despojado como una oficina, a revisar cuánto dinero le quedaba. Después de tanta destrucción, tuvo un arranque de ahorro: se le ocurrió que en vez de tomar un taxi hasta la estación podía caminar hasta la parada del ómnibus en el Green. Sabía que la felicidad que sentía no había decaído, sino que más bien se había transformado en un sentimiento que hacía años no tenía: un sentimiento de expectación. Dejándose invadir por ese sentimiento, volvió a guardar el dinero y los papeles en la cartera. Pero comprobó que aún quedaba un último rezago de basura: casi sin mirarlas, hizo pedazos la foto y la carta inconclusa que había encontrado en el baúl.

—Le debo mucho a Evans —pensó en voz alta.

Ya no había nada que la retuviera allí.

Levantó la valija. Salió de la casa y se fue caminando por el sendero bajo la tupida sombra de los abetos y la ancha sombra de los robles, cuyas frondosas hojas parecían endurecerse en la larga y plácida luz crepuscular. Cuando llegó al Green los niños jugaban alrededor de la carpa evangelista y, en parejas o en tríos, los adultos salían de sus casas y se dirigían hacia allí caminando por el pasto. Ella tenía que esperar veinte minutos hasta que llegara el ómnibus. Escuchó el sonido del canto que salía de la carpa. Se preguntó si Evans

estaría allí.

—Podría darle el placer de ver lo que se perdió —pensó.

Entró en la carpa.

Un joven que se había humedecido el cabello y hecho un jopo con el peine estaba con sus mejores ropas en la entrada de la carpa.

—¡Venid a Jesús! ¡Venid a Jesús! —decía mientras espiaba lo que ocurría adentro.

—Estoy buscando a alguien —dijo ella cortésmente.

Los cantos habían cesado cuando miró adentro, pero los feligreses todavía estaban de pie. Formaban una masa compacta bajo la luz blanca de la carpa y el olor caliente del pasto. En algún lugar, en el extremo opuesto, invisible a los ojos, un hombre gritaba como un vendedor de baratijas en un mercado. Se interrumpió de golpe y con voz alta y poderosa de campesino lanzó un grito solitario:

—Oh, en este valle…

Y la congregación unió sus voces en otro largo versículo.

—¿El señor Evans está aquí esta noche? —le preguntó al joven.

—Sí —dijo él—. Viene todas las noches.

—¿Dónde está? No lo veo.

El versículo llegó a su fin y, una vez más, una voz comenzó a hablar en el extremo opuesto de la carpa. Era una voz de mujer, alta e incomprensible y aguda. Entonces comenzaron a cantar el mismo himno religioso, el cual, después de un par de intermitencias, explotó en un rugido que atravesó todo el Green.

—¡Lo arreglaron! ¡El parlante! —exclamó el joven. La sobrina de la señorita Freshwater retrocedió.

Los ruidos retumbaban. Con tristeza miró su reloj y empezó a caminar de vuelta hacia la parada del ómnibus. Cuando estaba a unos diez metros de la carpa, el parlante dio un fuerte silbido y luego, como si Dios se hubiera aclarado la garganta, habló con claridad meridiana y milagrosa.

—Amigos —dijo, barriendo toda la extensión del Green hasta llegar a las casas y los árboles más alejados—. Amigos míos…

Esa palabra pareció reducirla a nada, a ella y a todo lo que la rodeaba; como si los moliera a todos en el polvo común.

—Cuando llegué a este lugar —bramaba la voz—, la serpiente —(a eso le siguió un estruendo, pero la voz se abrió paso una vez más)—… el corazón. Al principio no era más grande que una peca, pequeño como una mota de polvillo de carbón en el ojo…

La sobrina de la señorita Freshwater se detuvo. ¿Sería la voz de Evans? Un automóvil que pasaba por el camino ahogó las siguientes palabras, pero luego escuchó propagarse aquella voz que dio lugar a un absurdo clamor público:

—Yo era un mentiroso. Yo era un adúltero. Ay, amigos míos, yo

era esclavo de esa extraña mujer de la que habla la Biblia, la ramera de Babilonia, en su palacio donde la polilla y el polvo… —dijo. Se volvieron a oír estruendos.

Pero, efectivamente, era la voz de Evans. Esperó un instante y una vez más irrumpió la voz atrozmente magnificada:

—Y entonces, por la inmensa misericordia del Señor, oí una voz que decía: "Robert Evans, ¿qué estás haciendo, muchacho? Tienes que salir de eso…".

Y la voz explotó en una serie de ruidos absurdos, hasta que el sonido de repente volvió a oírse fuerte y claro:

—… y quemé a la adúltera en el fuego perenne, amigos míos… Y quemé todas sus propiedades.

El himno volvió a empezar.

—Bueno, no todas, Robert —dijo en voz alta y complacida la sobrina de la señorita Freshwater.

Y una niña que comía un helado la vio alejarse caminando por el pasto rumbo a la parada del ómnibus.

Una chica maravillosa

La ceremonia oficial estaba llegando a su fin. Bajo las arañas melosas de lo que alguna vez había sido el salón de baile de la mansión a la que se había mudado el Instituto, los rostros de la numerosa audiencia se volvieron amarillos y avejentados mientras escuchaban los últimos discursos y hacían un último esfuerzo por levantar el mentón, enderezar los hombros y mantener un porte digno de los paneles dorados y los brocados de las paredes y el cielorraso donde se solazaban querubines, nubes y diosas desnudas. Ah, ojalá pudiera estar allá arriba con ellos, pensaba el joven sentado en el fondo; pero en el escenario el director había pasado de los eternos valores del arte a la "gratificante presencia del ministro", la "inagotable energía de lady Brigson" y la "encomiable tarea del profesor Exeter y sus colaboradores" para concretar la exposición que se exhibía en el piso de abajo. Cuando lo nombraron, el profesor miró encantado a la audiencia y jugueteó con una delgada cadena de oro que había sacado de su bolsillo. Las tres arañas titilaban al unísono, como para disimular los bostezos de la multitud. El joven sentado en el fondo miró el escenario una vez más y luego, con las manos en las rodillas, los codos hacia afuera y los ojos clavados en la puerta más cercana, se preparó para empujar a la gente que estaba sentada en su misma fila y ser el primero en salir… Quería salir antes que su esposa, que estaba en el escenario con los oradores. Había tenido la mala suerte de cruzarse con ella antes de la conferencia y había caído en la trampa de pasar dos horas sentado escuchando: un mero espectador de su matrimonio, que había llegado a su fin. Su misma presencia allí le parecía un indeseado retorno a uno de esos pacientes suicidios que acostumbraba cometer, día tras día, por pura deriva y por hábito.

Vivir solo es exponerse al accidente. Había pasado el día entero dibujando en su estudio, con algunas intermitencias, y recién al caer la noche se dio cuenta de que se había olvidado de comer. El hambre lo estimulaba. Tomó un ómnibus para ir a un restaurante italiano. Era uno de esos lugares donde el propietario asomaba de vez en cuando

para ejecutar su ballet personal. Arrojaba panqueques casi hasta el techo y luego los dejaba caer en la sartén sobre una llama de cognac, espectáculo que muchas veces ayudaba al joven a entablar conversación con las chicas que solía llevar allí en los últimos tiempos. El propietario acababa de comenzar el flambeado cuando dos mujeres entraron en el restaurante arrebujadas en sus tapados invernales y se quedaron paradas inmóviles, mirando lo que ocurría como si ellas mismas se estuvieran incendiando. El joven tragó de golpe el último spaghetti del bocado, se puso de pie y se limpió la boca. La más menuda y la más vieja de las dos era su esposa, y llevaba puesto un ancho sombrero negro de piel que la hacía parecer más baja de lo que él recordaba. Una vez liberada de él, se había vuelto extraña y más pequeña. Hasta los ojos se le habían achicado y, como los ratones, enseguida lo vio y esbozó una sonrisa alerta de persona muy ocupada. La alta y serena chica de ojos azules de la oficina del Instituto, a la que su esposa llamaba con entusiasmo “la chica maravillosa”, la “única con la que he podido entenderme en la vida”, estaba con ella.

Habían pasado más de dos años desde que había dejado de convivir con su esposa. Su matrimonio había sido una de esas amistades espinosas que nunca consiguen —para su gran asombro, en cualquier caso— transformarse en amor, pero cuya continuidad se mantiene por pura curiosidad. De inmediato se había convertido en algo llamado “nuestra situación”: un dúo ejecutado por dos pares de manos molestas. Lo que los mantenía juntos era ese interés exasperado en las aventuras amorosas del otro, pero con el correr del tiempo hasta la infelicidad pierde su ternura y su fascinación. Rompieron. Al principio se veían de vez en cuando, pero ya no; salvo en el Instituto, donde se exhibían sus dibujos. La única conexión entre los dos era el cable telefónico que corría bajo las veredas de Londres y se abría paso hasta el alféizar de la ventana de su estudio. Era ella la que llamaba, casi siempre a la noche tarde.

—Espero que no te moleste —decía, melancólica—. ¿Estás solo?

Pero como no lograba sacarle nada de esa manera, se ponía brusca y pedía algo de los restos del matrimonio. Porque, si bien los matrimonios se terminan, la parafernalia continúa. Había dos o tres divanes, una alacena pintada, algunas alfombras enrolladas, cajas con ollas y sartenes, lámparas: cosas útiles amontonadas en el garaje debajo de su estudio. Como si buscara revivir cierta intimidad, ella siempre pedía algún objeto roto o estropeado. Tenía una fidelidad infantil por lo que se había roto: la pantalla chamuscada de una lámpara, un antiguo balde de carbón con una pata floja o una alfombra manchada por su perro Leopold, cuyas patas siempre habían traído problemas. La renguera de Leopold había llegado a parecerle una respuesta del animal a su matrimonio desahuciado. El único

objeto sano que ella le había pedido —y por el que había tenido un berrinche— era un destornillador que había pertenecido al padre de ella, a quien por otra parte detestaba.

Ahora, en el restaurante, inició una amistosa contienda refugiándose bajo su sombrero de ala ancha.

—No sabía que seguías viniendo aquí —le dijo ella.

—Vengo de vez en cuando.

—Seguro que ibas a la inauguración en el Instituto.

—No —dijo él—. No estaba enterado.

—Pero si yo misma te envié una invitación —dijo ella—. Tienes que ir. Tus dibujos están en la exposición. Es importante.

—Tres dibujos —dijo la chica con calidez.

—Ven con nosotras —le dijo su esposa.

—No. No puedo. Justo estaba por pedir la cuenta.

Era mentira, por supuesto. Ella espió su plato como si esperara leerle la suerte, adivinar en qué andaba metido. Él miró a la chica y dijo con sinceridad:

—¿Ya estás mejor?

—No estuve enferma —dijo la chica.

—Dijiste que estaba en el hospital —le dijo a su esposa.

—No. No puedo haber dicho eso —dijo ella—. Viajó a Escocia para un casamiento.

La expresión de decepción, totalmente dramática, en el rostro del joven hizo reír a la chica, que lo miró con curiosidad. Solo la había visto dos o tres veces y no sabía nada de ella, pero indudablemente era “maravillosa”. No había estado en el hospital, era hermosa y vivaz. Impactante. Incluso, extrañamente decepcionante.

El camarero lo salvó y las condujo hacia otra mesa.

—Que se diviertan —dijo el joven—. Yo me voy a casa.

—Adiós —dijo la chica, dándose vuelta para saludarlo mientras escoltaba a su esposa hacia la mesa.

Ese “adiós” lo cautivó. Era un “adiós” radiante, medio risueño, y cuando se rio había podido verle la lengua y hasta los dientes. Su rostro había cobrado vida por el solo hecho de verlo irse. Salió del restaurante y pudo ver, en la áspera humedad de la calle, cómo su cara lo seguía de farol en farol. “Adiós, adiós”, repetía. Y entonces cambió de opinión. Una fuerza extraordinaria concentró su mente hasta entonces dispersa, y decidió ir a la inauguración y enviarle, si es que podía verla en medio de la multitud, un cegador, risueño y absoluto “Adiós para siempre”, tan radiante como el de ella.

Pero ahora, sentado en el salón atestado de gente, no había señales de la chica. Se le habían cansado los ojos de tanto buscarla. Obviamente no estaba en el escenario con su esposa y los oradores. El director, cuya voz evocaba la pegajosidad del chocolate, todavía

estaba dando las gracias cuando, súbitamente, el joven la vio. Porque la luz de las arañas volvió a temblar, se redujo a un resplandor rojo ceniza y se apagó. Y mientras la gente decía "¡Ooooh!" volvió a encenderse con todo vigor y una o dos personas se rieron. En ese instante, cuando todos miraron hacia arriba y a su alrededor, se abrió una brecha entre las hileras de cabezas y de hombros y él pudo ver su cabello castaño y su cara ancha y pálida con ese aspecto de rosa blanca, su mentón gracioso y la risa que se iniciaba en él. Ella se dio vuelta y lo vio mirándola. Hay miradas que son colisiones, que hacen trizas el aire como si fuera un vidrio. Ella puso una expresión de franca y alegre complicidad al ver que las cosas salían mal. Estaba sentada unas diez filas más adelante, pero él no alcanzó a saludarla porque plum… la luz se apagó definitivamente. La audiencia cayó *en masse* en la oscuridad, el salón se hundió burbujeando en el fondo del mar y fue tragado por las olas. Afuera se sintió un portazo, sonó un teléfono, unos pies se arrastraron y por todas partes empezó a oírse un parloteo lento que sonaba como un gruñido animal, interrumpido de tanto en tanto por irreverentes ataques de risa.

Los hombres prendían sus encendedores o encendían fósforos que proyectaban largas sombras anárquicas sobre las paredes. Se sentía el repentino calor de la respiración, la lana, las pieles de los tapados y la carne, como si la audiencia se hubiera transformado en un solo y único cuerpo.

—No se muevan de sus asientos, por favor —dijo el director desde la oscuridad, como si fuera Dios.

Era el momento de irse. La oscuridad había vaciado el escenario de gente. El joven pensaba que los oradores se habían tratado con demasiada intimidad. Le parecía que su esposa, sentada al lado de su antiguo amante, Duncan, había ofrecido una imagen demasiado pródiga de la nueva vida que se proponía vivir. Duncan era un hombrecito pálido y amargo y juntos habían jugado al viejo juego de pelear en público por lo bajo mientras ella lo atormentaba abiertamente dedicándole caídas de ojos al profesor, que respondía haciendo girar cada vez más rápido su cadena de oro. La esposa del director estudiaba la escena y se preparaba para defender a su marido en caso de que el anhelo de esos ojos femeninos fuera más allá del profesor y se posara en él.

Cómo me equivoqué con el carácter de mi esposa, pensaba el joven. Quién habría pensado que aquella virginidad tan melancólica se volvería tan desenfrenada.

—Coraje, Duncan —dijo el joven—. Dile que no lo soportas más. Amenázala con Irmgard…

La oscuridad lo había abolido todo.

No era la oscuridad de la noche. Esta oscuridad no tenía ningún

cielo blando y húmedo. Era seca. Lo extinguía todo. Despojaba a los ojos de la vista; hasta las sólidas hileras humanas se amontonaban, invisibles. Uno quedaba súbitamente desnudo en la oscuridad, de la cabeza a los pies. Podía sentir crecer el vello en el cuerpo y en las charlas distinguir voces masculinas rezongonas, voces rápidas de mujer, el aire que entraba y salía de los pulmones, el movimiento de los músculos, los latidos de los corazones. Muchos se levantaron de sus asientos. Rodeado por otros animales como él, el joven también se levantó para ir de caza con la manada, para salir. ¿Dónde estaba la chica? Inaccesible, conocida, cerca pero invisible. Alguien había llevado una vela al escritorio donde el director continuaba sentado como un espectro. Dijo el director:

—Según parece, damas y caballeros, hubo un desperfecto en el… temo que… esperamos encontrar el…

Se oyó la áspera risa animal del público y todos empezaron a levantarse y a caminar lentamente hacia las puertas.

—Quítense del paso. Por favor permítanme pasar —gritaba el joven con una voz estentórea que nadie oía porque gritaba para sus adentros—. Tengo que llegar hasta donde está esa chica. Hace casi un año que no la veo. Tengo que decirle "adiós" por última vez.

Y la multitud clavaba los culos y los codos, ensanchaba las espaldas y se volvía cada vez más alta a su alrededor diciendo:

—No empuje.

Un hombre, que parecía muy culto por la voz, dirigió su mensaje a la oscuridad diciendo:

—Es notable lo calma que puede ser una multitud inglesa. Ya lo comprobamos durante el Blitz.

El joven tiró una silla de la fila siguiente y luego otra de la siguiente, abriéndose paso por cualquier hueco que podía encontrar en la abigarrada masa de pieles y lanas y murmurando:

—Solo hablé con ella tres veces en mi vida. Está vestida de azul y tiene la nariz ancha. Vive en algún lugar de Londres… no sé dónde… lo único que sé es que yo creía que estaba enferma pero resulta que había ido a una boda en Escocia. Escuché decir que va a casarse con un joven en Canadá. Piensen en una chica como esa, con una cara tan armoniosa como una rosa blanca, pero una rosa que sabe reír… piensen que se lleva esa voz baja e insinuante a Canadá y cada noche se acuesta entre millares de abetos y un continente de moscas y de nieve. Tengo que llegar a la puerta e interceptarla y decirle "Adiós".

Atravesó cuatro hileras de sillas, pisó muchos pies y pegó empujones, pero la multitud era lenta y maciza. Cientos de pies se arrastraban. Era inútil decirles:

—Hay un zorro entre ustedes. Cuando vi por primera vez a esa chica supe que había que tenerle miedo. Acabo de decir con impronta

poética que su piel es del color de una rosa blanca, pero no. Su cabello tiene el brillo de un bebé, su frente es amplia y sus cejas son suaves y arqueadas, sus ojos son azul oscuro y sus labios cálidos e indefensos. La piel se parece al pan. Es una chica maravillosa… todo el mundo lo dice… pero la señal más segura es que cuando la vi por primera vez sentí terror de ella. Estaba parada frente a la ventana de la oficina mirando pasar a la gente por la calle y hablando por teléfono y riéndose y su risa parecía nadar sobre su vestido y sus pechos parecían unirse a la risa y también su cintura y hasta sus largas piernas jóvenes que continuaban el baile que había bailado —al menos eso decía— la noche anterior. Entonces se dio vuelta y me vio y así comenzó mi tristeza.

”Mi esposa estaba presente… era su oficina… y me dijo en un susurro:

”—Es una chica maravillosa, ¿no te parece? Se divierte y tiene razón. Pero las chicas son tan tontas. Yo me lo paso diciéndole: acuéstate con todos los chicos que quieras, no te cases todavía, es una trampa.

”Y yo decidí no volver nunca más a esa oficina.

La multitud arrastraba los pies en la oscuridad. El olor de los tapados de piel le daba náuseas. Reclamaba que lo dejaran pasar, llegar a la puerta; pidió con enojo que alguien encendiera un fósforo —“¿Qué? ¿Ya no hay más fósforos ni encendedores en este mundo?”— para poder verla; pero la gente había dejado de encender fósforos. Hubiera querido hincar los dientes en el tapado de piel de la mujer ancha y corpulenta que tenía delante. Le pisó los talones.

—Lo siento —hubiera querido decirle—. Solo intento decirle “Adiós” a alguien. No pude hacerlo hasta ahora… Imagínese mi situación. No me preocupaba… no me importaba… pero hubo problemas en la oficina. Mi esposa había roto con ese infeliz de Duncan que se había metido con una chica llamada Irmgard y cuando mi esposa se enteró lo obligó a dejar a Irmgard y volvió con él y en cuanto lo recuperó se metió con el profesor… ya lo vieron jugueteando con su cadenita de oro en el escenario. Para mí es una verdadera sorpresa que la exposición haya podido realizarse, teniendo en cuenta que el profesor y Duncan andaban como perro y gato en la oficina. Pero yo tenía que entregar mis dibujos. Y así fue como vi por segunda vez a esa chica. También llevé una alfombra ese día, una alfombra que mi esposa me había pedido que rescatara entre los despojos de nuestro matrimonio. Ah, sí, despojos no me faltan.

”La chica se levantó rápidamente del escritorio en cuanto me vio. Muy rápidamente. Estaba sola y mi tristeza se esfumó como por arte de magia. Señaló la puerta de vidrio al fondo de la oficina. “Hay reunión de comité. Ella está adentro con el marido y los demás”, me

dijo. Y yo le dije… y esto sí que la hará reír, señora como-diablos-se-llame, pero por favor muévase… entonces yo le dije: “Pero yo soy su marido”.

”Con todo lo que estaba pasando en esa oficina, ¿cómo podría haberlo sabido la pobre chica? Me reí cuando se lo dije, me reí de mí mismo. La chica no se sonrojó; me estudió un rato y después se rio. Avanzó tres pasos en dirección a mí, casi corriendo —conté los pasos — porque se acercó lo suficiente como para tocar la manga de mi impermeable. Tenía una cara muy suave, pero la nariz era fuerte y ancha. En el transcurso de esos tres pasos se transformó en una mujer para mis ojos, no una visión, no una imagen que debía temer sino una criatura amigable, bien formada. “Tendría que haberlo reconocido por la voz… cuando llama por teléfono”, dijo.

”El error que había cometido le daba una expresión radiante. “¿El paquete es para la exposición?”, dijo. Yo había dejado un paquete sobre una silla. “No, es una alfombra. Pesa una tonelada. Es la alfombra de Leopold. Tengo que irme. Dígale que es de Leopold. Leopold es un perro”. “Ah —dijo ella—. Pensé que hablaba de un amigo”. “No. Según parece, Leopoldo quiere su alfombra. Tengo un montón de alfombras. Las guardo en el garaje de mi estudio. ¿Usted no necesita una alfombra por casualidad? Apenas me deshago de ellas viene una chica y dice: “Qué desnudo está el piso. Necesitas una alfombra” y me trae una. Apuesto a que cuando regrese ya tendré una nueva. O también podría regalarle una caja de ollas, una aspiradora, un serrucho, una cajonera, unas tenazas, un toallero…”.

”Decía esas cosas para hacerla reír, para volver a ver su lengua y sus dientes y ver moverse su cuerpo bajo ese vestido azul, que era de un azul claro ese día. Y para mostrarle cuánta distancia había entre su vida y la mía. “Tengo que irme”, volví a decir, pero al llegar a la puerta dije: “También tengo camas. Para cuando usted se case. Todo en el garaje”. Ella me acompañó hasta la puerta y le dije adiós con la mano.

Y entonces le dijo a la espalda de la mujer del tapado de piel:

—Puedo ser fascinante. Es una manera de desaparecer. Ojalá usted desapareciera y me dejara pasar. Nunca volveré a verla.

Y efectivamente hasta esa noche no había vuelto a verla. Había empezado un dibujo grande al que llamó *La Cornucopia*. Era, antes que nada, un pequeño boceto cómico de una aspiradora que contenía pedazos de basura de su garaje: muy inteligente y muy tonto. Lo hizo trizas y dibujó un dibujo más grande, y el cuerno de la abundancia se parecía a la cabeza de la chica pero cuando tuvo que dibujar los frutos de la tierra le salieron frutos de la geometría: hexágonos, octógonos, cubos, con algo parecido a un erizo arriba de todo, de modo que la cornucopia cada vez se parecía menos a la cabeza de una chica… Esa

obra lo sacaba de quicio cuanto más trabajaba en ella.

Septiembre dio paso a octubre en los parques y de vez en cuando los gatos en el techo vidriado del estudio perdían el equilibrio y caían deslizándose con un chirrido de uñas, entreverados en sus entuertos de amor.

Una noche, su esposa lo llamó por teléfono.

—Ay, Dios. Estamos en problemas —dijo al escuchar la voz quejosa de ella. Hacía meses que evitaba cruzársela.

—¿Puedes atender la llamada? ¿Estás solo? —dijo—. Ocurrió algo espantoso. Duncan volverá a casarse. Irmgard nuevamente lo tiene entre sus garras. Llamé a Alex… siempre me decía que podía llamarlo… pero no puede venir. ¿Por qué me rechaza? ¿Y te acuerdas de esa chica…? Se fue. El trabajo se amontona.

—¿A Canadá? —dijo él.

—¿Cómo se te ocurre semejante cosa? —dijo ella con ganas de pelear.

—La vez pasada dijiste que pensaba irse a Canadá.

—Siempre me estás poniendo palabras en la boca. Está en el hospital.

—Enferma —dijo él—. Qué feo. ¿Dónde está?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo ella—. Leopold… —agregó, y dejó escapar una risita nerviosa—. Leopold está haciendo un desastre, otra vez. Tengo que cortar.

—Lo siento —dijo él.

¡Enferma! ¡En el hospital! La imagen de la chica corriendo hacia él en la oficina le volvió a la mente y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sentía una lengua de fuego y una lengua de hielo en los brazos y en las piernas. Su cuerpo fue tomado por una fiebre que iba y volvía tan violentamente que apenas podía respirar. Se le aflojaron las rodillas. Estaba enamorado de la chica. Un amor que parecía venir de cosas ocurridas miles de años atrás. Incluso pensaba que la chica no era joven sino antigua. Tal vez egipcia. La piel de su cara no era como una rosa, ni tampoco como el pan; era como una piedra que los siglos habían vuelto áspera.

—Estoy sintiendo amor —dijo— por una mujer, por toda ella, por primera vez. No existe ninguna otra. Siento amor no solo por su cara, por su cuerpo, por su voz, por sus manos y por sus pies sino por la calle donde vive, por el lugar donde nació, por sus vestidos y por sus medias, por sus viajes en ómnibus, por sus carteras, por sus fiestas, por sus bailes. No sé dónde está. ¿Cómo puedo averiguarlo? ¿Por qué no me di cuenta antes?

Apretado como un trapo entre la multitud llegó a la puerta; una vez allí, la multitud aumentó de volumen y lo empujó, obligándolo a cruzar el umbral de espaldas, porque se había dado vuelta para

buscarla. Del otro lado de la puerta esperaba un amplio rellano. La multitud daba con cautela los primeros pasos hacia la larga extensión de la escalera. El mármol de las paredes reflejaba un poco de luz y el hombre culto de antes lo aferró del brazo y dijo:

—Tenga cuidado al bajar. —Y le impidió el paso.

Él se liberó de la mano que lo aferraba y se apoyó contra la pared.

—No sea estúpido —dijo el hombre culto, agitando los brazos—. Si alguien se resbala al bajar, el resto le pasará por encima. —Ahora sonaba como un loco—. Ya lo vi en la guerra. De a pocos por vez. De a pocos por vez —gritaba. Y el joven sintió las salpicaduras de saliva en la cara.

La multitud pasaba a su lado como una procesión de dolientes, indescifrable; pero una mujer inmensa se le fue encima y se colgó de sus mangas con ambas manos.

—¡Thornee! ¡Thornee! ¿Dónde estás? Me abandonaste —lloriqueaba.

—Mi niña —dijo un hombre a sus espaldas—. Aquí estoy.

La gorda lo soltó, se dio vuelta de golpe y chocó con su marido y se aferró a él.

—Llevabas abrazada a esa mujer —dijo. Y desaparecieron.

El joven buscaba una cara. Un hombre intentaba subir las escaleras, deslizándose contra la pared e intentando abrirse paso entre la procesión que bajaba incesante. Cada dos o tres pasos gritaba:

—¿Señor Zagacheck?

Zagacheck, Zagacheck, Zagacheck… estaba cada vez más cerca y súbitamente una boca bramó en la cara del joven con una ráfaga de aliento fuertemente especiado.

—¿Señor Zagacheck?

—Yo no soy el señor Zagacheck —dijo el joven con voz clara y fría.

Y mientras lo decía, la multitud derribó al hombre de costado.

Una mujer tomó la mano del joven y dijo:

—¡Francis! —Y se rio. Lo había nombrado.

Era la chica, por supuesto.

—¿No es una locura todo esto? ¿No es maravilloso? Te vi. Te andaba buscando —dijo.

—Yo te estaba buscando.

Entrelazó sus dedos con los dedos cálidos de la chica y apretó su brazo contra su pecho.

—¿Estás con tu esposa? —dijo ella.

—No —dijo él.

Ella le apretó la mano; él la levantó y se la puso bajo el brazo.

—¿Estás sola? —dijo.

—Sí —dijo ella.

—Bien —dijo él—. Pensé que te habías ido. —Podía sentir el pecho

de la chica bajo su brazo—. Quiero decir para siempre, que te habías ido del país. Vine a decirte "adiós".

—¡Ah, sí! —dijo ella con entusiasmo y frotándose contra él—. ¿Por qué no viniste a la oficina?

Él le soltó la mano y le rodeó la cintura con el brazo.

—Ya te diré por qué. Vayamos a algún lado.

—¡Sí! —volvió a exclamar ella.

—Hay otra salida. Vamos a esperar aquí y dentro de un rato saldremos por atrás.

La multitud los apretujaba. Y entonces oyó la voz de su esposa, a menos de un metro de él.

—No estoy haciendo una escena —decía—. El que está loco eres tú. Quisiera saber qué pasó con la chica.

—No sé ni me importa —dijo el hombre—. Deja de cambiar de tema. ¿Sí o no?

El joven se puso rígido:

—Esta es la prueba. Si la chica habla, el milagro se hace añicos.

Ella le sacó el brazo de la cintura y aferró su mano con ferocidad. Se agarraron con fuerza, clavándose las uñas el uno al otro, como si quisieran lastimarse. El joven oyó cómo uno de los grandes botones del tapado de su esposa chocaba contra un botón de su saco. Permaneció así unos segundos; para él, tanto como había durado su matrimonio. Hacía años que no estaba tan cerca de su esposa. Entonces la multitud siguió avanzando, los botones volvieron a chocar y la escuchó decir:

—El único que está es Leopold.

Y desapareció en una voluta de humo de su cigarrillo. Francis y la chica se soltaron las manos y él la apretó contra su cuerpo.

—Vamos —susurró—. Conozco el camino.

Bordearon la larga pared del rellano, pasaron al lado de un busto reluciente —"El señor Zagacheck", dijo él— y llegaron a la esquina de un pasillo, largo y vacío, débilmente iluminado por una ventana alta en el fondo. Lo cruzaron casi corriendo, tomados de la mano. Dos veces se detuvieron a probar la puerta de una habitación. Hasta que la tercera puerta cedió.

—Entremos —dijo él.

La hizo entrar en una habitación oscura de grandes dimensiones, con las cortinas abiertas, un lugar que olía a alfombra nueva, pintura nueva y muebles nuevos. Se veía el resplandor del escritorio. Avanzaron a tientas hacia la ventana. Abajo había una plaza con sus árboles de invierno y los faroles de los autos que jugaban sobre ellos y gente que caminaba por los senderos. Le rodeó la cintura con los brazos y la besó en la boca y ella lo besó. Las manos de esa chica eran tan salvajes como las suyas.

—Estás loco —le dijo—. Esta es la oficina del director —susurró cuando la empujaba hacia el sofá, pero cuando las manos de él subieron por la piel de su pierna, le dijo—: Vamos.

—¿Cuándo empezaste a amarme? —dijo él.

—No lo sé. Recién ahora. Cuando no venías. No lo sé. No me preguntes. Recién ahora, cuando dijiste que me amabas.

—¿Pero antes?

—No lo sé —dijo ella.

Y entonces se encendieron todas las luces del edificio y las luces del escritorio y ellos se levantaron, asustados, con los rostros calientes, los ojos ardientes, odiando la luz.

—Vamos. Tenemos que salir de aquí —dijo él.

Y huyeron de la oficina iluminada para perderse en lo oscuro de la ciudad.

La higuera

Controlé los invernaderos, verifiqué que las canillas de las mangueras estuvieran cerradas, alimenté al alsaciano, y luego coloqué la tranca en la puerta principal del vivero y salí por la puerta lateral para ir a mi casa. Mientras me cambiaba la ropa de trabajo, miraba las hileras de plantines verdes recién clasificados. Era un verdadero placer observar una población tan ordenada de seres que crecían y luchaban por la vida… y más asombroso era pensar que, veinte años atrás, la visión de algo que implicaba tanto esfuerzo me habría provocado hastío.

Mientras me secaba vi que la gorra de baño de Sally había quedado colgada en la pared de la ducha y la llevé al ropero del dormitorio; después, una media hora más tarde, pasé a buscar a mamá por su hotel y la llevé a la casa de Duggie y Sally, donde estábamos invitados a comer. Supuse que mamá había visto la gorra de baño de Sally porque cuando pasamos frente al zoológico dijo:

—Ojalá te volvieras a casar y sentaras cabeza.

—La peste del olmo holandés —respondí, señalando las cruces en uno de los dos árboles del parque.

El zoológico es mi hito personal cuando voy a casa de Duggie y Sally: todo vestigio de vergüenza que pueda sentir se vuelve irrelevante al pasar por allí.

—Tu padre se preocupa por ti —dijo mamá.

Mamá no está “fallando”. Está orillando los ochenta y Papá murió en la guerra hace treinta años; pero vuelve a la vida de manera azarosa, como si el tiempo fuera circular para ella. Papá parece afantasmar y sembrar la única culpa importante que tengo: tener tan pocos recuerdos de él. Duggie le dijo una o dos veces a Sally que, aunque tengo cuarenta y pocos años, todavía hay en mí señales de la falta de una disciplina paterna. Duggie, que es un hombre especulativo, atribuye el encanecimiento temprano de mi cabello a esa razón. Es claro, dice, que fui un hijo tardío, probablemente de baja vitalidad.

Varias veces durante esa semana que estuvo de visita llevé a mamá a recorrer las tiendas que le gustan en Londres. Tiene piernas flacas pero camina rápido, y si la edad le robó altura al infligirle esa pequeña joroba en los hombros, cabe mencionar que ese atributo realza su aspecto sagaz y ávido. Mamá fue descortés como de costumbre con las vendedoras de las tiendas, que sin embargo parecían admirar su rudeza, quizás porque les recordaba lo que habían oído decir acerca de "los buenos tiempos pasados". Y además se vestía con gusto, su maquillaje era delicado, y aunque su piel había envejecido era suave como la seda; su nariz era joven, sus ojos nítidos como las violetas. Era una semana calurosa, pero ella siempre estaba fresca y levemente perfumada.

—No tan calurosa como en El Cairo cuando tu padre estaba vivo —dijo con su voz varonil.

El Tiempo fue restaurado: papá había vuelto a su tumba.

Después de haber sido destruido por las bombas durante la guerra, el rincón victoriano de Londres donde viven Duggie y Sally se fue "para arriba". Otrora un barrio de monoambientes, ahora las pequeñas casas son caras y sus plantas están bien podadas; enormes plátanos, sicomoros de crecimiento rápido y viejos manzanos y perales que dan frutos incomibles atestan los grandes jardines. Era para ver el jardín y encontrarse con Duggie, quien había regresado de Bruselas en uno de sus viajes mensuales, para lo que mamá había venido en realidad: cuando está en el campo, es una jardinera infatigable. Lo mismo que Sally, que nos abrió la puerta. Una de las reglas tácitas entre Sally y yo es que no nos besamos cuando voy a su casa; sus ojos reflejaron una cortesía gélida (y sin mostrar su acostumbrado temblor en las pupilas) cuando le dio la mano a mi madre. Se había atado el cabello rubio tirante.

—Duggie está en el jardín —le dijo Sally a mamá, y se quejó de los escalones que conducían al jardín desde la galería—. Estos escalones que puso mi marido son muy inestables… permítame ayudarla.

—Me acostumbré a las escalerillas yendo a Egipto —dijo mamá con su voz de mujer experimentada—. Siempre íbamos en barco, claro. Pero qué jardín tan encantador.

—Es muy salvaje —dijo Sally—. Antes había césped aquí. No era bueno, así que lo sacamos.

—Nadie puede darse el lujo de un buen césped hoy en día —dijo mi madre—. Nosotros tenemos tres. Pero yo creo que es muchísimo mejor dejar que la naturaleza siga su curso.

El jardín de Duggie y Sally es un jardín bien pensado, de tipo romántico; la mitad es una caverna verde bajo los grandes árboles, donde el sol todavía titila sobre las ramas más altas. Uno se abre paso bajo desprolijos rosales trepadores; hay un primer plano, dependiendo

de la estación, de margaritas exuberantes, plantas de tabaco, dalias, iris, lirios, helechos: un jardín de volúmenes imaginarios, salvajes. Avanzábamos lentamente porque mamá se detenía a dar lecciones de botánica, hasta que por fin llegamos a un amplio círculo pavimentado y guarecido bajo la sombra de una robusta higuera. Duggie estaba parado al lado de las sillas con un trago en la mano, esperándonos. Le acercó una silla a mamá.

—No, quiero ver todo primero —dijo mamá—. Pero qué magnolia tan bonita y tan pequeña.

Me alegró que la notara.

Hubo otro recorrido por las plantas que "se dan bien a la sombra".

—Mi querido Polygonatum —dijo afablemente mi madre, como si la planta fuera una persona. Uno o dos pájaros cruzaron con vuelo rápido hacia otros jardines para llevar la noticia… y entonces volvimos a las sillas prolijamente distribuidas en el círculo pavimentado. Duggie nos sirvió unos tragos, que nos entregó con esa leve inclinación de cabeza que es típica de los hombres altos. El de Duggie es un tipo de cuerpo lánguido pero bien proporcionado, y él, un tipo de carácter distante que se acerca a los sesenta; su bigote gris llovido es afable… Y yo describiría como "honorable" la ancha franja de calvicie quemada por el sol que surca su cabeza. Tiene la nariz un poco regordeta, lo cual le otorga un aire caballeresco de viejo mayordomo de club o, más bien, de no ser un individuo sino todo un club, que emite opiniones sobre esto o aquello. De ese club emerge a veces su cara más íntima: cara que suele adoptar repentinamente una mirada vacua cuando está pronunciando alguna de sus largas frases. Es la mirada de un hombre en brevísimo estado de shock al descubrirse suspendido sobre un agujero que acaba de abrirse bajo sus pies. Duggie debe viajar muy seguido por razones de trabajo y también tiene esa mirada típica del inglés en el extranjero cuando ve a otro inglés a quien no puede ubicar del todo. Al no poder meter un bocadillo en la charla de las dos mujeres, fijó su mirada en mí:

—No lo vi la última vez que estuve en casa —dijo.

Una vez más: obedezco a mi propia regla que me impide ir a su casa a menos que él esté allí.

—¿Cómo anda del pecho?

Tosí un poco y él me miró con mirada dominante. Le gusta preocuparse por mi salud.

—Lo mejor que hizo su tío por usted fue sacarlo de la ciudad. Necesitaba una vida al aire libre.

Duggie, que tuvo que abrirse paso solo, me admira por haber tenido un tío rico.

¿O pretendía acicatearme? No creo. Siempre tenemos esta conversación: él es un hombre que nació para repetirse… otra señal de

honorabilidad.

Duggie se enorgullece de tener un conocimiento posesivo de mi carrera. Con frecuencia le dice a Sally: “Tendría que engordar un poco… Con el pelo blanco a su edad… ¿Pero qué se puede esperar? Con esas bandas de jazz en París y Londres, con todos los bares de Chelsea que frecuentaba, con los delirios literarios que se le metieron en la cabeza, con el banco ese al que se metió a trabajar después… Hizo tantas tonterías por el estilo… —Y agrega—: Un nene de mamá… casarse con una mujer doce años mayor que él. Es una lástima que ella se haya muerto —dice—. Debe haberlo afectado en algo… el colapso, un año en el sanatorio, probablemente jugaba y apostaba. Sin embargo, en el vivero se ha rehabilitado. Es sintomático, por supuesto, que la mayoría de las empleadas sean chicas jóvenes”.

—Marcha bien —dijo en tono confidencial y voz sonora, asintiendo hacia la higuera que prodigaba su sombra junto a la pared sur, muy cerca de donde estábamos nosotros.

—Es un árbol adorable —dijo mamá—. ¿Este da higos? Mi esposo solo come higos frescos recién sacados del árbol.

—Tiene uno o dos higos pequeños. Pero se ponen amarillos y caen en junio —dijo Sally.

—Lo que necesita —dijo Duggie— es sol del Mediterráneo. Tendría que estar en Turquía, ahí es donde se consiguen los mejores higos.

—No solo es cuestión de sol. Las higueras necesitan un buen drenaje y deben ser fertilizadas —dijo mamá.

—Todos los frutales necesitan eso —dijo Duggie.

—La higuera necesita dos moscas… la Blastophaga y, déjenme pensar, ¿la Sycophaga? Creo que sí… Bueno, como sea, las dos son himenópteros —dijo mamá.

Duggie miró con admiración a mi madre. Le fascinan los expertos. Me suplicó durante años que la llevara a su casa.

—Bueno, después de todo le salvamos la vida ¿no, Teddy? —me dijo, jactándose en su nombre y en el mío—. Despejamos el área. Antes esto era un lago de agua cenagosa. ¿Cuántos años hace de eso?

—Cuatro o cinco —dije.

—¡No! —dijo Duggie—. Solo tres.

¿Por fin estaba sacando los trapitos al sol y diciéndome que sabía que fue en aquella época cuando Sally y yo nos hicimos amantes? Creo que no. La mirada vacua abandonó su cara. Recuperó su aspecto honorable.

Sally y Duggie eran lo que yo llamaba “la gente de los lunes” en el vivero. Los fines de semana hay una avalancha de clientes. Son los jardineros espontáneos que vienen, especialmente en primavera y

otoño, y compran todo, plantas con pimpollos y flores, plantas en macetas, para los balcones de los departamentos. Una multitud hormigueante que mantiene a nuestras chicas ocupadísimas en el mostrador que tuvimos que instalar para ahorrar costos cuando creció el negocio. (El mostrador fue idea de Duggie: no pudo resistir la tentación de considerar el vivero como una de sus colonias). Pero los lunes venían los pocos jardineros fanáticos, y al principio le presté atención a Sally porque siempre llegaba muy temprano, usualmente sola: una mujer esbelta de treinta y largos años con el pelo rubio pajizo peinado hacia atrás, dejando despejada su alta frente en aquella época, una mirada severa de impaciencia cortés y silenciosa que se transformaba en una sonrisa ancha y molesta, como el bostezo de un gato, cuando alguien le dirigía la palabra. Entonces retrocedía un paso y evaluaba la voz de su interlocutor. Parecía más vivaz y hasta más joven cuando se ponía los anteojos para leer las etiquetas de las bolsas y los paquetes de tierra, compost y fertilizante en el almacén que estaba junto a la oficina, y siempre se la veía más feliz en los invernaderos; era una mujer que se dejaba ver mejor bajo el vidrio. Sus cejas eran su atributo más suave y tranquilizador. La primera vez que las vi me recordaron las cejas perturbadoras de una tía mía, que solían hacerme sonrojar cuando era niño. El cabello me perturba.

Un día trajo a Duggie al vivero. Yo estaba descargando cajas con plantas enviadas por los cultivadores y la oí espetarle:

—Espérame aquí. Si ves al dueño, pregúntale por las semillas de césped y deja de seguirme a todas partes. Me pones de mal humor.

Durante la siguiente media hora miró los plantines y recorrió los viveros. Duggie se quedó parado donde le habían indicado que debía quedarse. Me acerqué a él en cuanto se fue el camión.

—¿Está atendido? —dije—. Voy a llamar a una de las chicas.

Él estaba en animación suspendida.

—No. Estaba pensando —dijo con la voz perezosa de un hombre que, recién llegado del extranjero y sin tener nada que hacer, esperaba descubrir si había otros congéneres pensadores en el área—. Estaba pensando que la vegetación es una cosa rara —dijo con la mirada predadora de un hombre que tiene un interesante arsenal de temas para ofrecer—. Quiero decir, cuando uno vuelve a Londres se da cuenta de que hay más vegetación que ladrillos. Árboles —dijo—. Plantas y arbustos, trepadoras, musgo, hiedras —prosiguió—; y pasto, por supuesto. ¿Por qué esto y no lo otro? Por el clima, supongo. Aquí tenemos laureles pero no adelfas, que no obstante abundan en todo el Mediterráneo y en México. Podemos conseguir higos y ricino, pero no bananeros, ni ginkgos ni daturas. Las viñas eran legión en los tiempos de Isabel I, pero ahora son raras, aunque escuché decir que están volviendo a fabricar vino. Debe ser flojo. El clima cambió cuando los

romanos talaron los bosques. —Por un momento se transformó en esos conquistadores romanos que mencionaba, pero luego volvió en sí—: O los normandos. Todos seremos pasto al final.

Miró los invernaderos.

—Yo debo viajar mucho por mi trabajo. Paso la mitad del año en el extranjero —dijo—. Petróleo. Kuwait.

Asintió hacia la figura lejana de su esposa. Ella estaba inclinada sobre un macizo de plantas de tabaco.

—Pasamos nuestra luna de miel en Yucatán —dijo con cierta pompa modesta. Era uno de esos charlatanes colonizadores, cuya labia no se cansaba de conquistar nuevos territorios.

—Pero ese no es el punto —dijo—. No podemos conseguir la semilla de césped inglés correcta. Ella siembra todos los años, pero la mitad de lo sembrado perece antes de que llegue el verano. Mire, en cambio, las pampas argentinas. —Duggie estaba imponiendo otra geografía, una flora personal propia, sobre mi vivero. Era obvio que no era jardinero, sino un pensador nato.

Le di el consejo habitual. Lo llevé a un galpón para mostrarle las bolsas de químicos. Su esposa se alejó de los macizos de flores y vino a nuestro encuentro.

—Te estuve buscando por todas partes —le dijo—. Te dije que esperaras donde estabas. —Parecía una mujer irritable.

Duggie me dijo de manera distante y cómplice, ignorándola:

—¿Tal vez tendrá tiempo para venir a echarle un vistazo a nuestro jardín? Quiero decir, la semana que viene o la otra…

—Para entonces será demasiado tarde —lo interrumpió ella—. El césped estará muerto. Vamos. —E hizo ese mohín tan suyo… un mohín que ahora me parecía un gesto de confianza, una insinuación solapada.

Con un ademán de disculpa, Duggie la siguió, obediente, hacia la entrada del vivero.

A menudo intercambiaba unas palabras con Sally cuando venía sola: las semillas de césped parecían ser la obsesión de la pareja. Ella decía que el obsesivo era él; él decía que era ella. Yo era una suerte de árbitro al que recurrían cuando nos encontrábamos los tres.

Una tarde de noviembre tuve que ir a entregar unos laureles a un vecino en su misma calle y aproveché para pasar por la casa.

Había un joven gordo sentado muy tranquilo en una motocicleta frente a la casa, sacándose un par de costosos guantes de cuero. Sentado detrás del parabrisas, parecía estar admirándose frente al espejo de un tocador. Con su casco blanco parecía una muñeca, pero con bigotito negro.

—Estos chicos sí que no tienen problemas, ¿eh? —le dije a Duggie, que vino a abrir la puerta.

—Es nuestro inquilino —dijo él—. Ocupa el departamento del subsuelo. Usa la entrada lateral. Acordamos, por expreso pedido nuestro, que no utilice el jardín. Lo reservamos para nosotros. Venga conmigo, por favor… Hice colocar estos escalones de hierro para que mi esposa tenga acceso estrictamente privado al jardín sin que nosotros interfiramos con él ni él con nosotros. Mi esposa hubiera preferido un matrimonio joven, pero yo le hice notar que en ese caso habría habido que lidiar con niños. Hay que evaluar las cosas en esta vida… ¿no le parece?

Bajamos al jardín. El problema era sencillo. Los árboles estaban desnudos. La mitad del lugar era suelo sin vida, suelo negro y estéril de Londres. Algunas hojas húmedas y amarillas colgaban de la higuera como harapos y el resto habían caído, chatas como platos, en una pileta muy grande de agua lodosa que iba de una punta a otra del jardín. De la noche a la mañana, en noviembre, los higos caen de las higueras como heroínas victorianas. Aquí, en cambio, parecía que el pobre árbol estaba a punto de ahogarse. Se lo dije a Duggie, que a su vez dijo:

—¿Heroínas victorianas? No comprendo.

—Nunca podrán tener césped aquí. Hay demasiada sombra. Podrían talar los árboles…

En ese momento llegó Sally y dijo:

—No pienso cortar mis árboles. Lo que está matando todo es el agua.

Yo dije que barrios enteros de Londres flotaban sobre el agua. Había fuentes por todas partes y el suelo era arcilloso.

—Y además el viejo río Fleet corre bajo este vecindario —agregué —. Lo único que pueden hacer es pavimentar.

—¿El río Fleet? Eso sí que es una novedad para mí —dijo Duggie. Y miró a nuestro alrededor los otros jardines y casas como si quisiera llamar a los vecinos para contarles—. ¿Pavimentar, dice? ¿Con piedras?

—¿Con qué otra cosa si no? —dijo Sally con voz cortante y se alejó. El jardín era suyo.

—Pero, querida… —Duggie corrió a buscarla—. Tenemos que saber… ¿Qué piedras? ¿Piedra caliza? ¿Piedra portland?

El colonizador del reino vegetal era también un coleccionista de piedras. De él brotó todo un catálogo de geología. Habló de piedra arenisca y se explayó sobre la gravilla hasta que llegamos a la piedra toba que usaron los romanos en el Muro de Adriano, pasamos por las canteras de mármol de Italia, y nuevamente volvimos al muro bajo de ladrillo del jardín que había sido dañado durante la guerra.

Ahora se oían aullidos y estruendo de la música de jazz proveniente del departamento del subsuelo.

—Te dije que ese hombre traía chicas —le dijo Sally enojada a su marido—. Acaba de entrar. Está transformando esta casa en una discoteca. Dile que pare... es intolerable.

Y me miró con frialdad, como si yo también fuera un intruso, la clase de hombre capaz de armar un alboroto con chicas en una casa de familia. Me fui. No eran una pareja feliz.

Le envié un presupuesto por pavimentar parte del jardín. Pasaron varios meses; no hubo respuesta y su esposa dejó de venir al vivero. Pensé que habrían viajado al extranjero. Pero en la primavera Duggie vino al vivero con su hija, una colegiala, que se fue a charlar con toda confianza con el chofer de la camioneta.

Duggie la miró irse y me dijo:

—Acerca de las piedras para pavimentar. Mi esposa estuvo enferma. Me mandaron un cable y volví enseguida.

—Espero que no sea nada grave.

Me estudió, considerando la posibilidad de ponerme al tanto de los detalles, pero evidentemente —y con esa clase de renuencia que sugiere todo— cambió de opinión.

—La inicua Ley de Alquileres —dijo con desprecio— es la culpable.

Me hizo un resumen de la ley, que afecta a los alquileres en general.

—Nuestro inquilino… ese chico era imposible, cometía toda clase de impertinencias. Tratamos de deshacernos de él pero no pudimos. El cretino nos hizo juicio.

—¿Y ustedes consiguieron una orden de desalojo? —pregunté.

La voz de Duggie cambió de color.

—No. El pobre tipo se mató en un accidente. Se clavó de cabeza contra un camión, y encima llevaba a una chica con él. Los dos murieron. Fue horrible. Naturalmente, mi esposa quedó perturbada: dice que es culpa suya. Cosas de la imaginación —se disculpó. Duggie hablaba de la imaginación con tono acusador.

—¿El hombre del bigotito negro? —pregunté.

—Mi esposa no quería alquilarle a un matrimonio —dijo él.

—Lo recuerdo —dije yo—. Usted lo mencionó.

—¿En serio? —dijo él. Le alegraba que yo recordara eso—. Mire —dijo—. Estaba muy claro en el acuerdo que pactamos que él no podía ingresar en el jardín bajo ningún pretexto, pero igual lo hacía. Sin embargo, no he venido aquí por esto. Vamos a pavimentar ese lugar, como usted sugirió. Así ella se sacará esta desgracia de la cabeza. —Asintió hacia la casa—. A propósito, no le diga nada de esto a mi esposa, ¿sabe? Yo paso tanto tiempo lejos de casa que el jardín es todo para ella.

Poco después llevé a uno de nuestros empleados a la casa. Duggie se puso como loco al final del primer día, cuando volvió a su casa desde su oficina en Londres y vio que en nuestras excavaciones habíamos encontrado un montón de escombros de ladrillo: restos del muro del jardín derruido por las esquirlas de las bombas durante la guerra. El segundo día volvió de trabajar a la tarde temprano y se quedó a mirarnos. Lo que más anhelaba era apoderarse del pico de mi empleado. En un determinado momento el hombre lo soltó y yo, que me había dado vuelta, oí el golpe seco del acero sobre la piedra y a Duggie que gritaba "Carajo". Se había adueñado del pico y lo había asestado sobre una gran laja de concreto y ahora estaba doblado en dos, con las muñecas apretadas entre las piernas, muerto de dolor. Sally acudió a la galería y bajó corriendo los escalones. Estaba muy cambiada. Un poco más rolliza de lo habitual, sin rastros de enfermedad y con un peinado nuevo: llevaba el cabello suelto y a cada rato debía quitárselo de la cara.

—Eres un tonto, Duggie —le dijo.

El jardinero dejó al descubierto una plancha de concreto, que hasta entonces había estado bien hundida en la tierra.

—Está bien. Está bien. Vete. Yo estoy bien —dijo Duggie—. ¿Qué es eso?

—Un maldito refugio antiaéreo —dijo mi jardinero—. Quedan uno o dos en los jardines de esta zona. Un señor en esta misma calle transformó el suyo en un estanque de lirios.

Siguió paleando y cavó un agujero. El concreto terminaba en una maraña de alambres y piedra. Había sido aplastado. El hombre se arrodilló en el suelo y dijo:

—La pared del fondo está rota, llena de musgo húmedo. —Se levantó y dijo decepcionado—: No hay nadie adentro. Le habrá salvado la vida a algún pobre tipo. Caso contrario, de todos modos no se habría dado cuenta.

Sally le puso cara de horror al jardinero.

—Pobre gente —dijo—. Vamos adentro. Qué tonto que eres, Duggie.

Duggie se negó a entrar. El dolor lo había puesto en trance: casi podían verse pedazos de su mente flotando en el aire cuando dijo con tono triunfante:

—¿No ves lo que tenemos aquí, mi queridísima? —gritó. El entusiasmo superaba el dolor. Evidentemente Duggie era un hombre que había almacenado un acervo de palabras exóticas—: Tenemos un cenote.

¡Cuántas veces tendríamos que escuchar esa palabra en los próximos días! Durante meses habrá alarmado a la gente con esa palabra en su oficina y en el ómnibus, a los hombres en los clubes, a

quien tuviera la mala suerte de sentarse a su lado en el avión cuando regresó a Kuwait.

—¿Qué es un cenote? —pregunté, como seguramente habrán preguntado todos ellos.

—Es una cisterna subterránea —dijo él—. ¿Te acuerdas de Yucatán, Sally? Es un lugar lleno de bosques y sin embargo no se ve el agua. No hay grandes ríos. Tú dijiste: "¿Y cómo sobrevivían los mayas?". La respuesta es que la civilización maya flotaba sobre cisternas subterráneas.

Duggie se volvió hacia mí, y me llamó Teddy por primera vez.

—Recuerdo que usted dijo que Londres flotaba sobre ríos subterráneos… Sus palabras no se borran de mi memoria desde que las dijo. Porque yo tenía algo en el fondo de la mente, un recuerdo que no podía descifrar. Y era esto: un cenote. De ese lugar estuvo bebiendo tu higuera, Sally. Plantaste una higuera sobre un tanque de agua y los escombros la drenan.

"Sally y yo vimos docenas de cenotes, de todos los tamaños, algunos de diez metros de profundidad, en nuestra luna de miel —me confesó.

Sally endureció la mirada.

—Los mayas los veneraban: y ahora ven por qué. Una vez al año los sacerdotes le arrancaban el corazón a una virgen y lo arrojaban al agua. Era un rito propiciatorio —dijo.

—Puro teatro para los turistas en los clubes nocturnos —dijo Sally con cansancio.

—Sí —nos explicó Duggie, y luego agregó dirigiéndose a mí—: Es todo falso, por supuesto.

—Pobre gente —dijo Sally—. Jamás volveré a pisar este jardín.

En los días siguientes no se acercó mientras transformábamos la ruina en cimiento, y a la otra semana Duggie vino a vigilar la colocación de las piedras. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

Cuando terminamos el trabajo Duggie se mostró visiblemente orgulloso del ancho círculo de piedras que habíamos armado.

—Han convertido mi jardín en un cementerio. Lo vi desde la ventana —dijo Sally.

Duggie y yo nos miramos: tácitamente acordamos, como dos hombres que éramos, compartir la culpa que injustamente se nos adjudicaba. Ella había estado enferma, nosotros lo habíamos hecho por ella, y solo había servido para empeorar las cosas.

La imaginación, como decía Duggie. Difícil para él. Y yo que la creía una mujer tranquila, sensata.

En cierta ocasión tuve que ir a la municipalidad para firmar un

contrato para reforestar una de las plazas más descuidadas del vecindario, y mientras estaba allí pensando en Duggie y en Sally traté de averiguar quién había vivido en su casa y si existía algún registro de víctimas de ataques aéreos. Fui de una oficina a otra sin poder descubrir nada. Probablemente no era el lugar adecuado. Las ciudades viejas están erigidas sobre capas y capas de vidas humanas y objetos que nadie registra. Duggie nos envió un cheque por nuestro trabajo, mucho más rápido que la mayoría de nuestros clientes. Pensé en mi esposa enterrada y en la putrefacción de la tumba mientras redactaba el recibo. Se me ocurrió que sería bueno hacer algo por Duggie. Una mañana estaba caminando por el vivero y vi una magnolia pequeña y fuerte, de casi un metro de alto y ya con pimpollos. Yo sabía que era riesgoso trasplantar en esa época pero igualmente le até las ramas, la envolví, la puse en una maceta grande y la llevé a la casa de Sally y Duggie un sábado con toda la intención de darles una sorpresa. Sally salió a la puerta con una lapicera en la mano y se mostró molesta por mi visita inesperada. Le dije que tenía una planta para ellos en la camioneta.

—Nosotros no pedimos nada. Mi esposo está en Kuwait. Me habría avisado. Debe haber un error.

La lapicera en su mano alzada era como un arma rara y hostil. Al verme sonreír, bajó la mano.

—No es una compra. Es un regalo. Está en la camioneta —dije.

Ella miró la camioneta con mirada incrédula y después me miró a mí. En esa pausa por demás incómoda mi mente dio un salto involuntario. Me olvidé de Duggie.

—Es para usted —dije. Me sentía como si volara, como si no tuviera pies.

—¿Para mí? —dijo ella—. ¿Por qué para mí?

Yo mismo estaba perplejo. Su cara se puso blanca como el papel y pensé que iba a desmayarse. Se quedó parada, temblando. La lapicera cayó de su mano al suelo y ella se dio vuelta y se agachó a recogerla y volvió a levantarse con la cara roja de vergüenza, como si la hubieran pescado haciendo algo que no debía.

—Usted es la jardinera —dije—. Venga a ver.

No se movió, así que empecé a caminar hacia la puerta. Entonces me siguió y vi su mirada, como si les estuviera pidiendo protección a las casas vecinas.

—¿Cómo se le ocurre hacer una cosa así? —dijo con una voz extraña. Abrí la puerta, pero ella me hizo pasar primero.

Los gordos pimpollos color rojo óxido y blanco piel de la planta brillaban como cirios en la oscuridad de la camioneta.

—Son tácticas publicitarias —dije con risa de mercader. Ella frunció el ceño, entre el reproche y la duda. Pero cuando vio la planta

dijo:

—¡Qué belleza!

Y entonces comencé a hablar sin medir lo que decía. Le dije que había pensado en el círculo pavimentado en medio del jardín: tendría que colocar allí la magnolia, que florecería antes de que los árboles dieran sombra; y también le dije que podía sacarla de la maceta cuando quisiera y plantarla en el jardín, un poco más avanzado el año.

—¿En serio? —dijo.

Busqué un carrito, coloqué el tablón en su lugar y bajé la planta de la camioneta con sumo cuidado. Era muy pesada.

—Tenga cuidado —dijo ella. Abrió la puerta lateral del jardín y entramos.

—No hay nada de barro ahora. Desapareció —me jacté.

Fue una lucha colocar en su lugar esa maceta tan pesada. Ella me ayudó.

—Usted tiene manos fuertes, manos de jardinera —le dije.

Miré a mi alrededor y después hacia arriba, hacia las copas de los árboles. Ella abrió la boca de contenta al ver la planta.

—Usted es muy amable —dijo—. A Duggie le encantará.

Yo nunca había estado solo con ella en ese jardín y recuerdo que me pareció todo un privilegio. Ella caminaba alrededor de la planta como si bailara.

—Estará totalmente florecida dentro de diez días —dije—. Eso animará a la higuera. Fíjese: está tratando de florecer.

—En esta época del año —dijo con desprecio— ese árbol parece un pedazo de maquinaria vieja.

Pasó media hora. Cuando decidimos regresar a la casa, yo empujando el carrito por supuesto, ella volvió a darme las gracias.

—Déjelo ahí nomás —dijo—. Permítame ofrecerle un té o algo para beber. Por suerte me encontró en casa. Tendría que haber llamado por teléfono antes de venir.

Pero después se rio mirando la planta desde la ventana de la sala. Me di cuenta de que era la primera vez que la escuchaba reír. Era sorprendente no escuchar la voz de Duggie. Ella fue a preparar el té y yo me senté en el sillón y me acordé de no apoyar las manos sucias en los apoyabrazos. Entonces vi las huellas de mis pies en la alfombra, avanzando en línea recta hacia mí. Sentí que había emprendido todo un viaje.

La vi fruncir el ceño al verlas, y las tazas se deslizaron sobre la bandeja cuando regresó con el té.

—¡Mis botas! —dije en son de disculpa.

Palabras raras, ahora que lo pienso, para comenzar una aventura amorosa. Hasta ella contuvo la respiración al escucharlas, como si me hubieran traicionado.

Cuando apenas hubo llenado mi taza hasta la mitad, apoyó con decisión la tetera en la mesa, se levantó y vino a estrecharme la mano.

—Oh, usted es tan pero tan amable —dijo, y enseguida retrocedió y volvió a su silla—. Usted sí que es un amigo.

Y entonces vi que corrían lágrimas por sus mejillas. La felicidad había desaparecido de su cara, ahora afeada por la emoción.

—Perdóneme por ser tan tonta, señor Ormerod —dijo, tratando de reír.

Diez estantes de libros, propiedad de Duggie, nos miraban desde lo alto; sus títulos eran mudos, pero tenían mil orejas para oírnos; yo estaba ahí sentado sin saber qué hacer porque, empecinada en reír, ella lloraba cada vez más; tanto lloró que tuvo que levantarse y, dándome la espalda, ponerse a mirar por la ventana.

—Está bien —dijo, todavía de espaldas a mí—. No deje que se le enfríe el té. Mi esposo quería poner una urna allí —dijo—. Imagino que se lo habrá dicho.

Duggie no había podido controlar la deriva de su mente.

—Es la primera vez que voy al jardín desde que usted estuvo aquí la última vez —dijo, dándose vuelta.

—A propósito —dije—, si lo que tanto la preocupa es el refugio antiaéreo puedo decirle que… he leído los registros del ayuntamiento. No hubo víctimas aquí. No había nadie en el refugio.

No le dije que no existían registros de ninguna clase. Sus lágrimas habían hecho que mi mente volviera a dar un salto.

—¿Y por qué se le ocurrió hacer una cosa así? —dijo, y volvió a sentarse.

—Tenía la impresión de que eso la estaba preocupando —dije.

—No, en lo más mínimo —dijo, sacudiendo la cabeza y dejando de llorar. Luego adoptó un estilo distante y dejó de mirarme—. ¿El refugio? Oh, eso no me preocupa —dijo—. La guerra terminó hace treinta años, ¿no es cierto? No hacen falta bombas para que muera la gente. La gente muere todos los días en los hospitales, ¿no? Esas cosas vuelven loco a mi marido. Es un hombre muy emotivo, aunque no lo parezca. No sé si le habrá contado que tuvimos problemas con un muchacho joven, un inquilino. Duggie se enfermó. Lo hicieron volver de Kuwait.

Yo me quedé mudo. Acababa de contarme al revés la misma historia que Duggie me había contado.

—Él se convence de cosas, ¿sabe? —dijo con la firme satisfacción de una mujer casada.

Después de decir eso asomó una pregunta en sus ojos, un movimiento que era como una pequeña señal que me interpeló por un instante. Yo me quedé callado y ella empezó a hablar de cosas sin importancia, nerviosa, y la intimidad brevemente conquistada

desapareció.

Se paró en la puerta y me saludó con un ademán medio tímido cuando me fui: un saludo apenas visible, como una seña. Eso me destruyó. Maldito sea ese tipo estúpido, pensé cuando volví a mi casa y puse a calentar la comida en la hornalla. Sonó el teléfono y apagué el fuego. Pensé que era mi madre la que llamaba —era su horario habitual—; pero no, era la voz de Sally, firme pero con tono de disculpa.

—Se olvidó el carrito. Pensé que podría necesitarlo.

¡Bendito carrito! Dije que iría a buscarlo enseguida. Ella dijo, cortante, que tenía que salir. Eso, y que esperaba no haber interrumpido mi cena, fueron las únicas oraciones completas y coherentes que pronunció en el transcurso de uno de los llamados telefónicos más largos que tuve en mi vida. Lo suyo fue un conjunto de frases inconclusas separadas por silencios largos, tan prolongados que un par de veces me pareció que había cortado… silencios en los que parecía estar luchando con los sustantivos, los pronombres y los verbos que trataban de formar una disculpa y una explicación —que no explicaba nada— por la "tonta escena" que estaba haciendo. Cada vez que estaba a punto de explicarse, ella cambiaba de tema. Me dio la impresión de que, de tanto escuchar hablar a su marido, había perdido la facultad del habla.

Había algo que "alguna vez, en el futuro" le gustaría preguntarme, pero se le había olvidado. "Si es que hay un futuro", agregó con un exceso de vivacidad. Sus silencios me incentivaban y me afectaban. El estilo era muy parecido al de Duggie: me ponía al borde de la exasperación; al final le pregunté si aceptaría cenar conmigo alguna noche. "¿Cenar?". Mi propuesta la confundió. Me preguntó si yo ya había cenado. La idea quedó en la nada y con ella, la conversación. Cuánta afectación, pensé después. No de mi parte: en mí había nacido el deseo.

Pero al día siguiente la vi esperando en uno de nuestros invernaderos. Era más cálida debajo del vidrio. Yo había ido a buscar mi carrito. Eso, por alguna razón, le agradó. Aceptó cenar conmigo.

—¿Adónde vamos a ir? —dijo cuando arrancamos.

—Lejos del vivero —dije yo. Estaba decidido a entretenerla—. Para escapar de los ladrones.

—¿Qué ladrones? —dijo.

—Las viejitas —dije.

Todo el que trabaja en un vivero sabe muy bien que las viejitas amables a veces cortan retoños para un injerto o deslizan plantines en sus carteras. Robar un poco les produce la emoción de un coqueteo. Le dije a Sally que esa misma semana una de esas viejitas había venido a verme cuando yo estaba solo en el invernadero y me había dicho:

“¿Puedo comentarle algo muy personal? Tengo que hacerle una espantosa confesión. He sido muy pero muy mala. ¡El verano pasado le robé un pedacito de geranio y ha prendido!”.

—¿Y los viejos? ¿No roban? —dijo Sally.

Recurrí a mi imaginación.

—Sí, tenemos uno también —dije—, pero roba cosas más grandes.

En el vivero cultivábamos el mito de que cuando faltaba una caja de plantas o desaparecía algún arbusto bastante caro, aquello era obra de un personaje no del todo imaginario llamado Thompson que vivía en una casa grande cuyo jardín lindaba con nuestra pared. Un día desaparecieron tres camelias y, quizás debido al precio del objeto robado, mis empleadas lo ascendieron inconscientemente de rango y pasó a ser conocido como el “coronel” Thompson. Lo habían visto parado sobre una escalera de mano, mirando por encima de la pared. Tuve que inventarle una cara al coronel cuando le conté este episodio a Sally. Le puse una nariz gorda, una pelada, un bigote llovido; sin darme cuenta estaba describiendo a Duggie. Fui incluso más allá: dije que yo mismo había pescado al coronel a horcajadas sobre la pared, y que cuando lo increpé él me había dicho: “Estoy buscando a mi perro. ¿No ha visto a mi perro?”.

—No le creo —me dijo Sally.

Un comienzo prometedor. Una profunda seriedad se instaló entre nosotros en cuanto entramos al restaurante. Era un lugar pequeño. Los comensales hablaban a los gritos; fragmentos desordenados de sus vidas parecían volar a nuestro alrededor. Pronto notamos que éramos los únicos que hablábamos en voz baja, porque hablábamos de nosotros pero nos dirigíamos a nuestros platos o al mantel, haciendo miguitas de pan y levantando la vista solo para responder una pregunta súbita. Ella comía muy rápido; una mujer hambrienta, pensé. ¿Cuánto tiempo después, preguntó de pronto, llevándose el tenedor a la boca, cuánto tiempo después de conocer a mi esposa me había casado con ella? Cuatro meses, dije. Ella bajó el tenedor.

—Eso sí que fue rápido —dijo—. Duggie y yo tardamos siete años en decidirnos.

—¿Y por qué tanto?

—Yo no quería casarme, por supuesto —dijo ella.

—¿Pero ya vivían juntos? —dije.

—En realidad no. Incluso entonces podríamos haber seguido sin casarnos —dijo—, pero su empresa decidió mandarlo a México durante tres años. Nos conocíamos muy bien, sabe. En realidad —murmuró— yo estaba enamorada de otra persona. —Ahora había audacia en su voz—. La gratitud es más importante que el amor, ¿no le parece?

—¿Era esa la pregunta que quería hacerme —dije— cuando llamó

por teléfono?

—No creo haber dicho eso —dijo.

Me estaba enamorando de ella. Yo prestaba atención pero apenas escuchaba lo que decía. Lo único que escuchaba era mi deseo.

—¿La gratitud? No, no creo —dije—. Mucho menos cuando uno es joven. ¿Y por qué no acompaña a su esposo en sus viajes de trabajo?

—A él le gusta viajar, a mí no —dijo—. Nos llevamos bien. A mí no me molesta estar sola. Incluso lo prefiero. Usted está solo, ¿no?

La conversación se interrumpió. Un aburrimiento plomizo se instaló entre nosotros como un asfixiante nubarrón. Después de mirar a mi alrededor para asegurarme de que nadie me oyera, susurré con una voz que apenas reconocí como propia:

—La deseo.

—Ya lo sé —dijo ella—. Y no está bien —dijo revolviéndose en la silla y clavando la vista en el mantel. Su movimiento me dio coraje.

—La he amado desde que…

Levantó la vista.

—… desde que empezó a venir al vivero —dije.

—Gracias, pero no puedo —dijo ella—. No me acuesto con nadie. Dejé de hacerlo cuando nació mi hija.

—¿Es por Duggie? —dije.

Estaba sorprendida, y la vi hacer ese mohín que tanto conocía.

Lo pensó un largo rato.

—¿No puede darse cuenta usted solo? —dijo. Y entonces se acercó un poco y me tocó la mano—. No se ofusque. Conmigo no hay caso.

Yo no me había ofuscado. La caricia a medias, el aburrimiento, la monotonía de nuestras voces, hasta el hecho de que los comensales de la mesa vecina nos hubieran encontrado tan interesantes como para imitarnos y ponerse a susurrar me hacían estar seguro de cómo terminaríamos la noche.

—Vámonos —dije.

Llamé al mozo; ella me miró pagar la cuenta y dijo:

—Cuánta propina.

La situación era tan tensa que ese comentario práctico nos relajó. Y a mí, además, me permitió entrever un tono posesivo alentador. Ella se quedó parada en la puerta, esperando que yo trajera el auto con ese aire que tienen las mujeres de fingir que no están donde están. Cuando doblé por una calle comercial casi vacía a esa hora vi nuestras cabezas y nuestros hombros reflejados en la vidriera de una tienda enorme, como haciéndonos burla mientras nos alejábamos: dos extraños. Después enfilé por una calle de casas; estábamos otra vez solos y me incliné para besarla en el cuello. Ella no se movió, pero me miró y dijo:

—¿No éramos amigos?

—No —dije—. No somos amigos.

—Creo que eso me gustaría —dijo. Y me aferró el brazo con violencia y ya no me soltó.

—En mi casa no —dijo.

Fuimos a mi departamento. Ella cruzó la sala directo hacia la ventana y miró los largos invernaderos que brillaban en la oscuridad.

—¿Cuál es la casa del coronel Thompson? —preguntó.

Yo me acerqué por detrás y la rodeé con mis brazos. Ella miró mis manos atrevidas que jugaban con sus pechos con esa curiosidad y amor por sí mismas que tienen las mujeres, pero vi una mirada de horror en su cara cuando la besé en la boca, un odio que venía (ahora lo sé) de sus años de matrimonio. En las horas que siguieron ese odio fue menguando, su rostro se despejó y sus labios gruesos se abrieron con codicia.

—Yo nunca hago estas cosas —dijo.

Al día siguiente vino a buscarme; al tercer día tironeó de mí cuando me estaba levantando de la cama y dijo:

—Duggie está volviendo a casa. Tengo algo malo que decirte, algo vergonzoso. —Hablaba con la boca pegada a mi hombro—. Algo que intenté decirte cuando te llamé por teléfono aquella vez, el día que viniste con la planta, pero no pude. ¿Recuerdas que te llamé por teléfono?

”Le dije a Duggie una mentira sobre ese joven, le dije que me había atacado. No era verdad. Una noche desde la ventana de mi dormitorio los vi entrar al jardín, a él y la chica, abrazados; fueron hasta el fondo, bajo los árboles. Se quedaron mucho tiempo. Imaginé lo que estaban haciendo. Podría haber matado a esa chica. Estaba loca de celos… creo que de verdad estaba loca. Salí al jardín muchas noches para impedir que vinieran y por las tardes trabajaba en el jardín para provocarlo y muchas veces los espiaba por la ventana. Era terrible. Así que le dije a Duggie. Le dije que el chico me había seguido y me había arrancado la ropa y había intentado violarme. Desgarré una de mis blusas para probarlo. Le envié un cable a Duggie. Pobre Duggie, me creyó. Volvió. Lo obligué a echar al muchacho. Después… ya sabes lo que ocurrió. Cuando el chico se mató creí que me volvía loca.

—Pensé que habías dicho que Duggie estaba enfermo —dije.

—Es de eso de lo que me avergüenzo —dijo—. Pero estaba loca. Sabes, también te odié cuando Duggie te hizo venir a casa para colocar esas piedras. Odiaba con toda mi alma que alguien entrara en el jardín. Por eso hice esa escena cuando trajiste la magnolia. Cuando golpeaste a la puerta, por un instante horroroso, pensé que era el padre del chico que venía a buscar sus cosas; una vez vino.

Yo estaba nervioso antes que impresionado. Dije:

—El verdadero problema es que te estabas mintiendo a ti misma. —Por un instante me sentí su salvador—. ¿Crees que Duggie te creyó?

Ella puso esa mirada distante que tenía cuando la conocí, casi una mirada de fastidio cortés porque habían interrumpido su relato. Entonces dijo algo que era verdad.

—Duggie no se permite creer lo que no quiere creer. Nunca cree lo que ve. Un día lo encontré en la sala y al verme sacó un libro de la biblioteca y lo cerró de golpe y se secó los ojos. "Es el polvo", dijo. "Tienen tanto como México". Después pensé que había estado llorando.

—Lloraba porque sabía que él tenía la culpa —dije.

Fui a mi ventana y miré el cielo. Esa noche Duggie regresaría cruzándolo.

—¿Qué vamos a hacer? —dije—. ¿Cuándo podré verte? ¿Vas a decírselo?

Ella se sorprendió mucho.

—Por supuesto que no —dijo, levantándose de la cama.

—Pero hay que decírselo. Si no se lo dices tú, se lo diré yo.

Ella recogió su vestido del suelo y se cubrió medio cuerpo con él.

—Si lo haces —dijo— jamás volveré a verte, coronel Thompson.

—Tarde o temprano se enterará. Yo quiero casarme contigo.

—Tengo una hija. Te olvidas de eso. Él es mi esposo.

—Probablemente tiene una chica —dije con liviandad.

La amabilidad y el buen trato se esfumaron de nuestra conversación.

—Tú no eres quién para decir eso —dijo con vehemencia. Estábamos al borde de una pelea.

—Tengo que irme —dijo—. Judy viene a casa. Tengo que ir a buscar los trajes de Duggie a la tintorería y también algunos tuyos.

¡Mis trajes y los de Duggie colgando de esas feas perchas de alambre en la tintorería!

Tuvimos una invasión de clientes en el vivero y por un rato me olvidé de nuestra separación, pero cuando volví a mi departamento el aire estaba quieto y mudo. Recorrí las tres habitaciones con la esperanza de verla, pero solo encontré una o dos fotos de mi pasado. Lavé nuestros vasos vacíos. Bueno, ya está, pensé con cinismo. Se terminó. ¿Qué esperabas? Y recordé que alguien había dicho: "Tenga una aventura si lo desea con una mujer casada, pero por el amor de Dios no se le ocurra querer casarse con ella".

Fue una suerte que mi secretaria estuviera de vacaciones y yo me viera por lo tanto obligado a hacer todo el papeleo por las noches.

También tenía mi contrato con el municipio para reforestar la plaza hasta entonces abandonada y yo mismo cavé muchos pozos. Mientras cavaba empecé a dudar de Sally y me puse a repasar lo poco que sabía de su vida. ¿Cómo se habían conocido con Duggie? ¿Qué se habrían dicho? ¿En ese mismo momento estaría coqueteando con su esposo, sorprendiéndolo y cautivándolo? Ardía de celos. Al final de la semana, antes de salir para la plaza a las ocho y media, escuché sus pasos en la escalera que conducía a mi oficina. Tenía en los labios una sonrisa de persona muy ocupada.

—He traído tus trajes —dijo—. Estoy apurada.

Y fue a colgarlos, con sus bolsas de plástico, en el marco de la puerta; pero yo la tomé en mis brazos y los trajes cayeron al suelo.

—¿Está todo bien? —dije.

—¿A qué te refieres? —dijo.

—A Duggie —dije.

—Por supuesto —dijo, complaciente.

Cerré la puerta con llave. En pocos minutos sus dudas y las mías se esfumaron. Nuestra pelea había terminado. Me miró sorprendida mientras se enderezaba la falda.

¡Felicidad! Llevé a una de las chicas conmigo a la plaza y, desperezándome, me senté a mirar cómo hacía su trabajo.

Después de almorzar volví al vivero y me alarmó ver la calva cabeza de Duggie asomando entre las verdes plantas trepadoras de nuestro invernadero. Estaba encorvado; la luz del sol dibujaba franjas en su cuerpo y le daba el aspecto de un tigre afable. Yo esperaba pasar de largo sin que me viera, pero él me oyó. La piel de tigre se le cayó cuando salió del invernadero, actuando con perfecta normalidad, y me llamó:

—¡A usted lo estaba buscando! Estuve de viaje.

Yo lo saludé con una tosecita, probablemente la primera de una larga serie de tosecitas con las cuales siempre lo saludaría y que teñirían de preocupación su voz. Di en llamarlas mi “híbrido perenne”: expresión que lo impactó y que de inmediato agregó a su léxico de expresiones, e incluso a sus reflexiones sobre las toses en general, sobre los escupitajos árabes y sobre las carrasperas mexicanas.

—Vine a darle las gracias por esa magnolia magnífica. Fue muy amable de su parte. Me la perdí cuando estaba en flor, pero Sally dice que era un espectáculo maravilloso. Usted no sabe lo importante que fue para ella. No sé si lo habrá notado, pero está totalmente cambiada. Parece muchos años más joven. Ha recuperado toda la energía. —Entonces agregó en voz más alta—: Ha olvidado por completo aquel problema. Pero imagino que ya se habrá dado cuenta. Me comentó que le estuvo dando una mano porque su secretaria está de vacaciones.

—Sally ha sido muy amable. Llevó mis trajes a la tintorería.

Duggie pasó por alto mi comentario. Caminamos juntos por el vivero y él iba señalando los macizos de flores. ¿Dije que había venido con su hija? Por entonces era una chica gorda de trece o catorce años, con el cabello rubio como el de la madre.

—Los fue a buscar —dijo la chiquilina pedante, y a partir de ese momento pareció juzgarme con la mirada. Corté una flor para ella cuando íbamos hacia la puerta de mi oficina.

—A propósito —dijo Duggie—, ¿qué hizo con ese tipo que salta la pared? Sally me contó. ¿Cuál pared es?

Aparentemente Sally le contaba todo.

—Ya dejó de hacerlo. La pared de allá.

Se detuvo a mirar la pared.

—Tendría que colocar un alambre de tejido cerrado, de unos ocho centímetros como máximo; si el tejido fuera más ancho, el tipo podría deslizar el pie. Valdría la pena hacerlo… Aquí no hay necesidad de colocar uno de esos alambrados de púas que usamos en nuestras refinerías. —Luego se explayó sobre los alambrados y los cercos en general: siempre había estado en contra de la gente que pone vidrios rotos en las paredes.

—Es injusto —continuó. Parecía un idealista—. Y también cruel. Los tipos que hacen eso tendrían que ir a la cárcel. Venga a tomarse un trago con nosotros esta noche —dijo Duggie.

No se me ocurrió ninguna excusa; de hecho, últimamente me sentía audaz y confiado.

Pero la primera persona que vi cuando llegué a la casa fue a Duggie, que llevaba puesto un saco que le quedaba demasiado ajustado. Era mi saco. Sally había dejado sus trajes en mi oficina y llevado los míos a su casa.

Duggie se rio a carcajadas.

—Muy sospechoso, pensé, cuando vi este saco encima de mi cama. Ja, ja. ¿Qué está pasando aquí? Sería más gracioso todavía si usted trajera puesto mi saco.

Sally, que había llegado detrás, dijo recatadamente que no veía nada de gracioso en eso. Solo había querido ayudar.

—Tenga cuidado cuando Sally dice que quiere ayudar —dijo Duggie sin dejar de reírse. La comedia era un vínculo. Y seguimos recurriendo a ella. Judy, la hija, lo disfrutaba tanto que dijo:

—¿Y por qué el señor Ormerod no se viene a vivir a nuestra casa?

Paramos de reírnos. Los hijos tienen la incansable virtud de sacar a la luz incidentes pasados de las vidas de sus padres. Duggie estaba por servir vino en la copa de Sally y se detuvo con la botella en el aire. Entonces Sally hizo aquel mohín que tantas veces le había visto y Duggie adoptó instantáneamente un aire de preocupación protectora.

A mí me parecía que nos estaba pidiendo que no dijéramos nada más. Pero se recuperó enseguida y volvió a reír fuerte… Demasiado fuerte, pensé.

—Él tiene que vivir cerca del vivero, ¿no es cierto, Teddy? Por el coronel Thompson y todo eso.

—Por supuesto —dijo Sally para aligerar las cosas—. Duggie, por favor no derrames el vino sobre la alfombra.

Fue una velada agradable. Nos desplazamos a la sala de estar y Sally se sentó en el sofá con su hija, que no paraba de mirarme. Sally le rodeó el hombro con el brazo.

Ya pasaron tres años desde aquella noche en la que Judy dijo lo que no debía. Cuando miro atrás, esos años parecen velados o destellan como la bruma de un día de octubre. ¿Cómo describir la felicidad? A su debido tiempo Duggie volvió a viajar y una vez más Sally y yo fuimos libres durante varios meses. Y a pesar de nuestras querellas y nuestros celos, a pesar de nuestras discusiones sobre si Duggie sabía o no sabía, nosotros también caímos en la rutina y creamos nuestras propias reglas. Nuestro romance tenía el sello de la pasión, pero yo no podía sacarme de la cabeza la imagen de Sally sentada en el sofá con su hija. Llegué a jurar que no haría nada que pudiera causarle problemas. Y Sally y yo parecíamos ser capaces de olvidar nuestros cuerpos cuando estábamos todos juntos. Tal vez aquel primer paso de comedia nos salvó. Yo tenía la impresión de que Duggie me había inventado, tal como la había inventado a ella. Según ella, yo paso el tiempo inventando a Duggie. Ella no nos inventó a ninguno de los dos.

Ahora cambié de opinión. Después de esa noche, cuando la hija Judy dijo "¿Y por qué el señor Ormerod no se viene a vivir a casa?", me convencí de que Duggie sabía… porque él se preocupaba por Sally, incluso porque sabía más que ninguno de nosotros sobre Sally y ese inquilino que había encontrado una muerte tan horrible en su motocicleta. Cuando nos transformó en ficciones probablemente pensó que la ficción terminaría pronto. Pero no ha terminado. Y Duggie empezó a actuar como un emperador hastiado, indulgente y distante cuando estaba en casa.

Pero esas palabras de Judy eran otra cosa. Judy no era una ficción para Duggie. Era su hija, absolutamente suya, él la había hecho. Judy era la contradicción de su fracaso. En lo que a ella respectaba, Duggie no fingía ni actuaba por compromiso. Ahora estoy seguro, después de uno o dos hechos triviales que ocurrieron ese año. Una tarde, un día antes de que Duggie regresara a casa —uno de esos esmaltados y engañosos días de octubre, en realidad—, Sally estaba limpiando el

dormitorio en mi departamento. Yo estaba en la sala, levantando los vasos de la mesa, y se me ocurrió mirar hacia el vivero. Vi a una mujer joven, de cabello rubio como Sally, protegiéndose los ojos del sol y saludando. Por un momento pensé que era Sally, que se había escapado en secreto y sin hacer ruido para evitar la triste extrañeza de esas separaciones nuestras, tan ridículamente formales. Entonces vi que la mujer era en realidad una jovencita: Judy. Retrocedí para que no me viera. Llamé a Sally, que vino con una escoba en la mano.

—No te acerques a la ventana así como estás. —Sally ni siquiera llevaba puesto el corpiño—. ¡Mira!

—¡Es Judy! ¿Qué querrá? ¿Hace cuánto que está ahí? —dijo.

—Nos está vigilando —dije yo—. ¡Lo sabe!

Sally hizo ese viejo mohín que rara vez le veía hacer últimamente.

—Qué perra —dijo—. La dejé en casa con dos compañeras de la escuela. No puede saber que estoy aquí.

—Seguro que lo sabe —dije—. Nos está espiando.

—Tu paranoia es un mal pretexto —dijo Sally, crispada—. ¿Crees que no sé que esa chica está enamorada de ti, corazón mío? Eso te pasa por ser un viejito muy guapo.

—¿Yo? ¿Que soy un viejito qué? —dije con desenfado.

Y entonces, con ese pragmatismo de los que se sienten seguros en las elevadas alturas de un amor sin conflictos, dijo:

—De todos modos, no puede ver mi auto desde allí. No puede ver a través de las paredes. No te quedes ahí mirándola.

Sally volvió a ordenar el departamento y mi mente derivó hacia la época en que era niño y arrojaba piedritas a la ventana de la niña vecina. ¡Tuve flor de pelea con la madre!

Me olvidé del brazo de Judy que me saludaba. Duggie regresó a casa y no me sorprendió verlo aparecer en el vivero dos días después, como un perro en una de sus rondas favoritas, rodeándome desde lejos, porque yo estaba entretenido con un cliente, esperando su oportunidad. Había traído a Judy con él. Ella estudiaba solemnemente a las empleadas, que munidas de sus formularios de pedido y sus lápices seguían a los clientes indecisos u orientaban a los perdidos hacia nuestro mostrador de autoservicio en el interior del edificio. Judy murmuraba para sus adentros, como si imaginara las palabras que decían las empleadas. Quedó evidentemente admirada cuando una de ellas le ordenó a un chico que llevara un carrito cargado de crisantemos hasta la puerta principal.

Duggie vino a mi encuentro apenas me liberé.

—Ese mostrador es todo un éxito —dijo. Se estaba felicitando a sí mismo, porque el mostrador había sido idea suya, un hito en su posesión imaginaria del lugar—. Ha reducido los costos de mano de obra. Ya hice la cuenta. Tiene tres empleadas menos, ¿no?

—Cuatro —dije—. Mi secretaria se fue la semana pasada porque se casa.

Judy dejó de observar y vino con nosotros. Sí, había crecido. La niña de cara tosca como un jarro de café, e igualmente descolorida, había adquirido una buena figura y tenía la cara más redonda. Sus ojos tenían esa humedad característica de la luz de la primera juventud, encantadoramente mezclada con la intención de denotar que se tiene bastante experiencia. Se quedó mirándome hasta que Duggie paró de hablar y entonces dijo:

—Anteayer lo vi. —Quería dar a entender que estaba empezando a convertirse en una fisonomista experta—. En la ventana. Lo saludé.

—¿Me viste? —dije yo.

—No estaba en su oficina —dijo ella.

Dije con cautela:

—Yo no te vi.

—Usted estaba planchando sus camisas.

Un alivio.

—Yo no. Nunca plancho mis camisas —dije—. Debes haber visto al hombre que vive en el departamento de abajo. Siempre se plancha las camisas, pobre tipo. Generalmente por las noches.

—En el tercer piso —dijo la chica.

—Yo vivo en el cuarto, querida —dije.

—Qué tonta —dijo ella.

Para ahorrarle la vergüenza a su hija, Duggie dijo:

—A mí me gusta ver a las mujeres fregando ropa sobre las piedras… a orillas del río.

—Eso no es planchar, papá —dijo ella.

Como de costumbre, me invitó a ir a tomar un trago a su casa ahora que estaba de vuelta. Yo tosí como siempre y acepté de buena gana, aunque —como podía ver— estábamos tapados de trabajo. Ya en su casa tuve la oportunidad de decirle a Sally sobre Judy:

—Muy inteligente de su parte. Fue un plan para averiguar en qué piso vivo.

—No es lo que piensas —dijo ella.

La velada fue aburrida. Sally no se sentía bien y fue a acostarse temprano. Duggie y yo nos quedamos solos y vi que me escuchaba con expresión ausente cuando volví a contarle que mi secretaria había dejado de trabajar para mí. Dijo con malhumor:

—Tendría que dejar en paz a las chicas y buscar mujeres maduras.

Y prosiguió diciendo que su cuñada vendría a pasar una temporada con ellos, sugiriendo que la vida matrimonial también acarreaba sus problemas. De pronto se despertó y, como quien tiene una revelación súbita, dijo:

—Venga a cenar conmigo a mi club mañana.

La invitación era mitad ruego, mitad amenaza. Él estaba siendo castigado. ¿Por qué no habrían de castigarme a mí también?

¡El club de Duggie! ¿Habría llegado la hora de la verdad? En su caso, el club no era una excusa para evadirse. Era una institución imperial en su vida y casi sagrada. Uno debía entender que, aunque rara vez lo mencionaba, era su cuartel general, el único lugar en Inglaterra donde Duggie era irrefutablemente él mismo y se sentía a gusto con sus propios misterios. No me despreciaba por no tener un club, pero a su entender eso explicaba por qué yo tenía ese aire de perro vagabundo. El hecho de que los clubes me aburrieran sugería una debilidad moral. Subí un poco en su estima en cierta ocasión, cuando le dije que años atrás mi tío solía llevarme a su club. (Me hacía beber como una cuba y me sermoneaba sobre mis hábitos irresponsables e incluso me presentó a uno o dos miembros, supongo que para levantarme un poco el ánimo). Las invitaciones de mi tío fueron posteriores a la muerte de mi esposa, por lo que los clubes siempre me parecieron lugares donde los matrimonios eran colocados en ataúdes y escondidos detrás de las pesadas cortinas de los altos ventanales.

La invitación de Duggie tenía algo de formidable, y cuando llegué a su club tuve la impresión de que había aumentado de peso o adquirido un nuevo halo de autoridad por el solo hecho de estar entre hombres, entre maridos, vestido de civil. Era un lugar cuyos sillones raídos parecían estar tapizados de suposiciones y preguntas que hacía tiempo habían dejado de plantearse. En su ámbito natural Duggie ya no era inventivo ni parlanchín. Sus asentimientos y gruñidos hacia los otros miembros demostraban que estaba en su verdadero territorio.

Cenamos en una mesa para dos. Duggie se sentó de espaldas a una vieja cortina de brocado cuyo diseño vegetal quizás había apaciguado o disparado las fantasías de los miembros.

Un par de tragos en la barra del subsuelo y un decantador de vino en la mesa relajaron a Duggie, que me comentó que el viejo cocinero había sufrido un ataque y que a su entender el nuevo todavía no le había tomado la mano a los platos. Las mollejas habían estado medio chirles la última vez; tal vez sería mejor arriesgarse con la carne.

Entonces se puso a revelar intimidades para hacerme sentir cómodo: me contó que siempre iba a comer al club cuando su cuñada venía a quedarse. Era una mujer difícil… Duggie siempre le decía a Sally: “¿No puedes decirle que no? Tendrás una de tus famosas migrañas en cuanto se vaya”.

—Me pareció que Sally no tenía buen aspecto —dije.

—Está pasando una temporada difícil con Judy —dijo él—. Los

chicos crecen. Está atravesando una etapa difícil.

—Es una chica adorable.

Ignoró mi comentario.

—¡La libertad! Usted me entiende. Quiere dejar la escuela. No estudia. Reprobó los exámenes.

—Sexo, supongo —dije.

—¿Por qué todo el mundo habla de sexo? —dijo Duggie, borrascoso—. Quiere irse de casa, alquilar un departamento, conseguir un trabajo, ganarse la vida, está harta de sus padres. Pero un departamento para ella sola… ¡a los dieciséis años! Qué me dice. Deme su opinión.

—Las chicas han cambiado mucho, ya no son lo que eran antes.

Duggie me estudió y tomó una decisión. Ahora entendía por qué me había pedido opinión.

—Me preguntaba —dijo— si alguna vez ella le habría dicho algo… Los padres siempre son los últimos en enterarse.

—¿A mí?

—Como es amigo de la familia… Solo me preguntaba.

—Casi nunca la veo. Solo cuando usted o Sally la traen aquí, al vivero. Los jóvenes no me confían sus secretos. No me ha dicho una sola palabra.

Duggie se decepcionó. Le resultaba duro perder una de sus fantasías favoritas: que entre todas esas empleadas jóvenes del vivero yo había sublimado los exangües deseos de mi juventud. Dijo con el orgullo herido de quien acepta un destino injusto:

—Así son las cosas. Me casé con una familia de jardineros.

Y entonces desembuchó: reveló el verdadero motivo de la cena.

—Mi hija muere por conseguir un empleo en su vivero. Pensé que tal vez habría venido a sondearlo… Quiero decir, cuando comentó que había saludado a ese tipo que planchaba él solito las camisas.

—No. Nada —dije.

—Es una mala idea. ¡Usted incluso está despidiendo gente! Se lo dije a ella. A propósito, no quiero ponerlo en aprietos. No estoy insinuando que la tome como empleada. A las chicas se les ocurre cada cosa. En realidad vamos a sacarla de esa escuela y pensamos mandarla a un colegio en Suiza. Alpes, esquí. Su francés y su alemán son un desastre. ¡Una temporada en el extranjero! Eso es lo que necesita.

¡Al extranjero! Habían tocado la cuerda más sensible y receptiva en la naturaleza de Duggie. Pensaba exactamente lo que decía.

—Será difícil para Sally —dije—. La va a extrañar muchísimo.

—Nosotros tenemos que hacer lo mejor para nuestra hija. Sally lo sabe —dijo Duggie.

Y sin previo aviso apareció aquella vieja mirada; pero ahora había

adoptado la intensidad de una lámpara en plena interrogación, y estaba enfocada en mi cara. Su estilo pasó de abrupto y formal a dominante e improvisado.

—Qué ironía —dijo—. Si Sally hubiera querido un empleo en su vivero, habría sido comprensible. Después de todo, usted siempre anda tratando con holandeses y franceses y esa clase de gente. Y el alemán de Sally es perfecto. Pero la pobre Judy… ni siquiera sabe pronunciar.

—¡Sally! —me reí—. Odiaría trabajar en el vivero.

Duggie llenó mi copa y después la suya muy lentamente, pero mientras levantaba el decantador tenía los ojos fijos en mí: toda una pequeña proeza, por cierto, un modesto truco de magia, para un hombre que más de una vez había volcado una copa llena en su casa y obligado a Sally a correr a la cocina en busca de un trapo.

—Está totalmente equivocado —dijo—. Yo sé.

¿Qué sabía?

—Quiere decir que ella se lo comentó —dije.

—No, no, por supuesto que no —dijo él—. Pero, si usted se lo ofreciera, estoy seguro de que aceptaría. No este año quizás. Pero si Judy se va a Suiza, Sally se quedará sola. Se abalanzará sobre el puesto.

El vino le estaba haciendo efecto —y a mí también— y Duggie dejó de lado el tono tajante. Entró en uno de sus trances geográficos: empezamos a viajar a través del tiempo y del espacio. El club se transformó en una hueste de helechos gigantes subtropicales que irrumpían desde las cortinas; de las blancas columnas del comedor colgaban lianas; los otros miembros parecían estar vestidos con taparrabos y en cada esquina estaba la figura de Sally, cuaderno en mano. Ella nos acompañó y bajamos la escalera hasta el bar, que se transformó en invernadero, y allí bebimos nuestro oporto. Sally ya no se sentía triste porque su hija se había ido, tampoco se lamentaba por el desastre que había hecho con su vida cuando era joven, sin tener la experiencia de una madre que pudiera guiarla. Le oí decir a Duggie:

—Me han dicho que me trasladarán a Bruselas dentro de unos meses y por supuesto que volveré todos los fines de semana… Pero una mujer necesita tener vida propia. Para serle franco —dijo con una nota de asombro en la voz—, ellas se aburren con nosotros.

El club recuperó su aspecto habitual, aunque con un aire exhausto. Las sillas de cuero bostezaban. Las alfombras desfallecían. Un miembro difunto se levantó de la tumba, fue a pararse junto a Duggie y dijo:

—Necesitamos un cuarto compañero para el bridge.

—Lo lamento, viejo —dijo Duggie.

El hombre se fue a morir a otra parte.

—Y no hay peligro —dijo Duggie— de que se vaya para casarse.

Y, borrachos como estábamos, llevamos a su fin nuestra trascendente conferencia de paz. La mirada de lámpara de interrogatorio volvió a encenderse justo antes de que nos levantáramos de la mesa, más penetrante que nunca, y Duggie pareció decirme, tácitamente:

—Ya te llevaste a mi esposa, pero no vas a llevarte a mi hija para que te planche las camisas en tu departamentito de mierda del cuarto piso.

Vi pasión en su cara llena de manchas y contemplé el poderoso lustre de su honorable cabeza.

Después de una pelea con Sally y de que yo dijera que enviar a Judy al extranjero era la manera que él había elegido para vengarse, Sally vino a trabajar para mí. Duggie nos había casado y yo estaba nervioso y obsequioso como un novio en el altar. Entre nosotros reinaba la extrañeza de una luna de miel. Ella empezó a vestirse de otro modo. Se volvió seria: las caricias y los apretujones del amor ya no estaban permitidos: ella fruncía el ceño y se apartaba como una mujer que ha sido secretaria toda su vida. Parecía joven y enfadada como una virgen. Volvió a su viejo peinado con el cabello tirante hacia atrás; yo volví al período en que me perturbaba el suave vello de sus párpados. Su voz solo lidiaba con llamados telefónicos, recibos, órdenes y recriminaciones por las cosas que yo me olvidaba de hacer. Caminaba con paso señorial hacia el archivo. Solo le rendía pleitesía a ese objeto: no perdía oportunidad de decir que su predecesora, o yo mismo, lo habíamos dejado en un estado calamitoso. Cuando bajaba al patio para recibir los camiones que llegaban, siempre llevaba papeles en la mano. Los conductores al principio eran petulantes con ella, pero después empezaron a tenerle miedo. Y con el tiempo destruyó nuestra leyenda —fue la única cosa impopular que hizo—, la leyenda del coronel Thompson. Tuviera perro o no, ese tipo jamás había saltado la pared. Ella descubrió que el ladrón era uno de nuestros jardineros. Y el coronel Thompson se retiró a nuestra intimidad.

Antes de esto llevábamos una vida de comienzos, separaciones repentinas, renovaciones inesperadas. Ahora los días pasaban como agua mansa. Duggie y yo cambiamos de rol: cuando volvía a casa una vez por semana, ahora desde Bruselas, él parecía el amante y yo el marido. Sally se ponía muy agresiva con ambos y Duggie y yo nos manteníamos apartados para preservar la dignidad.

Yo hice algo por Duggie. Llevé a mi madre a cenar con él, como les dije.

—Ese hombre es un santo —dijo mi madre cuando nos íbamos—.

Igual que tu padre. Vendrá a verme la próxima vez que viajen al campo.

Cocky Olly

Cuando termina el período lectivo, casi siempre llevo en mi auto a dos o tres alumnos que regresan a Londres. Ellos hablan; yo escucho. En la mitad del camino, a unos sesenta y cinco kilómetros de la ciudad, donde la carretera sube y atraviesa los Downs, separándose de los pueblos que no son sino nombres en carteles, interrumpo su charla para señalar uno o dos túmulos prehistóricos. Los jóvenes escuchan cortésmente. Cuando pasamos el cartel "próxima salida-fordhampton", donde un sinuoso camino lateral se interna en una zona boscosa, tengo el impulso de decir que allí hay un atajo hacia Clapton St. Luke, Fogham y los Marshes —uno de los paraísos de mi infancia—, pero me contengo. Y más adelante pasamos por Newford, donde fui a la escuela cuando era niña, hace ya cuarenta años. Uno de estos días, cuando no tenga que llevar a nadie, planeo ir a ver todos esos lugares; pero nunca lo hago. El camino principal todo lo eclipsa.

Escuché decir que Newford es más grande ahora; la gente viaja diariamente desde allí a trabajar a Londres. Antes solo unos pocos acostumbraban tomar el tren desde Fordhampton, cuya calle principal desciende por la cuesta hasta el pequeño río desde cuyo puente nos asomábamos para ver el criadero de truchas privado donde los londinenses ricos, entre ellos un ministro del gabinete, iban a pescar los fines de semana. Los lunes por la mañana, mientras yo esperaba en la estación el tren que me llevaría a la escuela, el ministro del gabinete aparecía ataviado con su sombrero hongo, su chaqueta negra y sus pantalones a rayas, y el maletín oficial colgando de la mano. A diferencia del resto de los pasajeros, caminaba de una punta a otra del andén con paso rápido, casi siempre quince veces: las conté. Si por casualidad mi padre me llevaba en auto a la estación, lanzaba una carcajada y decía en voz bien alta, para que todos lo oyeran: "Político de mierda. Algo estará tramando". Yo era pupila durante los días de semana en la escuela de Newford; al principio mi madre me llevaba en auto y me iba a buscar los sábados por la mañana y me llevaba de regreso a nuestra casa en Upper Marsh, que era otra zona rural, casi

una isla entre los Downs, un pueblito donde la gente tenía una manera de hablar más cansina que la gente de la ciudad. Yo había copiado el hábito de hablar así antes de ir a la escuela, se lo había copiado a los niños con quienes jugaba en la granja que estaba cerca de nuestra casa.

Marsh Hole era realmente como un agujero profundo, donde cuatro caminos convergían en una granja muy grande. Nuestra casa estaba un kilómetro y medio más al norte, sobre el camino a Upper Marsh, una casona roja que remedaba el estilo Tudor y de la que yo solía jactarme diciendo que era isabelina. La habían construido entre las dos guerras. Yo también pensaba que era inmensa, pero era pequeña. Daba a un gran campo de coles. Detrás de la casa (a la que mi amiga de la escuela Augusta llamaba "el engendro") se extendía una franja de tres kilómetros de marismas que llegaban hasta el pie de los desolados Downs. Rara vez se veía a alguien caminando por allí; tampoco había ganado pastando. Las pampas interminables (yo las llamaba así: "pampa" era una de mis palabras favoritas) estaban plagadas de insectos en primavera y verano, y desde mi dormitorio sentía que bastaba estirar el dedo para tocar el túmulo prehistórico en la cumbre de la colina más lejana y el curioso sendero de tiza que subía en zigzag casi hasta la cima. La marisma comenzaba en un seto, en la parte más baja de nuestro escarpado jardín. Recuerdo que cuando tenía trece años miraba la marisma y sentía que toda aquella extensión pertenecía a nuestra familia. La gente de Lower Marsh, menos de un kilómetro al sur, siguiendo el camino, tenía exactamente la misma vista, pero nosotros no podíamos ver su casa ni siquiera en invierno. Las copas frondosas de la arboleda nos protegían de las miradas de nuestros vecinos más próximos. Lower Marsh tenía una corta avenida de olmos que llevaba a una granja donde yo solía jugar con los chicos del pueblo. Lower Marsh House era una casa grande y gris, con ventanas inmensas. Los chicos del pueblo decían que estaba embrujada. Un hombre muy alto y muy raro, de larga barba negra, salía de la casa en contadas ocasiones. Una vez lo vi en el camino, orinando contra el seto que bordeaba nuestra casa. Otra vez vi pasar un cortejo fúnebre, y después de eso el hombre de la barba negra ya no volvió a aparecer. Pero mi madre me dijo que era imposible que yo hubiera visto todo eso, porque ni siquiera había nacido cuando ocurrió. Sin embargo es muy vívido para mí, y ahora pienso que debo haber escuchado hablar a mis padres de esas cosas mucho después de que sucedieran.

Pero sí sé con absoluta certeza que muchos años más tarde el mayor Short y su esposa y su hijito fueron a vivir a Lower Marsh House, porque una o dos veces los vi arrojar al aire una pluma de badmington cuando pasamos en el auto. Los fines de semana, si

salíamos a caminar, solíamos ver dos o tres autos estacionados en la avenida de olmos.

—¡Tienen invitados! —decía mi madre.

—Gentuza de fin de semana —decía mi padre—. Banda de traidores. Pacifistas, maricones pelilargos, ateos bañándose en cueros en la piscina. Amigos de Hitler y de Stalin. Y se hace llamar "mayor".

—Bueno, fue mayor —decía mi madre.

—En la Primera Guerra Mundial —decía mi padre, que había sido brigadier.

—Pero, Zumbón —decía mi madre (en el ejército habían apodado Zumbón a mi padre porque decían que zumbaba como una avispa)—, después de todo, ¿el mayor Short no se portó bien en la guerra, acaso no recibió una medalla y resultó gravemente herido?

—Lo volaron por el aire y algún otro imbécil lo desenterró.

Yo siempre imaginaba al mayor como una especie de elefante de pelo rubio y pecho anchísimo yaciendo bajo toneladas de barro francés. A mi padre también lo hirieron. El brazo izquierdo le crujía y usaba un guante negro en la mano artificial. Era un hombre magro y pelirrojo con manchas de quemaduras en la cara y una vocecita aguda y arenosa, áspera; y cuando hablaba del mayor se enfurecía. Pero después se reía en medio de la perorata y más de una vez agregaba:

—Manda al hijo a un colegio pupilo de la peor calaña en Dorset, un colegio dirigido por maricones y refugiados que calzan sandalias, donde los niños viven en los árboles. Y las niñas también. Con razón se escapa el mocoso.

—Seguramente no viven en los árboles, Zumbón —decía mi madre con su voz aguda, emocionada y feliz. Creo que mi madre y mi padre se conmovían mutuamente.

—Y también lo arruinó esa niñera que tenían —proseguía papá—. No me gustaría tener a ese muchachito bajo mis órdenes.

Esos exabruptos alegraban a mi padre. Todo el tiempo iba y venía del ministerio de Guerra en Londres o se iba a pescar. Cuando estaba en casa se dedicaba a ordenar las plantas de mamá en el jardín o pasaba horas sentado, jugando al solitario con su única mano.

—Crash, crash, crash… plin, plin, plin —murmuraba cuando lograba ganar a ese juego. Estaba pensando en los vidrios que volaban por todas partes en los pueblos franceses cuando caían las bombas durante la guerra.

Otra cosa que le molestaba mucho a mi padre era que los Short no fueran a la iglesia. Nosotros teníamos prohibido tratar con ellos. Mamá decía que la prohibición no tenía nada que ver con eso de la guerra. El verdadero problema era que el terreno de los Short lindaba con el nuestro y el mayor había talado varios abetos en el límite. A mi padre, decía mi madre con su voz celestial, le gustaba estar

resguardado.

En cuanto a mí, pensaba bastante seguido en ese "diablo" de Benedict, que no solo vivía en los árboles sino que, además, era un "fugitivo": eso también preocupaba a mamá. A pesar de la pelea entre los dos maridos, yo creía que mamá y la señora Short se encontraban a veces en Newford. Pertenecían a un grupo de música, un cuarteto. Más de una vez vi a Benedict haciendo compras con su padre y su madre en Fordhampton, saltando de entusiasmo y llamándolos para que vieran los anuncios de una película de gángsters y farfullando con un interminable ceceo. Tenía el cabello negro como su madre y la misma piel bronceada por el sol —tal vez porque vivía en los árboles —, y era un chico bonito, también a la manera de su madre. Yo me preguntaba si se habría fugado ese mismo día. Él era dos años menor que yo.

A los catorce yo era una chica estudiosa. Aspiraba a ser monitora en mi escuela y pensaba, como mi padre, que Benedict era un malcriado y que había que "ponerle límites". A menudo, cuando salía a nuestro jardín y miraba hacia los Downs, que se erigían en medio de la marisma, contemplaba fascinada el sendero color tiza que subía hasta la cima y pensaba en Benedict "corriendo" como mínimo más de sesenta kilómetros a campo traviesa y bajando por aquel sendero hasta divisar al fin su casa. Pero pronto descubrí que no había corrido demasiado lejos. Tuvo el coraje de llamar por teléfono a su padre después de escaparse de esa escuela a la que iba, y su padre manejó de noche para ir a buscarlo a la puerta de un pub en el camino. Esa infracción a las reglas me dejó atónita.

Eso y pensar en todos los invitados "bañándose desnudos" en la casa de los "traidores" en Lower Marsh me cautivaba. En las vacaciones cruzaba el seto del fondo de nuestro jardín y avanzaba por el terreno agreste hasta ver la casa y el pasto del jardín de los Short y se mantenía alerta por si detectaba al fugitivo. Una vez me pareció verlo caminando con su madre por la marisma, juntando flores silvestres. Otra vez venía en nuestra dirección y luego cambió el rumbo. Yo pensaba que si llegaba a acercarse a nuestro jardín le gritaría: "¿Qué estás haciendo aquí? ¡Esto es propiedad privada!". Hasta que un fin de semana decidí infringir las reglas yo también, atravesar el seto y luego caminar cautelosamente por la marisma hasta tener una visión completa de los Short y sus amigos. Pasar del otro lado del seto siempre me entusiasmaba. El aire parecía más libre del otro lado, los olores eran diferentes. Lo hice muchas veces solo por hacerlo, y al principio no me acercaba demasiado a la casa. Siempre llevaba una manzana conmigo y la arrojaba al aire y la atajaba mientras caminaba, porque pensaba que eso induciría a los Short a pensar que yo pasaba por allí por casualidad. A veces no había nadie,

otras veces veía a la señora Short removiendo la tierra de su jardín. Los fines de semana había varios hombres y mujeres sentados en mecedoras en la amplia galería o en el césped. El césped parecía duro, pero a veces jugaban una mezcla de bochas y croquet allí. Con el tiempo fui cobrando audacia y llegué a acercarme a pocos metros del jardín. Ni rastro de ateos desnudos ni pileta de natación; solo una vez atisbé la silueta de Benedict, que corría de un jugador de croquet a otro. Y escuché que el mayor lo regañaba.

Dejé de preocuparme por los Short. Una tarde calurosa y pesada, hacia el final de ese verano, cuando las nubes apenas se movían y la marisma estaba quieta como una foto volví a trepar el seto y a cruzar la marisma, y al rato me comí la manzana porque tenía sed. Vi montones de hierbas de San Juan, una florcita amarilla repleta de orugas asquerosas. Los insectos picaban y yo no paraba de espantar las moscas que revoloteaban en torno a mi cabeza. Recuerdo que los cuervos y las golondrinas volaban bajo. Quería llegar al bosque en la base de los Downs y cuando por fin llegué las torcazas habían dejado de zurear. Hasta las moscas se habían ido. El bosque tenía olor a podrido, a humedad: el olor de los hongos venenosos. Se me ocurrió ver si había amanitas rojas, cosa que me excitaba, porque también podía haber lo que mi libro de setas denominaba amanitas rojas falsas o venenosas… Yo no tenía la menor intención de tocarlas, pero me gustaba asustarme mirando cosas peligrosas y felicitarme por conocer la diferencia. No me interné demasiado en el bosque, más bien me quedé jugando con las hojas secas. El bosque se puso oscuro, y recibí un chaparrón caliente y tupido en plena cara. De pronto se oyó un disparo y casi se me salió el alma del cuerpo; las torcazas hasta entonces mudas salieron aleteando de los árboles y empezaron a sobrevolar en círculos la marisma. Después, un silencio prolongado. Salí corriendo del bosque y las ramas quebradas parecían perseguirme. De pronto apareció el fugitivo, corriendo, con una escopeta en la mano. Su rostro pálido estaba surcado de lágrimas.

—¡Rápido! ¡Rápido! —chilló—. Le disparé a un pájaro. Está lleno de sangre. Es horrible. Todavía está vivo. Se arrastra por el suelo aleteando. —Y me aferró del brazo.

Yo me acomodé el cabello. Me oí decir con la voz de mi padre:

—Deja de revolear esa escopeta. No puedes dejar al pájaro herido —Le tironeé del brazo—. Muéstrame dónde está —dije.

—¡Allá arriba! ¡Allá arriba! —gritó.

El pájaro yacía en el suelo, agitando un ala. Estaba bañado en sangre y sus blancos párpados inferiores comenzaban a cerrarse. Benedict tenía miedo de tocarlo.

—Tiene difteria —decía—. Por eso le disparé.

Yo me arrodillé para recogerlo.

—Los pájaros no tienen difteria —dije.

—Sí que tienen —chilló él.

Un instante después el pájaro estaba muerto y desprendía un calor espantoso.

—Tenemos que enterrarlo —dije.

—No —dijo él, retrocediendo. Estaba pálido y frenético.

—Vuelve aquí —dije—. No podemos dejarlo así. Es una crueldad.

Cuando yo era chica siempre enterrábamos los pájaros que encontrábamos muertos.

—Tienes que enterrarlo —le ordené—. Cava un pozo.

No tenía cuchillo. Yo tampoco. Le dije que buscara una rama caída. Obedeció y empezamos a cavar un agujero en la tierra blanda.

—Que sea bien hondo —dijo Benedict.

Ahora se había entusiasmado. Cuando el pozo fue lo suficientemente profundo puse al pobre pájaro adentro y lo cubrí de tierra.

—Más hojas, más hojas —dijo él—. Por si viene un armiño a desenterrarlo.

—¿Tienes permiso para andar con esa escopeta? —dije. En mi escuela éramos muy estrictos cuando se trataba de "obtener permiso" para hacer ciertas cosas.

—Es de Glan —dijo Benedict. Glanville era su padre—. ¿Estás de vacaciones?

—No —dije—. Voy al colegio como pupila durante la semana.

—Aquí vive el Diablo —dijo Benedict. Se había empecinado en asustarme.

—Eso es una estupidez —dije yo—. El Diablo no existe.

—Es una diabla —dijo él, y empezó a saltar como burlándose.

—Estás chiflado —le dije.

Cayeron unas gotas de lluvia, después un chaparrón. Dejamos de hablar y miramos hacia arriba. Hubo un raro cambio de luz y luego un sonido ensordecedor. El aire estaba caliente y pesado. ¡Truenos! Salimos corriendo del bosque, que ahora tenía un olor nuevo, acre, y justo cuando abandonamos los árboles vimos zigzaguear el largo y amarillo resplandor de un relámpago. El trueno se oyó menos de un segundo después.

Benedict soltó una carcajada chillona.

—Nos va a partir un rayo —chilló.

—Tenemos que alejarnos de los árboles —dije. Y entonces empezó a llover tan fuerte que apenas podíamos ver su casa a lo lejos, detrás de la cortina de agua.

Empezamos a correr. Mi vestido de algodón azul y blanco se empapó enseguida y la lluvia casi nos enceguecía. Hubo otro relámpago mientras avanzábamos a los tropezones entre los

montículos de la marisma; el barro nos salpicaba las piernas. Íbamos corriendo hacia la casa de los Short; gracias a Dios mi padre estaba pescando lejos. Cruzamos la zanja rumbo al jardín prohibido de Benedict y subimos corriendo a la galería de la casa. Yo miraba a mi alrededor mientras corríamos: no había ninguna pileta de natación a la vista. La esposa del mayor estaba parada frente a la puerta de la casa, lo más tranquila. Y luego salió el mayor en persona.

—Ah —dijo con voz serena, insinuante y cómplice—. ¡Benedict el terrible! ¿Y a quién ha traído con él? ¿A la niña de la manzana? ¿Será ella? Sí, es la niña de la manzana.

Me di cuenta de que me habían visto desde la casa cada vez que pasaba. El mayor me daba miedo.

—Ay, Benedict, estás empapado —dijo su madre—. Eres un incordio. Cómo se te ocurre…Sabes que los Crowther y los otros llegarán en cualquier momento. Y mira a la pobrecita de Sarah. Entren.

¿Cómo sabía mi nombre?

—¿Puedo recuperar el arma de fuego? —le dijo Glanville Short a Benedict—. Me pregunto cómo llegó a tu poder.

Todas las casas tienen su olor. La casa de los Short era más grande que la nuestra y olía a tomillo y pintura al óleo y madera quemada en la chimenea.

Tuvimos que subir las anchas y lustrosas escaleras —las de nuestra casa estaban alfombradas— flanqueadas por pinturas de rostros geométricos que parecían nuevas. Recuerdo dos ninfas gordas desnudas rosadas danzando dentro de una gran concha marina y dos jóvenes desnudos mirándolas. Pasamos de largo junto a una gran habitación tapizada de bibliotecas que llegaban hasta el techo y junto a un cuadro del hombre alto de larga barba negra sentado en una mecedora y acariciando a un gato. Alguien me empujó para que entrara al baño.

—Será mejor que te quites esa ropa, ¿no te parece, querida Sarah? —dijo la señora Short, que tenía un libro en la mano—. Mientras yo voy a ver a Benedict.

¡Y qué baño! Había una pintura o una fotografía ampliada de una ruina antigua, que se continuaba sobre las tres paredes del cuarto, desde el piso hasta el techo. Me froté con una toalla. Cuando volvió la señora Short yo estaba mirando la pintura.

—¿Es el Foro Romano? —pregunté jactanciosa.

—No, eso es Persépolis, querida. En Persia. —Señaló una figura en una escalinata magnífica pero semiderruida—. Dicen que es Darío… ¿te acuerdas? Pero no me parece posible. Mira, no sé cuál de estas prendas podrá servirte.

Había traído una pila de pantaloncitos cortos y remeras.

—Enterramos un pájaro muerto —dije.

—Podemos arremangar un poco las piernas. No te molesta usar pantalones cortos, ¿no?

Estaban por llegar los invitados, pensé mientras me secaba el cabello. Qué horror.

—No se preocupe, por favor —dije, poniéndomelos—. ¿Puedo llamar por teléfono a mi madre?

—Ahora eres un niño… ¿qué te parece? ¿Te divierte? ¿Cómo está tu madre? La extrañé la semana pasada en el grupo de música de cámara.

¡El rumor era cierto! Siempre había sospechado que, aunque mi padre nos había ordenado que no frecuentáramos a los Short, mi madre y la madre de Benedict se habían hecho amigas en Newford.

—Bastante chic, me parece —dijo mirándome—. Baja a calentarte un poco.

Caminamos por el corredor y doblamos varias veces hasta llegar a un segundo tramo de escaleras; después bajamos a una cocina y pasamos por un guardarropas donde había un teléfono, y luego cruzamos el vestíbulo hasta una gran sala, donde había un atril con una partitura cerca de un ventanal y un violín apoyado contra la pared. Había una radio sobre una mesa grande llena de libros y periódicos y también, sobre la misma mesa, un rompecabezas de grandes dimensiones a medio armar.

Y así es como siempre he recordado a Emma Short: una mujer menuda de ojos marrones, pequeños y brillantes, de piel morena como la de Benedict, con un vestido sencillo pero bonito, que charla y se hace preguntas delante del gran rompecabezas de alguna pintura famosa: una catedral o un castillo quizás, con un río en primer plano. Este además tenía un hombre y un bote en el río. Emma, parada delante del rompecabezas, levanta una pieza y dice:

—Es horrible que pongan tanta agua en estas cosas. Es trampa. Qué incordio. Ah, mira… esta pieza puede ir aquí, ¿tú qué crees? No. No. Ah… ¿Tal vez aquí? Hay que prestar atención a los contornos.

Y puso en su lugar una pieza del rompecabezas muy complicada.

—Debes conocer a la señora Figg —dijo la señora Short.

—Nos da clases de francés —dije sorprendida.

—¡Ya lo sé! —dijo la señora Short, riéndose—. Demasiado extraordinaria. ¿Qué piensas de ella? ¿No te parece un poco rara? ¡Y los sombreros que usa! ¿Augusta es amiga tuya? Está por venir.

¡Augusta Chambers, la mejor alumna de mi escuela! Augusta… ¡iba a verme así disfrazada!

Repetí que quería llamar a mi madre para que me viniese a buscar.

—Glan la llamará —dijo ella—. Tú vendrás conmigo a tomar una taza de té para calentarte.

Por la ventana vi llegar uno o dos automóviles. Los invitados y sus hijos no tardaron en empezar a parlotear en el vestíbulo. Oí que Benedict les chillaba. Cuando entraron en la habitación donde estaba yo, vi que Benedict tironeaba de la muñeca del padre de Augusta y le decía:

—Foxey, Foxey, eres un asesino, un asesino. Y voy a denunciarte a la policía.

—Tienes que llamar al 3052 —dijo el padre de Augusta—. ¿Quieres que lo disque?

Un montón de personas se quitaban los abrigos en el vestíbulo. Benedict soltó la mano de Foxey y Augusta se acercó a mí diciendo:

—Qué divertido. —Y luego susurró—: Benedict está loco de remate, como de costumbre.

Yo empecé a murmurar que tenía que irme y ya me acercaba a la puerta para escapar cuando Glanville Short me interceptó.

—Ya le avisé a tu madre —me dijo—. Te quedarás a tomar el té.

De pronto estábamos en un comedor, sentados alrededor de una mesa muy grande, en cuya tabla había una pintura que parecía un mapa astrológico.

—Qué mesa maravillosa —dijo Augusta. Y a mí—: Emma la pintó. ¿No es maravillosa?

Yo seguía avergonzada de mi atuendo ridículo. Jamás había visto a tanta gente junta en mi vida, todos hablando sin parar. En casa nos alcanzaba con nosotros, como decía mi padre. Las puertas siempre estaban cerradas. Aquí todas las puertas estaban abiertas y todo el tiempo se oían nombres. Todos preguntaban por todos. Benedict chillaba. Las paredes del comedor estaban pintadas de un color violeta pálido. Muchas personas que yo jamás había visto en mi vida eran tildadas de “locas”. Una Mary no sé cuánto era “demasiado extraordinaria con sus perros”. Corrió la noticia de que una tal Stephanie había perdido el manuscrito de una novela que estaba escribiendo, en el ómnibus, por segunda vez.

—¿Qué te parece Chester? —dijo alguien.

¿Se refería a la ciudad o a alguien que se llamaba así? Imposible adivinarlo. Yo estaba como un pez fuera del agua con este nuevo lenguaje, pero Benedict escuchaba atentamente, como si lo hechizara el tono burlón de su padre cuando hablaba.

El apuesto hermano de Augusta se sentó entre Emma Short y yo. Me preguntó dónde vivía y a qué escuela iba. Cuando le dije el nombre de la escuela, dijo:

—Qué mal… está sobre la margen derecha. —Cosa que evidentemente le resultaba divertida.

Pasó mucho tiempo, casi un año, hasta que descubrí qué había querido decir, y para entonces ya estaba loca por él. La gente como los

Short pertenecía a la margen izquierda de un río imaginario, como el Sena. Newford era muy margen derecha; Fordhampton, muy margen izquierda.

Sin que nos diéramos cuenta, pasó la hora del té.

—Sigue lloviendo —se quejó Emma Short—. Qué incordio. Adiós croquet.

—Pero Emma —dijo el hermano de Augusta—, podríamos jugar con paraguas.

—¡Sí! —gritó Benedict, levantándose—. Paraguas, paraguas… ¡tenemos que conseguir paraguas!

—Creo que tendrá que ser Cocky Olly —dijo Glan Short.

Y todos gritaron:

—¡Sí, Cocky Olly!

—Yo no lo conozco —dije.

—Sí que lo conoces —insistió Benedict—. Tienes que conocerlo. Esto es Cocky Olly Lane… todo el mundo lo juega. Es como "policías y ladrones".

"Cocky Olly" es el nombre que me viene a la memoria hasta hoy cada vez que paso en auto junto al cartel de Fordhampton. Y cuando lo pienso en retrospectiva, quién podría haber sido más Cocky Olly que yo en aquel entonces, persiguiendo al niño fugitivo por el campo.

—¡Cocky Olly! —gritamos todos.

—No se puede entrar en los dormitorios —dijo Emma Short—. La biblioteca y los baños son zonas liberadas.

—Incluyendo, espero —dijo Foxey—, el baño del cerdo.

Aludía a que Glanville había guardado medio cerdo en salmuera en uno de los baños de la casa durante la guerra. Yo ya había escuchado esa historia en casa, y me habían dicho que era ilegal curar un cerdo sin registrar el hecho previamente con el inspector de agricultura. Mi padre siempre decía que había que denunciar al mayor Short al inspector y mandarlo a la cárcel.

Y así empezamos: con Foxey como Cocky Olly, adultos y niños corrimos escaleras arriba y nos escondimos por toda la casa. Al rato lanzábamos el grito de advertencia "¡Cocky Olly en la escalera de atrás!" y salíamos todos corriendo. "¡Cocky Olly en la biblioteca!", "¡Cocky Olly en el pasillo!", "¡Cocky Olly en el cuarto de Annie!", y subíamos otro piso, y Augusta, a la que habían atrapado, gritaba: "¡Rescátenme! ¡Rescátenme!". Y Benedict también gritaba que lo rescataran. Yo llegué hasta él y lo toqué. Quedó libre. Era el más exultante de todos. Dimos vueltas por toda la casa, arriba y abajo. En el escritorio de la biblioteca, donde trabajaba Glanville, me topé con un libro muy gordo titulado *La construcción de las pirámides*. Lo había escrito, me dijo Augusta, el viejo de la barba negra: el mismo que yo había visto orinando contra el seto y cuyo retrato colgaba en la pared,

aunque no era fácil verlo porque la tarde estaba oscura. La lluvia no había parado. Entonces volvieron a oírse gritos y se escuchó un alboroto, sonido de gente que se desparramaba. Yo corrí por el pasillo y encontré una puerta justo al doblar. Benedict se había escondido allí. Chocamos y retrocedimos a una habitación pequeña, con las cortinas cerradas. Benedict cerró la puerta con llave.

—No es justo —dije. Todavía puedo escucharme decirlo.

Benedict dijo con su voz chillona:

—Hay un cadáver aquí adentro.

No pensaba dejarme asustar por él. Recordé lo que había hecho Foxey cuando lo llamó asesino.

—Sí —dije—. Ya lo sé. Lo he denunciado. Está en el suelo. Dame la llave ya mismo o encenderé la luz.

Me dio la llave al instante.

—Esta es tu habitación —dije.

—No —dijo él—. Era la habitación de la niñera, pero la echamos.

Le dije que no podría asustarme y después ya no pude quitármelo de encima. Me seguía por todas partes mientras corríamos y nos escondíamos según mandaba el juego.

Los adultos habían bajado a la sala y finalmente, acalorados y jadeantes, fuimos a reunirnos con ellos. Era una habitación verdosa, sedosa. Glanville nos sirvió un jugo de naranja para refrescarnos y copitas de gin, supongo, para los adultos y también para el hermano de Augusta. Glanville tenía movimientos pausados, elegantes, y había una mirada cómplice en los ojos cuando nos alcanzó las bebidas. Estaba contando una historia cuando irrumpimos, y ahora la continuó. Había sido jurado en Winchester, decía, y un policía había declarado que había visto al acusado haciéndole señas a su cómplice en la pista de carreras, y entonces el juez había dicho: "¿Le hacía señas, oficial? ¿Tendría la amabilidad de repetir las señas delante de nosotros?". Y el oficial había hecho movimientos raros con la mano. Y el juez había dicho: "Oficial, ¿podría por favor repetir las señas?".

Glanville tenía dotes de actor. Podía hacerte sentir culpable elevando los ojos al cielo con aire de misterio. En una pescadería en Fordhampton, con mi madre una vez lo oímos decirle al pescadero con esa voz suya, serena y acusadora: "¿Tiene pescado?".

Miré las pinturas que colgaban de las paredes de la sala. Había dos payasos y había una pintura de la cabeza esculpida de una niña, de perfil, montada sobre una pequeña base de mármol; una niña de ojos grandes, muy hermosa.

—Es un Stolz —me susurró Augusta al oído.

—No —dijo su hermano—. Es un Webb en su período Stolz. —Y me dijo, al estilo de la señora Short—: ¿Qué te parece?

—Parece cortada —dije. Vi que el hermano de Augusta se había

decepcionado de mí.

Miré las cabezas de todas las personas que estaban en la sala. Parecían venidas de otro planeta. Yo me había enamorado de todos y no quería irme. Y entonces Foxey dijo:

—Tenemos que irnos.

Y Augusta me dijo:

—Te dejaremos en tu casa.

—No, prefiero caminar. Estamos muy cerca.

—Tienes que volver a visitarnos —dijo la señora Short.

—Me pregunto si veremos más seguido a la niña de la manzana —dijo Glan con su tono conspirativo y burlón—. Yo diría que sí.

Recuerdo que me senté al lado del hermano de Augusta en el asiento trasero del auto y que Benedict nos saludaba con ademanes frenéticos.

—¿Qué pasó con tu ropa? —preguntó mi madre cuando llegamos a casa.

Me la había olvidado.

—Eres un espectáculo digno de verse.

Yo no podía parar de hablar de todo y de todas las personas que había visto: la casa, la enorme mesa del té, el rompecabezas de la señora Short, Persépolis en el baño. Expliqué que no había sido culpa mía haber ido a la casa de los Short, porque me preocupaba lo que pudiera decir mi padre. Mamá no le dio importancia al asunto. Lo único que quería saber era si Benedict había tocado el violín.

Eso me dejó perpleja.

—Será muy buen violinista —dijo mi madre con su voz emocionada. No podía creer que yo no lo supiera.

No pude dormir pensando en todo aquello: las habitaciones, la escalera, la cabeza de la niña, Benedict encerrándome en aquel cuarto tan pequeño, y el hermano de Augusta. Miré mi habitación y odié nuestros muebles y el olor a cera, y quise huir.

Recién a la mañana siguiente recordé que no había visto la pileta de natación.

Admito que dejé mi ropa mojada en casa de los Short para tener un pretexto para regresar. A la mañana siguiente volví a Lower Marsh por el camino principal, ya sin ocultarme, y bajé por la avenida de olmos llevando la ropa que me habían dado los Short hecha un bulto bajo el brazo; pero había dejado la camisa en casa para que la lavaran. El aire era más fresco después de la tormenta. La puerta principal de la casa estaba abierta. No había timbre ni llamador. Escuché a Glanville hablando por teléfono; el aparato, por alguna misteriosa razón, estaba en el guardarropas. En casa teníamos un teléfono como la gente, en el

vestíbulo, a la vista de todo el mundo.

Oí que Glanville decía:

—¿Entonces vamos con Gentle Annie? Yo había pensado en… —Y creí oírle decir "Monte Cristo". Y luego—: Es un poco peligroso, ¿no crees? La cosa estará bastante difícil después de tanta lluvia. Bueno, no perdamos las esperanzas.

Después seguramente cambió de tema, porque lo oí decir con voz cómplice, íntima:

—Debo admitir que tiendo a concordar contigo, Foxey. Imagino que Edipo saldrá. Está cavando una tumba en el jardín… en realidad, dos tumbas. Pero no desesperemos, Foxey. Hay una potranca y hemos depositado en ella todas nuestras esperanzas. Habrá que ver cómo sigue. Hasta luego, Foxey.

¿De qué hablaba?

Entonces salió del guardarropas y me vio.

—Ah… ¿qué tenemos aquí? La niña de la manzana sin su manzana. Ha traído un paquete. ¿Qué podrá ser?

Tomó el paquete y luego, con su estilo cómplice, dijo:

—Tenemos que descubrir dónde está el terrible Benedict. ¿Crees que podrá estar en el jardín? ¿Te parece bien que vayamos a ver?

Yo había decidido que, cuando quedó enterrado bajo toneladas de tierra debido a la explosión de una mina o debido a lo que fuese durante la Primera Guerra Mundial, Glanville debía haber salvado su vida haciéndose innumerables preguntas. Tal vez sea una tontería, pero siempre me miraba y miraba a los demás tan insistentemente mientras hablaba que parecía estar fuera del tiempo, y sus ojos azules eran hechizadores. Eso me provocaba timidez, porque no era un hombre viejo. Ahora me conducía por la casa hacia la inmensa galería, donde nos paramos a mirar la extensión de césped. Ni rastro de Benedict. Dimos la vuelta a la casa y allí estaba, en el corral. Cavaba con dificultad el pasto compacto y cuando llegamos vimos que había trazado dos largos rectángulos, uno al lado del otro, y excavado varias paladas de tierra en el extremo de uno. Mientras nosotros lo mirábamos, Benedict clavó la horqueta en la tierra y se puso a bailar alrededor.

—¿Estará buscando un tesoro oculto? —preguntó el mayor.

Benedict daba saltos y gritaba:

—Adivina, adivina, adivina… No le digas, Glan.

Yo dije que estaba cavando un macizo de flores.

—No, no, no —chilló Benedict—. Adivina.

La señora Short vino desde el jardín y el mayor explicó la razón de mi presencia allí. Benedict se puso molesto porque no hablábamos con él.

—Dice que es una pileta de natación: una para varones, otra para

mujeres —dijo la señora Short.

Todos nos reímos.

Benedict nos miró, uno por uno.

—Cambié de idea —dijo—. Es una tumba egipcia para el faraón.

—¿Y esta de aquí al lado será para su esposa, tal vez? —dijo el mayor, señalando el segundo rectángulo.

—¿Dónde está la pirámide? —pregunté.

—Será un túmulo —dijo Benedict—. Un túmulo antiguo.

El mayor y su esposa se fueron y Benedict y yo quedamos solos. Recogí la horqueta e intenté cavar.

—No hagas eso —dijo Benedict y me arrancó la horqueta de la mano, un poco asustado—. Es aburrido —dijo.

Era una mañana perezosa, una de esas mañanas largas —qué largas son las mañanas cuando uno es joven— en que uno se lo pasa dando vueltas y cada minuto dura una hora.

—Voy a ver al pájaro muerto —dijo por fin.

Yo no quería volver a casa. Quiero quedarme aquí, pensé. Y entonces lo seguí. Cruzamos el seto y nos internamos en la marisma, donde el aire era fresco, y escuchamos el roce de nuestros zapatos contra el pasto espinoso y vimos saltar insectos y nos paramos a escuchar el canto de las alondras como timbres eléctricos en lo alto del cielo y tratamos de verlas y era como si camináramos de un timbre eléctrico a otro. Como Benedict, yo jugaba al fugitivo. Primero él iba adelante, con paso rápido, pero pronto lo superé.

—Te gané —dije, y le revolví el pelo al pasar.

Me corrió. Cruzamos el final del bosque, donde estaba el pájaro muerto, y llegamos al arroyo y nos pusimos a arrojar ramas secas al agua para asustar a los pájaros. Después empezamos a escalar. Yo quería llegar a la cima del túmulo, pero estaba más lejos y más alto de lo que había imaginado. La vista era cada vez más amplia y se extendía kilómetros y kilómetros, y ya no se escuchaba ningún sonido. Estábamos muy alto, por encima de las alondras cantoras. Podía ver nuestra casa y la de Benedict, inmóviles a lo lejos, bañadas por la luz del sol. Paramos de subir y nos sentamos. Estábamos sentados sobre los huesos de personas que habían muerto millones de años atrás. No se escuchaba ningún sonido, salvo el del viento; pero luego oímos el balido de un carnero. Me pareció que sonaba como la voz de un hombre enterrado, pero no lo dije. Nos levantamos de nuestro improvisado asiento y fuimos a buscarlo, pero no lo encontramos. El sonido del carnero debía provenir de mucho más abajo. Casi exclamé: "¡Las alturas! ¡Me encantan!", pero me contuve. Pensé que Benedict era demasiado joven; yo era siglos más grande que él. Yo quería quedarme allí para siempre: no con Benedict, sino con el hermano de Augusta, por ejemplo, y cuando nos detuvimos a contemplar por

última vez los kilómetros de campos llanos y montes de árboles donde asomaba la torre de una iglesia y se veían unas casas pequeñas a lo lejos y un camino sinuoso que bordeaba un bosque, también quise ir. De golpe —no sé por qué—, pensando en el hermano de Augusta, avancé decidida hacia Benedict, lo besé y salí corriendo. A él no le gustó nada. Levantó una rama llena de espinas y empezó a perseguirme.

Me detuve.

—¿Por qué te escapas de la escuela? —le pregunté con severidad.

—Odio la escuela —dijo sin titubeos—. Es aburrida. No pienso volver.

En la escuela estaba el Diablo, agregó. ¡Benedict y el Diablo! El Diablo iba vestido de rojo, dijo. Esta vez el Diablo era el profesor de música. Era un ignorante, un estúpido.

Se estaba haciendo tarde. Bajamos a los tropezones por el sendero escarpado y a medida que bajábamos empecé a escuchar una vez más el canto de las alondras, esta vez a la altura de mis hombros pero todavía muy lejos de los campos que se extendían abajo. Casi podría haber atrapado una con la mano.

Cuando llegamos a la marisma, Benedict se enojó conmigo porque dije que debía regresar a mi casa.

—Quédate, quédate —dijo—. Te dejaré cavar.

Pero yo dije que no, que no quería cavar. Me siguió por la marisma hasta nuestro seto diciendo sin parar: “Quédate”.

Yo le dije que tenía que preparar mis cosas y volver a la escuela por la tarde. Cuando atravesé el seto y grité: “Adiós”, él gritó: “¡Te odio!”. Lo vi alejarse caminando y de golpe se echó a correr y desapareció de la vista. No sé por qué lo besé cuando estábamos en el túmulo.

Todo cambió en mi escuela en Newford después de la fiesta en Lower Marsh. Augusta, que era bastante mayor que yo y más alta, nunca me había prestado demasiada atención pero ahora flotaba a mi alrededor como un cisne. Tenía cabello rubio dorado, muy largo, y grandes ojos grises soñadores que entrecerraba y clavaba en sus interlocutores con afán de inspección. Dijo: “No sabía que conocías a los Short”, como insinuando que le había ocultado un secreto. Su voz parecía flotar en un mar de secretos románticos. También era nuestra imitadora y chismosa en jefe. Imitaba la voz sarcástica de la señora Figg y sabía cuál profesora estaba enamorada de un viejo catedrático de Oxford que era casado. Llamaba “las palomas de Picasso” a dos chicas que morían por el maestro de arte y había bautizado “la bendita Santa Inés” a la directora. Estar con ella era como leer una

novela por entregas; hacía una pausa y nosotras sabíamos que habría más capítulos.

Le dije que en realidad no conocíamos a los Short, aunque mi madre, pensaba yo, solía encontrarse con la señora Short en un cuarteto musical en Newford.

Augusta entrecerró sus ojos inquisitivos.

—Yo adoro a Glan y a Emma, ¿tú no?

Y antes de poder darme cuenta de lo que decía, dije que había problemas con unos abetos.

—¡Abetos! —dijo Augusta con una carcajada que me incitaba a proseguir, pero lamentablemente yo había llegado a un callejón sin salida.

Estábamos yendo a almorzar y la señora Figg pasó a nuestro lado.

—No te demores, Sarah —dijo.

Yo no era de las que se demoran, por eso me di cuenta de que debía estar imitando el andar remolón de Augusta. Todo era nuevo para mí y sentía que había crecido varios meses. Cuando tuvimos que separarnos para ir cada una a su mesa, Augusta dijo de improviso:

—Por supuesto que Benedict está loco de remate. Mi padre dice que es por culpa de esa espantosa niñera chupacirios que tuvo. Ella le metió en la cabeza que el Diablo se lo llevaría y que iría al infierno. Y encima todo ese asunto espantoso de Webb. —Y, dicho eso, se alejó como deslizándose.

Pero la frase "ese asunto espantoso de Webb" y Augusta alejándose con esa mirada de "yo sé algo que tú no sabes" me incitaban a perseguirla cada vez que se presentaba la ocasión. Y veía, por su cara, que ella se daba cuenta. Al día siguiente fuimos a jugar al tenis en la cancha de la escuela. Ella era una pésima jugadora y hasta las pocas pelotas que lograban pasar del otro lado de la red parecían saber algo. Cuando salimos de la cancha y fuimos al dormitorio a cambiarnos, dije:

—Mi padre no taló esos abetos. Fue el viejo Webby, que trabajaba para los Short y también para nosotros.

Augusta estaba parada con el torso desnudo. Sus pechos ya desarrollados, más grandes que los míos, parecían mirarme. Sonó la campana y nosotras ni siquiera nos habíamos lavado.

—Apúrate —dijo—. En realidad —todas decíamos "en realidad" con tono cortante en aquellos tiempos— estaba hablando de la primera esposa de Glanville. Murió hace muchos años. Ahogada.

Me sentí como un pececito tonto colgando del anzuelo en el aire caliente. No podía respirar.

—Vamos, chicas —la señora Figg nos llamó desde la puerta del dormitorio.

Me puse la ropa como pude. Me mojé la cara y a través del agua vi

la asombrosa cara de piedra de esa mujer Webb, ahogada en la sala de estar de Lower Marsh.

Pobre Benedict, pensé, y corrí por las escaleras estrepitosas rumbo al comedor. Balbuceé como pude la oración de gracias y vi a Augusta en la otra punta del salón, recitándola hermosamente con su adorable mentón apenas levantado. Ella comió despacio, mientras yo me tragaba la comida y derramaba la leche. Todavía colgaba retorciéndome en el anzuelo de Augusta. Estaba en su poder.

Pero Augusta tuvo piedad de mí, o mejor dicho —supongo— detectó la clase de oportunidad que amaba. Si era soñadora, también era perspicaz.

A las chicas nos resultaba fácil andar de a dos en nuestro tiempo libre y recostarnos en el pasto. Entonces, al fin pude decir:

—Pobre Benedict, su madre murió ahogada.

Eso explicaba las cosas raras que hacía e incluso lo que había dicho acerca del cadáver en la pequeña habitación.

—Yo no dije eso —dijo Augusta con desdén—. Su madre es Emma. Glan estaba casado con Webb. Después se casó con Emma. ¡Cómo se te ocurre semejante cosa! ¿Tu padre anda diciendo eso? Si es así, es un hombre muy malo —dijo, cortante.

Yo dije que no, que mi padre jamás había dicho algo así, ni mi madre tampoco, y se lo juré. Augusta seguía sospechando, pero en última instancia vio que yo estaba verdaderamente muy confundida y me perdonó. Me contó que Glanville se había casado con la señorita Webb al volver de la Primera Guerra Mundial y que todos estaban locos por ella. Tuvo que pasar mucho tiempo para que yo me preguntara por qué Augusta conocía esa historia. Debía haber sucedido antes de la guerra, cuando ella aún no había nacido. Pero ella dijo que Webb se había fugado a Egipto con un pintor llamado Stolz y que él la había dejado, y entonces ella había regresado y se había ahogado en el río en Fordhampton.

El río donde papá no puede pescar porque es muy caro, pensé. Y después pensé en Benedict cavando una tumba para el faraón y su esposa en el jardín.

Yo ya se lo había contado a Augusta aquel día, después de jugar al Cocky Olly, pero cuando volví a mencionarlo me interrumpió de plano.

—Ese chico se pasa la vida cavando —dijo—. Quiere ser arqueólogo, como ese hombre en la biblioteca de Glanville —Y dijo, soñadora—: Yo jamás sería la segunda esposa de nadie, a menos que fuera como Glanville.

Nos levantamos del pasto riendo. Es decir, yo me reía; Augusta, no. De todos modos, Emma y Glan enviarían a Benedict al colegio secundario en Newford. De allí no podría fugarse porque tendría que

regresar a su casa en tren todos los días. Y me miró con una de esas miradas suyas, entrecerrando los ojos. Se sentía dueña de los Short.

Empezaron las largas vacaciones. Mi padre nos llevó a Devonshire y nos alojamos en un hotel cerca del lugar donde él iba a pescar. Mamá y yo salíamos a dar largas caminatas y el único acontecimiento del día era volver por el puente que cruzaba el río y verlo pescando. Teníamos prohibido acercarnos a él mientras pescaba. Una o dos veces condujimos dieciséis kilómetros en auto a un alto acantilado de paredes rojas… allí los acantilados no eran color tiza como en nuestra parte del país. Las olas manchaban continuamente de rojo la arena de la orilla. Nosotras estacionábamos en el acantilado, junto a los otros automóviles, caminábamos no muy cerca del borde y mirábamos el mar, que algunos días estaba tranquilo y reluciente, y otros atravesaba furiosamente el canal. Yo amaba el canal porque allí se ensanchaba. Esa fue la única vez que pensé en los Short y en Benedict, porque ellos estaban en Bretaña. *La mer*: ¡qué palabra hermosa! Teníamos un libro de Pierre Loti como lectura obligatoria esas vacaciones. Mi madre dijo que ella también había tenido que leerlo en la escuela cuando era niña, pero sin embargo no pudo ayudarme con las palabras que yo no conocía.

Y después, de regreso en casa. Un tedio. Corrí a mi puesto vigía en un extremo del jardín y miré la marisma, pero ni rastros de Benedict aquel primer día. A mediados de la semana lo vi a lo lejos con una chica más alta que él, yendo hacia su casa. Les hice señas. No me vieron, y entonces traté de estirarme cuando estaban más cerca. Volví a saludar. Seguían sin verme. Sentía como si por dentro me corriera un cable eléctrico al rojo vivo: un cable que parecía arder, como si me hubiera prendido fuego. Y luego me quedé helada. ¡Benedict estaba con Augusta! Yo ardía de celos. Me quedé mirándolos hasta que se perdieron de vista.

Mi padre estaba en el jardín hablando con mi madre, que arrancaba malezas. Yo me dejé llevar por el impulso y salí al camino y fui hasta la calle de los Short. Había varios autos frente a la casa, uno era el auto rojo de Foxey. Estaban de fiesta. Y yo no había sido invitada. Me puse rígida de tristeza. Volví a mi cuarto e intenté leer, pero lo único que hice fue escuchar, durante horas, o al menos eso me pareció, el movimiento de los automóviles. Los celos se me pasaron recién cuando me fui a acostar. Recordé que a partir de la semana entrante vería a Benedict en el tren, yendo y viniendo de la escuela.

Pero al principio no fue así. El primer día del ciclo lectivo Augusta me dijo que la madre de Benedict lo llevaría en automóvil a la escuela, y también iría a buscarlo, todos los días. Así que volví a

sentirme un mero objeto en mi viaje semanal. Los lunes por la mañana veía al político que recorría con paso rápido el andén de un extremo al otro, a los que habían viajado por el fin de semana y regresaban a Londres periódico en mano, y a unos pocos chicos de la secundaria que subían en King's Mill y jugaban a las cartas todo el camino. Las gorras del colegio tenían ribete amarillo. Los sábados por la tarde eran muchos más, y regresaban a sus casas en King's Mill o Fordhampton. Un grupo de unos doce chicos se corrían unos a otros por el andén, pegándose carterazos, y le decían groserías a la mujer del bar. A veces ella los echaba. Se amontonaban en torno a las máquinas tragamonedas y trataban de obligarlas a escupir monedas a granel. Yo tenía la costumbre de sentarme en un banco a mirarlos. Los guardas les sonreían, pero el inspector odiaba que pasaran corriendo a su lado. A veces empujaban a alguno hacia mi asiento y entonces yo me alejaba por el andén. Había un gordo que siempre estaba comiendo chocolate.

El primer sábado vi a Benedict en el andén; mantenía distancia respecto de los otros chicos.

—Hola —dijo ansiosamente, con su vocecita aguda.

Y el chico gordo se burló:

—El chillón se consiguió una putita.

Los otros se pararon a mirarnos y después siguieron empujándose entre ellos. Benedict llevaba su estuche de violín. Yo nunca lo había visto antes. Le pregunté por qué no usaba la gorra de la escuela.

—Porque la detesto —dijo.

No recuerdo de qué hablamos, excepto que le dije que lo había visto caminando por la marisma con una vieja y que le había hecho señas. Me miró perplejo.

—Una bruja —dijo.

—No, no era ninguna bruja —dije yo—. Era Augusta. No le digas que yo dije eso.

—Se lo voy a decir —dijo él.

Yo sabía que lo haría, porque cuando el tren llegó y ocupamos nuestros asientos de vez en cuando me miraba y repetía:

—Se lo voy a decir, se lo voy a decir.

Glan lo estaba esperando en Fordhampton; mi madre también estaba allí.

—¡Ajá! —dijo Glanville con su tono insinuante—. La chica de la manzana.

—Me parece una reverenda estupidez —le dijo mi padre a mi madre cuando llegamos a casa—. ¿Por qué no trajo a Sarah y te ahorró un problema? Y de paso ahorrábamos nafta también. Un socialista típico.

—Tú nunca traes al chico —dijo mamá.

—No seas cargosa —dijo papá—. Ese hombre no tiene nada que hacer.

Todos los lunes y los sábados yo viajaba en tren con Benedict. Ahora estaba más tranquilo y callado y parecía haberse adaptado a la escuela. Por supuesto que el ambiente del colegio era "bestial", pero principalmente, decía Benedict, porque el maestro de música se había enfurecido cuando él le había dicho que el piano del salón estaba desafinado. También odiaba las oraciones y el chico gordo que subía al tren en King's Mill era el Diablo. De eso me enteré una mañana, cuando el hombre que teníamos sentado enfrente leía un diario cuyo titular decía con letras enormes: "ASESINATO DE CLIFF: BUSCAN A UN JOVEN EN BRIGHTON". Benedict empezó a saltar en el asiento y a decir que el chico gordo era el asesino.

—¡Fue el gordito! ¡Fue el gordito! —decía en un susurro furioso.

Yo le dije que no fuera tonto. Y en la escuela le dije a Augusta que esa era la única señal de que Benedict estaba loco, pero Augusta también había cambiado. Dijo que era Glanville el que le metía esas ideas en la cabeza al hijo. Foxey opinaba exactamente lo mismo. Pero después de ese episodio Benedict se tranquilizó. Un día trajo su colección de estampillas para mostrármela, y una vez le revolví el pelo negro cuando dijo que yo era gorda como Augusta. Pero yo sabía lo que quería decir: me estaba desarrollando. Le dije que Augusta se casaría con él si no tenía cuidado, y me reí al ver que se asustaba. Después de eso, fue muy amable conmigo.

Yo disfrutaba de esos viajes en tren y lo extrañé cuando faltó dos semanas a causa de la gripe. Me alegró verlo reaparecer en el andén en la estación de Newford. Yo había llegado tarde porque me había detenido a comprar un lápiz labial como el que usaba Augusta en una de las tiendas de la ciudad. Había corrido todo el camino desde la tienda, con miedo de perder el tren. Al principio no vi a Benedict. Había algunos chicos amontonados en torno al gordo, como de costumbre, pidiéndole que les diera un pedacito de chocolate. El gordo retrocedía ante la presión y Benedict miraba. El gordo era taimado: se apoyó contra la pared para buscar una vía de escape. Uno de los chicos empezó a tironearle del brazo. De golpe el gordo se lo sacó de encima y fue directo hacia Benedict; le arrebató la gorra del bolsillo y gritó:

—Será mejor que te la pongas, chillón, o te voy a denunciar.

Benedict permaneció inmóvil sosteniendo el estuche del violín y no se puso la gorra. Entonces el chico gordo se adelantó y le encasquetó la gorra hasta cubrirle los ojos y la cara. Yo grité:

—¡Déjalo en paz!

Y entonces vi a Benedict cometer una estupidez. Se arrancó la gorra de la cara y la arrojó lejos. La gorra sobrevoló el andén y cayó en las vías. Después, lívido de miedo, Benedict encaró al gordo y le asestó un golpe con el estuche del violín en el hombro y chilló:

—¡Te voy a matar!

El gordo se alejó asustado. Dos mujeres nos estaban mirando, y una de las dos dijo:

—Voy a denunciarte con el director de la escuela. —Y después le dijo a su amiga—. Es el hijo del mayor Short.

Aferré a Benedict por la manga y nos alejamos de la multitud. Yo estaba mareada de furia y lo arrastré hasta el otro extremo del andén; cuando me di vuelta, vi a los chicos boquiabiertos mirando la gorra tirada en las vías. Dos de ellos empezaron a seguirnos, pero los otros continuaron amontonados en torno al gordito. Y entonces apareció el tren. Hice subir a Benedict en un vagón de primera clase, uno de los primeros de la formación. Tres de los chicos que rodeaban al gordito salieron corriendo a buscarnos, pero yo bajé la persiana de la ventanilla. Escuché desgañitarse a los guardas y los chicos retrocedieron. Permanecimos sentados, inmóviles; en el camarote había un cartel que decía: “Damas solamente”. Nuestro sector del tren parecía sumido en una larga espera y un extraño silencio. Bajé la ventanilla y vi que algunos de los chicos bajaban del tren riéndose. Escuché gritar al guarda:

—¡Este tren no es!

Sonó el silbato.

Vi que el tren era muchísimo más largo que el que tomábamos generalmente.

—Nos equivocamos de tren —dije—. Es el expreso. Vamos. Este no para en Fordhampton. —Y traté de abrir la puerta. Pero el tren —uno de los nuevos diesel— arrancó rápido. Benedict se estaba arrellanando en el asiento.

—¡Yo lo sabía! —me dijo riéndose.

—Tarado —dije.

Estaba muerta de miedo. Vi las últimas casas rosadas de Newford y escuché la campanada de la garita de señales, tan definitiva y aterradora como si estuviera muriéndose de risa. Mi padre y mi madre me estarían esperando en Fordhampton y el tren seguiría raudamente de largo. Y esa mujer de Lower Marsh que me había oído gritar en la pelea de los chicos… me denunciaría con mi padre. Perdí la cabeza.

—¿Por qué no me dijiste que nos habíamos equivocado de tren? —le dije a Benedict—. Te odio.

—Me estoy fugando —dijo, encantado con mi terror—. Odio esa escuela. Odio a Glanville. No pienso volver.

En las afueras de Newford hay una larga franja boscosa y todas las

hojas de los árboles parecían estar hablando de nosotros. ¿Benedict lo habría planeado todo?

—¿Adónde piensas ir? —dije.

Él continuaba sentado, regodeándose muy sonriente.

—A Londres —dijo.

—Pero Londres está en la dirección contraria. Este tren va a Bath.

—Tomaré un tren a Londres cuando llegue a Bath —dijo.

—Estás loco. Está a cientos de kilómetros de distancia.

Lo que más miedo me daba era que solo tenía dos chelines encima.

—¿Cuánto dinero tienes? —dije.

—Mi tía vive en Bath. Ella me dará dinero —dijo él.

El tren iba cada vez más rápido. Dos pequeñas estaciones aparecieron y se desvanecieron en un parpadeo.

—El Diablo viaja en este tren —dijo con júbilo—. Lo vi en el andén.

Yo estaba paralizada. El tren cambió de dirección en King's Mill después de cruzar el puente. Había un hombre pescando. Me dejé caer en mi asiento. Estaba harta de Benedict y de su Diablo.

—Te voy a violar —dijo él.

—No me vas a violar nada —dije yo—. Tontito chilloncito. —Y me levanté y le revolví el cabello—. Será mejor que cuides tu violín. Lo golpeaste cuando atacaste al chico ese.

Eso lo detuvo. Abrió el estuche y sacó el violín y lo miró con suma atención y luego tomó el arco y tocó un par de notas. Sonaban muy tristes. Todo ese tiempo yo había tratado de no llorar y el sonido de esas notas, como si alguien hablara, me hizo cambiar de sintonía. En ese momento recuperé el cerebro. Miré el camarote a mi alrededor y vi una cuerda. Un cartel decía: "Emergencia. Tire de la cuerda para detener el tren. Multa por uso inadecuado: 5 libras". Estaba muy asustada. Decidí tirar de la cuerda para que el tren se detuviera cuando estuviéramos cerca de Fordhampton. Me senté y saqué un libro de mi portafolios y fingí leer, pero miraba el campo. Cuando el tren llegara a Flour Mill me prepararía para jalar la cuerda. Eso me calmó. Me levanté y dije:

—Voy al baño. —Me moría de ganas de ir.

—Hay un baño para mujeres en la otra punta del pasillo —dijo él.

La puerta decía: "LIBRE". Entré. Los vidrios de la ventana eran opacos, así que no podía ver nada; pero por el sonido del tren al cruzar el río pude darme cuenta de dónde estábamos. Acabábamos de atravesar un puente. Faltaban dos más. Yo sabía cuánto tiempo llevaría eso. Hacía poco que había entrado al baño cuando alguien probó la puerta. Esperé. Entonces tiré del picaporte. Se había trabado. Al principio no se abrió; cuando por fin se abrió, el inspector de boletos estaba del otro lado. El inspector siempre probaba la puerta

para atrapar a cualquiera que pretendiera eludirlo. Era un hombre grandote de cara roja y bigote negro como un pincel mojado.

—Disculpe, señorita. Su boleto, por favor.

—Está en mi valija, en el camarote —dije.

El inspector miró mi sombrero —en mi escuela usábamos sombreros de paja con una banda roja— y me siguió con paso lento hasta el camarote. Benedict no estaba y mientras abría mi portafolios escuché un estrépito, más ruidoso que el cruce de los puentes. Avanzábamos a toda velocidad por High Street en Fordhampton. El andén de la estación chirrió a nuestro paso, la gente quedó atrás como una estela de puntos, la cúpula verde del palacio municipal brillaba en la distancia, y el orfanato de muros de ladrillo en las afueras de la ciudad parecía contemplarnos desde sus cincuenta angostas ventanas. Me había olvidado de que era un tren expreso. Con un aplauso final Fordhampton desapareció a lo lejos, las señales repiquetearon y el bosque de robles se cerró sobre nosotros. Benedict entró en el camarote.

—Boletos —le dijo el inspector. Benedict le mostró su pase.

—Vamos a Bath —dijo con total frescura.

—¡Están viajando en primera clase! —dijo el inspector—. Aquí dice Fordhampton. ¿Ese violín es tuyo? Acabamos de pasar Fordhampton.

El inspector tomó mi pase y dijo exactamente lo mismo. Después se sentó a nuestro lado y sacó un formulario impreso.

—¿Los dos van a Bath? Hay asientos de sobra en tercera clase, en el vagón contiguo.

Se puso a hojear, despacio, las páginas del formulario.

—Me deben algo de dinero —dijo—. Diez libras cada uno. Veo que subieron en Newford. El viaje se encarece un poco.

Tenía una expresión taimada al decir eso, pero luego suspiró y dijo con toda intención:

—Primera clase… veamos. Quince libras cada uno, calculo. Las vacaciones empezaron antes, ¿eh? ¿Van a tocar en un concierto?

Miraba a su alrededor y yo sabía que intentaba ver si habíamos roto alguna bombita de luz o tajeado el asiento.

—Nos equivocamos de tren y unos chicos nos encerraron. Pensábamos que era el tren a Fordhampton —dije—. Mi padre nos está esperando. Es brigadier. Es terrible. Nadie nos avisó en Newford. Yo no pienso ir a Bath y nos perdimos el almuerzo.

—Bueno, la espera será larga —dijo el inspector—. Pero tu amigo va a Bath. ¿Con el violín?

—No, en realidad voy a Londres. Estoy en la orquesta del colegio —dijo Benedict con aplomo.

Yo estaba tan azorada que solo atiné a decir:

—¡Benedict!

—Es una manera bastante rara de ir a Londres la tuya. Primero a Bath y después a Londres: para el otro lado. Te costará más caro. Veinticinco libras, calculo.

—¿Dónde está el vagón comedor? —dijo Benedict, poniendo voz de importante.

El inspector dijo que estaba dos vagones más atrás.

—Quédense donde están —dijo. Y se levantó despacio. Guardó el formulario en el bolsillo y prometió que volvería enseguida. Nosotros esperamos y esperamos y esperamos.

—¿Por qué dijiste todas esas mentiras? Nos van a arrestar.

—Vayamos al coche comedor —dijo Benedict—. Tengo hambre.

Si no me hubiera comprado ese lápiz labial… Con mis dos chelines no íbamos a poder pagar el almuerzo.

El tren dejó atrás los Downs, donde había un caballo blanco grabado en la colina, y entró en tierras desconocidas, con manadas de vacas en los campos, granjas, pollos, caballos alejándose al galope. Pura llanura inmensa, kilómetros y kilómetros. Cada vez más lejos. Me preocupaba saber a dónde iríamos en Bath, dónde pasaríamos la noche. Me venían a la mente historias terribles de chicas atacadas en los trenes. No podía dejar de pensar en lo que mi padre había dicho sobre los Short.

—No vas a dar ningún concierto —dije—. Ni siquiera sabes tocar.

—Claro que sé —dijo Benedict. Abrió el estuche y sacó el violín, pero yo le pregunté si tenía algo de dinero. Sacó unas monedas insignificantes del bolsillo.

—Vamos —dijo—. Vayamos al coche comedor. Les pediré que nos envíen la cuenta.

Pero antes de que pudiéramos salir regresó el inspector con un hombre joven que se paró en la puerta del camarote y se puso a mirarnos y murmuró algo que no pude entender.

—Levántate, Ben —dijo el hombre.

—Mi nombre es Benedict —dijo Benedict. Podía ser tan frívolo e irónico como Glanville.

El joven replicó fastidiado:

—¿Dónde está tu gorra escolar?

Yo estallé:

—Un chico la arrojó a las vías en Newford, justo cuando entraba el tren.

—¿Cómo se llama ese chico? —preguntó el hombre.

—Gordito —dijo Benedict.

—Será mejor que verifique los datos en Castle Wadney —le dijo el hombre al inspector. Y salieron al pasillo.

El tren atravesaba extensos campos de mostaza; en el cielo

quedaban unas pocas nubes grandes. El tren disminuyó la velocidad, casi hasta detenerse, y cuando miré por la ventanilla vi un grupo de hombres: estaban trabajando en las vías. Todavía puedo recordar la cara de cada uno de esos hombres mirándome. Luego pasamos por las plantaciones de berro rumbo a Castle Wadney, una ciudad situada en la cima de una colina pero sin ningún castillo a la vista. El tren detuvo la marcha.

—La policía —susurró Benedict con loco entusiasmo.

El inspector volvió y dijo:

—Pronto volverá a su casa, señorita. Ustedes dos se bajan aquí.

Los empleados de la estación empujaban carros de leche por el andén atestado de gente. Nos llevaron a la oficina del director de la estación, una sala oscura que olía a tinta y a té. El director estaba bebiendo una taza de té mientras hablaba por teléfono, y se oía el sonido de una máquina que tecleaba punto, punto, barra espaciadora. En otro escritorio un hombre le dijo: "Te llaman de Brighton" a un joven atildado, de pelo corto en la parte del cuello, que fue al teléfono.

Uno de ellos miró nuestros pases ferroviarios y volvió a preguntar nuestros nombres. Yo le mostré el mío en mi cuaderno de ejercicios. Alguien empezó a insultar al director de la estación, que alejó el tubo del teléfono de su oreja.

—¿Seguro que no es Knowles? —le preguntó el joven prolijito a Benedict.

—Short. Short. Short —canturreó Benedict.

—Short —recalqué—. Quiero decir: él es Short, y yo soy…

—Le estoy preguntando a él —dijo el joven prolijo—. ¿Y cómo sé que tu apellido es Short, hijo? —preguntó.

Y entonces Benedict hizo algo que jamás olvidaré. Le dio la espalda y dio vuelta el cuello de su chaqueta, hasta que quedó a la vista la etiqueta con su nombre.

El detective sostuvo la chaqueta en esa posición y llamó a los otros dos.

—Miren esto.

—Short —dijeron los otros al unísono—. De acuerdo, hijito.

—Un momento, están aquí —dijo el director de la estación en el teléfono. Luego nos hizo señas.

Glanville estaba del otro lado de la línea. Emma también. Y mi padre. Cuando terminamos de hablar con ellos, los dos inspectores se habían ido y nuestro tren también. Nos enviarían de regreso en el de las 3.44.

Uno de los detectives dijo:

—Lo lamento, señorita.

Y el otro dijo:

—Estamos buscando a un tipo de Brighton. Y usted tuvo suerte: no se perderá el concierto —le dijo a Benedict y se fue.

—Cuidado —murmuró Benedict—. Van a seguirnos. —Estaba encantado.

El director de la estación nos llevó al comedor y le dijo a la mujer que atendía que nos sirviera lo que quisiéramos y que luego le pasara la cuenta a él. Le dijo a Benedict que su hija estaba tomando lecciones de piano. Nos pusieron en el tren de las 3.44 a Fordhampton y a mí me dio tristeza tener que regresar.

—Hablaban del asesinato de Brighton Cliff —dijo Benedict—. Pensaron que estábamos metidos en eso.

Y era cierto que un chico había quitado el freno de mano del automóvil de sus padres, había bajado de un salto y los había hecho caer por el acantilado. Había una foto del chico: un muchachito de rulos muy parecido a Benedict. Todos la vimos cuando un hombre subió en una de las paradas con la foto y el titular que decía: "LA PERSECUCIÓN SE TRASLADA AL CAMPO". Le dije a Benedict entre dientes:

—Quédate quieto o te estrangulo.

Benedict empezó a rebotar de felicidad en su asiento. Dijo que Glan le había contado todo sobre ese asesinato. Y después empezó con lo mismo. El Diablo estaba involucrado, y yo lo sabía.

—Basta —dije—. Ahora no. Me lo prometiste.

El tren era lento. El hombre bajó en Stockney. Y entonces dije:

—¿Por qué dijiste que ibas a Bath?

—Para ver las ruinas romanas —dijo él.

—Pero también dijiste que irías a Londres, a dar un concierto —dije. No podía seguirle el razonamiento.

—En el próximo período lectivo iré al Colegio de Música —dijo.

Empecé a molestarlo.

—Si hay un diablo en este tren… eres tú —dije dándole un empujón.

No hay nada que decir sobre nuestra llegada a Fordhampton, salvo que mi madre estaba hablando con la señora Short y que Benedict se puso a hablar con Glan sin parar, y entre otras muchas cosas le contó que le había mostrado la etiqueta de la ropa al detective. Mientras tanto papá hablaba con el jefe de la estación, que sacudía la cabeza, con pesar.

—Le di un sermón al jefe de estación de Newford —dijo papá—. Quiero decir, ¿y si hubieran sido soldados?

—Es el personal que tenemos, usted sabe a qué me refiero —dijo el jefe de estación—. Su hija ya está aquí.

—Ah —dijo mi padre, azorado de verme.

Y entonces vio a Glanville y se puso rígido.

—Todo parece estar en orden —dijo con sarcasmo.

En el auto, rumbo a casa, empecé a contarles a mis padres lo que había ocurrido, pero papá dijo:

—Espera a que lleguemos.

Mamá agregó:

—Tendrías que haber hecho sonar la alarma.

Papá dijo:

—Eso cuesta cinco libras. Yo no tengo cinco libras.

Yo no dije que Benedict había dicho que pensaba fugarse. Papá ya estaba refocilándose con la guerra y había empezado a arremeter contra la compañía ferroviaria. Iba a escribirle al director en cuanto llegara. Iba a hacer que alguien del ministerio de Guerra les enseñara los límites. Los ojos de mamá brillaban.

Cuando volví a la escuela ese lunes Benedict no estaba en el tren, pero la señora Figg se había enterado de todo, porque mamá había llamado al establecimiento. Augusta también estaba al tanto. ¡Después me contó que una vez un hombre se había exhibido desnudo en el tren, en un camarote lleno de gente, justo cuando ella viajaba!

¿Y qué había hecho ella?

—Nada —dijo, jactanciosa—. Giré la cabeza y me puse a mirar por la ventanilla.

Ese fin de semana mi madre me fue a buscar a la escuela, recogió a Benedict en la suya y nos llevó hasta la casa de los Short, donde me invitaron a tomar el té. Papá dijo que era lo menos que podían hacer.

La señora Short estaba parada delante de su rompecabezas cuando entré; era uno nuevo, con un castillo.

—Es una bestialidad —dijo. Había una docena de personas en la mesa y Benedict no paraba de cacarear y de interrumpir a su padre. Entonces decidimos jugar a Cocky Olly otra vez y todos salimos corriendo a escondernos.

V.S. Pritchett nació el 16 de diciembre de 1900 en Suffolk, Inglaterra. Pasó parte de la juventud trabajando como comerciante. Luego vivió en Francia. Consagró los años de la guerra a hacer propaganda y guiones a favor de los aliados. Escribió una vasta y variada obra narrativa, que incluye novelas y cuentos admirables. Recibió elogios de un repertorio de escritores y críticos que va de Frank Swinnerton y John Gross a Frank Kermode, Gore Vidal y Martin Amis. Los nombres describen el arco temporal que informa acerca de la extensa carrera de Pritchett. Su primer libro, en la mejor tradición de Hazlitt, Stevenson y Belloc, fue *Marching Spain*, una crónica precisa del viaje a España que hizo en 1928. Cincuenta años después, en el prólogo de la reedición, dice que la guía fue un libro de Unamuno, *El sentido trágico de la vida*. Los libros que Pritchett escribió sobre Balzac y Chéjov permiten evaluar el alcance de su visión y sus simpatías, nunca limitadas al ámbito de la literatura inglesa. Fue el consultor preferido de Alfred Hitchcock acerca de dilemas planteados por libros y guionistas. Murió el 20 de marzo de 1997.

Título original: *Complete Collected Stories*
Los cuentos que integran esta antología aparecieron en *Complete Collected Stories,* de V.S. Pritchett, copyright © 1990 by V.S. Pritchett, y se traducen y publican en esta edición con autorización de The State of V.S. Pritchett; “On The Edge of The Cliff ”; “The Lady From Guatemala”; “The Wheelbarrow”; “The Diver”; “A Careless Widow”; “Cocky Olly”; “A Trip to The Seaside”; “The Fig Tree”; “The Marvellous Girl”.
© 1990, by V.S. Pritchett
© 2014 Teresa Arijón, de la traducción
© 2014 La Bestia Equilátera S.R.L.
Aguilar 2023
Buenos Aires, Argentina
www.labestiaequilatera.com
info@labestiaequilatera.com

eISBN: 978-987-1739-79-0
Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere
Conversión a formato digital: Cecilia Espósito

Pritchett, V.S.
La mujer de Guatemala. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : La Bestia Equilátera, 2014.
EBook

Traducido por: Teresa Arijón
ISBN 978-987-1739-79-0

1. Narrativa Inglesa. 2. Cuentos. I. Arijón, Teresa,
CDD 823

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

Otros e-books de La Bestia Equilátera

Amor ciego
V.S. Pritchett

Toque de queda
Jesse Ball

Esto no es una novela
La soledad del lector
David Markson

Mi perdición
Que el mundo me conozca
Alfred Hayes

Robinson
Muriel Spark

Mi ángel tiene alas negras
Elliot Chaze

Payasadas
Desayuno de campeones
Cuna de gato
Kurt Vonnegut

Nuevo museo del chisme
Edgardo Cozarinsky

Rojo Floyd
Michele Mari

Rimbaud en Java. El viaje perdido
Jamie James

Una vida plena
J.L. Davis

No mires abajo
William Sansom

La muerte de la polilla y otros ensayos
Virginia Woolf

El señor de la luz
Maurice Renard

El caballero que cayó al mar
H.C. Lewis

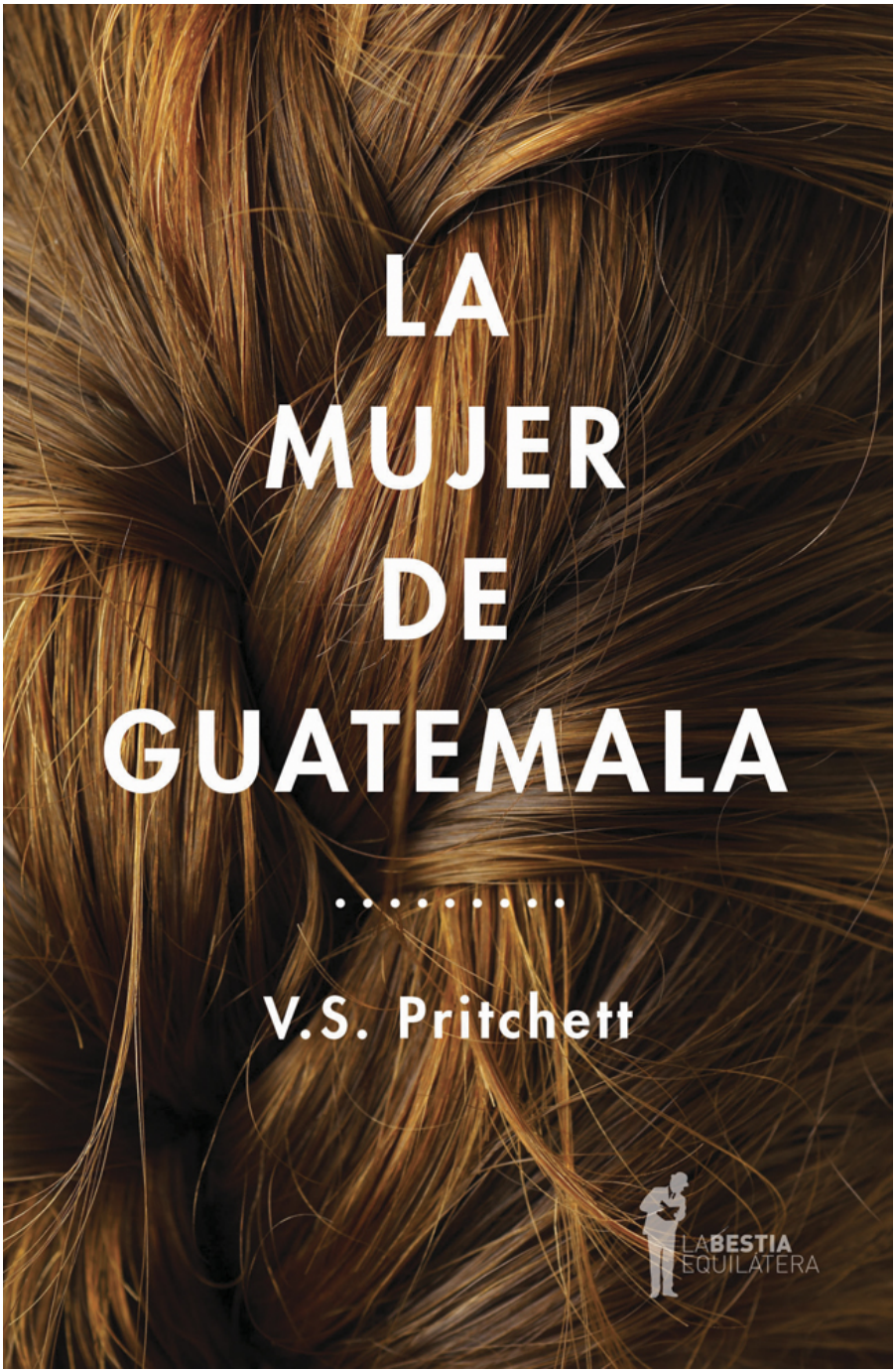
El mármol
César Aira

Siluetas
Luis Chitarroni

La Perla del Emperador
Daniel Guebel

Desalmadas
María Martoccia

Jataka. Cuatro fábulas budistas
María Martoccia - Javiera Gutiérrez


LA MUJER DE GUATEMALA
V.S. Pritchett
LA BESTIA EQUILÁTERA